LA ILIADA

3 1761 08825373 7

POR MI RAZA HABLARÁ EL ESPIRITU

LA ILIADA

LGr
H766i
.S

HOMERO

La Ilíada

Tomo II

190069
24.6.24.

Universidad Nacional
de México
1921

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/lailiada02home

El Sueño, a quien Zeus, quería arrojar al ponto, es salvado por la Noche.

RAPSODIA DECIMOCUARTA

ESTOR, aunque estaba bebiendo, no dejó de advertir la gritería; y hablando al descendiente de Asclepiades, pronunció estas palabras:

"¡Oh divino Macaón! ¿Cómo te parece que acabarán estas cosas? Junto a las naves crece el vocerío de los robustos jóvenes. Tú, sentado aquí, bebe el negro vino, mientras Hecamede, la de hermosas trenzas, pone a calentar el agua del baño y te lava después la sangrienta herida; y yo, en tanto, subiré a un altozano para ver lo que ocurre."

Dijo; y después de embrazar el labrado escudo de reluciente bronce, que su hijo Trasimedes, domador

de caballos, dejara allí por haberse llevado el del anciano, asió la fuerte lanza de bioncínea punta y salió de la tienda. Pronto se detuvo ante el vergonzoso espectáculo que se ofreció a sus ojos: los aquivos eran derrotados por los feroces teucros y la gran muralla aquea estaba destruída. Como el piélago inmenso empieza a rizarse con sordo ruido y purpurea, presagiando la rápida venida de los sonoros vientos, pero no mueve las olas hasta que Zeus envía un viento determinado; así el anciano hallábase perplejo entre encaminarse a la turba de los dánaos, de ágiles corceles, o de enderezar sus pasos hacia el Atrida Agamenón, pastor de hombres. Parecióle que sería lo mejor ir en busca del Atrida, y así lo hizo; mientras los demás, combatiendo, se mataban unos a otros, y el duro bronce resonaba alrededor de sus cuerpos a los golpes de las espadas y de las lanzas de doble filo.

Encontráronse con Néstor los reyes, alumnos de Zeus, que antes fueron heridos con el bronce—el Tideida, Odiseo y Agamenón, hijo de Atreo—, y entonces venían de sus naves. Estas habían sido colocadas lejos del campo de batalla, en la orilla del espumoso mar; sacáronlas a la llanura las primeras, y labraron un muro delante de las popas. Porque la ribera, con ser vasta, no podía contener todos los bajeles en una sola fila, y por esto los pusieron escalonados y llenaron con ellos el gran espacio de costa que limitaban altos promontorios. Los reyes iban juntos, con el ánimo abatido, apoyándose en las lanzas, porque querían presenciar el combate y la clamorosa pelea; y cuando vieron venir al anciano, se les sobresaltó el corazón en el pecho. Y el rey Agamenón, dirigiéndole la palabra, exclamó:

"¡Oh Néstor Neleida, gloria insigne de los aqueos! ¿Por qué vienes, dejando la homicida batalla? Temo que el impetuoso Héctor cumpla la amenaza que me hizo en su arenga a los teucros: que no regresaría a Ilión antes de pegar fuego a las naves y matar a los aquivos. Así decía, y todo se va cumpliendo. ¡Oh dioses! Los aqueos, de hermosas grebas, tienen, como Aquiles, el ánimo poseído de ira contra mí y no quieren combatir junto a los bajeles."

Respondió Néstor, caballero gerenio: "Patente es lo que dices, y ni el mismo Zeus altitonante puede modificar lo que ya ha sucedido. Derribado está el muro que esperábamos fuese indestructible reparo para las veleras naves y para nosotros mismos; y junto a ellas los teucros sostienen vivo e incesante combate. No conocerías, por más que lo mirarais, hacia qué parte van los aqueos acosados y puestos en desórden: en montón confuso reciben la muerte, y la gritería llega hasta el cielo. Deliberemos sobre lo que puede ocurrir, por si damos con alguna idea provechosa; y no propongo que entremos en combate, porque es imposible que peleen los que están heridos."

Díjole el rey de los hombres Agamenón: "¡Néstor! Puesto que ya los teucros combaten junto a las popas de las naves y de ninguna utilidad ha sido el muro con su foso que los dánaos construyeron con tanta fatiga, esperando que fuese indestructible reparo para los barcos y para ellos mismos; sin duda debe de ser grato al prepotente Zeus que los aqueos perezcan sin gloria aquí, lejos de Argos. Antes yo veía que el dios auxiliaba, benévolo, a los dánaos; mas al presente da gloria a los teucros, cual si fuesen dioses bienaventurados, y encadena nuestro valor y

nuestros brazos. Ea, obremos todos como voy a decir: arrastremos las naves que se hallan más cerca de la orilla, echémoslas al mar divino y que estén sobre las anclas hasta que venga la noche inmortal; y si entonces los teucros se abstienen de combatir, podremos botar las restantes. No es reprensible evitar una desgracia, aunque sea durante la noche. Mejor es librarse huyendo, que dejarse coger."

El ingenioso Odiseo, mirándole con torva faz, exclamó: "¡Atrida! ¿Qué palabras se escaparon de tus labios? ¡Hombre funesto! Debieras estar al frente de un ejército de cobardes y no mandarnos a nosotros, a quienes Zeus concedió llevar al cabo arriesgadas empresas bélicas desde la juventud a la vejez, hasta que perezcamos. ¿Quieres que dejemos la ciudad troyana de anchas calles, después de haber padecido por ella tantas fatigas? Calla y no oigan los aqueos esas palabras, las cuales no saldrían de la boca de ningún varón que supiera hablar con espíritu prudente, llevara cetro y fuera obedecido por tantos hombres cuantos son los argivos sobre quienes imperas. Repruebo completamente la proposición que hiciste: sin duda nos aconsejas que botemos al mar las naves de muchos bancos durante el combate y la pelea, para que más presto se cumplan los deseos de los teucros, ya al presente vencedores, y nuestra perdición sea inminente. Porque los aqueos no sostendrán el combate si las naves son echadas al mar; sino que, volviendo los ojos adonde puedan huír, cesarán de pelear, y tu consejo, príncipe de hombres, habrá sido dañoso."

Contestó el rey de hombres Agamenón: "¡Oh Odiseo! Tu duro reproche me ha llegado al alma; pero yo no mandaba que los aqueos arrastraran al mar,

contra su voluntad, las naves de muchos bancos. Ojalá que alguien, joven o viejo, propusiera una cosa mejor, pues le oiría con gusto.''

Y entonces les dijo Diomedes, valiente en la pelea: ''Cerca tenéis a tal hombre—no habremos de buscarle mucho—si os halláis dispuestos a obedecer; y no me vituperéis ni os irritéis contra mí, recordando que soy más joven que vosotros, pues me glorío de haber tenido por padre al valiente Tideo, cuyo cuerpo está enterrado en Tebas. Engendró Porteo tres hijos ilustres que habitaron en Pleurón y en la excelsa Calidón: Agrio, Melas y el caballero Oineo, mi abuelo paterno, que era el más valiente. Oineo quedóse en su país pero mi padre, después de vagar algún tiempo, se estableció en Argos porque así lo quisieron Zeus y los demás dioses, casó con una hija de Adrasto y vivió en una casa abastada de riqueza: poseía muchos trigales, no pocas plantaciones de árboles en los alrededores de la población, y copiosos rebaños; y aventajaba a todos los aquivos en el manejo de la lanza. Tales cosas las habréis oído referir como ciertas que son. No sea que, figurándoos quizás que por mi linaje he de ser cobarde y débil, despreciéis lo bueno que os diga. Ea, vayamos a la batalla, no obstante estar heridos, pues la necesidad apremia; pongámonos fuera del alcance de los tiros para no recibir lesiones sobre lesiones; animemos a los demás y hagamos que entren en combate cuantos, cediendo a su ánimo indolente, permanecen alejados y no pelean.''

Así se expresó, y ellos le escucharon y obedecieron. Echaron a andar, y el rey de hombres Agamenón iba delante.

El ilustre Poseidón, que sacude la tierra, estaba

al acecho; y transfigurándose en un viejo, se dirigió a los reyes, tomó la diestra de Agamenón Atrida y le dijo estas aladas palabras:

"¡Atrida! Aquiles, al contemplar la matanza y la derrota de los aqueos, debe de sentir que en el pecho se le regocija el corazón pernicioso, porque está falto de juicio. ¡Así pereciera y una deidad le cubriese de ignominia! Pero los bienaventurados dioses no se hallan irritados contigo, y los caudillos y príncipes de los teucros serán puestos en fuga y levantarán nubes de polvo en la llanura espaciosa; tú mismo los verás huír desde las tiendas y naves a la ciudad."

Cuando así hubo hablado, dió un gran alarido y empezó a correr por la llanura. Cual es la gritería de nueve o diez mil guerreros al trabarse la marcial contienda, tan pujante fué la voz que el soberano Poseidón, que bate la tierra, hizo salir de su pecho. Y el dios infundió valor en el corazón de todos los aqueos para que lucharan y combatieran sin descanso.

Hera, la de áureo trono, mirando desde la cima del Olimpo, conoció a su hermano y cuñado, y regocijóse en el alma; pero vió a Zeus sentado en la más alta cumbre del Ida, abundante en manantiales, y se le hizo odioso en su corazón. Entonces Hera veneranda, la de los ojos de buey, pensaba cómo podría engañar a Zeus, que lleva la égida. Al fin parecióle que la mejor resolución sería ataviarse bien y encaminarse al Ida, por si Zeus, abrasándose en amor, quería dormir a su lado y ella lograba derramar sobre los párpados y el prudente espíritu del dios dulce y placentero sueño. Sin perder un instante, fuése al tálamo labrado por su hijo Hefestos—el cual tenía una sólida puerta con cerra-

dura oculta que ninguna otra deidad sabía abrir—, entró, y habiendo entornado la puerta, lavóse con ambrosía el cuerpo encantador y lo untó con un aceite craso, divino, suave y tan oloroso que, al moverlo en el palacio de Zeus, erigido sobre bronce, su fragancia se difundió por el uranos y la tierra. Ungido el hermoso cutis, se compuso el cabello y con sus propias manos formó los rizos lustrosos, bellos, divinales, que colgaban de la cabeza inmortal. Echóse en seguida el manto divino, adornado con muchas bordaduras, que Atenea le hiciera; y sujetólo al pecho con broche de oro. Púsose luego un ceñidor que tenía cien borlones, y colgó de las perforadas orejas unos pendientes de tres piedras preciosas grandes como ojos, espléndidas, de gracioso brillo. Después, la divina entre las diosas se cubrió con un velo hermoso, nuevo, tan blanco como el sol; y calzó sus nítidos pies con bellas sandalias. Y cuando hubo ataviado su cuerpo con todos los adornos, salió de la estancia; y llamando a Afrodita aparte de los dioses, hablóle en estos términos:

"¡Hija querida! ¿Querrás complacerme en lo que te diga, o te negarás, irritada en tu ánimo, porque yo protejo a los dánaos y tú a los teucros?"

Respondióle Afrodita, hija de Zeus: "¡Hera, venerable diosa, hija del gran Cronos! Di qué quieres; mi corazón me impulsa a realizarlo, si puedo y es hacedero."

Contestóle dolosamente la venerable Hera: "Dame el amor y el deseo con los cuales rindes a todos los inmortales y a los mortales hombres. Voy a los confines de la fértil tierra para ver a Océano, padre de los dioses, y a la madre Tetis, los cuales me recibieron de manos de Rea y me criaron y educaron

en su palacio, cuando el longividente Zeus puso a Cronos debajo de la tierra y del mar estéril. Iré a visitarlos para dar fin a sus rencillas. Tiempo ha que se privan del amor y del tálamo, porque la cólera anidó en sus corazones. Si apaciguara con mis palabras su ánimo y lograra que reanudasen el amoroso consorcio, me llamarían siempre querida y venerable.''

Respondió de nuevo la risueña Afrodita: ''No es posible ni sería conveniente negarte lo que pides, pues duermes en los brazos del poderosísimo Zeus.''

Dijo; y desató del pecho el cinto bordado, de variada labor, que encerraba todos los encantos: hallábanse allí el amor, el deseo, las amorosas pláticas y el lenguaje seductor que hace perder el juicio a los más prudentes. Púsolo en las manos de Hera, y pronunció estas palabras:

''Toma y esconde en tu seno el bordado ceñidor donde todo se halla. Yo te aseguro que no volverás sin haber logrado lo que te propongas.''

Así habló. Sonrióse Hera veneranda, la de los grandes ojos; y sonriente aún, escondió el ceñidor en el seno. Afrodita, hija de Zeus, volvió a su morada. Hera dejó en raudo vuelo la cima del Olimpo, y pasando por la Pieria y la deleitosa Ematia, salvó las altas y nevadas cumbres de las montañas donde viven los jinetes tracios, sin que sus pies tocaran la tierra; descendió por el Atos al fluctuoso ponto y llegó a Lemnos, ciudad del divino Toas. Allí se encontró con Hipnos, hermano de Tanatos; y asiéndole de la diestra, le dijo estas palabras:

''¡Oh Hipnos, rey de todos los dioses y de todos los hombres! Si en otra ocasión escuchaste mi voz, obedéceme también ahora, y mi gratitud será po-

renne. Adormece los brillantes ojos de Zeus debajo de sus párpados, tan pronto como, vencido por el amor, se acueste conmigo. Te daré como premio un trono hermoso, incorruptible, de oro; y mi hijo Hefestos, el cojo de ambos pies, te hará un escabel que te sirva para apoyar las nítidas plantas, cuando asistas a los festines.''

Respondióle el dulce Hipnos: ''¡Hera, venerable diosa, hija del gran Cronos! Fácilmente adormecería a cualquier otro de los sempiternos dioses y aun a las corrientes del río Oceano, que es el padre de todos ellos, pero no me acercaré ni adormeceré a Zeus Cronida, si él no lo manda. Me hizo cuerdo tu mandato el día en que el animoso hijo de Zeus se embarcó en Ilión, después de destruir la ciudad troyana. Entonces sumí en grato sopor la mente de Zeus, que lleva la égida, difundiéndome suave en torno suyo; y tú, que te proponías causar daño a Heracles, conseguiste que los vientos impetuosos soplaran sobre el ponto y lo llevaran a la populosa Cos, lejos de sus amigos. Zeus despertó y encendióse en ira: maltrataba a los dioses en el palacio, me buscaba a mí, y me hubiera hecho desaparecer, arrojándome del éter al ponto, si la Noche, que rinde a los dioses y a los hombres, no me hubiese salvado; lleguéme a ella, y aquél se contuvo, aunque irritado, porque temió hacer algo que a la rápida noche desagradara. Y ahora me mandas realizar otra cosa peligrosísima.''

Respondióle Hera veneranda, la de los grandes ojos: ''¡Hipnos! ¿Por qué en la mente revuelves tales cosas? ¿Crees que el longividente Zeus favorecerá tanto a los teucros, como en la época en que se irritó protegía a su hijo Heracles? Ea, ve y prometo darte, para que te cases con ella y lleve

el nombre de esposa tuya, la más joven de las Kárites, Pasitea, cuya posesión constantemente anhelas.''

Así habló. Alegróse Hipnos, y respondió diciendo: ''Jura por el agua sagrada de la Estigia, tocando con una mano la fértil tierra y con la otra el brillante mar, para que sean testigos los dioses subtartáreos que están con Cronos, que me darás la más joven de las Kárites, Pasitea, cuya posesión constantemente anhelo.''

Así dijo. No desobedeció Hera, la diosa de los brazos de nieve y juró como se le pedía, nombrando a todos los dioses subtartáreos llamados Titanes. Prestado el juramento, partieron ocultos en una nube, dejaron atrás a Lemnos y la ciudad de Imbros, y siguiendo con rapidez el camino llegaron a Lecto, en el Ida, abundante en manantiales y criador de fieras; allí pasaron del mar a tierra firme, y anduvieron haciendo estremecer bajo sus pies la cima de los árboles de la selva. Detúvose Hipnos, antes que los ojos de Zeus pudieran verle, y encaramándose en un abeto altísimo que naciera en el Ida y por el aire llegaba al éter, se ocultó entre las ramas como la montaraz ave canora llamada por los dioses ''calcis'' y por los hombres ''cymindis''.

Hera subió ligera al Gárgaro, la cumbre más alta del Ida; Zeus, que amontona las nubes, la vió venir; y apenas la distinguió, enseñoreóse de su prudente espíritu el mismo deseo que cuando gozaron las primicias del amor, acostándose a escondidas de sus padres. Y así que la tuvo delante, le habló diciendo:

''¡Hera! ¿Adónde vas, que tan presurosa vienes del Olimpo, sin los caballos y el carro que podrían conducirte?''

Respondióle dolosamente la venerable Hera: "Voy a los confines de la fértil tierra, a ver a Océano, padre de los dioses, y a la madre Tetis, que me recibieron de manos de Rea y me criaron y educaron en su palacio. Iré a visitarlos para dar fin a sus rencillas. Tiempo ha que se privan del amor y del tálamo, porque la cólera anidó en sus corazones. Tengo al pie del Ida los corceles que me llevarán por tierra y por mar, y vengo del Olimpo a participártelo; no fuera que te enfadaras si me encaminase, sin decírtelo, al palacio del Océano, de profunda corriente."

Contestó Zeus, que amontona las nubes: "¡Hera! Allá se puede ir más tarde. Ea, acostémonos y gocemos del amor. Jamás la pasión por una diosa o por una mujer se difundió por mi pecho, ni me avasalló como ahora: nunca he amado así, ni a la esposa de Ixión, que parió a Pirítoo, consejero igual a los dioses; ni a Dánae, la de bellos talones, hija de Acrisio, que dió a luz a Perseo, el más ilustre de los hombres; ni a la celebrada hija de Fénix, que fué madre de Minos y de Radamanto, igual a un dios; ni a Semele, ni a Alcmena en Tebas, de la que tuve a Heracles, de ánimo valeroso, y de Semele a Dionisos, alegría de los mortales; ni a Deméter, la soberana de hermosas trenzas; ni a la gloriosa Leto; ni a ti misma: con tal ansia te amo en este momento y tan dulce es el deseo que de mí se apodera."

Replicóle dolosamente la venerable Hera: "¡Terribilísimo Cronida! ¡Qué palabras proferiste! ¡Quieres acostarte y gozar del amor en las cumbres del Ida, donde todo es patente! ¿Qué ocurriría si alguno de los sempiternos dioses nos viese dormidos y lo manifestara a todas las deidades? Yo no volvería a tu palacio al levantarme del lecho; vergonzoso

fuera. Mas, si lo deseas y a tu corazón es grato, tienes la cámara que tu hijo Hefesto labró, cerrando la puerta con sólidas tablas que encajan en el marco. Vamos a acostarnos allí, ya que folgar te place.''

Respondióle Zeus, que amontona las nubes: ''¡Hera! No temas que nos vea ningún dios ni hombre: te cubriré con una nube dorada que ni Helios, con su luz, que es la más penetrante de todas, podría atravesar para mirarnos.''

Dijo el Cronida, y estrechó en sus brazos a la esposa. La tierra produjo verde hierba, loto fresco, azafrán y jacinto espeso y tierno para levantarlos del suelo. Acostáronse allí y cubriéronse con una hermosa nube dorada, de la cual caían lucientes gotas de rocío.

Tan tranquilamente dormía el padre sobre el alto Gárgaro, vencido por el sueño y el amor y abrazado con su esposa. El dulce Hipnos corrió hacia las naves aqueas para llevar la noticia a Poseidón, que ciño la tierra; y deteniéndose cerca de él, pronunció estas aladas palabras:

''¡Oh Poseidón! Socorre pronto a los dánaos y dales gloria, aunque sea breve, mientras duerme Zeus; a quien he sumido en dulce letargo, después que Hera, engañándole, logró que se acostara para gozar del amor.''

Dicho esto, fuése hacia la ínclitas tribus de los hombres. Y Poseidón, más incitado que antes a socorrer a los dánaos, saltó en seguida a las primeras filas y les exhortó diciendo:

''¡Argivos! ¿Cederemos nuevamente la victoria a Héctor Priámida, para que se apodere de los bajeles y alcance gloria? Así se lo figura él y de ello se jacta, porque Aquiles permanece en las cóncavas naves con el corazón irritado. Pero Aquiles no hará

gran falta, si los demás procuramos auxiliarnos mutuamente. Ea, obremos todos como voy a decir. Embrazad los escudos mayores y más fuertes que haya en el ejército, cubríos la cabeza con el refulgente casco, coged las picas más largas, y pongámonos en marcha: yo iré delante, y no creo que Héctor Priámida, por enardecido que esté, se atreva a esperarnos. Y el varón, que siendo bravo, tenga un escudo pequeño para proteger sus hombros, déselo al menos valiente y tome otro mejor.''

En tales términos habló, y ellos le escucharon y obedecieron. Los mismos reyes—el Tideida, Odiseo y Agamenón Atrida—, sin embargo de estar heridos, formaban el escuadrón; y recorriendo las hileras, hacían el cambio de las marciales armas. El esforzado tomaba las más fuertes y daba las peores al que le era inferior. Tan pronto como hubieron vestido el luciente bronce, se pusieron en marcha: precedíales Poseidón, que sacude la tierra, llevando en la robusta mano una espada terrible, larga y puntiaguda, que parecía un relámpago; y a nadie le era posible luchar con el dios en el funesto combate, porque el temor se los impedía a todos.

Por su parte, el esclarecido Héctor puso en orden a los teucros. Y Poseidón, el de cerúlea cabellera y el preclaro Héctor, auxiliando éste a los teucros y aquél a los argivos, extendieron el campo de la terrible pelea. El mar, agitado, llegó hasta las tiendas y naves de los argivos, y los combatientes se embistieron con gran alboroto. No braman tanto las olas del mar cuando, levantadas por el soplo terrible del Bóreas, se rompen en la tierra; ni hace tanto estrépito el ardiente fuego en la espesura del monte, al quemarse una selva; ni suena tanto el viento en las

altas copas de las encinas, si arreciando muge; cuanta fué la grita de teucros y aqueos en el momento en que, vociferando de un modo espantoso, vinieron a las manos.

El preclaro Héctor arrojó el primero la lanza a Ayax, que contra él arremetía, y no le erró; pero acertó a dar en el sitio en que se cruzaban la correa del escudo y el tahalí de la espada, guarnecida con argénteos clavos, y ambos protegieron el delicado cuerpo. Irritóse Héctor porque la lanza había sido arrojada inútilmente por su mano, y retrocedió hacia el grupo de sus amigos para evitar la muerte. El gran Ayax Telamonio, al ver que Héctor se retiraba, cogió una de las muchas piedras que servían para calzar las naves y rodaban entonces entre los pies de los combatientes, y con ella le hirió en el pecho, por cima del escudo, junto a la garganta; la piedra, lanzada con ímpetu, giraba como un torbellino. Como viene a tierra la encina arrancada de raíz por el rayo de Zeus, despidiendo un fuerte olor de azufre, y el que se halla cerca desfallece, pues el rayo del gran Zeus es formidable; de igual manera, el robusto Héctor dió consigo en el suelo y cayó en el polvo: la pica se le fué de la mano, quedaron encima de él escudo y casco, y la armadura de labrado bronce resonó en torno del cuerpo. Los aquivos corrieron hacia Héctor, dando recias voces, con la esperanza de arrastrarlo a su campo; mas, aunque arrojaron muchas lanzas, no consiguieron herir al pastor de hombres, ni de cerca, ni de lejos, porque fué rodeado por los más valientes teucros—Polidamas, Eneas, el divino Agenor, Sarpedón, caudillo de los licios, y el eximio Glauco—, y los otros tampoco le abandonaron, pues se pusieron delante con sus rodelas. Los amigos de

Héctor levantáronle en brazos, condujéronle adonde tenían los ágiles corceles con el labrado carro y el auriga, y se lo llevaron hacia la ciudad, mientras daba profundos supiros.

Mas, al llegar al vado del voraginoso Janto, río de hermosa corriente que el inmortal Zeus engendró, bajaron a Héctor del carro y le rociaron el rostro con agua: el héroe cobró los perdidos espíritus, miró a lo alto, y poniéndose de rodillas, tuvo un vómito de negra sangre; luego cayó de espaldas y la noche obscura cubrió sus ojos, porque aún tenía débil el ánimo a consecuencia del golpe recibido.

Los argivos, cuando vieron que Héctor se ausentaba, arremetieron con más ímpetu a los teucros, y sólo pensaron en combatir. Entonces el veloz Ayax de Oileo fué el primero que, acometiendo con la puntiaguda lanza, hirió a Satnio Enópida, a quien una náyade había tenido de Enope, mientras éste apacentaba rebaños a orillas del Sátniois: Ayax de Oileo, famoso por su lanza, llegóse a él, le hirió en el ijar y le tumbó de espaldas; y en torno del cadáver, teucros y dánaos trabaron un duro combate. Fué a vengarle Polidamas, hábil en blandir la lanza; e hirió en el hombre derecho a Protoenor, hijo de Arelico: la impetuosa lanza atravesó el hombro, y el guerrero, cayendo en el polvo, cogió el suelo con sus manos. Y Polidamas exclamó con gran jactancia y a voz en grito:

"No creo que el brazo robusto del valeroso hijo de Pántoo haya despedido la lanza en vano; algún argivo la recibió en su cuerpo, y me figuro que le servirá de báculo para apoyarse en ella y descender a la morada de Hades."

Así habló. Sus jactanciosas palabras apesadumbraron a los argivos y conmovieron el corazón del gue-

rrero Ayax Telamonio, a cuyo lado cayó Protoenor. En el acto arrojó Ayax una reluciente lanza a Polidamas, que ya se retiraba; éste dió un salto oblicuo y evitóla, librándose de la negra muerte; pero en cambio la recibió Arquíloco, hijo de Antenor, a quien los dioses habían destinado a morir; la lanza se clavó en la unión de la cabeza con el cuello, en la primera vértebra, y cortó ambos ligamentos; cayó el guerrero, y cabeza, boca y narices llegaron al suelo antes que las piernas y las rodillas. Y Ayax, vociferando, al eximio Polidamas le decía:

"Reflexiona, oh Polidamas, y dime sinceramente: ¿La muerte de ese hombre no compensa la de Protoenor? No parece vil, ni de viles nacido, sino hermano o hijo de Antenor, domador de caballos, pues tiene el mismo aire de familia."

Así dijo, porque le conocía bien; y a los teucros se les llenó el corazón de pesar. Entonces Acamas, que se hallaba junto al cadáver de su hermano para protegerlo, envasó la lanza a Prómaco, el beocio, cuando éste cogía por los pies al muerto e intentaba llevárselo. Y en seguida jactóse grandemente, dando recias voces:

"¡Argivos que sólo con el arco sabéis combatir y nunca os cansáis de proferir amenazas! El trabajo y los pesares no han de ser solamente para nosotros, y algún día recibiréis la muerte de este mismo modo. Mirad a Prómaco, que yace en el suelo, vencido por mi pica, para que la venganza por la muerte de un hermano no sufra dilación. Por esto el hombre que es víctima de alguna desgracia, anhela dejar un hermano que pueda vengarle."

Así se expresó. Sus jactanciosas frases apesadumbraron a los argivos y conmovieron el corazón del aguerrido Peneleo, que arremetió contra Acamas;

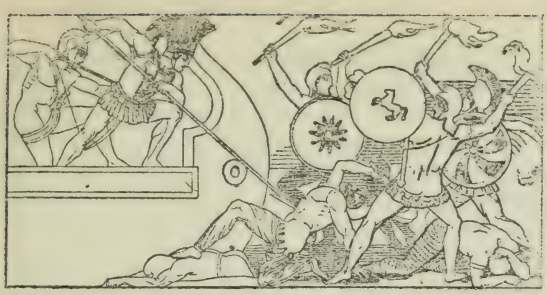
pero éste no aguardó la acometida. Peneleo hirió a Ilioneo, hijo único que a Forbante—hombre rico en ovejas y amado sobre todos los teucros por Hermes, que le dió muchos bienes—su esposa le pariera: la lanza, penetrando por debajo de una ceja, le arrancó la pupila, le atravesó el ojo y salió por la nuca, y el guerrero vino al suelo con los brazos abiertos. Peneleo, desnudando la aguda espada, le cercenó la cabeza, que cayó a tierra con el casco; y como la fornida lanza seguía clavada en el ojo, cogióla, levantó la cabeza cual si fuese una flor de adormidera, la mostró a los teucros, y blasonando del triunfo, dijo:

"¡Teucros! Decid en mi nombre a los padres del ilustre Ilioneo que le lloren en su palacio; ya que tampoco la esposa de Prómaco Alegenórida recibirá con alegre rostro a su marido cuando, embarcándonos en Ilión, volvamos a nuestra patria."

Así habló. A todos les temblaron las carnes de miedo, y cada cual buscaba adonde huír para librarse de una muerte espantosa.

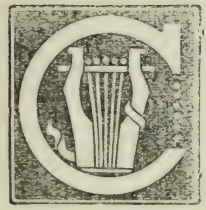
Decidme ahora, Musas que poseéis olímpicos palacios, cuál fué el primer aquivo que recogió del suelo cruentos despojos, cuando el ilustre Poseidón, que bate la tierra, inclinó el combate en favor de los aqueos.

Ayax Telamonio, el primero, hirió a Hirtio Girtíada; Antíloco hizo perecer a Falces y a Mérmero, despojándolos luego de las armas; Meriones mató a Moris e Hipotión; Teucro quitó la vida a Protoón y Perifetes; y el Atrida hirió en el hijar a Hiperenor, pastor de hombres: el bronce atravesó los intestinos, el alma salió presurosa por la herida, y la obscuridad cubrió los ojos del guerrero. Y el veloz Ayax, hijo de Oileo, mató a muchos: porque nadie le igualaba en perseguir a los guerreros aterrorizados, cuando Zeus los ponía en fuga.



Ayax rechaza a los teucros que van a incendiar las naves de los griegos

RAPSODIA DECIMOQUINTA



UANDO los teucros hubieron atravesado en su huída el foso y la estacada, muriendo muchos a manos de los dánaos, llegaron al sitio donde tenían los corceles e hicieron alto, amedrentados y pálidos de miedo. En aquel instante despertó Zeus en la cumbre del Ida, al lado de Hera, la de áureo trono. Levantóse y vió a los teucros perseguidos por los aqueos, que los ponían en desorden; y entre éstos al soberano Poseidón. Vió también a Héctor tendido en la llanura y rodeado de amigos, jadeante, privado de conocimiento, vomitando sangre; que no fué el más débil de los aqueos quien le causó la herida. El padre de los hombres y de los dioses, compadeciéndose de él, miró con torva y terrible faz a Hera, y así le dijo:

"Tu engaño, Hera maléfica e incorregible, ha hecho que Héctor dejara de combatir y que sus tropas se dieran a la fuga. No sé si castigarte con azotes, para que seas la primera en gozar de tu funesta astucia. ¿Por ventura no te acuerdas de cuando estuviste colgada en lo alto y puse en tus pies sendos yunques, y en tus manos áureas e irrompibles esposas? Te hallabas suspendida en medio del éter y de las nubes, los dioses del vasto Olimpo te rodeaban indignados, pero no podían desatarte—si entonces llego a coger a alguno, le arrojo de estos umbrales y llega a la tierra casi sin vida—y yo no lograba echar del corazón el continuo pesar que sentía por el divino Heracles, a quien tú, produciendo una tempestad con el auxilio del Bóreas, arrojaste con perversa intención al mar estéril y llevaste luego a la populosa Cos; allí le libré de los peligros y le conduje nuevamente a la Argólide, criadora de caballos, después que hubo padecido muchas fatigas. Te lo recuerdo para que pongas fin a tus engaños y sepas si te será provechoso haber venido de la mansión de los dioses a burlarme con los goces del amor."

Así se expresó. Estremecióse Hera veneranda, la de los grandes ojos, y pronunció estas aladas palabras:

"Sean testigos Gea y el anchuroso Uranos y el agua de la Estigia, de subterránea corriente—que es el juramento mayor y más terrible para los bienaventurados dioses—, y tu cabeza sagrada y nuestro tálamo nupcial, por el que nunca juraría en vano: no es por mi consejo que Poseidón, el que sacude la tierra, daña a los teucros y a Héctor y auxilia a los otros; su mismo ánimo debe de impelerle y animarle, o quizás se compadece de los aqueos al ver que son derro-

tados junto a las naves. Mas yo aconsejaría a Poseidón que fuera por donde tú, el de las sombrías nubes, le mandaras.''

Así dijo. Sonrióse el padre de los hombres y de los dioses, y respondió con estas aladas palabras:

''Si tú, Hera veneranda, la de los ojos de buey, cuando te sientas entre los inmortales estuvieras de acuerdo conmigo, Poseidón, aunque otra cosa deseara, acomodaría muy pronto su modo de pensar al nuestro. Pero si en este momento hablas franca y sinceramente, ve a la mansión de los dioses y manda venir a Iris y a Apolo, famoso por su arco; para que aquélla, encaminándose al ejército de los aqueos, de lorigas de bronce, diga al soberano Poseidón que cese de combatir y vuelva a su palacio; y Febo Apolo incite a Héctor a la pelea, le infunda valor y le haga olvidar los dolores que le oprimen el corazón, a fin de que rechace nuevamente a los aquivos, los cuales llegarán en cobarde fuga a las naves, de muchos bancos, del Peleida Aquiles. Este enviará a la lid a su compañero Patroclo, que morirá, herido por la lanza del preclaro Héctor, cerca de Ilión, después de quitar la vida a muchos jóvenes, y entre ellos al ilustre Sarpedón, mi hijo. Irritado por la muerte de Patroclo, el divino Aquiles matará a Héctor. Desde aquel instante haré que los teucros sean perseguidos continuamente desde las naves, hasta que los aqueos tomen la excelsa Ilión. Y no cesará mi enojo, ni dejaré que ningún inmortal socorra a los dánaos, mientras no se cumpla el voto del Peleida, como lo prometí, asintiendo con la cabeza, el día en que Tetis abrazó mis rodillas y me suplicó que honrase a Aquiles, asolador de ciudades.''

De tal suerte habló. Hera, la diosa de los níveos brazos, no fué desobediente, y pasó de los montes

ideos al vasto Olimpo. Como corre veloz el pensamiento del hombre que habiendo viajado por muchas tierras, las recuerda en su reflexivo espíritu, y dice estuve acá o allá y revuelve en la mente muchas cosas, tan rápida y presurosa volaba la venerable Hera, y pronto llegó al excelso Olimpo. Los dioses inmortales, que se hallaban reunidos en el palacio de Zeus, levantáronse al verla y le ofrecieron copas de néctar. Y Hera aceptó la que le presentaba Temis, la de hermosas mejillas, que fué la primera que corrió a su encuentro, y le dijo estas aladas palabras:

"¡Hera! ¿Por qué vienes con esa cara de espanto? sin duda te atemorizó tu esposo, el hijo de Cronos."

Respondióle Hera, la diosa de los cándidos brazos: "No me lo preguntes, diosa Temis; tú misma sabes cuán soberbio y despiadado es el ánimo de Zeus. Preside tú en el palacio el festín de los dioses, y oirás con los demás inmortales qué desgracias anuncia Zeus; figúrome que nadie, sea hombre o dios, se regocijará en el alma por más alegre que esté en el banquete."

Dichas estas palabres, sentóse la venerable Hera. Afligiéronse los dioses en la morada de Zeus. Aquélla, aunque con la sonrisa en los labios, no mostraba alegría en la frente, sobre las negras cejas. E indignada, exclamó:

"¡Cuán necios somos los que tontamente nos irritamos contra Zeus! Queremos acercarnos a él y contenerle con palabras o por medio de la violencia; y él, sentado aparte, ni nos hace caso, ni se preocupa, porque dice que en fuerza y poder es muy superior a todos los dioses inmortales. Por tanto, sufrid los infortunios que respectivamente os envíe. Creo que al impetuoso Ares le ha ocurrido ya una desgracia:

pues murió en la pelea Ascálafo, a quien amaba sobre todos los hombres y reconocía por su hijo.''

Así habló. Ares bajó los brazos, golpeóse los muslos, y suspirando dijo:

''No os irritéis conmigo, vosotros los que habitáis olímpicos palacios, si voy a las naves aqueas para vengar la muerte de mi hijo; iría aunque el destino hubiese dispuesto que me cayera encima el rayo de Zeus, dejándome tendido con los muertos, entre sangre y polvo.''

Dijo, y mandó al Terror y a la Fuga que uncieran los caballos, mientras vestía las refulgentes armas. Mayor y más terrible hubiera sido entonces el enojo y la ira de Zeus contra los inmortales; pero Atenea, temiendo por todos los dioses, se levantó del trono, salió por el vestíbulo, y quitándole a Ares de la cabeza el casco, de la espalda el escudo y de la robusta mano la pica de bronce, que apoyó contra la pared, dirigió al impetuoso dios estas palabras:

''¡Loco, insensato! ¿Quieres perecer? En vano tienes oídos para oír, o has perdido la razón y la vergüenza. ¿No oyes lo que dice Hera, la diosa de los níveos brazos, que acaba de ver a Zeus olímpico? ¿O deseas, acaso, tener que regresar al Olimpo a viva fuerza, triste y habiendo padecido muchos males, y causar gran daño a los otros dioses? Porque el Cronión dejará en seguida a los altivos teucros y a los aqueos, vendrá al Olimpo a promover tumulto entre nosotros, y castigará, así al culpable como al inocente. Por esta razón te exhorto a templar tu enojo por la muerte del hijo. Algún otro superior a él en valor y fuerza ha muerto o morirá, porque es difícil conservar todas las familias de los hombres y salvar a todos los individuos.''

Dicho esto, condujo a su asiento al furibundo Ares. Hera llamó afuera del palacio a Apolo y a Iris, la mensajera de los inmortales dioses, y les dijo estas aladas palabras:

"Zeus os manda que vayáis al Ida lo antes posible; y cuando hubiereis llegado a su presencia, haced lo que os encargue y ordene."

La venerable Hera, apenas acabó de hablar, volvió al palacio y se sentó en su trono. Ellos bajaron en raudo vuelo al Ida, abundante en manantiales y criador de fieras, y hallaron al longividente Cronida sentado en la cima del Gárgaro, debajo de olorosa nube. Al llegar a la presencia de Zeus, que amontona las nubes, se detuvieron; y Zeus, al verlos, no se irritó, porque habían obedecido con presteza las órdenes de Hera. Y hablando primero con Iris, profirió estas aladas palabras:

"¡Anda, vé, rapida Iris! Anuncia esto al soberano Poseidón y no seas mensajera falaz: mándale que, cesando de pelear y combatir, se vaya a la mansión de los dioses o al mar divino. Y si no quiere obedecer mis palabras y las desprecia, reflexione en su mente y en su corazón si, aunque sea poderoso, se atreverá a esperarme cuando me dirija contra él; pues le aventajo mucho en fuerza y edad, por más que en su ánimo se crea igual a mí, a quien todos temen."

De este modo habló. La rápida Iris, de pies veloces como el viento, no desobedeció; y bajó de los montes ideos a la sagrada Ilión. Como cae de las nubes la nieve o el helado granizo, a impulso del Bóreas, nacido en el éter; tan rápida y presurosa volaba la ligera Iris; y deteniéndose cerca del ínclito Poseidón, así les dijo:

"Vengo, oh Poseidón, el de cerúlea cabellera, a

traerte un mensaje de parte de Zeus, que lleva la égida. Te manda que, cesando de pelear y combatir, te vayas a la mansión de los dioses o al mar divino. Y si no quieres obedecer sus palabras y las desprecias, te amenaza con venir a luchar contigo y te aconseja que evites sus manos; porque dice que te supera mucho en fuerza y edad, por más que en tu ánimo te creas igual a él, a quien todos temen.''

Respondióle muy indignado el ínclito Poseidón, que bate la tierra: ''¡Oh dioses! Con soberbia habla, aunque sea valiente, si dice que me sujetará por fuerza y contra mi querer; a mí, que disfruto de sus mismos honores. Tres somos los hermanos nacidos de Rea y de Cronos: Zeus, yo y el tercero Hades, que reina en los infiernos. El universo se dividió en tres partes para que cada cual imperase en la suya. Yo tuve por suerte habitar siempre en el espumoso y agitado mar, tocáronle a Hades las tinieblas sombrías, correspondió a Zeus el anchuroso uranos en medio del éter y las nubes; pero la tierra y el alto Olimpo son de todos. Por tanto, no obraré según lo decida Zeus; y éste, aunque sea poderoso, permanezca tranquilo en la tercia parte que le pertenece. No pretenda asustarme con sus manos como si tratase con un cobarde. Mejor fuera que con esas vehementes palabras riñese a los hijos e hijas que engendró, pues éstos tendrían que obedecer necesariamente lo que les ordenare.''

Replicó la alada Iris, de pies veloces como el viento: ''¿He de llevar a Zeus, oh Poseidón, el de cerúlea cabellera, una respuesta tan dura y fuerte? ¿No querrías modificarla? La mente de los sensatos es flexible. Ya sabes que las Erinnias se declaran siempre por los de más edad.''

Contestó Poseidón, que sacude la tierra: ''¡Diosa

Iris! Muy oportuno es cuanto acabas de decir. Bueno es que el mensajero comprenda lo que es conveniente. Pero el pesar me llega al corazón y al alma, cuando aquél quiere increpar con iracundas voces a quien el hado hiciera su igual en suerte y destino. Ahora cederé, aunque estoy irritado. Mas te diré otra cosa y haré una amenaza: si a despecho de mí, de Atenea, que impera en las batallas, de Hera, de Hermes y del rey Hefestos, conservare la excelsa Ilión e impidiere que, destruyéndola, alcanzasen los argivos una gran victoria, sepa que nuestra ira será implacable.''

Cuando esto hubo dicho, el dios que bate la tierra desamparó a los aqueos y se sumergió en el mar; pronto los héroes aquivos le echaron de menos. Entonces Zeus, que amontona las nubes, dijo a Apolo:

''Ve ahora, querido Febo, a encontrar a Héctor, el de broncíneo casco. Ya Poseidón que ciñe y bate la tierra, se fué al mar divino, para librarse de mi térrible cólera; pues hasta los dioses que están en torno de Cronos, debajo de la tierra, hubieran oído el estrépito de nuestro combate. Mucho mejor es para mí y para él que, temeroso, haya cedido a mi fuerza, porque no sin sudor se hubiera efectuado la lucha. Ahora, toma en tus manos la égida floqueada, agítala, y espanta a los héroes aquivos; y luego, cuída, oh Flechador, del esclarecido Héctor e infúndele gran vigor, hasta que los aqueos lleguen, huyendo, a las naves y al Helesponto. Entonces pensaré lo que fuere conveniente hacer o decir para que los aqueos respiren de sus cuitas.''

Tal dijo, y Apolo no desobedeció a su padre. Descendió de los montes ideos, semejante al gavilán que mata a las palomas y es la más veloz de las aves, y

halló al divino Héctor, hijo del belicoso Príamo, ya no postrado en el suelo, sino sentado: iba cobrando ánimo y aliento, y reconocía a los amigos que le circundaban, porque la angustia y el sudor habían cesado desde que Zeus decidiera animar al héroe. El flechador Apolo se detuvo a su vera, y le dijo: "¡Héctor, hijo de Príamo! ¿Por qué te encuentro sentado, lejos de los demás y desfallecido? ¿Te abruma algún pesar?"

Con lánguida voz respondióle Héctor, de tremolante casco: "¿Quién eres tú, oh el mejor de los dioses, que vienes a mi presencia y me interrogas? ¿No sabes que Ayax, valiente en la pelea, me hirió en el pecho con una piedra, mientras yo mataba a sus compañeros junto a las naves de los aqueos, e hizo desfallecer mi impetuoso valor? Figurábame que vería hoy mismo a los muertos y la morada de Hades, porque ya iba a exhalar el alma."

Contestó el soberano flechador Apolo: "Cobra ánimo. El Cronión te manda desde el Ida como defensor, para asistirte y ayudarte a Febo Apolo, el de la áurea espada; a mí que ya antes protegía tu persona y tu excelsa ciudad. Ea, ordena a tus muchos caudillos que guíen los veloces caballos hacia las cóncavas naves; y yo, marchando a su frente, allanaré el camino a los corceles y pondré en fuga a los héroes aquivos."

Dijo, e infundió un gran vigor al pastor de hombres. Como el corcel avezado a bañarse en la cristalina corriente de un río, cuando se ve atado en el establo come la cebada del pesebre, y rompiendo el ronzal sale trotando por la llanura, yergue orgulloso la cerviz, ondean las crines sobre sú cuello y ufano de su lozanía mueve ligero las rodillas encaminándose al sitio donde los caballos pacen; tan ligeramente movía Héc-

tor pies y rodillas, exhortando a los capitanes, después que oyó la voz de Apolo. Así como, cuando perros y pastores persiguen a un cornígero ciervo o a una cabra montés que se refugia en escarpada roca o umbría selva, porque no estaba decidido por el hado que el animal fuese cogido; si atraído por la gritería, se presenta un melenudo león, a todos los pone en fuga a pesar de su empeño; así también los dánaos avanzaban en tropel, hiriendo a sus enemigos con espadas y lanzas de doble filo; mas al notar que Héctor recorría las hileras de los suyos, turbáronse y se les cayó el alma a los pies.

Entonces Toas, hijo de Andremón y el más señalado de los etolos—era diestro en arrojar el dardo, valiente en el combate a pie firme y pocos aqueos vencíanle en las juntas cuando los jóvenes contendían sobre la elocuencia—, benévolo les arengó diciendo:

"¡Oh dioses! Grande es el prodigio que a mi vista se ofrece. ¡Cómo Héctor, librándose de la muerte, se ha vuelto a levantar! Gran esperanza teníamos de que hubiese sido muerto por Ayax Telamonio; pero algún dios protegió y salvó nuevamente a Héctor, que ha quebrado las rodillas de muchos dánaos, como ahora lo hará también, pues no sin la voluntad de Zeus tonante aparece tan resuelto al frente de sus tropas. Ea, hagamos todos como voy a decir. Ordenemos a la muchedumbre que vuelva a las naves, y cuantos nos gloriamos de ser los más valientes, permanezcamos aquí y rechacémosle, yendo a su encuentro con las picas levantadas. Creo que por embravecido que tenga el corazón, temerá penetrar por entre los dánaos."

Así habló, y ellos le escucharon y obedecieron. Ayax, el rey Idomeneo, Teucro, Meriones y Meges, igual a Ares, llamando a los más valientes, los dispu-

sieron para la batalla contra Héctor y los troyanos; y la turba se retiró a las naves aqueas.

Los teucros acometieron apiñados, siguiendo a Héctor, que marchaba con arrogante paso. Delante del héroe iba Febo Apolo, cubierto por una nube, con la égida impetuosa, terrible, hirsuta, magnífica, que Hefestos, el broncista, diera a Zeus para que llevándola amedrentara a los hombres. Con ella en la mano, Apolo guiaba a las tropas.

Los argivos, apiñados también, resistieron el ataque. Levantóse en ambos ejércitos aguda gritería, las flechas saltaban de las cuerdas de los arcos y audaces manos arrojaban buen número de lanzas, de las cuales unas pocas se hundían en el cuerpo de los jóvenes poseídos de marcial furor, y las demás clavábanse en el suelo, entre los dos campos, antes de llegar a la blanca carne de que estaban codiciosas. Mientras Febo Apolo tuvo la égida inmóvil, los tiros alcanzaban por igual a unos y a otros, y los hombres caían. Mas así que la agitó frente a los dánaos, de ágiles corceles, dando un fortísimo grito, debilitó el ánimo en los pechos de los aquivos y logró que se olvidaran de su impetuoso valor. Como ponen en desorden una vacada o un hato de ovejas, dos fieras que se presentan muy entrada la obscura noche, cuando el guardián está ausente; de la misma manera, los aqueos huían espantados, porque Apolo les infundió terror y dió gloria a Héctor y a los teucros.

Entonces, ya extendida la batalla, cada caudillo teucro mató a un hombre. Héctor dió muerte a Estiquio y a Arcesilao: éste era caudillo de los beocios, de broncíneas lorigas; el otro, compañero fiel del magnánimo Menesteo. Eneas hizo perecer a Medonte y a Yaso; de los cuales, el primero era hijo bastardo del

divino Oileo y hermano de Ayax, y habitaba en Fílace, lejos de su patria, por haber muerto a un hermano de su madrastra Eriopis, y Yaso, caudillo de los atenienses, era conocido como hijo de Esfelo Bucólida. Polidamas quitó la vida a Mecisteo, Polites a Equio al trabarse el combate, y el divino Agenor a Clonio. Y Paris arrojó su lanza de Deyoco, que huía por entre los combatientes delanteros; le hirió en la extremidad del hombro, y el bronce salió al otro lado.

En tanto los teucros despojaban de las armas a los muertos, los aquivos, arrojándose al foso y a la estacada, huían por todas partes y penetraban en el muro, constreñidos por la necesidad. Y Héctor exhortaba a los teucros, diciendo a voz en grito:

"Arrojaos a las naves y dejad los cruentos despojos. Al que encuentre lejos de los bajeles, allí mismo le daré muerte, y luego sus hermanos y hermanas no le entregarán a las llamas, sino que lo despedazarán los perros fuera de la ciudad."

En diciendo esto, azotó con el látigo el lomo de los caballos; y mientras atravesaba las filas, animaba a los teucros. Estos, dando amenazadores gritos, guiaban los corceles de los carros con fragor inmenso; y Febo Apolo, que iba delante, holló con sus pies las orillas del foso profundo, echó la tierra dentro y formó un camino largo y tan ancho como la distancia que media entre el hombre que arroja una lanza para probar su fuerza y el sitio donde la misma cae. Por allí se extendieron en buen orden; y Apolo, que con la égida preciosa iba a su frente, derribaba el muro de los aqueos, con la misma facilidad con que un niño, jugando en la playa, desbarata con los pies y las manos lo que de arena había construído. Así tú, flechador Febo, destruías la obra que había costado a los aqui-

vos muchos trabajos y fatigas, y a ellos los ponías en fuga.

Los aqueos no pararon hasta las naves, y allí se animaban unos a otros, y con los brazos alzados, profiriendo grandes voces, imploraban el auxilio de las deidades. Y especialmente Néstor gerenio, protector de los aqueos, oraba levantando las manos al estrellado cielo:

"¡Padre Zeus! Si alguien en Argos, abundante en trigales, quemó en tu obsequio pingües muslos de buey o de oveja, y te pidió que lograra volver a su patria, y tú se lo prometiste asintiendo; acuérdate de ello, Zeus Olímpico, aparta de nosotros el día funesto, y no permitas que los aquivos sucumban a manos de los teucros."

Tal fué su plegaria. El próvido Zeus atendió las preces del anciano Neleida, y tronó fuertemente.

Los teucros, al oír el trueno de Zeus, que lleva la égida, arremetieron con más furia a los argivos, y sólo en combatir pensaron. Como las olas del vasto mar salvan el costado de una nave y caen sobre ella, cuando el viento arrecia y las levanta a gran altura; así los teucros pasaron el muro, e introduciendo los carros, peleaban junto a las popas con lanzas de doble filo; mientras los aqueos, subidos en las negras naves, se defendían con pértigas largas, fuertes, de punta de bronce, que para los combates navales llevaban en aquéllas.

En cuanto aquivos y teucros combatieron cerca del muro, lejos de las veleras naves, Patroclo permaneció en la tienda del bravo Eurípilo, entreteniéndole con la conversación y curándole la grave herida con drogas que mitigaran los acerbos dolores. Mas, al ver que los teucros asaltaban con ímpetu el muro y se

producía clamoreo y fuga entre los dánaos, gimió; y bajando los brazos, golpeóse los muslos, suspiró, y dijo:

"¡Eurípilo! Ya no puedo seguir aquí, aunque me necesites, porque se ha trabado una gran batalla. Te cuidará el escudero, y yo volveré presuroso a la tienda de Aquiles, para incitarle a pelear. ¿Quién sabe si con la ayuda de algún dios conmoveré su ánimo? Gran fuerza tiene la exhortación de un compañero."

Dijo, y salió. Los aqueos sostenían firmemente la acometida de los teucros, pero, aunque éstos eran menos, no podían rechazarlos de las naves; y tampoco los teucros lograban romper las falanges de los dánaos y entrar en sus tiendas y bajeles. Como la plomada nivela el mástil de un navío en manos del hábil constructor que conoce bien su arte por habérselo enseñado Atenea; de la misma manera andaba igual el combate y la pelea, y unos pugnaban en torno de unas naves y otros alrededor de otras.

Héctor fué a encontrar al glorioso Ayax; y luchando los dos por un navío, ni Héctor conseguía arredrar a Ayax y pegar fuego a los bajeles, ni Ayax lograba rechazar a Héctor desde que un dios lo acercara al campamento. Entonces el esclarecido Ayax dió una lanzada en el pecho a Calétor, hijo de Clitio, que iba a echar fuego en un barco; el teucro cayó con estrépito, y la tea desprendióse de su mano. Y Héctor, como viera que su primo caía en el polvo delante de la negra nave, exhortó a troyanos y licios, diciendo a grandes voces:

"¡Troyanos, licios, dárdanos que cuerpo a cuerpo peleáis! No dejéis de combatir en esta angostura; defended el cuerpo del hijo de Clitio, que cayó en la pelea junto a las naves, para que los aqueos no lo despojen de las armas."

Dichas estas palabras, arrojó a Ayax la luciente pica y erró el tiro; pero, en cambio, hirió a Licofrón de Citera, hijo de Mástor y escudero de Ayax, en cuyo palacio vivía desde que en aquella ciudad matara a un hombre: el agudo bronce penetró en la cabeza por encima de una oreja; y el guerrero, que se hallaba junto a Ayax, cayó de espaldas desde la nave al polvo de la tierra, y sus miembros quedaron sin vigor. Estremecióse Ayax, y dijo a su hermano:

"¡Querido Teucro! Nos han muerto al Mastórida, el compañero fiel a quien honrábamos en el palacio como a nuestros padres, desde que vino de Citera. El magnánimo Héctor le quitó la vida. Pero ¿dónde tienes las mortíferas flechas y el arco que te dió Febo Apolo?"

Así se expresó. Oyóle Teucro y acudió corriendo, con el flexible arco y el carcaj lleno de flechas; y una vez a su lado, comenzó a disparar saetas contra los troyanos. E hirió a Clito, preclaro hijo de Pisenor y compañero del ilustre Polidamas Pantoida, que con las riendas en la mano dirigía los corceles adonde más falanges en montón confuso se agitaban, para congraciarse con Héctor y los troyanos; pero pronto ocurrióle una desgracia, de que nadie, por más que lo deseara, pudo librarle: la acerba flecha se le clavó en el cuello, por detrás; el guerrero cayó del carro, y los corceles retrocedieron arrastrando con estrépito el carro vacío. Al notarlo Polidamas, su dueño, se adelantó y los detuvo; entrególos a Astínoo, hijo de Protiaón, con el encargo de que los tuviera cerca, y se mezcló de nuevo con los combatientes delanteros.

Teucro sacó otra flecha para tirarla a Héctor, armado de bronce; y si hubiese conseguido herirle y quitarle la vida mientras peleaba valerosamente, con

ello diera fin al combate que junto a las naves aqueas se sostenía. Mas no dejó de advertirlo en su mente el próvido Zeus, y salvó la vida de Héctor, a la vez que privaba de gloria a Teucro, rompiéndole a éste la cuerda del magnífico arco cuando lo tendía: la flecha, que el bronce hacía poderosa, torció su camino, y el arco cayó de las manos del guerrero. Estremecióse Teucro, y dijo a su hermano:

"¡Oh dioses! Alguna deidad que quiere frustrar nuestros medios de combate, me quitó el arco de la mano y rompió la cuerda recién torcida que até esta mañana para que pudiera despedir, sin romperse, multitud de flechas."

Respondióle el gran Ayax Telamonio: "¡Oh amigo! Deja quieto el arco con las abundantes flechas, ya que un dios lo inutilizó por odio a los dánaos; toma una larga pica y un escudo que cubra tus hombros, pelea contra los teucros y anima a la tropa. Que aun siendo vencedores, no tomen sin trabajo las naves, de muchos bancos. Sólo en combatir pensemos."

Así dijo. Teucro dejó el arco en la tienda, colgó de sus hombros un escudo formado por cuatro pieles, cubrió la robusta cabeza con un labrado casco, cuyo penacho de crines de caballo ondeaba terriblemente en la cimera, asió una fuerte lanza de aguzada broncínea punta, salió y volvió corriendo al lado de Ayax.

Héctor, al ver que las saetas de Teucro quedaban inútiles, exhortó a los troyanos y a los licios, gritando recio:

"Troyanos, licios, dárdanos, que cuerpo a cuerpo combatís! Sed hombres, amigos, y mostrad vuestro impetuoso valor junto a las cóncavas naves; pues acabo de ver con mis ojos que Zeus ha dejado inútiles

las flechas de un eximio guerrero. El influjo de Zeus lo reconocen fácilmente, así los que del dios reciben excelsa gloria, como aquellos a quienes abate y no quiere socorrer: ahora amilana a los argivos y nos favorece a nosotros. Combatid en escuadrón cerrado, junto a los bajeles; y quien sea herido mortalmente, de cerca o de lejos, cumpliéndose su destino, muera; que será honroso para él, morir combatiendo por la patria, y su esposa e hijos se verán salvos, y su casa y hacienda no sufrirán menoscabo, si los aqueos regresan en las naves a su patria tierra.''

Con estas palabras les excitó a todos el valor y la fuerza. Ayax exhortó también a sus compañeros:

''¡Qué vergüenza, argivos! Ya llegó el momento de morir o de salvarse rechazando de las naves a los teucros. ¿Esperáis acaso volver a pie a la patria tierra, si Héctor, de tremolante casco, toma los bajeles? ¿No oís cómo anima a todos los suyos y desea quemar los navíos? No les manda que vayan a un baile, sino que peleen. No hay mejor pensamiento o consejo para nosotros que éste: combatir cuerpo a cuerpo y valerosamente con el enemigo. Es preferible morir de una vez o asegurar la vida, a dejarse matar paulatina e infructuosamente en la terrible contienda, junto a los barcos, por guerreros que nos son inferiores.''

Con estas palabras les excitó a todos el valor y la fuerza. Entonces Héctor mató a Esquedio, hijo de Perimedes y caudillo de los focenses; Ayax quitó la vida a Laodamas, hijo ilustre de Antenor, que mandaba los peones; y Polidamas atacó con Oto de Cilene, compañero de Meges Fileida y jefe de los magnánimos epeos. Meges, al verlo, arremetió con la lanza a Polidamas; pero éste hurtó el cuerpo—Apolo no

quiso que el hijo de Panto sucumbiera entre los combatientes delanteros—, y aquél hirió en medio del pecho a Cresmo, que cayó con estrépito, y el aquivo le despojó de la armadura que cubría sus hombros. En tanto, Dólope Lampétida, hábil en manejar la lanza (habíalo engendrado Lampo Laomedontíada, que fué el más valiente de los hombres y estuvo dotado de impetuoso valor), arrancó contra Meges y acometiéndole de cerca, dióle un bote en el centro del escudo; pero el Fileida se salvó, gracias a la vestidura de bronce que protegía su cuerpo, la cual había sido regalada en otro tiempo a Fileo en Efira, a orillas del río Seleente, por su huésped el rey Eufetes, para que en la guerra le defendiera de los enemigos, y entonces libró de la muerte a su hijo Meges. Este, a su vez, dió una lanzada a Dólope en la parte inferior de la cimera del broncíneo casco, rompióla e hizo caer en el polvo el penacho recién teñido de vistosa púrpura. Y mientras Dólope seguía combatiendo con la esperanza de vencer, el belígero Menelao fué a ayudar a Meges; y poniéndose a su lado sin ser visto, envasó la lanza en la espalda de aquél: la punta impetuosa salió por el pecho, y el guerrero cayó de bruces. Ambos caudillos corrieron a quitarle la broncínea armadura de los hombres; y Héctor exhortaba a todos sus deudos e increpaba especialmente al esforzado Melanipo Hicetaónida; el cual, antes de presentarse los enemigos, apacentaba bueyes, de tornátiles pies, en Percote, y cuando llegaron los dánaos en las encorvadas naves, fuése a Ilión, sobresalió entre los troyanos y habitó el palacio de Príamo, que le honraba como a sus hijos. A Melanipo, pues, le reprendía Héctor, diciendo:

"¿Seremos tan indolentes, Melanipo? ¿No te con-

mueve el corazón la muerte del primo? ¿No ves cómo tratan de llevarse las armas de Dólope? Sígueme, que ya es necesario combatir de cerca con los argivos, hasta que los destruyamos o arruinen ellos la excelsa Ilión desde su cumbre y maten a los ciudadanos.''

Habiendo hablado así, echó a andar, y siguióle el varón, que parecía un dios. A su vez, el gran Ayax Telamonio exhortó a los argivos:

''¡Oh amigos! ¡Sed hombres, mostrad que tenéis un corazón pundonoroso, y avergonzaos de parecer cobardes en el duro combate! De los que sienten este temor, son más los que se salvan que los que mueren; los que huyen, ni gloria alcanzan ni entre sí se ayudan.''

Así dijo; y ellos, que ya antes deseaban derrotar al enemigo, pusieron en su corazón aquellas palabras y cercaron las naves con un muro de bronce. Zeus incitaba a los teucros contra los aqueos. Y Menelao, valiente en la pelea, exhortó a Antíloco:

''¡Antíloco! Ningún aqueo de los presentes es más joven que tú, ni más ligero de pies, ni tan fuerte en el combate. Si arremetieses a los teucros e hirieras a alguno....''

Así dijo, y alejóse de nuevo. Antíloco, animado, saltó más allá de los combatientes delanteros; y revolviendo el rostro a todas partes, arrojó la luciente lanza. Al verle, huyeron los teucros. No fué vano el tiro, pues hirió en el pecho, cerca de la tetilla, a Melanipo, animoso hijo de Hicetaón, que acababa de entrar en combate: el teucro cayó con estrépito, y la obscuridad cubrió sus ojos. Como el perro se abalanza al cervato herido por una flecha que al saltar de la madriguera le tira un cazador, dejándole sin vigor los miembros, así el belicoso Antíloco se arrojó a ti, oh

Melanipo, para quitarte la armadura. Mas no pasó inadvertido para el divino Héctor; el cual, corriendo a través del campo de batalla, fué al encuentro de Antíloco; y éste, aunque era luchador brioso, huyó sin esperarle, parecido a la fiera que causa algún daño, como matar a un perro o a un pastor junto a sus bueyes, y huye antes que se reunan muchos hombres; así huyó el Nestórida; y sobre él, los teucros y Héctor, promoviendo inmenso alboroto, hacían llover acerbos tiros. Y Antíloco, tan pronto como llegó a juntarse con sus compañeros, se detuvo y volvió la cara al enemigo.

Los teucros, semejantes a carniceros leones, asaltaban las naves y cumplían los designios de Zeus, el cual les infundía continuamente gran valor y les excitaba a combatir, y al propio tiempo abatía el ánimo de los argivos, privándoles de la gloria del triunfo. porque deseaba en su corazón dar gloria a Héctor Priámida, a fin de que éste arrojase el abrasador y voraz fuego en las corvas naves, y se realizara de todo en todo la funesta súplica de Tetis. El próvido Zeus sólo aguardaba ver con sus ojos el resplandor de una nave incendiada, pues desde aquel instante haría que los teucros fuesen perseguidos desde las naves y daría la victoria a los dánaos. Pensando en tales cosas, el dios incitaba a Héctor Priámida, ya de por sí muy enardecido, a encaminarse hacia las cóncavas naves. Como se enfurece Ares blandiendo la lanza, o se embravece el pernicioso fuego en la espesura de poblada selva, así se enfurecía Héctor: su boca estaba cubierta de espuma, los ojos le centelleaban debajo de las torvas cejas y el casco se agitaba terriblemente en sus sienes mientras peleaba. Y desde el éter, Zeus protegía únicamente a Héctor, entre tantos hombres,

y le daba honor y gloria; porque el héroe debía vivir poco, y ya Palas Atenea apresuraba la llegada del día fatal en que había de sucumbir a manos del Peleida. Héctor deseaba romper las filas de los combatientes, y probaba por donde veía mayor turba y mejores armas; mas, aunque ponía gran empeño, no pudo conseguirlo, porque los dánaos, dispuestos en columna cerrada, hicieron frente al enemigo. Cual un peñasco escarpado y grande, que en la ribera del espumoso mar resiste el ímpetu de los sonoros vientos y de las ingentes olas que allí se rompen; así los dánaos aguardaban a pie firme a los teucros y no huían. Y Héctor, resplandeciente como el fuego, saltó al centro de la turba como la ola impetuosa levantada por el viento cae desde lo alto sobre la ligera nave, llenándola de espuma, mientras el soplo terrible del huracán brama en las velas y los marineros tiemblan amedrentados porque se hallan muy cerca de la muerte; de tal modo vacilaba el ánimo en el pecho de los aqueos. Como dañino león acomete un rebaño de muchas vacas que pacen a orillas del extenso lago y son guardadas por un pastor que, no sabiendo luchar con las fieras para evitar la muerte de alguna vaca de retorcidos cuernos, va siempre con las primeras o con las últimas reses; y el león salta al centro, devora una vaca y las demás huyen espantadas: así los aqueos todos fueron puestos en fuga por Héctor y el padre Zeus, pero Héctor mato a uno solo, a Perifetes de Micenas, hijo de aquel Copreo que llevaba los mensajes del rey Euristeo al fornido Heracles. De este padre obscuro nació tal hijo, que superándole en toda clase de virtudes, en la carrera y en el combate, figuró por su talento entre los primeros ciudadanos de Micenas y entonces dió

a Héctor gloria excelsa. Pues al volverse, tropezó con el borde del escudo que le cubría de pies a cabeza y que llevaba para defenderse de los tiros; y enredándose con él, cayó de espaldas, y el casco resonó de un modo horrible en torno de las sienes. Héctor lo advirtió en seguida, acudió corriendo, metió la pica en el pecho de Perifetes y le mató cerca de sus mismos compañeros que, aunque afligidos, no pudieron socorrerle, pues temían mucho al divino Héctor.

Por fin llegaron a las naves. Defendíanse los argivos detrás de las que se habían sacado primero a la playa, y los teucros fueron a perseguirlos. Aquéllos, al verse obligados a retroceder, se colocaron apiñados cerca de las tiendas, sin dispersarse por el ejército, porque la vergüenza y el temor se los impedían, y mutua e incesantemente se exhortaban. Y especialmente Néstor, protector de los aqueos, dirigíase a todos los guerreros, y en nombre de sus padres así les suplicaba:

"¡Oh amigos! Sed hombres y mostrad que tenéis un corazón pundonoroso ante los demás varones. Acordaos de los hijos, de las esposas, de los bienes, y de los padres, vivan aún o hayan fallecido. En nombre de estos ausentes os suplico que resistáis firmemente y no os entreguéis a la fuga."

Con estas palabras les excitó a todos el valor y la fuerza. Entonces Atenea les quitó de los ojos la densa nube que los cubría, y apareció la luz por ambos lados, en los navíos y en la lid sostenida por los dos ejércitos con igual tesón. Vieron a Héctor, valiente en la pelea, y a sus propios compañeros, así a cuantos estaban detrás de los bajeles y no combatían, como a los que junto a las veleras naves daban batalla al enemigo.

No le era grato al corazón del magnánimo Ayax permanecer donde los demás aqueos se habían retirado; y el héroe, andando a paso largo, iba de nave en nave con una gran percha de combate naval que medía veintidós codos y estaba reforzada con clavos. Como un diestro cabalgador escoge cuatro caballos entre muchos, los guía desde la llanura a la gran ciudad por la carretera, muchos hombres y mujeres le admiran, y él salta continuamente y con seguridad del uno al otro, mientras los corceles vuelan; así Ayax, andando a paso tirado, recorría las cubiertas de muchas naves y su voz llegaba al éter. Sin cesar daba horribles gritos, para exhortar a los dánaos a defender naves y tiendas. Tampoco Héctor permanecía ocioso en la turba de los teucros, armados de fuertes corazas: como el águila negra se echa sobre una bandada de alígeras aves—gansos, grullas o cisnes de largos cuellos—que están comiendo a orillas de un río; así Héctor corría en derechura a una nave de negra proa, empujado por la mano poderosa de Zeus, y el dios incitaba también a la tropa para que le acompañara,

De nuevo se trabó un reñido combate al pie de los bajeles. Hubiérase dicho que sin estar cansados ni fatigados, comenzaban entonces a pelear. ¡Con tal denuedo batallaban! He aquí cuáles eran sus respectivos pensamientos: los aqueos no creían escapar de aquel desastre, sino perecer; los teucros esperaban en su corazón incendiar las naves y matar a los héroes aquivos. Y con estas ideas, asaltábanse unos a otros.

Héctor llegó a tocar la popa de una hermosa nave de ligero andar; aquella en que Protesilao llegó a Troya y que luego no había de llevarle otra vez a la patria tierra. Por esta nave se mataban los aquivos y los teucros: sin aguardar desde lejos los tiros

de flechas y dardos, combatían de cerca y con igual ánimo, valiéndose de agudas hachas, segures, grandes espadas y lanzas de doble filo. Muchas hermosas dagas, de obscuro recazo, provistas de mango, cayeron al suelo, ya de las manos, ya de los hombros de los combatientes; y la negra tierra manaba sangre. Héctor, desde que cogió la popa, no la soltaba; y teniendo entre sus manos la parte superior de la misma, animaba a los teucros:

"¡Traed fuego, y dispuestos en escuadrón cerrado, trabad la batalla! Zeus nos concede un día que lo compensa todo, pues vamos a tomar las naves que vinieron contra la voluntad de los dioses y nos han ocasionado muchas calamidades por la cobardía de los viejos, que no me dejaban pelear cerca de aquéllas y detenían al ejército. Mas si entonces el logividente Zeus ofuscaba nuestra razón, ahora él mismo nos impele y anima."

Así dijo; y ellos acometieron con mayor ímpetu a los argivos. Ayax ya no resistió, porque estaba abrumado por los tiros: temiendo morir, dejó la cubierta, retrocedió hasta un banco de remeros que tenía siete pies, púsose a vigilar, y con la pica apartaba del navío a cuantos llevaban el voraz fuego, en tanto que exhortaba a los dánaos con espantosos gritos:

"¡Amigos, héroes dánaos, ministros de Ares! Sed hombres y mostrad vuestro impetuoso valor. ¿Creéis, por ventura, que hay a nuestra espalda otros defensores o un muro más sólido que libre a los hombres de la muerte? Cerca de aquí no existe ciudad alguna defendida con torres, que nos proporcione refugio y cuyo pueblo nos dé auxilio para alcanzar una ulterior victoria; sino que nos hayamos en la llanura de los troyanos, de fuertes corazas, a orillas del mar y le-

jos de la patria. La salvación, por consiguiente, está en los brazos; no en ser flojos en la pelea.''

Dijo, y acometió furioso con la aguda lanza. Y cuantos teucros, movidos por las excitaciones de Héctor, quisieron llevar ardiente fuego a las cóncavas naves, a todos los mató Ayax con su larga pica. Doce fueron los que hirió de cerca, delante de los bajeles.

El Sueño y la Muerte transportan a Licia el cadáver de Sarpedón

RAPSODIA DECIMOSEXTA

SI peleaban por la nave de muchos bancos. Patroclo se presentó a Aquiles, pastor de hombres, derramando ardientes lágrimas como fuente profunda que vierte sus aguas sombrías por escarpada roca. Tan pronto como le vió el divino Aquiles, el de los pies ligeros, compadecióse de él y le dijo estas aladas palabras:

"¿Por qué lloras, Patroclo, como una niña que va con su madre y deseando que la tome en brazos, la tira del vestido, la detiene a pesar de que está de prisa y la mira con ojos llorosos para que la levante del suelo? Como ella, oh Patroclo, derramas tiernas lágrimas. ¿Vienes a participarnos algo a los mirmido-

nes o a mí mismo? ¿Supiste tú solo alguna noticia de Ptía? Dicen que Menetio, hijo de Actor, existe aún; vive también Peleo entre los mirmidones; y es la muerte de aquél o de éste lo que más nos podría afligir. ¿O lloras quizás porque los argivos perecen, cerca de las cóncavas naves, por la injusticia que cometieron? Habla, no me ocultes lo que piensas, para que ambos lo sepamos.''

Dando profundos suspiros, respondiste así, caballero Patroclo: ''¡Oh Aquiles, hijo de Peleo, el más valiente de los aquivos! No te enfades, porque es muy grande el pesar que los abruma. Los más fuertes, heridos unos de cerca y otros de lejos, yacen en los bajeles—con arma arrojadiza fué herido el poderoso Diomedes Tideida; con la pica, Odiseo, famoso por su lanza, y Agamenón; a Eurípilo flecháronle en el muslo—, y los médicos, que conocen muchas drogas, ocúpanse en curarles las lesiones. Tú, Aquiles, eres implacable. ¡Jamás se apodere de mí un rencor como el que guardas! ¡Oh tú, que tan mal empleas el valor! ¿A quién podrás ser útil más tarde, si ahora no salvas a los argivos de una muerte indigna? ¡Despiadado! No fué tu padre el jinete Peleo, ni Tetis tu madre; el glauco mar o las escarpadas rocas debieron de engendrarte, porque tu espíritu es cruel. Si te abstienes de combatir por algún vaticinio que tu madre, enterada por Zeus, te haya revelado, envíame a mí con los demás mirmidones, por si llego a ser la aurora de la salvación de los dánaos; y permite que cubra mis hombros con tu armadura para que los teucros me confundan contigo y cesen de pelear, los belicosos dánaos que tan abatidos están se reanimen y la batalla tenga su tregua, aunque sea por breve tiempo. Nosotros, que no nos hallamos extenuados de fatiga, re-

chazaríamos fácilmente de las naves y de las tiendas hacia la ciudad a esos hombres que de pelear están cansados.''

Así le suplicó el gran insensato; y con ello llamaba a la Moira y a la terrible muerte. Aquiles, el de los pies ligeros, le contestó muy indignado:

''¡Ay de mí, Patroclo, de linaje divino, qué dijiste! No me abstengo por ningún vaticinio que sepa y tampoco la veneranda madre me dijo nada de parte de Zeus; sino que se me oprime el corazón y el alma cuando un hombre, porque tiene más poder, quiere privar a su igual de lo que le corresponde y le quita la recompensa. Tal es el gran pesar que tengo, a causa de las contrariedades que mi ánimo ha sufrido. La moza que los aqueos me adjudicaron como recompensa y que había conquistado con mi lanza, al tomar una bien murada ciudad, el rey Agamenón me la quitó como si yo fuera un miserable advenedizo. Mas dejemos lo pasado; no es posible guardar siempre la ira en el corazón, aunque me había propuesto no deponer la cólera hasta que la gritería y el combate llegaran a mis bajeles. Cubre tus hombros con mi magnífica armadura, ponte al frente de los mirmidones y llévalos a la pelea; pues negra nube de teucros cerca ya las naves con gran ímpetu, y los argivos, cercados en la orilla del mar, sólo disponen de un corto espacio. Sobre ellos cargan confiadamente todos los de Troya, porque no ven mi reluciente casco. Pronto huirían llenando de muertos los fosos, si el rey Agamenón fuera justo conmigo; mientras que ahora combaten alrededor de nuestro ejército. Ya la mano de Diomedes Tideida no blande furiosamente la lanza para librar a los dánaos de la muerte, ni he oído un solo grito que viniera de la odiosa cabeza del

Atrida: sólo resuena la voz de Héctor, matador de hombres, animando a los teucros, que con vocerío ocupan toda la llanura y vencen en la batalla a los aqueos. Pero tú, Patroclo, échate impetuosamente sobre ellos y aparta de las naves esa peste; no sea que, pegando ardiente fuego a los bajeles, nos priven de la deseada vuelta. Haz cuanto te voy a decir, para que me proporciones mucha honra y gloria ante todos los dánaos, y éstos me devuelvan la hermosa joven y me hagan además espléndidos regalos. Tan luego como los alejes de los barcos, vuelve atrás, y aunque el tonante esposo de Hera te dé gloria, no quieras lidiar sin mí contra los belicosos teucros, pues contribuirías a mi deshonra. Y tampoco, estimulado por el combate y la pelea, te encamines, matando enemigos, a Ilión; no sea que alguno de los sempiternos dioses baje del Olimpo, pues a los troyanos los protege mucho el flechador Apolo. Retrocede tan pronto como hayas librado del peligro a los barcos, y deja que peleen en la llanura. Ojalá, ¡padre Zeus, Atenea, Apolo!, ninguno de los teucros ni de los argivos escape de la muerte, y librándonos de ella nosotros dos, derribemos las sacras almenas de Troya.''

Así éstos hablaban. Ayax ya no resistía; vencíanle el poder de Zeus y los animoso teucros que le arrojaban dardos; su refulgente casco resonaba de un modo horrible en torno de las sienes, golpeado continuamente en las hermosas abolladuras; y el héroe tenía cansado el hombro derecho de sostener con firmeza el versátil escudo; pero no lograba hacerle mover de su sitio por más tiros que le enderezaban. Ayax estaba anhelante, copioso sudor corría de todos sus miembros y apenas podía respirar: por todas partes a una desgracia sucedía otra.

Decidme, Musas que poseéis olímpicos palacios, cómo por vez primera cayó el fuego en las naves aqueas.

Héctor, que se hallaba cerca de Ayax, le dió con la gran espada un golpe en la pica de fresno y se la quebró por la juntura del asta con el hierro. Quiso Ayax blandir la truncada pica, y la broncínea punta cayó a lo lejos con gran ruido. Entonces reconoció el eximio Ayax la intervención de los dioses, estremecióse porque Zeus altitonante les frustraba todos los medios de combate y quería dar la victoria a los teucros, y se puso fuera del alcance de los tiros. Los teucros arrojaron voraz fuego a la velera nave, y pronto se extendió por la misma una llama inextinguible. Así que el fuego rodeó la popa, Aquiles, golpeándose el muslo, dijo a Patroclo:

"¡Sus, Patroclo, de divino linaje, hábil jinete! Ya veo en las naves la impetuosa llama del fuego destructor; no sea que se apodere de ellas y ni medios para huír tengamos. Apresúrate a vestir las armas, y yo en tanto reuniré la gente."

Dijo, y Patroclo vistió la armadura de luciente bronce: púsose en las piernas elegante grebas, ajustadas con broches de plata; protegió su pecho con la coraza labrada, refulgente, del Eácida, de pies ligeros; colgó del hombro una espada, guarnecida de clavos de plata; embrazó el grande y fuerte escudo; cubrió la cabeza con un hermoso casco, cuyo terrible penacho, de crines de caballo, ondeaba en la cimera, y asió dos lanzas fuertes que su mano pudiera blandir. Solamente dejó la lanza poderosa, grande y fornida del eximio Eácida, porque Aquiles era el único aqueo capaz de manejarla; había sido cortada de un fresno de la cumbre del Pelión y regalada por Quirón al padre de Aquiles, para que con ella matara héroes.

Luego, Patroclo mandó a Automedón—el amigo a quien más honraba después de Aquiles, destructor de hombres, y el más fiel en resistir a su lado la acometida del enemigo en las batallas—que enganchara los caballos. Automedón unció bajo el yugo a Janto y Balio, corceles ligeros que volaban como el viento y tenían por madre a la harpía Podarga, la cual paciendo en una pradera junto al Océano, los concibió del Céfiro. Y con ellos puso el excelente Pédaso, que Aquiles se llevara de la ciudad de Eetión cuando la tomó; corcel que, no obstante su condición de mortal, seguía a los caballos inmortales.

Aquiles, recorriendo las tiendas, hacía tomar las armas a todos los mirmidones. Como carniceros lobos dotados de una fuerza inmensa despedazan en el monte un grande cornígero ciervo que han matado y sus mandíbulas aparecen rojas de sangre; luego van en tropel a lamer con las tenues lenguas el agua de un profundo manantial, eructando por la sangre que han bebido, y su vientre se dilata, pero el ánimo permanece intrépido en el pecho; de igual manera, los jefes y príncipes de los mirmidones se reunían presurosos alrededor del valiente servidor del Eácida, de pies ligeros. Y en medio de todos, el belicoso Aquiles animaba, así a los que combatían en carros, como a los peones armados de escudos.

Cincuenta fueron las veleras naves en que Aquiles, caro a Zeus, condujo a Ilión sus tropas; en cada una embarcáronse cincuenta hombres; y el héroe nombró cinco jefes para que los rigieran, reservándose el mando supremo. Del primer cuerpo era caudillo Menestio, el de labrada coraza, hijo del río Esperquio, que las celestiales lluvias alimentan: habíale dado a luz la bella Polidora, hija de Peleo, que siendo mujer se acos-

tó con la deidad del Esperquio; aunque se creyera que lo había tenido de Boro, hijo de Perieres, el cual se desposó públicamente con la misma y le constituyó una gran dote. — Mandaba la segunda sección el belicoso Eudoro, nacido de una soltera, de la hermosa Polimela, hija de Filante; de la tal enamoróse el poderoso Argicida, al verla entre las que danzaban al són del canto en un coro de Artemisa, la diosa que lleva arco de oro y ama el bullicio de la caza: el benéfico Hermes subió en seguida al aposento de la moza, uniéronse libremente y ella le dió un hijo ilustre, Eudoro, ligero en el correr y belicoso. Cuando Ilitia, que preside los partos, sacó a luz al infante y éste vió los rayos de Helios, el fuerte Equecles Actórida, como a Polimela, por esposa, constituyéndole una gran dote, y el anciano Filante crió y educó al niño con tanto amor como si fuese hijo suyo. — Estaba al frente de la tercera división Pisandro Memálida, que, después del compañero de Aquiles, era entre todos los mirmidones quien descollaba más en combatir con la lanza.—El cuarto escuadrón obedecía las órdenes de Fénix, aguijador de caballos; y el quinto tenía por jefe al eximio Alcimedón, hijo de Laerces. Cuando Aquiles los hubo puesto a todos en orden de batalla con sus respectivos capitanes, les dijo con voz pujante:

"¡Mirmidones! Ninguno de vosotros olvide las amenazas que en las veleras naves dirigíais a los teucros mientras duró mi cólera, ni las acusaciones con que todos me acriminabais: ¡Inflexible hijo de Peleo! Sin duda tu madre te nutrió con hiel. Despiadado, pues retienes a tus compañeros en los navíos contra su voluntad! Embarquémonos en los bajeles que atraviesan el ponto y volvamos a la patria,

ya que la cólera funesta anidó en tu corazón. Así acostumbrabais hablarme cuando os reuníais. Pues a la vista tenéis la gran empresa del combate que tanto habéis anhelado. Y ahora cada uno pelee con valeroso corazón contra los teucros.''

Con estas palabras les excitó a todos el valor y la fuerza; y ellos, al oírlas, cerraron más las filas. Como el obrero junta grandes piedras al construir la pared de una elevada casa, para que resista el ímpetu de los vientos; así, tan unidos, estaban los cascos y los abollonados escudos: la rodela se apoyaba en la rodela, el yelmo en el yelmo, cada hombre en su vecino, y los penachos de crines de caballo y los lucientes conos de los cascos se juntaban cuando alguien inclinaba la cabeza. ¡Tan apretadas eran las filas! Delante de todos se pusieron dos hombres armados, Patroclo y Automedón; los cuales tenían igual ánimo y deseaban combatir al frente de los mirmidones. Aquiles entró en su tienda y alzó la tapa de un arca hermosa y labrada que Tetis, la de los pies de plata, colocara en la nave del héroe después de llenarla de túnicas y mantos, que le abrigasen contra el viento, y de afelpados cobertores. Allí tenía una copa de primorosa labor que no usaba nadie para beber vino ni para ofrecer libaciones a otro dios que al padre Zeus. Sacóla del area, y purificándola primero con azufre, la limpió con agua cristalina; acto continuo lavóse las manos, llenó la copa y puesto en medio, con los ojos levantados al cielo, libó el negro vino y oró a Zeus, que se complace en lanzar rayos, sin que al dios le pasara inadvertido:

''¡Zeus soberano, Dodoneo, Pelásigo, que vives lejos y reinas en Dodona, de frío invierno, donde moran los selos, tus intérpretes, que no se lavan los

pies y duermen en el suelo! Escuchaste mis palabras cuando te invoqué, y para honrarme oprimiste duramente al pueblo aqueo. Pues ahora, cúmpleme este voto: yo me quedo en el recinto de las naves y mando al combate a mi compañero con muchos mirmidones: haz que le siga la victoria, longividente Zeus, e infúndele valor en el corazón para que Héctor vea si mi escudero sabe pelear solo, o si sus manos invictas únicamente se mueven con furia cuando va conmigo a la marcial contienda. Y cuando haya apartado de los bajeles la gritería y la pelea, vuelva incólume con todas las armas y con los compañeros que de cerca combaten.''

Tal fué su plegaria. El próvido Zeus le oyó; y de las dos cosas le otorgó una: concedióle que apartase de las naves el combate y la pelea, y nególe que volviera ileso de la batalla. Hecha la libación y la rogativa al padre Zeus, entró Aquiles en la tienda, dejó la copa en el arca, y salió otra vez, porque deseaba en su corazón presenciar la terrible pugna de teucros y aquivos.

Los mirmidones seguían con armas y en buen orden al magnánimo Patroclo, hasta que alcanzaron a los teucros y les arremetieron con grandes bríos, esparciéndose como las avispas que moran en el camino, cuando los muchachos, siguiendo su costumbre de molestarlas, las irritan y consiguen con su imprudencia que dañen a buen número de personas, pues, si algún caminante pasa por allí y sin querer las mueve, vuelan y defienden con ánimo valeroso a sus hijuelos; con un corazón y ánimo semejantes, se esparcieron los mirmidones desde las naves, y levantóse una gritería inmensa. Y Patroclo exhortaba a sus compañeros, diciendo con voz recia:

¡Mirmidones, compañeros del Peleida Aquiles! Sed hombres, amigos, y mostrad vuestro impetuoso valor para que honremos al Peleida, que es el más valiente de cuantos argivos hay en las naves, como lo son también sus guerreros, que de cerca combaten; y comprenda el poderoso Agamenón Atrida la falta que cometió no honrando al mejor de los aqueos.''

Con estas palabras les excitó a todos el valor y la fuerza. Los mirmidones cayeron apiñados sobre los teucros y en las naves resonaban de un modo horrible los gritos de los aqueos. Cuando los teucros vieron al esforzado hijo de Menotio y a su escudero, ambos con lucientes armaduras, a todos se les conturbó el ánimo y sus falanges se agitaron. Figurábanse que el Peleida, ligero de pies había renunciado a su cólera y volvía a ser amigo de Agamenón. Y cada uno miraba adónde podría huír para librarse de una muerte terrible.

Patroclo fué el primero que tiró la reluciente lanza allí donde más hombres se agitaban en confuso montón, junto a la nave del magnánimo Protesilao; e hirió a Pirecmes, que había conducido desde Amidón, sita en la ribera del Axio de ancha corriente, a los peonios, que combatían en carros: la lanza se clavó en el hombro derecho; el guerrero, dando un gemido, cayó de espaldas en el polvo, y los demás peonios huyeron, porque Patroclo les infundió pavor al matar a su jefe, que tanto sobresalía en el combate. De este modo Patroclo los echó de los bajeles y apagó el ardiente fuego. El navío quedó allí medio quemado, los teucros huyeron con gran alboroto, los dánaos se dispersaron por las cóncavas naves, y se produjo un gran tumulto. Como Zeus fulminador quita una densa nube de la elevada cumbre de una montaña y se

descubren los promontorios, cimas y valles, porque en el cielo se ha abierto la vasta región etérea; así los dánaos respiraron un poco después de librar a las naves del fuego destructor; pero no por eso hubo tregua en el combate. Porque los teucros no huían a carrera abierta, perseguidos por los belicosos aqueos; sino que aún resistían, y sólo cediendo a la necesidad se retiraban de las naves.

Entonces, ya extendida la batalla, cada jefe mató a un hombre. El esforzado hijo de Menetio, el primero, hirió con la aguda lanza a Areilico, que había vuelto la espalda para huír: el bronce atravesó el muslo y rompió el hueso, y el teucro dió de ojos en el suelo. El belígero Menelao hirió a Toante en el pecho, donde éste quedaba sin defensa al lado del escudo, y dejó sin vigor sus miembros. El Fileida, observando que Anficlo iba a acometerle, se le adelantó y logró envasarle la pica en la parte superior de la pierna, donde más grueso es el músculo: la punta desgarró los nervios, y la obscuridad cubrió los ojos del guerrero. De los Nestóridas, Antíloco traspasó con la broncínea lanza a Atimnio, clavándosela en el ijar, y el teucro cayó de pechos en el suelo; el hermano de éste, Maris, irritado por tal muerte, se le puso delante y arremetió con la lanza a Antíloco; entonces el otro Nestórida, Trasimedes, igual a un dios, se levantó y le hirió en la espalda: la punta desgarró el tendón de la parte superior del brazo y rompió el hueso; el guerrero cayó con estrépito, y la obscuridad cubrió sus ojos. De tal suerte, estos dos esforzados compañeros de Sarpedón, hábiles tiradores, e hijos de Amisodaro, el que crió la indomable Quimera, causa de males para muchos hombres, fueron vencidos por los dos hermanos y descendieron al Erebo.—Ayax de

Oileo acometió y cogió vivo a Cleobulo, atropellado por la turba; y le quitó la vida, hiriéndole en el cuello con la espada provista de empuñadura: la hoja entera se calentó con la sangre, y la purpúrea muerte y el hado cruel velaron los ojos del guerrero.—Penéleo y Liconte fueron a encontrarse, y habiendo arrojado sus lanzas en vano, pues ambos erraron el tiro, se acometieron con las espadas: Liconte dió a su enemigo un tajo en la cimera del casco, que adornaban crines de caballo; pero la espada se le rompió junto a la empuñadura; Penéleo hundió la suya en el cuello de Liconte, debajo de la oreja, y se lo cortó por completo: la cabeza cayó a un lado, sostenida tan sólo por la piel, y los miembros perdieron su vigor.—Meriones dió alcance con sus ligeros pies a Acamas, cuando subía al carro, y le hirió en el hombro derecho: el teucro cayó al suelo, y las tinieblas cubrieron sus ojos.—A Erimanta metióle Idomeneo el cruel bronce por la boca: la lanza atravesó la cabeza por debajo del cerebro, rompió los blancos huesos y conmovió los dientes; los ojos llenáronse con la sangre que fluía de las narices y de la boca abierta, y la muerte, cual si fuese obscura nube, envolvió al guerrero.

Cada uno de estos caudillos dánaos mató, pues, a un hombre. Como los voraces lobos acometen a corderos o cabritos, arrebatándolos de un hato que se dispersa en el monte por la impericia del pastor; pues así que aquéllos los ven se los llevan y despedazan por tener los últimos un corazón tímido; así los dánaos cargaban sobre los teucros, y éstos, pensando en la fuga horrísona, olvidábanse de mostrar su impetuoso valor.

El gran Ayax deseaba constantemente arrojar su lanza a Héctor, armado de bronce; pero el héroe, que era muy experto en la guerra, cubriendo sus anchos

hombros con un escudo de pieles de toro, estaba atento al silbo de las flechas y al ruido de los dardos. Bien conocía que la victoria se inclinaba del lado de los enemigos, pero resistía aún y procuraba salvar a sus compañeros queridos.

Como se va extendiendo una nube desde el Olimpo al cielo, después de un día sereno, cuando Zeus prepara una tempestad; así los teucros huyeron de las naves, dando gritos, y ya no fué con orden como repasaron el foso. A Héctor le sacaron de allí, con sus armas, los corceles de ligeros pies; y el héroe desamparó la turba de los teucros, a quienes detenía, mal de su grado, el profundo foso. Muchos veloces corceles, rompiendo los carros de los caudillos por el extremo del timón, los dejaron en el mismo.—Patroclo iba adelante, exhortando vehementemente a los dánaos y pensando en causar daño a los teucros; los cuales, una vez puestos en desorden, llenaban todos los caminos huyendo con gran clamoreo; la polvareda llegaba a lo alto debajo de las nubes, y los solípedos caballos volvían a la ciudad desde las naves y las tiendas. Patroclo, donde veía a los enemigos más desordenados, allí se encaminaba vociferando; los guerreros caían de bruces debajo de los ejes de sus carros, y éstos volcaban con gran estruendo. Al llegar al foso, los caballos inmortales que los dioses dieran a Héctor como espléndido presente, lo salvaron de un salto, deseosos de seguir adelante; y cuando a Patroclo el ánimo le llevó hacia Héctor para herirle, ya los veloces corceles se le habían llevado. Como en el otoño descarga una tempestad sobre la negra tierra, cuando Zeus hace caer violenta lluvia, irritado contra los hombres que en el foro dan sentencias inicuas y echan a la justicia, no temiendo la venganza de los dioses; y los

ríos salen de madre y los torrentes cortan muchas colinas, braman al correr desde lo alto de las montañas al mar purpúreo y destruyen las labores del campo; de semejante modo corrían las yeguas troyanas, dando lastimeros relinchos.

Patroclo, cuando hubo separado de los demás enemigos a los que formaban las últimas falanges, les obligó a volver hacia los bajeles, en vez de permitirles que subiesen a Troya; y acometiéndoles entre las naves, el río y el alto muro, los mataba para vengar a muchos de los suyos. Entonces envasóle a Prónoo la lanza en el pecho, donde éste quedaba sin defensa al lado del escudo, y le dejó sin vigor los miembros: el teucro cayó con estrépito. Luego acometió a Téstor, hijo de Enope, que se hallaba encogido en el lustroso asiento y en su turbación había dejado que las riendas se le fuesen de la mano: clavóle desde cerca la lanza en la mejilla derecha, se la hizo pasar a través de los dientes y lo levantó por cima del barandal. Como el pescador sentado en la roca saca del mar un pez enorme, valiéndose de la cuerda y del anzuelo; así Patroclo, alzando la reluciente lanza, sacó del carro a Téstor con la boca abierta y le arrojó de cara al suelo; el teucro, al caer, perdió la vida.—Después hirió de una pedrada en medio de la cabeza a Erialo, que a acometerle venía, y se la partió en dos dentro del fuerte casco: el teucro dió de manos en el suelo, y le envolvió la destructora muerte.—Y sucesivamente fué derribando en la fértil tierra a Erimas Anfótero, Epaltes, Tlepolemo Damastórida, Equio, Pires, Ifeo, Evipo y Polimelo Argéada.

Sarpedón, al ver que sus compañeros, de lorigas sin cintura, sucumbían a manos de Patroclo Menetíada, increpó a los deiformes licios:

"¡Qué vergüenza, oh licios! ¿Adónde huís? Sed esforzados. Yo saldré al encuentro de ese hombre, para saber quién es el que así vence y tantos males causa a los teucros, pues ya a muchos valientes les ha quebrado las rodillas."

Dijo; y saltó del carro al suelo sin dejar las armas. A su vez Patroclo, al verlo, se apeó del suyo. Como dos buitres de corvas uñas y combado pico riñen, dando chillidos, sobre elevada roca; así aquéllos se acometieron vociferando. Viólos el hijo del artero Cronos, y compadecido, dijo a Hera, su hermana y esposa:

"¡Ay de mí! El hado dispone que Sarpedón, a quien amo sobre todos los hombres, sea muerto por Patroclo Menetíada. Entre dos propósitos vacila en mi pecho el corazón: ¿lo arrebataré vivo de la luctuosa batalla, para dejarlo en el opulento pueblo de la Licia, o dejaré que sucumba a manos del Menetíada?"

Respondióle Hera veneranda, la de los ojos de buey: "¡Terribilísimo Cronida, qué palabras proferiste! ¿Una vez más quieres librar de la muerte horrísona a ese hombre mortal, a quien tiempo ha que el hado condenó a morir? Hazlo, pero no todos los dioses te lo aprobaremos. Otra cosa voy a decirte, que fijarás en la memoria: piensa que si a Sarpedón le mandas vivo a su palacio, algún otro dios querrá sacar a su hijo del duro combate, pues muchos hijos de los inmortales pelean en torno de la gran ciudad de Príamo, y harás que sus padres se enciendan en terrible ira. Pero si Sarpedón te es caro y tu corazón le compadece, deja que muera a manos de Patroclo en reñido combate; y cuando el alma y la vida le abandonen, ordena a Tánato y al dulce Hipnos que lo lleven a la vasta Licia, para que sus hermanos y amigos le hagan exe-

quias y le erijan un túmulo y un cipo, que tales son los honores debidos a los muertos.''

Así dijo. El padre de los hombres y de los dioses no desobedeció, e hizo caer sobre la tierra sanguinolentas gotas para honrar al hijo amado, a quien Patroclo había de matar en la fértil Troya, lejos de su patria.

Cuando ambos héroes se hallaron frente a frente, Patroclo arrojó la lanza, y acertando a dar en el empeine del ilustre Trasimeles, escudero valeroso del rey Sarpedón, dejóle sin vigor los miembros. Sarpedón, acometió a su vez; y despidiendo la reluciente lanza, erró el tiro; pero hirió en el hombro derecho al corcel Pédaso, que relinchó mientras perdía el vital aliento. El caballo cayó al polvo, y el espíritu abandonó su cuerpo. Forcejaron los otros dos bridones por separarse, crujió el yugo y enredáronse las riendas a causa de que el caballo lateral yacía en el polvo. Pero Automedón, famoso por su lanza, halló el remedio: desenvainando la espada de larga punta que llevaba junto al fornido muslo, cortó apresuradamente los tirantes del caballo lateral, y los otros dos se enderezaron y obedecieron a las riendas. Y los héroes volvieron a acometerse con mortal encono.

Entonces Sarpedón arrojó otra reluciente lanza y erró el tiro, pues aquélla pasó por cima del hombro izquierdo de Patroclo sin herirle. Patroclo despidió la suya y no en balde; ya que acertó a Sarpedón y le hirió en el tejido que al denso corazón envuelve. Cayó el héroe como la encina, el álamo o el elevado pino que en el monte cortan con afiladas hachas los artífices para hacer un mástil de navío; así yacía aquél, tendido delante de los corceles y del carro, rechinándole los dientes y cogiendo con las manos el polvo ensangrentado. Como el rojizo y animoso toro, a quien

devora un león que se ha presentado en la vacada, brama al morir entre las mandíbulas de la fiera; así el caudillo de los licios escudados, herido de muerte por Patroclo, se enfurecía; y llamando al compañero, le hablaba de este modo:

"¡Caro Glauco, guerrero afamado! Ahora debes portarte como fuerte y audaz luchador; ahora te ha de causar placer la batalla funesta, si eres valiente. Ve por todas partes, exhorta a los capitanes licios a que combatan en torno de Sarpedón y defiéndeme tú mismo con la pica. Seré para ti motivo constante de vergüenza y oprobio si, sucumbiendo en el recinto de las naves, los aqueos me despojan de la armadura. Pelea, pues, denodadamente y anima a todo el ejército!"

Así dijo; y el velo de la muerte se extendió por sus ojos y su rostro. Patroclo, sujetándole el pecho con el pie, le arrancó el asta; con ella siguió el corazón, y salieron a la vez la punta de la lanza y el alma del guerrero. Y los mirmidones detuvieron los corceles de Sarpedón, los cuales anhelaban y querían huir desde que quedó vacío el carro de sus dueños.

Glauco sintió hondo pesar al oír la voz de Sarpedón; se le turbó el ánimo porque no podía socorrerle; y apretándose con la mano el brazo herido por una flecha que Teucro le tirara, cuando él asaltaba el muro y el aqueo defendía a los suyos, oró de esta suerte al flechador Apolo:

"Oyeme, oh soberano, ya te halles en la opulenta Licia, ya te encuentras en Troya; pues desde cualquier lugar puedes atender al que está afligido como lo estoy ahora. Tengo esta grave herida, padezco agudos dolores en el brazo y la sangre no se seca; el hombro se entorpece, y me es imposible manejar firmemente la lanza y pelear con los enemigos. Ha muerto

un hombre fortísimo, Sarpedón, hijo de Zeus que ya ni a su prole defiende. Cúrame, oh soberano, la grave herida, adormece mis dolores y dame fortaleza para que mi voz anime a los licios a batallar y yo mismo luche en defensa del cadáver.''

Tal fué su plegaria. Oyóle Febo Apolo y en seguida calmó los dolores, secó la negra sangre de la grave herida e infundió valor en el ánimo del troyano. Glauco, al notarlo, se holgó de que el gran dios hubiese escuchado su ruego. En seguida fué por todas partes y exhortó a los capitanes licios para que combatieran en torno de Sarpedón. Después, encaminóse a paso largo hacia los troyanos; buscó a Polidamas Pantoida, al divino Agenor, a Eneas y a Héctor armado de bronce; y deteniéndose cerca de los mismos, dijo estas aladas palabras:

''¡Héctor! Te olvidas completamente de los aliados que por ti pierden la vida lejos de los amigos y de la patria, y ni socorrerles quieres. Yace en tierra Sarpedón, el rey de los licios escudados, que con su justicia y su valor gobernaba la Licia. El férreo Ares lo ha matado con lo lanza de Patroclo. Oh amigos, venid e indignaos en vuestro corazón: no sea que los mirmidones le quiten la armadura e insulten el cadáver, irritados por la muerte de los dánaos a quienes hicieron perecer nuestras picas junto a las veleras naves.''

Así se expresó. Los troyanos sintieron grande e inconsolable pena, porque Sarpedón, aunque forastero, era un baluarte para la ciudad; había llevado a la misma muchos hombres y en la pelea los superaba a todos. Con grandes bríos dirigiéronse aquéllos contra los dánaos, y a su frente marchaba Héctor, irritado por la muerte de Sarpedón. Y Patroclo Menetíada,

de corazón valiente, animó a los aqueos; y dijo a los Ayaces, que ya de combatir estaban deseosos:

"¡Ayaces! Poned empeño en rechazar al enemigo y mostraos tan valientes como habéis sido hasta aquí o más aún. Yace en tierra Sarpedón, el que primero asaltó nuestra muralla. ¡Ah, si apoderándonos del cadáver pudiésemos ultrajarle, quitarle la armadura de los hombros y matar con el cruel bronce a alguno de los compañeros que lo defienden!..."

En tales términos les habló, aunque ellos ya deseaban derrotar al enemigo. Y troyanos y licios por una parte y mirmidones y aqueos por otra, cerraron las falanges, vinieron a las manos y empezaron a pelear con horrenda gritería en torno del cadáver. Crujían las armaduras de los guerreros, y Zeus cubrió con una dañosa obscuridad la reñida contienda, para que produjese mayor estrago el combate que por el cuerpo de su hijo se empeñaba.

En un principio, los teucros rechazaron a los aqueos, de ojos vivos, porque fué herido un varón que no era ciertamente el más cobarde de los mirmidones: el divino Epigeo, hijo de Agacles magnánimo; el cual reinó en otro tiempo en la populosa Budeón; luego, por haber dado muerte a su valiente primo, se presentó como suplicante a Peleo y a Tetis, la de argentados pies, y ellos le enviaron con Aquiles a Ilión, abundante en hermosos corceles, para que combatiera contra los troyanos. Epigeo echaba mano al cadáver cuando el esclarecido Héctor le dió una pedrada en la cabeza y se la partió en dos dentro del fuerte casco: el guerrero cayó boca abajo sobre el cuerpo de Sarpedón, y la destructora muerte lo envolvió. Apesadumbróse Patroclo por la pérdida del compañero y atravesó al instante las primeras filas,

como el veloz gavilán persigue a unos grajos o estorninos; de la misma manera acometiste, oh hábil jinete Patroclo, a los licios y troyanos, airado en tu corazón por la muerte del amigo. Y cogiendo una piedra, hirió en el cuello a Estenelao, hijo querido de Itémenes, y le rompió los tendones. Retrocedieron los combatientes delanteros y el esclarecido Héctor. Cuanto espacio recorre el dardo que lanza un hombre, ya en el juego para ejercitarse, ya en la guerra contra los enemigos que la vida quitan; otro tanto se retiraron los teucros, cediendo al empuje de los aqueos. Glauco, capitán de los escudados licios, fué el primero que volvió la cara y mató al magnánimo Baticleo, hijo amado de Calcón, que tenía su casa en la Hélade y se señalaba entre los mirmidones por sus bienes y riquezas: escapábase Glauco, y Baticleo iba a darle alcance, cuando aquél se volvió repentinamente y le hundió la pica en medio del pecho. Baticleo cayó con estrépito, los aqueos sintieron hondo pesar por la muerte del valiente guerrero, y los teucros, muy alegres, rodearon en tropel el cadáver; pero los aqueos no dejaron de mostrar su impetuoso valor y arremetieron denodadamente al enemigo. Entonces Meriones mató a un combatiente teucro, a Laogón, esforzado hijo de Onétor y sacerdote de Zeus Ideo, a quien el pueblo veneraba como a un dios: hirióle debajo de la quijada y de la oreja, la vida huyó de los miembros del guerrero, y la obscuridad horrible le envolvió. Eneas arrojó la broncínea lanza, con el propósito de herir a Meriones, que se adelantaba protegido por el escudo. Pero Meriones la vió venir y evitó el golpe inclinándose hacia adelante: la ingente lanza se clavó en el suelo detrás de él y el regatón temblaba; pero pronto la impetuosa arma

perdió su fuerza. Penetró, pues la vibrante punta en la tierra, y la lanza fué echada en vano por el robusto brazo. Eneas, con el corazón irritado, dijo:

"¡Meriones! Aunque eres un ágil saltador, mi lanza te habría apartado para siempre del combate si te hubiese herido."

Respondióle Meriones, célebre por su lanza: "¡Eneas! Difícil te será, aunque seas valiente, aniquilar la fuerza de cuantos salgan a pelear contigo. También tú eres mortal. Si lograra herirte en medio del cuerpo con el agudo bronce, en seguida, a pesar de tu vigor y de la confianza que tienes en tu brazo, me darías gloria y a Edes, el de los famosos corceles, el alma."

Así dijo; y el valeroso hijo de Menetio le reprendió, diciendo: "¡Meriones! ¿Por qué, siendo valiente, te entretienes en hablar así? ¡Oh amigo! Con palabras injuriosas no lograremos que los teucros dejen el cadáver; preciso será que alguno de ellos baje antes al seno de la tierra. Las batallas se ganan con los puños, y las palabras sirven en las juntas. Conviene, pues, no hablar, sino combatir."

Dijo, echó a andar y siguióle Meriones, varón igual a un dios. Como el estruendo que se produce en la espesura de un monte y se deja oír a lo lejos, cuando los hombres hacen leña; tal era el estrépito que se elevaba de la tierra espaciosa al ser golpeados el bronce, el cuero y los escudos de pieles de buey por las espadas y las lanzas de doble filo. Y ya ni un hombre perspicaz hubiera conocido al divino Sarpedón, pues los dardos, la sangre y el polvo lo cubrían desde los pies a la cabeza. Agitábanse todos alrededor del cadáver como en la primavera zumban las moscas en el establo por cima

de las escudillas, cuando los tarros rebosan de leche: de igual manera bullían aquéllos en torno del muerto. Zeus no apartaba los refulgentes ojos de la dura contienda; y contemplando a los guerreros, revolvía en su ánimo muchas cosas acerca de la muerte de Patroclo: vacilaba entre si el esclarecido Héctor debería matar con el bronce a Patroclo sobre Sarpedón, igual a un dios, y quitarle la armadura de los hombros, o convendría extender la terrible pelea. Y considerando como lo más conveniente que el bravo escudero de Aquiles Peleida hiciera arredrar a los teucros y a Héctor, armado de bronce, hacia la ciudad y quitara la vida a muchos guerreros, comenzó por infundir timidez en Héctor, el cual subió al carro, se puso en fuga y exhortó a los demás teucros a que huyeran, porque había conocido hacia qué lado se inclinaba la balanza sagrada de Zeus. Tampoco los fuertes licios osaron resistir, y huyeron todos al ver a su rey herido en el corazón y echado en un montón de cadáveres; pues cayeron muchos hombres a su alrededor cuando el Cronión avivó el duro combate. Los aqueos quitáronle a Sarpedón la reluciente armadura de bronce y el esforzado hijo de Menetio la entregó a sus compañeros para que la llevaran a las cóncavas naves. Y entonces Zeus, que amontona las nubes, dijo a Apolo:

"¡Ea, querido Febo! Ve y después de sacar a Sarpedón de entre los dardos, límpiale la negra sangre; condúcele a un sitio lejano y lávale en la corriente de un río; úngele con ambrosía, ponle vestiduras divinas y entrégalo a los veloces conductores y hermanos gemelos: Hipnos y Tánato. Y éstos, transportándolo con presteza, lo dejarán en el rico pueblo de la vasta Licia. Allí sus hermanos y amigos

le harán exequias y le erigirán un túmulo y un cipo, que tales son los honores debidos a los muertos.''

Así dijo, y Apolo no desobedeció a su padre. Descendió de los montes ideos a la terrible batalla, y en seguida, levantó al divino Sarpedón de entre los dardos, y conduciéndole a un sitio lejano, lo lavó en la corriente de un río; ungiólo con ambrosía, púsole vestiduras divinas y entrególo a los veloces conductores y hermanos gemelos: Hipnos y Tánato. Y éstos, transportándolo con presteza, lo dejaron en el rico pueblo de la vasta Licia.

Patroclo animaba a los corceles y a Automedón y perseguía a los troyanos y licios, y con ello se atrajo un gran infortunio. ¡Insensato! Si se hubiese atenido a la orden del Peleida, se hubiera visto libre de la funesta Ker, de la negra muerte. Pero siempre el pensamiento de Zeus es más eficaz que el de los hombres (aquel dios pone en fuga al varón esforzado y le quita fácilmente la victoria, aunque él mismo le haya incitado a combatir), y entonces alentó el ánimo en el pecho de Patroclo.

¿Cuál fué el primero y cuál el último que mataste, oh Patroclo, cuando los dioses te llamaron a la muerte?

Fueron primeramente Adrasto, Autónoo, Equeclo, Périmo Mégada, Epístor y Melanipo; y después, Elaso, Mulio y Pilartes. Mató a éstos, y los demás se dieron a la fuga.

Entonces los aqueos habrían tomado a Ilión, la de altas puertas, por las manos de Patroclo, que manejaba con gran furia la lanza, si Febo Apolo no se hubiese colocado en la bien construída torre para dañar a aquél y ayudar a los teucros. Tres veces encaminóse Patroclo a un ángulo de la elevada

muralla; tres veces rechazóle Apolo, agitando con sus manos inmortales el refulgente escudo. Y cuando, semejante a un dios, atacaba por cuarta vez, increpóle la deidad con aterradoras voces:

''¡Retírate, Patroclo de divino linaje! El hado no ha dispuesto que la ciudad de los altivos troyanos sea destruída por tu lanza, ni por Aquiles, que tanto te aventaja.''

Así dijo, y Patroclo retrocedió un gran trecho, para no atraerse la cólera del flechador Apolo.

Héctor se hallaba con el carro y los corceles en las puertas Esceas, y estaba indeciso entre guiarlos de nuevo hacia la turba y volver a combatir, o mandar a voces que las tropas se refugiasen en el muro. Mientras reflexionaba sobre esto, presentósele Febo Apolo, que tomó la figura del valiente joven Asio, el cual era tío materno de Héctor, domador de caballos, hermano carnal de Hécuba e hijo de Dimanto, y habitaba en la Frigia, junto a la corriente del Sangario. Así transfigurado, exclamó Apolo, hijo de Zeus:

''¡Héctor! ¿Por qué te abstienes de combatir? No debes hacerlo. Ojalá te superara tanto en bravura, cuanto te soy inferior: entonces te sería funesto el retirarte de la batalla. Mas, ea, guía los corceles de duros cascos hacia Patroclo, por si puedes matarlo y Apolo te dará gloria.''

El dios, cuando esto hubo dicho, volvió a la batalla. El esclarecido Héctor mandó a Cebrión que picara a los corceles y los dirigiese a la pelea; y Apolo, entrándose por la turba, suscitó entre los dánaos funesto tumulto y dió gloria a Héctor y a los teucros. Héctor dejó entonces a los demás dánaos, sin que intentara matarlos, y enderezó a Patroclo los

caballos de duros cascos. Patroclo, a su vez, saltó del carro a tierra con la lanza en la izquierda; cogió con la diestra una piedra blanca y erizada de puntas que le llenaba la mano; y estribando en el suelo, la arrojó, hiriendo en seguida a un combatiente, pues el tiro no resultó vano: dió la pedrada en la frente de Cebrión, auriga de Héctor, que era hijo bastardo del ilustre Príamo y entonces gobernaba las riendas de los caballos. La piedra se llevó ambas cejas; el hueso tampoco resistió; los ojos cayeron en el polvo a los pies de Cebrión; y éste, cual si fuera un buzo, cayó del asiento bien construído, porque la vida huyó de sus miembros. Y burlándote de él, oh caballero Patroclo, exclamaste:

"¡Oh dioses! ¡Muy ágil es el teucro! ¡Cuán fácilmente salta a manera de un buzo! Si se hallara en el ponto, en peces abundante, ese hombre saltaría de la nave aunque el mar estuviera tempestuoso y podría saciar a muchas personas con las ostras que pescara. ¡Con tanta facilidad ha dado la voltereta del carro a la llanura! Es indudable que también los troyanos tienen buzos."

Dijo, y corrió hacia el héroe con la impetuosidad de un león que devasta los establos hasta que es herido en el pecho y su mismo valor le mata; de la misma manera, oh Patroclo, te arrojaste enardecido sobre Cebrión. Héctor, por su parte, saltó del carro al suelo sin dejar las armas. Y entrambos luchaban en torno de Cebrión, como dos hambrientos leones que en el monte pelean furiosos por el cadáver de una cierva; así los dos aguerridos campeones, Patroclo Menetíada y el esclarecido Héctor, deseaban herirse el uno al otro con el cruel bronce. Héctor, había cogido al muerto por la cabeza y no lo soltaba;

Patroclo lo asía de un pie, y los demás teucros y dánaos sostenían encarnizado combate.

Como el Euro y el Noto contienden en la espesura de un monte, agitando la poblada selva, y los largas ramas de los fresnos, encinas y cortezudos cornejos chocan entre sí con inmenso estrépito, y se oyen los crujidos de las que se rompen; de semejante modo teucros y aqueos se mataban, sin acordarse de la perniciosa fuga. Alrededor de Cebrión se clavaron en tierra muchas agudas lanzas y aladas flechas que saltaban de los arcos; buen número de grandes piedras herían los escudos de los combatientes; y el héroe yacía en el suelo, sobre un gran espacio, envuelto en un torbellino de polvo y olvidado del arte de guiar los carros.

Hasta que el sol hubo recorrido la mitad del cielo, los tiros alcanzaban por igual a unos y a otros, y los hombres caían. Cuando aquél se encaminó al ocaso, los aqueos eran vencedores, contra lo dispuesto por el destino; y habiendo arrastrado el cadáver del héroe Cebrión fuera del alcance de los dardos y del tumulto de los teucros, le quitaron la armadura de los hombros.

Patroclo acometió furioso a los teucros: tres veces los atacó, cual otro Ares, dando horribles voces; tres veces mató nueve hombres. Y cuando, semejante a un dios, arremetiste, oh Patroclo, por cuarta vez, vióse claramente que ya llegabas al término de tu vida, pues el terrible Febo salió a tu encuentro en el duro combate. Mas Patroclo no vió al dios; el cual, cubierto por densa nube, atravesó la turba, se le puso detrás, y alargando la mano, le dió un golpe en la espalda y en los anchos hombros. Al punto los ojos del héroe sufrieron vértigos. Febo

Apolo le quitó de la cabeza el casco con agujeros a guisa de ojos, que rodó con estrépito hasta los pies de los caballos; y el penacho se manchó de sangre y polvo. Jamás aquel casco adornado con crines de caballo, se había manchado cayendo en el polvo, pues protegía la cabeza y hermosa frente del divino Aquiles. Entonces Zeus permitió también que lo llevara Héctor, porque ya la muerte se iba acercando a este caudillo. A Patroclo se le rompió en la mano la pica larga, ponderosa, grande, fornida, armada de bronce; el ancho escudo y su correa cayeron al suelo, y Apolo desató la coraza que aquél llevaba. El estupor se apoderó del espíritu del héroe, y sus hermosos miembros perdieron la fuerza. Patroclo se detuvo atónito, y entonces clavóle aguda lanza en la espalda, entre los hombros, el dárdano Euforbo Pantoida; el cual aventajaba a todos los de su edad en el manejo de la pica, en el arte de guiar un carro y en la veloz carrera, y la primera vez que se presentó con su carro para aprender a combatir, derribó a veinte guerreros de sus carros respectivos. Este fué, oh caballero Patroclo, el primero que contra ti despidió su lanza, pero aún no te hizo sucumbir. Euforbo arrancó la lanza de fresno; y retrocediendo, se mezcló con la turba, sin esperar a Patroclo, aunque le viera desarmado; mientras éste, vencido por el golpe del dios y la lanzada, retrocedía al grupo de sus compañeros para evitar la muerte.

Cuando Héctor advirtió que el magnánimo Patroclo se alejaba y que lo habían herido con el agudo bronce, fué en su seguimiento, por entre las filas, y le envasó la lanza en la parte inferior del vientre, que el hierro pasó de parte a parte; y el héroe cayó con estrépito, causando gran aflicción

al ejército aqueo. Como el león acosa en la lucha al indómito jabalí cuando ambos pelean arrogantes en la cima de un monte por un escaso manantial donde quieren beber, y el león vence con su fuerza al jabalí, que respira anhelante; así Héctor Priámida privó de la vida, hiriéndole con la lanza, al esforzado hijo de Menetio, que a tantos había dado muerte. Y blasonando del triunfo, profirió estas aladas palabras:

"¡Patroclo! Sin duda esperabas destruir nuestra ciudad, hacer cautivas a las mujeres troyanas y llevártelas en los bajeles a tu patria. ¡Insensato! Los veloces caballos de Héctor vuelan al combate para defenderlas; y yo, que en manejar la pica sobresalgo entre los belicosos teucros, aparto de los míos el día de la servidumbre; mientras que a ti te comerán los buitres. ¡Ah, infeliz! Ni Aquiles, con ser valiente, te ha socorrido. Cuando saliste de las naves, donde él se ha quedado, debió de hacerte muchas recomendaciones y hablarte de este modo: no vuelvas a las cóncavas naves, caballero Patroclo, antes de haber roto la coraza que envuelve el pecho de Héctor, teñida en sangre. Así te dijo, sin duda; y tú, oh necio, te dejaste persuadir"

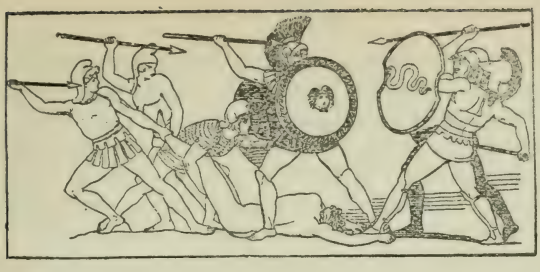
Con lánguida voz le respondiste, caballero Patroclo: "¡Héctor! Jáctate ahora con altaneras palabras, ya que te han dado la victoria el Cronida y Apolo; los cuales me vencieron fácilmente, quitándome la armadura de los hombros. Si veinte guerreros como tú me hubiesen hecho frente, todos habrían muerto vencidos por mi lanza. Matóme la Moira violenta, valiéndose del hijo de Leto y de Euforbo entre los hombres; y tú llegas el tercero, para despojarme de las armas. Otra cosa voy a decirte, que fiajarás en la me-

moria: Tampoco tú has de vivir largo tiempo, pues la muerte y el hado cruel se te acercan, y sucumbirás a manos del eximio Aquiles, descendiente de Eaco.''

Apenas acabó de hablar, la muerte le cubrió con su manto: el alma voló de los miembros y descendió a la mansión de Edes, llorando su suerte porque dejaba un cuerpo vigoroso y joven. Y el esclarecido Héctor le dijo, aunque ya muerto le viera:

''¡Patroclo! ¿Por qué me profetizas una muerte terrible? ¿Quién sabe si Aquiles, hijo de Tetis, la de hermosa cabellera, no perderá antes la vida, herido por mi lanza?''

Dichas estas palabras, puso un pie sobre el cadáver, arrancó la broncínea lanza, y lo tumbó de espaldas. Inmediatamente dirigióse, lanza en mano, hacia Automedón, el divino servidor del Eácida, de pies ligeros; pero los veloces caballos inmortales que a Peleo dieran los dioses como espléndido presente, lo sacaban ya de la batalla.



Los griegos y los teucros combaten alrededor del cadáver de Patroclo

RAPSODIA DECIMOSEPTIMA

O dejó de advertir el Atrida Menelao, caro a Ares, que Patroclo había sucumbido en la lid a manos de los teucros; y, armado de luciente bronce, se abrió camino por los combatientes delanteros y empezó a moverse en torno del cadáver para defenderlo. De la suerte que la vaca primeriza da vueltas alrededor de su becerrillo, mugiendo tiernamente, como no acostumbrada a parir; de la misma manera bullía el rubio Menelao cerca de Patroclo. Y colocándose delante del muerto, enhiesta la lanza y embrazado el escudo, aprestábase a matar a quien se le opusiera. Tampoco Euforbo, el hábil lancero hijo de Panto, se descuidó al ver en el suelo al eximio Patroclo; sino que se detuvo a su vera y dijo a Menelao, caro a Ares:

"¡Menelao Atrida, amado de Zeus, príncipe de hombres! Retírate, suelta el cadáver y desampara estos sangrientos despojos; pues, en la reñida pelea, ninguno de los troyanos ni de los auxiliares ilustres envasó su lanza a Patroclo antes que yo lo hiciera. Déjame alcanzar inmensa gloria entre los teucros. No sea que, hiriéndote, te quite la dulce vida."

Respondióle muy indignado el rubio Menelao: "¡Padre Zeus! No es bueno que nadie se vanagloríe con tanta soberbia. Ni la pantera, ni el león, ni el dañino jabalí que tienen gran ánimo en el pecho y están orgullosos de su fuerza, se presentan tan osados como los hábiles lanceros hijos de Panto. Pero el fuerte Hiperenor, domador de caballos, no siguió gozando de su juventud cuando me aguardó, después de injuriarme diciendo que yo era el más cobarde de los guerreros dánaos; y no creo que haya podido volver con sus pies a la patria, para regocijar a su esposa y a sus venerandos padres. Del mismo modo te quitaré la vida a ti, si osas afrontarme, y te aconsejo que vuelvas a tu ejército y no te pongas delante; pues el necio sólo conoce el mal cuando ha llegado."

Así habló, sin persuadir a Euforbo, que contestó diciendo: "Menelao, alumno de Zeus, ahora pagarás la muerte de mi hermano, de que tanto te jactas. Dejaste viuda a su mujer en el reciente tálamo; causaste a nuestros padres llanto y dolor profundo. Yo conseguiría que aquellos infelices cesaran de llorar, si llevándome tu cabeza y tus armas, las pusiera en las manos de Panto y de la divina Frontis. Pero no se diferirá mucho tiempo el combate, ni quedará sin decir quién haya de ser el vencedor y quién el vencido."

Dicho esto, dió un bote en el escudo liso del Atrida;

pero no pudo romper el bronce, porque la punta se torció al chocar con el fuerte escudo. Menelao Atrida acometió, a su vez, con la pica, orando al padre Zeus; y al ir Euforbo a retroceder, se la clavó en la parte inferior de la garganta, empujó el asta con la robusta mano y la punta atravesó el delicado cuello. Euforbo cayó con estrépito, resonaron sus armas y se mancharon de sangre sus cabellos, semejantes a los de las Kárites, y los rizos, que llevaba sujetos con anillos de oro y plata. Cual frondoso olivo que plantado por el labrador en un lugar solitario donde abunda el agua, crece hermoso, es mecido por vientos de toda clase y se cubre de blancas flores; y viniendo de repente el huracán, lo arranca de la tierra y lo tiende en el suelo; así Menelao Atrida dió muerte a Euforbo, hijo de Panto y hábil lancero, y en seguida comenzó a quitarle la armadura.

Como un montaraz león, confiado en su fuerza, coge del rebaño que está paciendo la mejor vaca, le rompe la cerviz con los fuertes dientes, y despedazándola, traga la sangre y las entrañas; y así los perros como los pastores gritan mucho a su alrededor, pero de lejos, sin atreverse a ir contra la fiera porque el pálido temor los domina; de la misma manera ninguno tuvo ánimo para salir al encuentro del glorioso Menelao. Y el Atrida se habría llevado fácilmente las magníficas armas de Euforbo, si no lo hubiese impedido Febo Apolo; el cual, tomando la figura de Mentes, caudillo de los cicones, suscitó contra aquél a Héctor, igual al veloz Ares, con estas aladas palabras:

"¡Héctor! Tú corres ahora tras lo que no se puede alcanzar: los corceles del aguerrido Eácida. Difícil es que nadie los sujete y sea por ellos llevado, fuera de Aquiles, que tiene una madre inmortal. Y en

tanto, el belígero Menelao Atrida, que defiende el cadáver de Patroclo, ha muerto a uno de los más esforzados teucros, a Euforbo, hijo de Panto, acabando con el impetuoso valor de este caudillo.''

El dios, habiendo hablado así, volvió a la batalla. Héctor sintió profundo dolor en las negras entrañas, ojeó las hileras y vió en seguida al Atrida que despojaba de la armadura a Euforbo, y a éste tendido en el suelo y vertiendo sangre por la herida. Presuroso, armado como se hallaba de luciente bronce y dando agudos gritos, abrióse paso entre los combatientes delanteros cual si fuese una llama inextinguible encendida por Hefestos. El hijo de Atreo gimió al oír las voces, y a su magnánimo espíritu así le dijo:

''¡Ay de mí! Si abandono estas magníficas armas y a Patroclo, que por vengarme yace aquí tendido, temo que se irritará cualquier dánao que lo presencie. Y si por vergüenza peleo con Héctor y los teucros, como ellos son muchos y yo estoy solo, quizás me cerquen; pues Héctor, de tremolante casco, trae aquí a todos los troyanos. Mas ¿por qué el corazón me hace pensar en tales cosas? Cuando, oponiéndose a la divinidad, el hombre lucha con un guerrero protegido por algún dios, pronto le sobreviene grave daño. Así, pues, los dánaos no se irritarán conmigo porque me vean ceder a Héctor, que combate amparado por las deidades. Pero si a mis oídos llegara la voz de Ayax, valiente en la pelea, volvería aquí con él y sólo pensaríamos en lidiar, aunque fuese contra un dios, para ver si lográbamos arrastrar el cadáver y entregarlo al Peleida Aquiles. Sería esto lo mejor para hacer llevaderos los presentes males.''

Mientras tales pensamientos revolvía en su mente y en su corazón, llegaron las huestes de los teucros,

capitaneadas por Héctor. Menelao dejó el cadáver y retrocedió, volviéndose de cuando en cuando. Como el melenudo león a quien alejan del establo los canes y los hombres con gritos y venablos, siente que el corazón audaz se le encoge y abandona de mala gana el redil; de la misma suerte apartábase de Patroclo el rubio Menelao; quien, al juntarse con sus amigos, se detuvo, volvió la cara a los teucros y buscó con los ojos al gran Ayax, hijo de Telamón. Pronto le distinguió a la izquierda de la batalla, donde animaba a sus compañeros y les incitaba a pelear, pues Febo Apolo les había infundido un gran terror. Corrió a encontrarle; y poniéndose a su lado, le dijo estas palabras:

"¡Ayax! Ven, amigo; apresurémonos a combatir por Patroclo muerto, y quizás podamos llevar a Aquiles el cadáver desnudo, pues las armas las tiene Héctor, de tremolante casco."

Así dijo; y conmovió el corazón del aguerrido Ayax, que atravesó al momento las primeras filas junto con el rubio Menelao. Héctor había despojado a Patroclo de las magníficas armas y se lo llevaba arrastrando, para separarle con el agudo bronce la cabeza de los hombros y entregar el cadáver a los perros de Troya. Pero acercósele Ayax con su escudo como una torre; y Héctor, retrocediendo, llegó al grupo de sus amigos, saltó al carro y entregó las magníficas armas a los troyanos para que las llevaran a la ciudad, donde habían de proporcionarle inmensa gloria. Ayax cubrió con su gran escudo al hijo de Menetio y se mantuvo firme. Como el león anda en torno de sus cachorros cuando llevándolos por el bosque le salen al encuentro los cazadores, y haciendo gala de su fuerza, baja los párpados y cierra los ojos; de aquel modo corría

Ayax alrededor del héroe Patroclo. En la parte opuesta hallábase Menelao, caro a Ares, en cuyo pecho el dolor iba creciendo.

Glauco, hijo de Hipóloco, caudillo de los licios, dirigió entonces la torva faz a Héctor, y le increpó con estas palabras:

"¡Héctor, el de más hermosa figura, muy falto estás del valor que la guerra exige! Inmerecida es tu buena fama, cuando solamente sabes huír. Piensa cómo en adelante defenderás la ciudad y la ciudadela, solo y sin más auxilio que los hombres nacidos en Ilión. Ninguno de los licios ha de pelear ya con los dánaos en favor de la ciudad, puesto que para nada se agradece el batallar siempre y sin descanso contra el enemigo. ¿Cómo, oh cruel, salvarás en la turba a un obscuro combatiente, si dejas que Sarpedón, huésped y amigo tuyo, llegue a ser presa y botín de los argivos? Mientras estuvo vivo, prestó grandes servicios a la ciudad y a ti mismo; y ahora no te atreves a apartar de su cadáver a los perros. Por esto, si los licios me obedecieren, volveríamos a nuestra patria, y la ruina más espantosa amenazaría a Ilión. Mas, si ahora tuvieran los troyanos el valor audaz e intrépido que suelen mostrar los que por la patria sostienen contiendas y luchas con los enemigos, pronto arrastraríamos el cadáver de Patroclo hasta Ilión. Y en seguida que el cuerpo de éste fuera retirado del campo y conducido a la gran ciudad de Príamo, los argivos nos entregarían, para rescatarlo, las hermosas armas de Sarpedón, y también podríamos llevar a Ilión el cadáver del héroe; pues Patroclo fué escudero del argivo más valiente que hay en las naves, como asimismo lo son sus tropas, que combaten cuerpo a cuerpo. Pero tú no osaste

esperar al magnánimo Ayax, ni resistir su mirada en la lucha, ni pugnar con él, porque te aventaja en fortaleza.''

Mirándolo con torva faz, respondió Héctor, de tremolante casco: ''¡Glauco! ¿Por qué, siendo cual eres, hablas con tanta soberbia? ¡Oh dioses! Te tenía por el hombre de más seso de cuantos viven en la fértil Licia, y ahora he de reprenderte por lo que pensaste y dijiste al asegurar que no puedo sostener la acometida del ingente Ayax. Nunca me espantó la batalla, ni el ruido de los caballos; pero siempre el pensamiento de Zeus, que lleva la égida, es más eficaz que el de los hombres, y el dios pone en fuga al varón esforzado y le quita fácilmente la victoria, aunque él mismo le haya incitado a combatir. Mas, ea, ven acá, amigo, ponte a mi lado, contempla mis hechos, y verás si seré cobarde en la batalla, aunque dure todo el día, y sí haré que alguno de los dánaos, a pesar de su ardimiento y valor, cese de defender el cadáver de Patroclo.''

Cuando así hubo hablado, exhortó a los teucros, dando grandes voces: ''¡Troyanos, licios, dárdanos que cuerpo a cuerpo peleáis! Sed hombres, amigos, y mostrad vuestro impetuoso valor, mientras visto las armas hermosas del eximio Aquiles, de que despojé al fuerte Patroclo después de matarle.''

Dichas estas palabras, Héctor, de tremolante casco, salió de la funesta lid, y corriendo con ligera planta, alcanzó pronto y no muy lejos a sus amigos que llevaban hacia la ciudad las magníficas armas del hijo de Peleo. Allí, fuera del luctuoso combate, se detuvo y cambió de armadura: entregó la propia a los belicosos troyanos, para que la dejaran en la sacra Ilión, y vistió las armas divinas de Aquiles,

que los dioses dieran a Peleo, y éste, ya anciano, cedió a su hijo, quien no había de usarlas tanto tiempo que, llevándolas, llegara a la vejez.

Cuando Zeus, que amontona las nubes, vió que Héctor vestía las armas del divino Peleida, moviendo la cabeza, habló consigo mismo y dijo:

"¡Ah mísero! No piensas en la muerte, que ya se halla cerca de ti, y vistes las armas divinas de un hombre valentísimo a quien todos temen. Has muerto a su amigo, tan bueno como fuerte, y le has quitado ignominiosamente la armadura de la cabeza y de los hombros. Mas todavía dejaré que alcances una gran victoria como compensación de que Andrómaca no recibirá de tus manos, volviendo tú del combate, las magníficas armas del hijo de Peleo."

Dijo Zeus, y bajó las cerúleas cejas en señal de asentimiento. La armadura de Aquiles le vino bien a Héctor; apoderóse de éste un terrible furor bélico, y sus miembros se vigorizaron y fortalecieron; y el héroe, dando recias voces, enderezó sus pasos a los aliados ilustres y se les presentó con las resplandecientes armas del magnánimo Peleida. Acercóse a cada uno de sus capitanes para animarlos—a Mestles, Glauco, Medón, Tersíloco, Asteropeo, Disenor, Hipótoo, Forcis, Cromio y el augur Enomo—y los instigó con estas aladas palabras:

"¡Oíd, tribus innúmeras de aliados que habitáis alrededor de Troya! No ha sido por el deseo ni por la necesidad de reunir una muchedumbre por lo que os he traído de vuestras ciudades; sino para que defendáis animosamente de los belicosos aqueos a las esposas y a los tiernos infantes de los troyanos. Con esta idea abrumo a mi pueblo y le exijo dones y víveres para excitar vuestro valor. Ahora cada uno

haga frente y embista al enemigo, ya muera, ya se salve; que tales son los lances de la guerra. Al que arrastre el cadáver de Patroclo hasta las filas de los troyanos, domadores de caballos, y haga ceder a Ayax, le daré la mitad de los despojos, reservándome la otra mitad, y su gloria será tan grande como la mía.''

Así habló. Todos arremetieron con las picas levantadas y cargaron sobre los dánaos, pues tenían grandes esperanzas de arrancar el cuerpo de Patroclo de las manos de Ayax Telamonio. ¡Insensatos! Sobre el mismo cadáver, Ayax hizo perecer a muchos de ellos. Y este héroe dijo entonces a Menelao, valiente en la pelea:

''¡Oh amigo, Menelao, amado de Zeus! Ya no espero que salgamos con vida de esta batalla. Ni temo tanto por el cadáver de Patroclo, que pronto saciará en Ilión a los perros y aves de rapiña, cuanto por tu cabeza y por la mía; pues el nublado de la guerra, Héctor, todo lo cubre, y a nosotros nos espera una muerte cruel. Ea, llama a los más valientes dánaos, por si alguno te oye.''

Así se expresó. Menelao, valiente en la pelea, no fué desobediente; y alzando recio la voz, dijo a los dánaos:

''¡Oh amigos, capitanes y príncipes de los argivos; los que bebéis en la tienda de los Atridas Agamenón y Menelao el vino que el pueblo paga, mandáis las tropas y os viene de Zeus el honor y la gloria! Me es difícil ver a cada uno de los caudillos. ¡Tan grande es el combate que aquí se ha empeñado! Pero acercaos vosotros, indignándoos en vuestro corazón de que Patroclo llegue a ser juguete de los perros troyanos.''

Tales fueron sus palabras. Oyóle en seguida el veloz Ayax de Oileo, y acudió antes que nadie, corriendo a través del campo. Siguiéronle Idomeneo y su escudero Meriones, igual al homicida Ares. ¿Y quién podría retener en la memoria y decir los nombres de cuántos aqueos fueron llegando para reanimar la pelea?

Los teucros acometieron apiñados, con Héctor a su frente. Como en la desembocadura de un río que las celestiales lluvias alimentan, las ingentes olas chocan bramando contra la corriente del mismo, refluyen al mar y las altas orillas resuenan en torno; con una gritería tan grande marchaban los teucros. Mientras tanto, los aqueos permanecían firmes alrededor del cadáver del hijo de Menetio, conservando el mismo ánimo y defendiéndose con los escudos de bronce; y Zeus rodeó de espesa niebla sus relucientes cascos, porque nunca había aborrecido al hijo de Menetio mientras vivió y fué servidor de Aquiles, y entonces veía con desagrado que el cadáver pudiera llegar a ser juguete de los perros troyanos. Por esto el dios incitaba a los compañeros a que lo defendieran.

En un principio, los teucros rechazaron a los aqueos, de ojos vivos, y éstos, desamparando al muerto, huyeron espantados. Y si bien los altivos teucros no consiguieron matar con sus lanzas a ningún aquivo, como deseaban, empezaron a arrastrar el cadáver. Poco tiempo debían los aqueos permanecer alejados de éste, pues los hizo volver Ayax; el cual, así por su figura, como por sus obras, era el mejor de los dánaos, después del eximio Peleida. Atravesó el héroe las primeras filas, y parecido por su bravura al jabalí que en el monte dispersa fácilmente, dando vueltas por los matorrales, a los perros y a los flo-

recientes mancebos; de la misma manera el esclarecido Ayax, hijo del ilustre Telamón, acometió y dispersó las falanges de troyanos que se agitaban en torno de Patroclo con el decidido propósito de llevarlo a la ciudad y alcanzar gloria.

Hipótoos, hijo preclaro del pelasgo Letos, había atado una correa a un tobillo de Patroclo, alrededor de los tendones; y arrastraba el cadáver por el pie, a través del reñido combate, para congraciarse con Héctor y los teucros. Pronto le ocurrió una desgracia, de que nadie, por más que lo deseara, pudo librarle. Pues el hijo de Telamón, acometiéndole por entre la turba, le hirió de cerca a través del casco de broncíneas carrilleras: el casco, guarnecido de un penacho de crines de caballo, se quebró al recibir el golpe de la gran lanza manejada por la robusta mano; el cerebro fluyó sanguinolento por la herida, a lo largo del asta; el guerrero perdió las fuerzas, dejó escapar de sus manos al suelo el pie del animoso Patroclo, y cayó de pechos, junto al cadáver, lejos de la fértil Larisa; y así no pudo pagar a sus progenitores la crianza, ni fué larga su vida, porque sucumbió vencido por la lanza del magnánimo Ayax. Héctor arrojó, a su vez, la reluciente lanza; pero Ayax, al notarlo, hurtó el cuerpo, y la broncínea arma alcanzó a Esquedio, hijo del magnánimo Ifites y el más valiente de los focenses, que tenía su casa en la célebre Pánope y reinaba sobre muchos hombres: clavóse la punta debajo de la clavícula y, atravesándola salió por el hombro. El guerrero cayó con estrépito, y sus armas resonaron. Ayer hirió en medio del vientre al aguerrido Forcis, hijo de Fénope, que defendía el cadáver de Hipótoo; y el bronce rompió la cavidad de la coraza y desgarró

las entrañas: el teucro, caído, en el polvo, cogió el suelo con las manos. Arredráronse los combatientes delanteros y el esclarecido Héctor; y los argivos dieron grandes voces, retiraron los cadáveres de Forcis y de Hipótoo, y quitaron de sus hombros las respectivas armaduras.

Entonces los teucros hubieran vuelto a entrar en Ilión, acosados por los belicosos aqueos y vencidos por su propia cobardía; y los aqueos hubiesen alcanzado gloria, contra la voluntad de Zeus, por su fortaleza y su valor. Pero Apolo instigó a Eneas, tomando la figura del heraldo Perifas Epítida, que había envejecido ejerciendo de pregonero en la casa del padre del héroe y sabía dar saludables consejos. Así transfigurado, habló Apolo, hijo de Zeus, diciendo:

"¡Eneas! ¿De qué modo podrías salvar a la excelsa Ilión, aún contra la voluntad de un dios? Como he visto hacerlo a otros varones que confiaban en su fuerza y vigor, en su bravura y en la muchedumbre de tropas formadas por un pueblo intrépido. Mas al presente, Zeus desea que la victoria quede por vosotros y no por los dánaos; y vosotros huís temblando y renunciáis a combatir."

De tal suerte habló. Eneas, como viera delante de sí al flechador Apolo, reconocióle, y a grandes voces dijo a Héctor:

"¡Héctor y demás caudillos de los troyanos y sus aliados! Es una vergüenza que entremos en Ilión, acosados por los belicosos aqueos y vencidos por nuestra cobardía. Una deidad ha venido a decirme que Zeus, el árbitro supremo, será aún nuestro auxiliar en la batalla. Marchemos, pues, en derechura

a los dánaos, para que no se lleven tranquilamente a las naves el cadáver de Patroclo.''

Así habló; y saltando mucho más allá de los combatientes delanteros, se detuvo. Los teucros volvieron la cara y afrontaron a los aquivos. Entonces Eneas dió una lanzada a Leócrito, hijo de Arisbas y compañero valiente de Licomedes. Al verle derribado en tierra compadecióse Licomedes, caro a Ares, y parándose muy cerca del enemigo, arrojó la reluciente lanza, hirió debajo del diafragma a Apisaón Hipásida, pastor de hombres, y le dejó sin vigor las rodillas: este guerrero procedía de la fértil Peonia, y era, después de Asteropeo, el que más descollaba en el combate. Vióle caer el belígero Asteropeo, y apiadándose, corrió hacia él, dispuesto a pelear con los dánaos. Mas no le fué posible; pues cuantos rodeaban por todas partes a Patroclo, se cubrían con los escudos y calaban las lanzas. Ayax recorría las filas y daba muchas órdenes: mandaba que ninguno retrocediese, abandonando el cadáver; ni combatiendo se adelantara a los demás aqueos; sino que todos circundaran al muerto y pelearan de cerca. Así los arengaba el ingente Ayax. La tierra estaba regada de purpúrea sangre y morían, unos en pos de otros, muchos troyanos, poderosos auxiliares, y dánaos; pues estos últimos no peleaban sin derramar sangre, aunque parecían en mucho menor número porque cuidaban siempre de defenderse recíprocamente en medio de la turba, para evitar la cruel muerte.

Así combatían, con el ardor del fuego. No hubieras dicho que aun subsistiesen el sol y luna; pues hallábanse cubiertos por la niebla todos los guerreros ilustres que pugnaban alrededor del cadáver de Patroclo. Los restantes teucros y aqueos, de hermosas

grebas, libres de la obscuridad, lidiaban bajo el cielo sereno: los vivos rayos del sol herían el campo, sin que apareciera ninguna nube sobre la tierra ni en las montañas, y ellos batallaban y descansaban alternativamente, hallándose a gran distancia unos de otros y procurando librarse de los tiros que les dirigían los contrarios. Y en tanto, los del centro padecían muchos males a causa de la niebla y del combate, y los más valientes estaban dañados por el cruel bronce. Dos varones insignes, Trasimedes y Antíloco, ignoraban aún que el eximio Patroclo hubiese muerto y creían que luchaba con los teucros en la primera fila. Ambos, aunque se daban cuenta de que sus compañeros eran muertos o derrotados, peleaban separadamente de los demás; que así lo ordenara Néstor, cuando desde las negras naves los envió a la batalla.

Todo el día sostuvieron la gran contienda y el cruel combate. Cansados y sudosos tenían los pies, las piernas y las rodillas, y manchados de polvo los ojos y las manos, cuantos peleaban en torno del valiente servidor del Eácida, de pies ligeros. Como un hombre da a los obreros, para que la estiren, una piel grande de toro cubierta de grasa; y ellos, cogiéndola, se distribuyen a su alrededor, y tirando todos sale la humedad, penetra la grasa y la piel queda perfectamente extendida por todos lados; de la misma manera, tiraban aquéllos del cadáver acá y allá, en un reducido espacio, y tenían grandes esperanzas de arrastrarlo los teucros hacia Ilión, y los aqueos a las cóncavas naves. Un tumulto feral se producía alrededor del muerto; y ni Ares, que enardece a los guerreros, ni Atenea por airada que es-

tuviera, habrían hallado nada que reprochar, si lo hubiesen presenciado.

Tan funesto combate de hombres y caballos suscitó Zeus aquel día sobre el cadáver de Patroclo. El divino Aquiles ignoraba aún la muerte del héroe, porque la pelea se había empeñado lejos de las veleras naves, al pie del muro de Ilión. No se figuraba que hubiese muerto, sino que después de acercarse a las puertas volvería vivo; porque tampoco esperaba que llegara a tomar la ciudad, ni solo, ni con él mismo. Así se lo había oído muchas veces a su madre cuando, hablándole separadamente de los demás, le revelaba el pensamiento del gran Zeus. Pero entonces la diosa no le anunció la gran desgracia que acababa de ocurrir: la muerte del compañero a quien más amaba.

Los combatientes blandiendo afiladas lanzas, se acometían continuamente alrededor del cadáver; y unos a otros se mataban. Y hubo quien entre los aqueos, de broncíneas lorigas, habló de esta manera:

"¡Oh amigos! No sería para nosotros una acción gloriosa, la de volver a las cóncavas naves. Antes la negra tierra nos trague a todos; que preferible fuera, si hemos de permitir a los troyanos, domadores de caballos, que arrastren el cadáver a la ciudad y alcancen gloria."

Y a su vez alguno de los magnánimos teucros así decía: "¡Oh amigos! Aunque el destino haya dispuesto que sucumbamos todos junto a ese hombre, nadie abandone la batalla."

Con tales palabras excitaban el valor de sus compañeros. Seguía el combate, y el férreo estrépito llegaba al cielo de bronce, a través del infecundo éter.

Los corceles de Aquiles lloraban, fuera del campo

de la batalla, desde que supieron que su auriga había sido postrado en el polvo por Héctor, matador de hombres. Por más que Automedón, hijo valiente de Dioreo, los aguijaba con el flexible látigo y les dirigía palabras, ya suaves, ya amenazadoras; ni querían volver atrás, a las naves y al vasto Helesponto, ni encaminarse hacia los aqueos que estaban peleando. Como la columna se mantiene firme sobre el túmulo de un varón difunto o de una matrona, tan inmóviles permanecían aquéllos con el magnífico carro. Inclinaban la cabeza al suelo; de sus párpados se desprendían ardientes lágrimas con que lloraban la pérdida del auriga, y las lozanas crines estaban manchadas y caídas a ambos lados del yugo. Al verlos llorar, el Cronión se compadeció de ellos, movió la cabeza; y hablando consigo mismo, dijo:

"¡Ah infelices! ¿Por qué os entregamos al rey Peleo, a un mortal, estando vosotros exentos de la vejez y de la muerte? ¿Acaso para que tuvieseis penas entre los míseros mortales? Porque no hay un sér más desgraciado que el hombre, entre cuantos respiran y se mueven sobre la tierra. Héctor Priámida no será llevado por vosotros en el hermoso carro; no lo permitiré. ¿Por ventura no es bastante que se haya apoderado de las armas y se gloríe de esta manera? Daré fuerza a vuestras rodillas y a vuestro espíritu, para que llevéis salvo a Automedón desde la batalla a las cóncavas naves; y concederé gloria a los teucros, los cuales seguirán matando hasta que lleguen a las naves de muchos bancos, se ponga el sol y la sagrada obscuridad sobrevenga."

Tal dijo, e infundió gran vigor a los caballos: sacudieron éstos el polvo de las crines y arrastraron velozmente el ligero carro hacia los aqueos. Auto-

medón, aunque afligido por la suerte de su compañero, quería combatir desde el carro, y con los corceles se echaba sobre los enemigos como el buitre sobre los ánsares; y con la misma facilidad huía del tumulto de los teucros, que arremetía a la gran turba de ellos para seguirles el alcance. Pero no mataba hombres cuando se lanzaba a perseguir, porque estando solo en la silla, no le era posible acometer con la lanza y sujetar al mismo tiempo los veloces caballos. Vióle al fin su compañero Alcimedón, hijo de Laerces Hemónida; y poniéndose detrás del carro, dijo a Automedón:

"¡Automedón! ¿Qué dios te ha sugerido tan inútil propósito dentro del pecho y te ha privado de tu buen juicio? ¿Por qué, estando solo, combates con los teucros en la primera fila? Tu compañero recibió la muerte, y Héctor se vanagloría de cubrir sus hombros con las armas del Eácida."

Respondióle Automedón, hijo de Dioreo: "¡Alcimedón! ¿Cuál otro aqueo podría sujetar o aguijar estos caballos inmortales mejor que tú, si no fuera Patroclo, consejero igual a los dioses, mientras estuvo vivo? Pero ya la muerte y el destino le alcanzaron. Recoge el látigo y las lustrosas riendas, y yo bajaré del carro para combatir."

Así hablo. Alcimedón, subiendo en seguida al veloz carro, tomó el látigo y las riendas, y Automedón saltó a tierra. Advirtiólo el esclarecido Héctor; y al momento dijo a Eneas, que a su vera estaba:

"¡Eneas, consejero de los teucros, de broncíneas lorigas! Advierto que los corceles del Eácida, ligero de pies, aparecen nuevamente en la lid guiados por aurigas débiles. Y creo que me apoderaría de los mismos, si tú quisieras ayudarme; pues arremetiendo

nosotros a los aurigas, éstos no se atreverán a resistir ni a pelear frente a frente.''

Dijo; y el valeroso hijo de Anquises no dejó de obedecerle. Ambos pasaron adelante, protegiendo sus hombros con sólidos escudos de pieles secas de buey, cubiertas con gruesa capa de bronce. Siguiéronles Cromio y el divino Areto, que tenían grandes esperanzas de matar a los aurigas y llevarse los corceles de erguido cuello. ¡Insensatos! No sin derramar sangre habían de escapar de Automedón. Este, orando al padre Zeus, llenó de fuerza y vigor las negras entrañas; y en seguida dijo a Alcimedón, su fiel compañero:

''¡Alcimedón! No tengas los caballos lejos de mí; sino tan cerca, que sienta su resuello sobre mi espalda. Creo que Héctor Priámida no calmará su ardor hasta que suba al carro de Aquiles y gobierne los corceles de hermosas crines, después de darnos muerte a nosotros y desbaratar las filas de los guerreros argivos; o él mismo sucumba, peleando con los combatientes delanteros.''

Cuando esto hubo dicho, llamó a los dos Ayaces y a Menelao: ''¡Ayaces, caudillos de los argivos! ¡Menelao! Dejad a los más fuertes el cuidado de rodear al muerto y defenderle, rechazando las haces enemigas; y venid a librarnos del día cruel a nosotros que aún vivimos, pues se dirigen a esta parte, corriendo a través del luctuoso combate, Héctor y Eneas, que son los más valientes de los teucros. En la mano de los dioses está lo que haya de ocurrir. Yo arrojaré mi lanza, y Zeus se cuidará del resto.''

Dijo; y blandiendo la ingente lanza, acertó a dar en el escudo liso de Areto, que no logró detener a aquélla: atravesólo la punta de bronce, y rasgando

el cinturón se clavó en el empeine del guerrero. Como un joven hiere con afilada segur a un buey montaraz por detrás de las astas, le corta el nervio y el animal dá un salto y cae; de esta manera el teucro saltó y cayó boca arriba, y la lanza aguda, vibrando aún en sus entrañas, dejóle sin vigor los miembros. Héctor arrojó la reluciente lanza contra Automedón; pero éste, como la viera venir, evitó el golpe inclinándose hacia adelante: la fornida lanza se clavó en el suelo detrás de él, y el regatón temblaba; pero pronto la impetuosa arma perdió su fuerza. Y se atacaran de cerca con las espadas, si no les hubiesen obligado a separarse los dos Ayaces; los cuales, enardecidos, abriéronse paso por la turba y acudieron a las voces de su amigo. Temiéronlos Héctor, Eneas y el divino Cromio, y, retrocendiendo, dejaron a Areto, que yacía en el suelo con el corazón traspasado. Automedón, igual al veloz Ares, despojóle de las armas; y gloriándose, pronunció estas palabras:

"El pesar de mi corazón por la muerte del hijo de Menetio, se ha aliviado un poco; aunque le es inferior el varón a quien he dado muerte."

Esto dicho, tomó y puso en el carro los sangrientos despojos; y en seguida subió al mismo, con los pies y las manos ensangrentados como el león que ha devorado un toro.

De nuevo se trabó una pelea encarnizada, funesta, luctuosa, en torno de Patroclo. Excitó la lid Atenea, que vino del cielo, enviada a socorrer a los dánaos por el longividente Zeus, cuya mente había cambiado. De la suerte que Zeus tiene en el cielo el purpúreo arco iris, como señal de una guerra o de un invierno tan frío que obliga a suspender las labores del campo y entristece a los rebaños; de este modo la diosa,

envuelta en purpúrea nube, penetró por las tropas aqueas y animó a cada guerrero. Primero enderezó sus pasos hacia el fuerte Menelao, hijo de Atreo, que se hallaba cerca; y tomando la figura y voz infatigable de Fénix, le exhortó diciendo:

"Sería para ti, oh Menelao, motivo de vergüenza y de oprobio que los voraces perros despedazaran bajo el muro de Ilión el cadáver de quien fué compañero fiel del ilustre Aquiles. ¡Combate denodadamente y anima a todo el ejército!"

Respondióle Menelao, valiente en la pelea: "¡Padre Fénix, anciano respetable! Ojalá Atenea me infundiese vigor y me librase del ímpetu de los tiros. Yo quisiera ponerme al lado de Patroclo y defenderle, porque su muerte conmovió mucho mi corazón; pero Héctor tiene la terrible fuerza de una llama, y no cesa de matar con el bronce, protegido por Zeus, que le da gloria."

Así se expresó. Atenea, la diosa de los ojos de buey, holgándose de que aquél la invocara la primera entre todas las deidades, le vigorizó los hombros y las rodillas, e infundió en su pecho la audacia de la mosca, la cual, aunque sea ahuyentada repetidas veces, vuelve a picar porque la sangre humana le es agradable; de una audacia semejante llenó la diosa las negras entrañas del héroe. Encaminóse Menelao hacia el cadáver de Patroclo y despidió la reluciente lanza. Hallábase entre los teucros Podes, hijo de Eetión, rico y valiente, a quien Héctor honraba mucho en la ciudad porque era su compañero querido en los festines; a éste, que ya emprendía la fuga, Menelao atravesólo con la broncínea lanza que se clavó en el ceñidor, y el teucro cayó con estrépito.

Al punto, Menelao Atrida arrastró el cadáver desde los teucros adonde se hallaban sus amigos.

Apolo incitó a Héctor, poniéndose a su lado después de tomar la figura de Fénope Asíada; éste tenía la casa en Abido, y era para el héroe el más querido de sus huéspedes. Así transfigurado, dijo el flechador Apolo:

"¡Héctor! ¿Cuál otro aqueo te temerá, cuando huyes temeroso ante Menelao, que siempre fué guerrero débil y ahora él solo ha levantado y se lleva fuera del alcance de los teucros el cadáver de tu fiel amigo a quien mató, del que peleaba con denuedo entre los combatientes delanteros, de Podes, hijo de Eetión?"

Tales fueron sus palabras, y negra nube de pesar envolvió a Héctor, que en seguida atravesó las primeras filas, cubierto de reluciente bronce. Entonces el Cronida tomó la esplendorosa égida floqueada, cubrió de nubes el Ida, relampagueó y tronó fuertemente, agitó la egida y dió la victoria a los teucros, poniendo en fuga a los aqueos.

El primero que huyó fué Peneleo, el beocio, por haber recibido, vuelto siempre de cara a los teucros, una herida leve en el hombro: Polidamas, acercándose a él, le arrojó la lanza, que desgarró la piel y llegó hasta el hueso. Héctor, a su vez, hirió en la muñeca y dejó fuera de combate a Leito, hijo del magnánimo Alectrión; el cual huyó espantado y mirando en torno suyo, porque ya no esperaba que con la lanza en la mano pudiese combatir con los teucros.—Contra Héctor, que perseguía a Leito, arrojó Idomeneo su lanza y le dió un bote en el peto de la coraza, junto a la tetilla; pero rompióse aquélla en la unión del asta con el hierro; y los teucros gritaron. Héctor despidió su lanza contra Idomeneo

Deucálida, que iba en un carro; y por poco no acertó a herirle; pero el bronce se clavó en Cérano, escudero y auriga de Meriones, a quien acompañaba desde que partieron de la bien construída Licto. Idomeneo salió aquel día de las corvas naves al campo, como infante; y hubiera proporcionado a los teucros un gran triunfo, si no hubiese llegado Cérano guiando los veloces corceles: éste fué su salvador, porque le libró del día cruel de perder la vida a manos de Héctor, matador de hombres. A Cérano, pues, hirióle Héctor debajo de la quijada y de la oreja: la punta de la lanza hizo saltar los dientes y atravesó la lengua. El guerrero cayó del carro, y dejó que las riendas vinieran al suelo. Meriones, inclinándose, recogiólas, y dijo a Idomeneo:

"Aguija con el látigo los caballos hasta que llegues a las veleras naves; pues ya tú mismo conoces que no serán los aqueos quienes alcancen la victoria."

Así habló; e Idomeneo fustigó los corceles de hermosas crines, guiándolos hacia las cóncavas naves, porque el temor había entrado en su corazón.

No les pasó inadvertido al magnánimo Ayax y a Menelao que Zeus otorgaba a los teucros la inconstante victoria. Y el gran Ayax Telamonio fué el primero en decir:

"¡Oh dioses! Ya hasta el más simple conocería que el padre Zeus favorece a los teucros. Los tiros de todos ellos, sea cobarde o valiente el que dispara, no yerran el blanco, porque Zeus los encamina; mientras que los nuestros caen al suelo sin dañar a nadie. Ea, pensemos cómo nos será más fácil sacar el cadáver y volvernos, para regocijar a nuestros amigos; los cuales deben de afligirse mirando hacia acá, y sin duda piensan que ya no podemos resistir la

fuerza y las invictas manos de Héctor, matador de hombres, y pronto tendremos que refugiarnos en las negras naves. Ojalá algún amigo avisara al Peleida pues no creo que sepa la infausta nueva de que ha muerto su compañero amado. Pero no puedo distinguir entre los aquivos a nadie capaz de hacerlo, cubiertos como están por densa niebla hombres y caballos. ¡Padre Zeus! Libra de la espesa niebla a los aqueos, serena el cielo, concede que nuestros ojos vean, y destrúyenos en la luz, ya que así te place!''

Tal dijo; y el padre, compadecido de verle derramar lágrimas, disipó en el acto la obscuridad y apartó la niebla. Brilló el sol y toda la batalla quedó alumbrada. Y entonces dijo Ayax a Menelao, valiente en la pelea:

''Mira ahora, Menelao, alumno de Zeus, si ves a Antíloco, hijo del magnánimo Néstor, vivo aún; y envíale para que vaya corriendo a decir al aguerrido Aquiles que ha muerto su compañero más amado.''

Tales fueron sus palabras; y Menelao, valiente en la pelea, obedeció y se fué. Como se aleja del establo un león, después de irritar a los canes y a los hombres que, vigilando toda la noche, no le han dejado comer los pingües bueyes—el animal, ávido de carne, acometía, pero nada consiguió porque audaces manos le arrojaron muchos venablos y teas encendidas que le hicieron temer, aunque estaba enfierecido—; y al despuntar la aurora, se va con el corazón afligido: de tan mala gana, Menelao, valiente en la pelea, se apartaba de Patroclo; porque sentía gran temor de que los aqueos, vencidos por el fuerte miedo, lo dejaran y fuera presa de los enemigos. Y se lo recomendó mucho a Meriones y a los Ayaces diciéndoles:

''¡Ayaces, caudillos de los argivos! ¡Meriones! Acordaos ahora de la mansedumbre del mísero Patro-

clo, el cual supo ser amable con todos mientras gozó de vida. Pero ya la muerte y el destino le alcanzaron.''

Dicho esto, el rubio Menelao partió volviendo los ojos por todas partes como el águila (el ave, según dicen, de vista más perspicaz entre cuantas vuelan por el cielo), a la cual, aun estando en las alturas, no le pasa inadvertida una liebre de pies ligeros echada debajo de un arbusto frondoso, y se abalanza a ella y en un instante la coge y le quita la vida; del mismo modo, oh Menelao, caro a Zeus, tus brillantes ojos dirigíanse a todos lados, por la turba numerosa de los compañeros, para ver si podrías hallar vivo al hijo de Néstor. Pronto le distinguió a la izquierda del combate, donde animaba a sus compañeros y les incitaba a pelear. Y deteniéndose a su lado, hablóle así el rubio Menelao:

''¡Ea, ven aquí, Antíloco, amado de Zeus, y sabrás una infausta nueva que ojalá no debiera darte! Creo que tú mismo conocerás, con sólo tender la vista, que un dios nos manda le derrota a los dánaos y que la victoria se decide por los teucros. Ha muerto el más valiente aqueo, Patroclo, y los dánaos le echan muy de menos. Corre hacia las naves aqueas y anúncialo a Aquiles; por si, dándose prisa en venir, puede llevar a su bajel el cadáver desnudo, pues las armas las tiene Héctor, el de tremolante casco.''

Así dijo. Estremecióse Antíloco al oírle, estuvo un buen rato sin poder hablar, llenáronse de lágrimas sus ojos y la voz sonora se le cortó. Mas no por esto descuidó de cumplir la orden de Menelao: entregó las armas a Laódoco, el eximio compañero que a su lado regía los solípedos caballos, echó a correr, y salió del combate , llorando, para dar al Peleida Aquiles la triste noticia.

No quisiste, oh Menelao, caro a Zeus, quedarte allí para socorrer a los fatigados compañeros de Antíloco; aunque los pilios echaban muy de menos a su jefe. Menelao les envió el divino Trasimedes; y volviendo a la carrera hacia el cadáver de Patroclo, se detuvo junto a los Ayaces, y les dijo:

"Ya he enviado a aquél a las veleras naves, para que se presente a Aquiles, el de los pies ligeros; pero no creo que Aquiles venga en seguida, por más airado que esté con el divino Héctor, porque sin armas no podrá combatir con los troyanos. Pensemos nosotros mismos cómo nos será más fácil sacar el cadáver y librarnos, en la lucha con los teucros, de la muerte y el destino."

Respondióle el gran Ayax Telamonio: "oportuno es cuanto dijiste, ínclito Menelao. Tú y Meriones introducíos prontamente, levantad el cadáver y sacadlo de la lid. Y nosotros dos, que tenemos igual ánimo, llevamos el mismo nombre y siempre hemos sostenido juntos el vivo combate, os seguiremos peleando a vuestra espalda con los teucros y el divino Héctor."

Así dijo. Aquéllos cogieron al muerto y alzáronlo muy alto; y gritó el ejército teucro al ver que los aqueos levantaban el cadáver. Arremetieron los teucros como los perros que, adelantándose a los jóvenes cazadores, persiguen al jabalí herido: así como estos corren detrás del jabalí y anhelan despedazarle, pero cuando el animal, fiado en su fuerza se vuelve, retroceden y espantados se dispersan; del mismo modo, los teucros seguían en tropel y herían a los aqueos con las espadas y lanzas de doble filo, pero cuando los Ayaces volvieron la cara y se detuvieron, a todos se les mudó el color del semblante y ninguno osó adelantarse para disputarles el cadáver.

De tal manera ambos caudillos llevaban presurosos

el cadáver desde la liza hacia las cóncavas naves. Tras ellos suscitóse feral combate: como el fuego que prende en una ciudad, se levanta de pronto y resplandece, y las casas se arruinan entre grandes llamas que el viento, enfurecido, mueve; de igual suerte, un horrísono tumulto de caballos y guerreros acompañaba a los que se iban retirando. Así como unos mulos vigorosos sacan del monte y arrastran por áspero camino una viga o un gran tronco destinado a mástil de navío, y apresuran el paso, pero su ánimo está abatido por el cansancio y el sudor: de la misma manera, ambos caudillos trasportaban animosamente el cadáver. Detrás de ellos, los Ayaces contenían a los teucros como el valladar selvoso extendido por gran parte de la llanura refrena las corrientes perjudiciales de los ríos de curso arrebatado, les hace torcer el camino y les señala el cauce por donde todos han de correr, y jamás los ríos pueden romperlo con la fuerza de sus aguas; de semejante modo, los Ayaces apartaban a los teucros que seguían peleando, especialmente Eneas, hijo de Anquises, y el preclaro Héctor. Como vuela una bandada de estorninos o grajos, dando horribles chillidos, cuando ven al gavilán que trae la muerte a los pajarillos; así entonces los aqueos, perseguidos por Eneas y Héctor, corrían chillando horriblemente y se olvidaban de combatir. Muchas armas hermosas de los dánaos fugitivos cayeron en el foso o en sus orillas, y la batalla continuaba sin intermisión alguna.

Hefestos, sostenido por dos estatuas de oro, que parecían animadas, pregunta a Tetis los motivos de su visita

RAPSODIA DECIMOCTAVA

IENTRAS los aqueos y los teucros combatían con el ardor de abrasadora llama, Antíloco, mensajero de veloces pies, fué en busca de Aquiles. Hallóle junto a las naves de altas popas, y ya el héroe presentía lo ocurrido; pues, gimiendo, a su magnánimo espíritu así le hablaba:

"¡Ay de mí! ¿Por qué los aqueos, de larga cabellera, vuelven a ser derrotados, y corren aturdidos por la llanura con dirección a las naves? Temo que los dioses me hayan causado la desgracia cruel para mi corazón, que me anunció mi madre diciendo que el más valiente de los mirmidones dejaría de ver la luz

del sol, a manos de los teucros, antes de que yo falleciera. Sin duda ha muerto el esforzado hijo de Menetio. ¡Infeliz! Yo le mandé que tan pronto como apartase el fuego enemigo, regresara a los bajeles y no quisiera pelear valerosamente con Héctor.''

Mientras tales pensamientos revolvía en su mente y en su corazón, llegó el hijo del ilustre Néstor; y derramando ardientes lágrimas, dióle la triste noticia:

''¡Ay de mí, hijo del aguerrido Peleo! Sabrás una infausta nueva, una cosa que no hubiera de haber ocurrido. Patroclo yace en el suelo, y teucros y aqueos combaten en torno del cadáver desnudo, pues Héctor, el de tremolante casco, tiene la armadura.''

Así dijo; y negra nube de pesar envolvió a Aquiles. El héroe cogió ceniza con ambas manos y derramándola sobre su cabeza, afeó el gracioso rostro y manchó la divina túnica; después se tendió en el polvo, ocupando un gran espacio, y con las manos se arrancaba los cabellos. Las esclavas que Aquiles y Patroclo cautivaran salieron afligidas; y dando agudos gritos, rodearon a Aquiles; todas se golpeaban el pecho y sentían desfallecer sus miembros. Antíloco también se lamentaba, vertía lágrimas y tenía de las manos a Aquiles, cuyo gran corazón deshacíase en suspiros, por el temor de que se cortase la garganta con el hierro. Dió Aquiles un horrendo gemido; oyóle su veneranda madre, que se hallaba en el fondo del mar, junto al padre anciano, y prorrumpió en sollozos; y cuantas nereidas había en aquellas profundidades, todas se congregaron a su alrededor. Allí estaban Glauce, Talía, Cimodoce, Nesea, Espio, Toe, Halia, la de los ojos de buey, Cimoteo, Actea, Limnorea, Melita, Yera, Anfítoe, Agave, Doto, Proto, Ferusa, Donámene, Dexámene, Anfínome, Calianira, Doris, Pánope, la célebre Galatea, Nemertes, Apseudes, Calianasa, Cli-

mene, Yanira, Yanasa, Mera, Oritía, Amatía, la de hermosas trenzas, y las restantes nereidas que habitan en lo hondo del mar. La blanquecina gruta se llenó de ninfas, y todas se golpeaban el pecho. Y Tetis, dando principio a los lamentos, exclamó:

"¡Oíd, hermanas nereidas, para que sepáis cuántas penas sufre mi corazón. ¡Ay de mí, desgraciada! ¡Ay de mí, madre infeliz de un valiente! Parí un hijo ilustre, fuerte e insigne entre los héroes, que creció semejante a un árbol; le crié como a una planta en terreno fértil y lo mandé a Ilión en las corvas naves para que combatiera con los teucros; y ya no le recibiré otra vez, porque no volverá a mi casa, a la mansión de Peleo. Mientras vive y ve la luz de Helios está angustiado, y no puedo, aunque a él me acerque, llevarle socorro. Iré a verle, y me dirá qué pesar le aflige ahora que no interviene en las batallas!"

Dijo, y salió de la gruta; las nereidas la acompañaron llorosas, y las olas del mar se rompían en torno de ellas. Cuando llegaron a la fértil Troya, subieron todas a la playa donde las muchas naves de los mirmidones habían sido colocadas a ambos lados de la del veloz Aquiles. La veneranda madre se acercó al héroe, que suspiraba profundamente; y rompiendo el aire con agudos clamores, abrazóle la cabeza, y en tono lastimero pronunció estas aladas palabras:

"¡Hijo! ¿Por qué lloras? ¿Qué pesar te ha llegado al alma? Habla; no me lo ocultes. Zeus ha cumplido lo que tú, levantando las manos, le pediste: que los aqueos fueran acorralados junto a los navíos y padecieran vergonzosos desastres."

Exhalando profundos suspiros, contestó Aquiles, el de los pies ligeros: "¡Madre mía! El Olímpico, efectivamente, lo ha cumplido; pero ¿qué placer puede producirme, habiendo muerto Patroclo, el fiel amigo

a quien apreciaba sobre todos los compañeros y tanto como a mi propia cabeza? Lo he perdido, y Héctor, después de matarlo, le despojó de las armas prodigiosas, admirables, magníficas, que los dioses regalaron a Peleo, como espléndido presente, el día en que te colocaron en el tálamo de un hombre mortal. Ojalá hubieras seguido habitando en el mar con las inmortales ninfas, y Peleo hubiese tomado esposa mortal. Mas no sucedió así, para que sea inmenso el dolor de tu alma cuando muera tu hijo, a quien ya no recibirás en tu casa, de vuelta de Troya; pues mi ánimo no me incita a vivir, ni a permanecer entre los hombres, si Héctor no pierde la vida, atravesado por mi lanza, y recibe de este modo la condigna pena por la muerte de Patroclo Menetíada.''

''Respondióle Tetis, derramando lágrimas: ''Breve será tu existencia, a juzgar por lo que dices; pues la muerte te aguarda así que Héctor perezca.''

Contestó muy afligido Aquiles, el de los pies ligeros: ''Muera yo en el acto, ya que no pude socorrer al amigo cuando le mataron: ha perecido lejos de su país y sin tenerme al lado para que le librara de la desgracia. Ahora, puesto que no he de volver a la patria, ni he salvado a Patroclo ni a los muchos amigos que murieron a manos del divino Héctor, permanezco en las naves cual inútil peso de la tierra; siendo tal en la batalla como ninguno de los aqueos, de broncíneas lorigas, pues en la junta otros me superan. Ojalá pereciera la discordia para los dioses y para los hombres, y con ella la ira, que torna cruel hasta al hombre sensato cuando más dulce que la miel se introduce en el pecho y va creciendo como el humo. Así me irritó el rey de hombres Agamenón. Pero dejemos lo pasado, aunque afligidos, pues es preciso refrenar el furor del pecho. Iré a buscar al matador

del amigo querido, a Héctor; y sufriré la muerte cuando lo dispongan Zeus y los demás dioses inmortales. Pues ni el fornido Heracles pudo librarse de ella, con ser carísimo al soberano Cronida, sino que el hado y la cólera funesta de Hera le hicieron sucumbir. Así yo, si he de tener igual suerte, yaceré en la tumba cuando muera; mas ahora ganaré gloriosa fama y haré que algunas de las matronas troyanas o dardanias, de próvido seno, den fuertes suspiros y con ambas manos se enjuguen las lágrimas de sus tiernas mejillas. Conozcan que hace días me abstengo de combatir. Y tú, aunque me ames, no me prohibas que pelee, pues no lograrás persuadirme.''

Respondióle Tetis, la de los pies de plata: ''Sí, hijo, es justo, y no puede reprobarse que libres a los afligidos compañeros de una muerte terrible; pero tu magnífica armadura de luciente bronce la tienen los teucros, y Héctor, el de tremolante casco, se vanagloria de cubrir con ella sus hombros. Con todo eso, me figuro que no durará mucho su jactancia, pues ya la muerte se le avecina. Tú no entres en combate hasta que con tus ojos me veas volver; y mañana, al romper el alba, vendré a traerte una hermosa armadura fabricada por Hefestos.''

Cuando así hubo hablado, dejó a su hijo, y volviéndose a las nereidas, sus hermanas, les dijo:

''Bajad vosotras al anchuroso seno del mar, id al alcázar del anciano padre y contádselo todo; y yo subiré al elevado Olimpo para que Hefestos, el ilustre artífice, dé a mi hijo una magnífica y reluciente armadura.''

Así habló. Las nereidas se sumergieron prestamente en las olas del mar, y Tetis, la diosa de los pies de plata, enderezó sus pasos al Olimpo para proporcionar a su hijo las magníficas armas.

Mientras la diosa se encaminaba al Olimpo, los aqueos, de hermosas grebas, huyendo con gritería inmensa ante Héctor, matador de hombres, llegaron a las naves y al Helesponto; y ya no podían sacar fuera de los tiros el cadáver de Patroclo, escudero de Aquiles, porque de nuevo los alcanzaron los teucros con sus carros y Héctor, hijo de Príamo, que por su vigor parecía una llama. Tres veces el esclarecido Héctor asió a Patroclo por los pies e intentó arrastrarlo, exhortando con horrendos gritos a los teucros; tres veces los Ayaces, revestidos de impetuoso valor, le rechazaron. Héctor, confiado en su fuerza, unas veces se arrojaba a la pelea, otras se detenía y daba grandes voces; pero nunca se retiraba por completo. Como los pastores pasan la noche en el campo y no consiguen apartar de la presa a un fogoso león muy hambriento, de semejante modo, los belicosos Ayaces no lograban ahuyentar del cadáver a Héctor Priámida. Y éste lo arrastrara, consiguiendo inmensa gloria, si no se hubiese presentado al Peleida, para aconsejarle que tomase las armas, la veloz Iris, de pies ligeros como el viento—, a la cual enviaba Hera sin que lo supiera Zeus ni los demás dioses. Colocóse la diosa cerca de Aquiles y pronunció estas aladas palabras:

"¡Oh Peleida, el más portentoso de los hombres! Vé a defender a Patroclo, por cuyo cuerpo se ha trabado un vivo combate cerca de las naves. Mátanse allí, los aqueos defendiendo el cadáver, y los teucros acometiendo con el fin de arrastrarlo a la ventosa Ilión. Y el que más empeño tiene en llevárselo es el esclarecido Héctor, porque su ánimo le incita a cortarle la cabeza del tierno cuello para clavarla en una estaca. Levántate, no yazgas más; avergüéncese tu corazón de que Patroclo llegue a ser juguete de

los perros troyanos; pues será para ti motivo de afrenta que el cadáver reciba algún ultraje.''

Respondióle el divino Aquiles, el de los pies ligeros: ''¡Diosa Iris! ¿Cuál de las deidades te envía como mensajera?''

Díjole la veloz Iris, de pies ligeros como el viento: ''Me manda Hera, la ilustre esposa de Zeus, sin que lo sepan el excelso Cronida ni los demás dioses inmortales que habitan el nevado Olimpo.''

Replicóle Aquiles, el de los pies ligeros: ''¿Cómo puedo ir a la batalla? Los teucros tienen mis armas, y mi madre no me permite entrar en combate hasta que con estos ojos la vea volver, pues aseguró que me traería una hermosa armadura fabricada por Hefestos. Y en tanto, no sé de cuál guerrero podría vestir las armas, a no ser que tomase el escudo de Ayax Telamonio; pero creo que éste se encuentra entre los combatientes delanteros y pelea con la lanza por el cadáver de Patroclo.''

Contestóle la veloz Iris, de pies ligeros como el viento: ''Bien sabemos nosotros que aquéllos tienen tu magnífica armadura; pero muéstrate a los teucros en la orilla del foso para que, temiéndote, cesen de pelear; los belicosos aqueos, que tan abatidos están, se reanimen, y la batalla tenga su tregua, aunque sea por breve tiempo.''

En diciendo esto, fuese Iris, ligera de pies. Aquiles, caro a Zeus, se levantó, y Atenea cubrióle los fornidos hombros con la égida floqueada y circundóle la cabeza con la áurea nube, en la cual ardía resplandeciente llama. Como se ve desde lejos el humo que saliendo de una isla donde se halla una ciudad sitiada por los enemigos, llega al éter, cuando sus habitantes, después de combatir todo el día en horrenda batalla, al ponerse el sol encienden muchos fuegos,

cuyo resplandor sube a lo alto, para que los vecinos los vean, se embarquen y les libren del apuro, de igual modo el resplandor de la cabeza de Aquiles llegaba al éter. Y acercándose a la orilla del foso, fuera de la muralla, se detuvo, sin mezclarse con los aqueos, porque respetaba el prudente mandato de su madre. Allí dió recias voces y a alguna distancia Palas Atenea vociferó también y suscitó un inmenso tumulto entre los teucros. Como se oye la voz sonora de la trompeta cuando vienen a cercar la ciudad enemigos que la vida siegan, tan sonora fué entonces la voz del Eácida. Cuando se dejó oír la voz de bronce del héroe, a todos se les conturbó el corazón, y los caballos, de hermosas crines, volvíanse hacia atrás con los carros, porque en su ánimo presentían desgracias. Los aurigas se quedaron atónitos al ver el terrible e incesante fuego que en la cabeza del magnánimo Pelida hacía arder Atenea, la diosa de los brillantes ojos. Tres veces el divino Aquiles gritó a orillas del foso, y tres veces se turbaron los troyanos y sus ínclitos auxiliares; y doce de los más valientes guerreros murieron atropellados por sus carros y heridos por sus propias lanzas. Y los aqueos, muy alegres, sacaron a Patroclo fuera del alcance de los tiros y colocáronlo en un lecho. Los amigos le rodearon llorosos, y con ellos iba Aquiles, el de los pies ligeros, derramando ardientes lágrimas, desde que vió al fiel compañero desgarrado por el agudo bronce y tendido en el féretro. Habíale mandado a la batalla con su carro y sus corceles, y ya no podía recibirle, porque de ella no tornaba vivo.

Hera veneranda, la de los ojos de buey, obligó a Helios el infatigable a hundirse, mal de su grado, en la corriente del Océano. Y una vez puesto, los divinos

aqueos suspendieron la enconada pelea y el general combate.

Los teucros, por su parte, retirándose de la dura contienda, desuncieron de los carros los veloces corceles y celebraron junta antes de preparar la cena. En ella estuvieron de pie y nadie osó sentarse; pues a todos les hacía temblar el que Aquiles se presentara después de haber permanecido tanto tiempo apartado del funesto combate. Fué el primero en arengarles Polidamas Pantoida, el único que conocía lo futuro y lo pasado: era amigo de Héctor, y ambos nacieron en la misma noche; pero Polidamas superaba a Héctor en la elocuencia, y éste descollaba mucho más en el manejo de la lanza. Y dirigiéndoles, benévolo, la palabra, así les dijo:

"Pensadlo bien, amigos, pues yo os exhorto a volver a la ciudad en vez de aguardar a la divina Eos en la llanura, junto a las naves, y tan lejos del muro como al presente nos hallamos. Mientras ese hombre estuvo irritado con el divino Agamenón, fué más fácil combatir contra los aqueos; y también yo gustaba de pernoctar junto a las veleras naves, esperando que acabaríamos por tomarlas. Ahora temo mucho al Peleida, de pies ligeros, que con su ánimo arrogante no se contentará con quedarse en la llanura, donde teucros y aqueos sostienen el furor de Ares, sino que batallará para apoderarse de la ciudad y de las mujeres. Volvamos a la población; seguid mi consejo, antes de que ocurra lo que voy a decir. La noche inmortal ha detenido al Peleida, de pies ligeros; pero si mañana nos acomete armado y nos encuentra aquí, conoceréis quién es, y llegará gozoso a la sagrada Ilión el que logre escapar, pues a muchos se los comerán los perros y los buitres. ¡Ojalá que tal noticia nunca llegue a mis oídos! Si, aunque estéis afligidos, seguís

mi consejo, tendremos el ejército reunido en la agora durante la noche, pues la ciudad queda defendida por las torres y las altas puertas con sus tablas grandes, labradas, sólidamente unidas. Por la mañana, al apuntar la aurora, subiremos armados a las torres; y si aquél viniere de las naves a combatir con nosotros al pie del muro, peor para él; pues habrá de volverse después de cansar a los caballos, de erguido cuello, con carreras de todas clases, llevándolos errantes en torno de la ciudad. Pero no tendrá ánimo para entrar en ella, y nunca podrá destruirla; antes se lo comerán los veloces perros.''

Mirándole con torva faz, exclamó Héctor, el de tremolante casco: ''¡Polidamas! No me place lo que propones de volver a la ciudad y encerrarnos en ella. ¿Aún no os cansáis de vivir dentro de los muros? Antes todos los hombres dotados de palabra llamaban a la ciudad de Príamo rica en oro y en bronce; pero ya las hermosas joyas desaparecieron de las casas: muchas riquezas han sido llevadas a la Frigia y a la Meonia para ser vendidas, desde que Zeus se irritó contra nosotros. Y ahora que el hijo del sagaz Cronos me ha concedido alcanzar gloria junto a las naves y cercar contra el mar a los aqueos, no des, ¡oh necio!, tales consejos al pueblo. Ningún troyano te obedecerá, porque no lo permitiré. Ea, obremos todos como voy a decir. Cenad en el campamento, sin romper las filas; acordaos de la guardia y vigilad todos. Y el troyano que sienta gran temor por sus bienes, júntelos y entréguelos al pueblo para que en común se consuman; pues es mejor que los disfrute éste que no los aquivos. Mañana, al apuntar la aurora, vestiremos la armadura y suscitaremos un reñido combate junto a las cóncavas naves. Y si verdaderamente el divino Aquiles se propone salir del

campamento, le pesará tanto más, cuanto más se arriesgue. Porque me propongo no huír de él, sino afrontarle en la batalla horrísona; y alcanzará una gran victoria, o seré yo quien la consiga. Que Ares es a todos común y suele causar la muerte del que matar deseaba.''

Así se expresó Héctor, y los teucros le aclamaron, ¡oh necios!, porque Palas Atenea les quitó el juicio. ¡Aplaudían todos a Héctor por sus funestos propósitos y ni uno siquiera a Polidamas, que les daba un buen consejo! Tomaron, pues, la cena en el campamento; y los aquivos pasaron la noche dando gemidos y llorando a Patroclo. El Peleida, poniendo sus manos homicidas sobre el pecho del amigo, dió comienzo a las sentidas lamentaciones, mezcladas con frecuentes sollozos. Como el melenudo león a quien un cazador ha quitado los cachorros en la poblada selva, cuando vuelve a su madriguera se aflige y, poseído de vehemente cólera, recorre los valles en busca de aquel hombre; de igual modo, y despidiendo profundos suspiros, dijo Aquiles entre los mirmidones:

''¡Oh dioses! Vanas fueron las palabras que pronuncié en el palacio para tranquilizar al héroe Menetio, diciendo que a su ilustre hijo le llevaría otra vez a Opunte tan pronto como, tomada Ilión, recibiera su parte de botín. Zeus no les cumple a los hombres todos su deseos; y el hado ha dispuesto que nuestra sangre enrojezca una misma tierra, aquí en Troya; porque ya no me recibirán en su palacio ni el anciano caballero Peleo, ni Tetis, mi madre; sino que esta tierra me contendrá en su seno. Ya que he de morir, ¡oh Patroclo! después que tú, no te haré las honras fúnebres hasta que traiga las armas y la cabeza de Héctor, tu magnánimo matador. Degollaré ante la pira, para vengar tu muerte, doce hijos de ilustres

troyanos. Y en tanto permanezcas tendido junto a las corvas naves, te rodearán, llorando noche y día, las troyanas y dardanias de próvido seno que conquistamos con nuestro valor y la ingente lanza, al entrar a saco opulentas ciudades de hombres de diversos idiomas.''

Cuando esto hubo dicho, el divino Aquiles mandó a sus compañeros que pusieran al fuego un gran trípode para que cuanto antes le lavaran a Patroclo las manchas de sangre. Y ellos colocaron sobre el ardiente fuego una caldera propia para baños, sostenida por un trípode; llenáronla de agua, y metiendo leña debajo la encendieron: el fuego rodeó la caldera y calentó el agua. Cuando ésta hirvió en la caldera de bronce reluciente, lavaron el cadáver, ungiéronlo con pingüe aceite y taparon las heridas con un ungüento que tenía nueve años; después, colocándolo en el lecho, lo envolvieron desde la cabeza hasta los pies en fina tela de lino y lo cubrieron con un velo blanco. Los mirmidones pasaron la noche alrededor de Aquiles, el de los pies ligeros, dando gemidos y llorando a Patroclo. Y Zeus habló de este modo a Hera, su hermana y esposa:

''Lograste al fin, Hera veneranda, la de los ojos de buey, que Aquiles, ligero de pies, volviera a la batalla. Sin duda nacieron de ti los aqueos de larga cabellera.''

Respondió Hera veneranda, la de los ojos de buey: ''¡Terribilísimo Cronida! ¡Qué palabras proferiste! Si un hombre, no obstante su condición de mortal y no saber tanto, puede realizar su propósito contra otro hombre, ¿cómo yo, que me considero la primera de las diosas por mi abolengo y por llevar el nombre de esposa tuya, de ti que reinas sobre los inmortales

todos, no había de causar males a los teucros estando irritada contra ellos?''

Así conversaban. Tetis, la de los pies de plata, llegó al palacio imperecedero de Hefestos, que brillaba como una estrella, lucía entre los de las deidades, era de bronce y habíalo edificado el Cojo en persona. Halló al dios bañado en sudor y moviéndose en torno de los fuelles, pues fabricaba veinte trípodes que debían permanecer arrimados a la pared del bien construído palacio y tenían ruedas de oro en los pies para que de propio impulso pudieran entrar donde los dioses se congregaban y volver a la casa. ¡Cosa admirable! Estaban casi terminados, faltándoles tan sólo las labradas asas, y el dios preparaba los clavos para pegárselas. Mientras hacía tales obras con sabia inteligencia, llegó Tetis, la diosa de los pies de plata. La bella Caris, que llevaba luciente diadema y era esposa del ilustre Cojo, vióla venir, salió a recibirla, y, asiéndola por la mano, le dijo:

''¿Por qué, ¡oh Tetis!, la de largo peplo, venerable y cara, vienes a nuestro palacio? Antes no solías frecuentarlo. Pero, sígueme, y te ofreceré los dones de la hospitalidad.''

Dichas estas palabras, la divina entre las diosas introdujo a Tetis y la hizo sentar en un hermoso trono labrado, tachonado con clavos de plata y provisto de un escabel para los pies. Y llamando a Hefestos, ilustre artífice, le dijo: ''¡Hefestos! Ven acá, pues Tetis te necesita.''

Respondió el ilustre Cojo de ambos pies: ''Respetable y veneranda es la diosa que ha venido a este palacio. Fué mi salvadora cuando me tocó padecer, pues vime arrojado del cielo y caí a los lejos por la voluntad de mi insolente madre, que me quería ocultar a causa de la cojera. Entonces mi corazón hubiera

tenido que soportar terribles penas, si no me hubiesen acogido en el seno del mar Tetis y Eurínome, hija del refluente Océano. Nueve años viví con ellas fabricando muchas piezas de bronce—broches, redondos brazaletes, sortijas y collares—en una cueva profunda rodeada por la inmensa, murmurante y espumosa corriente del Océano. De todos los dioses y los mortales hombres, sólo lo sabían Tetis y Eurínome, las mismas que antes me salvaran. Hoy que Tetis, la de hermosas trenzas, viene a mi casa, tengo que pagarle el beneficio de haberme conservado la vida. Sírvele hermosos presentes de hospitalidad, mientras yo recojo los fuelles y demás herramientas.''

Dijo; y levantóse de junto al yunque el gigantesco e infatigable numen que al andar cojeaba arrastrando sus frágiles piernas. Apartó de la llama los fuelles y puso en un arcón de plata las herramientas con que trabajaba; enjugóse con una esponja el sudor del rostro, de las manos, del vigoroso cuello y del velludo pecho; vistió la túnica; tomó el fornido cetro, y salió cojeando, apoyado en dos estatuas de oro que eran semejantes a vivientes jóvenes, pues tenían inteligencia, voz y fuerza, y hallábanse ejercitadas en las obras propias de los inmortales dioses. Ambas sostenían cuidadosamente a su señor, y éste, andando, se sentó en un trono reluciente cerca de Tetis, asió la mano de la deidad, y le dijo:

''¿Por qué ¡oh Tetis! la de largo peplo, venerable y cara, vienes a nuestro palacio? Antes no solías frecuentarlo. Di qué deseas; mi corazón me impulsa a realizarlo, si puedo y es hacedero.''

Respondióle Tetis, derramando lágrimas: ''¡Oh Hefestos! ¿Hay alguna entre las diosas del Olimpo que haya sufrido en su ánimo tantos y tan graves pesares como a mí me ha enviado el Cronida? De las

ninfas del mar, únicamente a mí me sujetó a un hombre, a Peleo Eácida, y tuve que tolerar, contra toda mi voluntad, el tálamo de un mortal que yace en el palacio, rendido a la triste vejez. Ahora me envía otros males: concedióme que pariera y alimentara a un hijo insigne entre los héroes, que creció semejante a un árbol, le crié como a una planta en terreno fértil y lo mandé a Ilión en las corvas naves, para que combatiera con los teucros; y ya no le recibiré otra vez, porque no volverá a mi casa, a la mansión de Peleo. Mientras vive y ve la luz del sol está angustiado, y no puedo, aunque a él me acerque, llevarle socorro. Los aqueos le habían asignado, como recompensa, una doncella, y el rey Agamenón se la quitó de las manos. Apesadumbrado por tal motivo, consumía su corazón; pero los teucros cercaron a los aqueos junto a los bajeles y no les dejaron salir del campamento, y los próceres argivos intercedieron con Aquiles y le ofrecieron espléndidos regalos. Entonces, aunque se negó a librarles de la ruina, hizo que vistiera sus armas Patroclo y envióle a la batalla con muchos hombres. Combatieron todo el día en las puertas Esceas; y los aqueos hubieran tomado la ciudad, a no haber sido por Apolo, el cual mató entre los combatientes delanteros al esforzado hijo de Menetio, que tanto estrago causara, y dió gloria a Héctor. Y yo vengo a abrazar tus rodillas por si quieres dar a mi hijo, cuya vida ha de ser breve, escudo, casco, hermosas grebas ajustadas con broches, y coraza; pues las armas que tenía las perdió su fiel amigo al morir a manos de los teucros, y Aquiles yace en tierra con el corazón afligido.''

Contestóle el ilustre cojo de ambos pies: ''Cobra ánimo y no te preocupes por las armas. Ojalá pudiera ocultarlo a la muerte horrísona cuando la terri-

ble Moira se lo presente, como tendrá una hermosa armadura que admirarán cuantos la vean.''

Así habló; y dejando a la diosa, encaminóse a los fuelles, los volvió hacia la llama y les mandó que trabajasen. Estos soplaban en veinte hornos, despidiendo un aire que avivaba el fuego y era de varias clases: unas veces fuerte, como lo necesita el que trabaja de prisa, y otras al contrario, según Hefestos lo deseaba y la obra lo requería. El dios puso al fuego duro bronce, estaño, oro precioso y plata; colocó en el tajo el gran yunque, y cogió con una mano el pesado martillo y con la otra las tenazas.

Hizo lo primero de todo un escudo grande y fuerte, de variada labor, con triple cenefa brillante y reluciente, provisto de una abrazadera de plata. Cinco capas tenía el escudo, y en la superior grabó el dios muchas artísticas figuras, con sabia inteligencia.

Allí puso la tierra, el cielo, el mar, el sol infatigable y la luna llena; allí, las estrellas que el cielo coronan, las Pléyades, las Híades, el robusto Orión y la Osa, llamada por sobrenombre el Carro, la cual gira siempre en el mismo sitio, mira a Orión y es la única que deja de bañarse en el Océano.

Allí representó también dos ciudades de hombres dotados de palabra. En la una se celebraban bodas y festines: las novias salían de sus habitaciones y eran acompañadas por la ciudad a la luz de antorchas encendidas, oíanse repetidos cantos de himeneo, jóvenes danzantes formaban ruedos, dentro de los cuales sonaban flautas y cítaras, y las matronas admiraban el espectáculo desde los vestíbulos de las casas.—Los hombres estaban reunidos en el foro, pues se había suscitado una contienda entre dos varones acerca de la multa que debía pagarse por un homicidio: el uno, declarando ante el pueblo, afirmaba que ya la tenía

satisfecha; el otro negaba haberla recibido, y ambos deseaban terminar el pleito presentando testigos. El pueblo se había dividido en dos bandos que aplaudían sucesivamente a cada litigante; los heraldos aquietaban a la muchedumbre, y los ancianos, sentados sobre pulimentadas piedras en sagrado círculo, tenían en las manos los cetros de los heraldos, de voz potente, y levantándose uno tras otro publicaban el juicio que habían formado. En el centro estaban los dos talentos de oro que debían darse al que mejor demostrara la justicia de la causa.

La otra ciudad aparecía cercada por dos ejércitos cuyos individuos, revestidos de lucientes armaduras, no estaban acordes: los del primero deseaban arruinar la plaza, y los otros querían dividir en dos partes cuantas riquezas encerraba la hermosa población. Pero los ciudadanos aún no se rendían, y preparaban secretamente una emboscada. Mujeres, niños y ancianos, subidos en la muralla, la defendían. Los sitiados marchaban, llevando al frente a Ares y a Palas Atenea, ambos de oro y con áureas vestiduras, hermosos, grandes, armados y distinguidos, como dioses; pues los hombres eran de estatura menor. Luego, en el lugar escogido para la emboscada, que era a orillas de un río y cerca de un abrevadero que utilizaba todo el ganado, sentábanse, cubiertos de reluciente bronce, y ponían dos centinelas avanzados para que les avisaran la llegada de las ovejas y de los bueyes de retorcidos cuernos. Pronto se presentaban los rebaños con dos pastores que se recreaban tocando la zampoña, sin presentir la asechanza. Cuando los emboscados los veían venir, corrían a su encuentro, se apoderaban de los rebaños de bueyes y de los magníficos hatos de blancas ovejas y mataban a los guardianes. Los sitiadores, que se hallaban reunidos en junta,

oían el vocerío que se alzaba en torno de los bueyes, y montando ágiles corceles, acudían presurosos. Pronto se trababa a orillas del río una batalla en la cual heríanse unos a otros con broncíneas lanzas. Allí se agitaban la Discordia, el Tumulto y la funesta Ker, que a un tiempo cogía a un guerrero con vida aún, pero recientemente herido, dejaba ileso a otro y arrastraba, asiéndolo de los pies, por el campo de la batalla a un tercero que la muerte recibiera; y el ropaje que cubría su cuerpo estaba teñido en sangre humana. Movíanse todos como hombres vivos, peleaban y retiraban los muertos.

Representó una blanda tierra noval, un campo fértil y vasto que se labraba por tercera vez: acá y allá muchos labradores guiaban las yuntas, y al llegar al confín del campo, un hombre les salía al encuentro y les daba una copa de dulce vino; y ellos volvían atrás, abriendo nuevos surcos, y deseaban llegar al otro extremo del noval profundo. Y la tierra que dejaba a su espalda negreaba y parecía labrada, siendo toda de oro; lo cual constituía una singular maravilla.

Grabó asimismo un campo de crecidas mieses que los jóvenes segaban con hoces afiladas: muchos manojos caían al suelo a lo largo del surco, y con ellos formaban gavillas los atadores. Tres eran éstos, y unos rapaces cogían los manojos y se los llevaban abrazados. En medio, de pie en un surco, estaba el rey sin desplegar los labios, con el corazón alegre y el cetro en la mano. Debajo de una encina, los heraldos preparaban para el banquete un corpulento buey que habían matado. Y las mujeres aparejaban la comida de los trabajadores, haciendo abundantes mezclas de blanca harina.

También entalló una hermosa viña de oro cuyas

cepas, cargadas de negros racimos, estaban sostenidas por rodrigones de plata. Rodeábanla un foso de negruzco acero y un seto de estaño, y conducía a ella un solo camino por donde pasaban los acarreadores ocupados en la vendimia. Doncellas y mancebos, pensando en cosas tiernas, llevaban el dulce fruto en cestos de mimbre; un muchacho tañía suavemente la armoniosa cítara y entonaba con tenue voz un hermoso himno, y todos le acompañaban cantando, profiriendo voces de júbilo y golpeando con los pies el suelo.

Representó luego un rebaño de vacas de erguida cornamenta: los animales eran de oro y estaño, y salían del establo, mugiendo, para pastar a orillas de un sonoro río, junto a un flexible cañaveral. Cuatro pastores de oro guiaban a las vacas y nueve canes de pies ligeros los seguían. Entre las primeras vacas, dos terribles leones habían sujetado y conducían a un toro que daba fuertes mugidos. Perseguíanlos mancebos y perros. Pero los leones lograban desgarrar la piel del animal y tragaban los intestinos y la negra sangre; mientras los pastores intentaban, aunque inútilmente, estorbarlo, y azuzaban a los ágiles canes: éstos se apartaban de los leones sin morderlos, ladraban desde cerca y rehuían el encuentro con las fieras.

Hizo también el ilustre Cojo de ambos pies un gran prado en hermoso valle, donde pacían las cándidas ovejas, con establos, chozas techadas y apriscos.

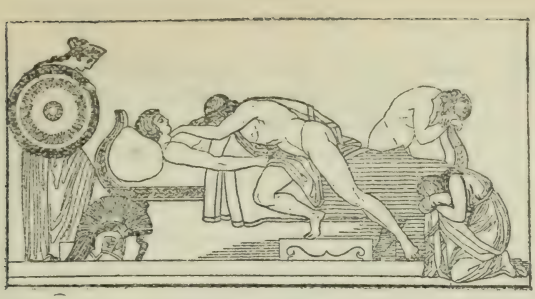
El ilustre Cojo de ambos pies puso luego una danza como la que Dédalo concertó en la vasta Cnoso en obsequio de Ariadna, la de lindas trenzas. Mancebos y doncellas hermosas, cogidos de las manos, se divertían bailando: éstas llevaban vestidos de sutil lino y bonitas guirnaldas, y aquéllos, túnicas bien

tejidas y algo lustrosas, como frotadas con aceite, y espadas de oro suspendidas de argónteos tahalíes. Unas veces, moviendo los diestros pies, daban vueltas a la redonda con la misma facilidad con que el alfarero aplica su mano al torno y lo prueba para ver si corre, y en otras ocasiones se colocaban por hileras y bailaban separadamente. Gentío inmenso rodeaba el baile y se holgaba en contemplarlo. Un divino aeda cantaba, acompañándose con la cítara; y en cuanto se oía el preludio, dos saltadores hacían cabriolas en medio de la muchedumbre.

En la orla del sólido escudo representó la poderosa corriente del río Océano.

Después que construyó el grande y fuerte escudo hizo para Aquiles una coraza más reluciente que el resplandor del fuego; un sólido casco, hermoso, labrado, de áurea cimera, que a sus sienes se adaptara, y unas grebas de dúctil estaño.

Cuando el ilustre Cojo de ambos pies hubo fabricado las armas, entrególas a la madre de Aquiles. Y Tetis saltó, como un gavilán, desde el nevado Olimpo, llevando la reluciente armadura que Hefestos había construído.



Tetis halla a su hijo Aquiles reclinado sobre el cuerpo de Patroclo, al llevarle las armas fabricadas por Hefestos.

RAPSODIA DECIMONONA

OS, de azafranado peplo, se levanta de la corriente del Océano para llevar la luz a los dioses y a los hombres, cuando Tetis llegó a las naves con la armadura que Hefestos le entregara. Halló al hijo querido reclinado sobre el cadáver de Patroclo, llorando copiosamente y en torno suyo a muchos amigos que derramaban lágrimas. La divina entre las diosas se puso en medio, asió la mano de Aquiles, y hablóle de este modo:

"¡Hijo mío! Aunque estamos afligidos, dejemos que ése yazga, ya que sucumbió por la voluntad de los dioses; y tú recibe la armadura fabricada por Hefestos, tan excelente y bella como jamás varón alguno la haya llevado para proteger sus hombros."

La diosa apenas acabó de hablar, colocó en el suelo delante de Aquiles las labradas armas, y éstas resonaron. A todos los mirmidones les sobrevino temblor; y sin atreverse a mirarlas de frente, huyeron espantados. Mas Aquiles, así que las vió, sintió que se le recrudecía la cólera; los ojos le centellearon terriblemente, como una llama, debajo de los párpados; y el héroe se gozaba teniendo en las manos el espléndido presente de la deidad. Y cuando hubo deleitado su ánimo con la contemplación de la labrada armadura, dirigió a su madre estas aladas palabras:

"¡Madre mía! El dios te ha dado unas armas como es natural que sean las obras de los inmortales y como ningún hombre mortal las hiciera. Ahora me armaré, pero temo que en el entretanto penetren las moscas por las heridas que el bronce causó al esforzado hijo de Menetio, engendren gusanos, desfiguren el cuerpo —pues le falta la vida— y corrompan todo el cadáver."

Respondióle Tetis, la diosa de los argentados pies: "Hijo, no te preocupe el ánimo tal pensamiento. Yo procuraré apartar los inoportunos enjambres de moscas, que se ceban en la carne de los varones muertos en la guerra. Y aunque estuviera tendido un año entero, su cuerpo se conservaría igual o más fresco que ahora. Tú convoca a junta a los héroes aqueos, renuncia a la cólera contra Agamenón, pastor de pueblos, ármate en seguida para el combate y revístete de valor."

Dicho esto, infundióle fortaleza y audacia, y echó unas gotas de ambrosía y rojo néctar en la nariz de Patroclo, para que el cuerpo se hiciera incorruptible.

El divino Aquiles se encaminó a la orilla del mar,

y dando horribles voces, convocó a los héroes aqueos. Y cuantos solían quedarse en el recinto de las naves, y hasta los pilotos que las gobernaban y como despenseros distribuían los víveres, fueron entonces a la junta; porque Aquiles se presentaba, después de haberse abstenido de combatir durante mucho tiempo. El intrépido Tideida y el divino Odiseo, ministros de Ares, acudieron cojeando, apoyándose al arrimo de la lanza —aún no tenían curadas las graves heridas—, y se sentaron delante de todos. Agamenón, rey de hombres, llegó el último y también estaba herido, pues Coón Antenórida habíale clavado su broncínea pica. Cuando todos los aqueos se hubieron congregado, levantándose entre ellos, dijo Aquiles, el de los pies ligeros:

"¡Atrida! Mejor hubiera sido para entrambos continuar unidos que sostener, con el corazón angustiado, roedora disputa por una doncella. Así la hubiese muerto Artemisa en las naves con una de sus flechas, el mismo día que la cautivé al tomar a Lirneso; y no habrían mordido el anchuroso suelo tantos aquivos como sucumbieron a manos del enemigo mientras duró mi cólera. Para Héctor y los troyanos fué el beneficio, y me figuro que los aqueos se acordarán largo tiempo de nuestra altercación. Mas dejemos lo pasado, aunque nos hallemos afligidos, puesto que es preciso refrenar el furor del pecho. Desde ahora depongo la cólera, que no sería razonable estar siempre irritado. Mas, ea, incita a los aqueos, de larga cabellera, a que peleen; y veré, saliendo al encuentro de los troyanos, si querrán pasar la noche junto a los bajeles. Creo que con gusto se entregará al descanso el que logre escapar del feral combate, puesto en fuga por mi lanza."

Así habló; y los aqueos, de hermosas grebas, holgáronse de que el magnánimo Peleida renunciara a la cólera. Y el rey de hombres Agamenón les dijo desde su asiento, sin levantarse en medio del concurso:

"¡Oh amigos, héroes dánaos, ministros de Ares! Bueno será que escuchéis sin interrumpirme, pues lo contrario molesta aun al que está ejercitado en el hablar. ¿Cómo se podría oír o decir algo en medio del tumulto producido por muchos hombres? Hasta un orador elocuente se turbaría. Yo me dirigiré al Peleida; pero vosotros, los demás argivos, prestadme atención y cada uno comprenda bien mis palabras. Muchas veces los aqueos me han increpado por lo ocurrido, y yo no soy el culpable, sino Zeus, la Moira y Erinnia que vaga en las tinieblas; los cuales hicieron padecer a mi alma, durante la junta, cruel ofuscación el día en que le arrebaté a Aquiles la recompensa. Mas, ¿qué podía hacer? La divinidad es quien lo dispone todo. Hija venerada de Zeus es la perniciosa Até, a todos tan funesta: sus pies son delicados y no los acerca al suelo, sino que anda sobre las cabezas de los hombres, a quienes causa daño, y se apodera de uno, por lo menos, de los que contienden. En otro tiempo fué aciaga para el mismo Zeus, que es tenido por el más poderoso de los hombres y de los dioses; pues Hera, no obstante ser hembra, le engañó cuando Alcmena había de parir al fornido Heracles en Tebas, ceñida de hermosas murallas. El dios, gloriándose, dijo así ante todas las deidades:

"Oídme todos, dioses y diosas, para que os mani-
"fieste lo que en el pecho mi corazón me dicta: Hoy
"Ilitia, la que preside los partos, sacará a luz un

"varón que, perteneciendo a la familia de los hom-
"bres engendrados de mi sangre, reinara sobre todos
"sus vecinos."

"Respondióle con astucia la venerable Hera:
"Mientes, y no cumplirás lo que dices. Y si no, ea,
"Zeus Olímpico, jura solemnemente que reinará sobre
"todos sus vecinos el niño que, perteneciendo a la
"familia de los hombres engendrados de tu sangre,
"caiga hoy a los pies de una mujer."

"Tal dijo; Zeus, no sospechando el dolo, prestó el gran juramento que tan funesto le había de ser. Hera dejó en raudo vuelo la cima del Olimpo, y pronto llegó a Argos de Acaya, donde vivía la esposa ilustre de Esténelo Perseida. Y como ésta se hallara en cinta de siete meses cumplidos, la diosa sacó a luz el niño, aunque era prematuro, y retardó el parto de Alcmena, deteniendo a las Ilitias. Y en seguida participóselo al Cronida, diciendo:

"¡Padre Zeus, fulminador! Una noticia tengo que
" darte: ya nació el noble varón que reinará sobre
"los argivos: Euristeo, hijo de Esténelo Perseida,
"descendiente tuyo. No es indigno de reinar sobre
"aquéllos."

"Tales fueron sus palabras, y un agudo dolor penetró el alma del dios, que, irritado en su corazón, cogió a Até por los nítidos cabellos y prestó solemne juramento de que Até, tan funesta a todos, jamás volvería al Olimpo y al cielo estrellado. Y volteándola con la mano, la arrojó del cielo. En seguida llegó Até a los campos cultivados por los hombres. Y Zeus gemía por causa de ella, siempre que contemplaba a su hijo realizando los penosos trabajos que Euristeo le impusiera."

"Por esto, cuando el gran Héctor, de tremolante

casco, mataba a los argivos junto a las popas de las naves, yo no podía olvidarme de Até, cuyo funesto influjo había experimentado. Pero ya que falté y Zeus me hizo perder el juicio, quiero aplacarte y hacerte muchos regalos, y tú marcha al combate y anima a los demás guerreros. Voy a darte cuanto ayer te ofreció en tu tienda el divino Odiseo. Y si quieres, aguarda, aunque estés impaciente por combatir, y mis servidores traerán de la nave los presentes para que veas si son capaces de apaciguar tu ánimo los que te brindo.''

Respondióle Aquiles, el de los pies ligeros: ''¡Atrida gloriosísimo, rey de hombres Agamenón! Luego podrás regalarme estas cosas, como es justo, o retenerlas. Ahora pensemos solamente en la batalla. Preciso es que no perdamos el tiempo hablando, ni difiramos la acción —la gran empresa está aún por acabar—, para que vean nuevamente a Aquiles entre los combatientes delanteros, aniquilando con su broncínea lanza las falanges teucras. Y vosotros pensad también en combatir con los enemigos.''

Contestó el ingenioso Odiseo: ''Aunque seas valiente, divino Aquiles, no exhortes a los aqueos a que peleen en ayunas con los teucros, cerca de Ilión; que no durará poco tiempo la batalla cuando las falanges vengan a las manos y la divinidad excite el valor de ambos ejércitos. Ordénales, por el contrario, que en las veleras naves se sacien de manjares y vino, pues esto da fuerza y valor. Estando en ayunas no puede el varón combatir todo el día, hasta la puesta del sol, con el enemigo: aunque su corazón lo desee, los miembros se le entorpecen, le rinden el hambre y la sed, y las rodillas se le doblan al andar. Pero el que pelea todo el día con los enemigos,

saciado de vino y de manjares, tiene en el pecho un corazón audaz y sus miembros no se cansan antes que todos se hayan retirado de la lid. Ea, despide las tropas y manda que preparen el desayuno; el rey de hombres Agamenón traiga los regalos en medio de la junta para que los vean todos los aqueos con sus propios ojos y te regocijes en el corazón; jure el Atrida, de pie entre los argivos, que nunca subió al lecho de Briseida ni yació con la misma, como es costumbre, oh rey, entre hombres y mujeres; y tú, Aquiles, procura tener en el pecho un ánimo benigno. Que luego se te ofrezca en el campamento un espléndido banquete de reconciliación, para que nada falte de lo que se te debe. Y el Atrida sea en adelante más justo con todos; pues no se puede reprender que se apacigüe a un rey, a quien primero se injuriara.''

Dijo entonces el rey de hombres Agamenón: ''Con agrado escuché tus palabras, Laertíada, pues en todo lo que narraste y expusiste has sido oportuno. Quiero hacer el juramento: mi ánimo me lo aconseja, y no será para perjuicio mi invocación a la divinidad. Aquiles aguarde, aunque esté impaciente por combatir, y los demás continuad reunidos aquí hasta que traigan de mi tienda los presentes y consagremos con un sacrificio nuestra fiel amistad. A ti mismo te lo encargo y ordeno: escoge entre los jóvenes aqueos los más principales; y encaminándote a mi nave, trae cuanto ayer ofrecimos a Aquiles, sin dejar las mujeres. Y Taltibio, atravesando el anchuroso campamento aquivo, vaya a buscar y prepare un jabalí para inmolarlo a Zeus y a Helios.''

Replicó Aquiles, el de los pies ligeros: ''¡Atrida gloriosísimo, rey de hombres Agamenón! Todo esto

debierais hacerlo cuando se suspenda el combate y no sea tan grande el ardor que inflama mi pecho. ¡Yacen insepultos los que hizo sucumbir Héctor Priámida cuando Zeus le dió gloria, y vosotros nos aconsejáis que comamos! Yo mandaría a los aqueos que combatieran en ayunas, sin tomar nada; y que a la puesta del sol, después de vengar la afrenta, celebraran un gran banquete. Hasta entonces no han de entrar en mi garganta ni manjares ni bebidas; porque mi compañero yace en la tienda, atravesado por el agudo bronce, con los pies hacia el vestíbulo y rodeado de amigos que le lloran. Por esto, ni regalos ni banquetes interesan a mi espíritu, sino tan sólo la matanza, la sangre y el triste gemir de los guerreros."

Respondióle el ingenioso Odiseo: "¡Oh Aquiles, hijo de Peleo, el más valiente de todos los aquivos! Eres más fuerte que yo y me superas no poco en el manejo de la lanza; pero te aventajo mucho en el pensar, porque nací antes y mi experiencia es mayor. Acceda, pues, tu corazón a lo que voy a decir: pronto se cansan los hombres de pelear, si, haciendo caer el bronce muchas espigas al suelo, la mies es escasa porque Zeus, el árbitro de la guerra humana, inclina al otro lado la balanza. No es justo que los aqueos lloren al muerto con el vientre vacío, pues siendo tantos los que sucumben unos en pos de otros todos los días, ¿cuándo podríamos respirar sin pena? Se debe enterrar con ánimo firme al que muere y llorarle un día, y luego cuantos hayan escapado del combate funesto piensen en comer y beber para vestir otra vez el indomable bronce y pelear continuamente y con más tesón aún contra los enemigos. Ningún guerrero deje de salir aguardando otra ex-

hortación, que para su daño la esperará quien se quede junto a las naves argivas. Vayamos todos juntos y excitemos al cruel Ares contra los teucros, domadores de caballos.''

Dijo; mandó que le siguiesen los hijos de Néstor, Meges Fileida, Toas, Meriones, Licomedes Creontíada y Melanipo, y encaminóse con ellos a la tienda de Agamenón Atrida. Y apenas hecha la proposición, ya estaba cumplida. Lleváronse de la tienda los siete trípodes que al Atrida había ofrecido, veinte calderas relucientes y doce caballos; e hicieron salir siete mujeres, diestras en primorosas labores, y a Briseida, la de hermosas mejillas, que fué la octava. Al volver, Odiseo iba delante con los diez talentos de oro que él mismo había pesado, y le seguían los jóvenes aqueos con los presentes. Pusiéronlo todo en medio de la junta, y alzóse Agamenón, teniendo a su lado a Taltibio, cuya voz parecía la de una deidad, sujetando con la mano a un jabalí. El Atrida sacó el cuchillo que llevaba colgado junto a la gran vaina de la espada, cortó por primicias algunas cerdas del jabalí y oró, levantando las manos a Zeus; y todos los argivos, sentados en silencio y en buen orden, escuchaban las palabras del rey. Este, alzando los ojos al anchuroso cielo, hizo esta plegaria:

''Sean testigos Zeus, el más excelso y poderoso de los dioses, y luego Gea, Helios, y las Erinnias que debajo de la tierra castigan a los muertos que fueron en vida perjuros, de que jamás he puesto la mano sobre la doncella Briseida para yacer con ella ni para otra cosa alguna; sino que en mi tienda ha permanecido intacta. Y si en algo perjurare, en-

víenme los dioses los muchísimos males con que castigan al que, jurando, contra ellos peca.''

Dijo; y con el cruel bronce degolló el jabalí que Taltibio arrojó, haciéndole dar vueltas, al gran abismo del espumoso mar para pasto de los peces. Y Aquiles, levantándose entre los belicosos argivos, habló en estos términos:

''¡Padre Zeus! Grandes son los infortunios que mandas a los hombres. Jamás el Atrida me hubiera suscitado el enojo en el pecho, ni hubiese tenido poder para arrebatarme la doncella contra mi voluntad; pero sin duda quería Zeus que muriesen muchos aqueos. Ahora id a comer para que luego trabemos el combate.''

Así se expresó; y al momento disolvió la junta. Cada uno volvió a su respectiva nave. Los magnánimos mirmidones se hicieron cargo de los presentes, y llevándolos hacia el bajel del divino Aquiles, dejáronlos en la tienda, dieron sillas a las mujeres, y servidores ilustres guiaron los caballos al sitio en que los demás estaban.

Briseida, que a la dorada Afrodita se asemejaba, cuando vió a Patroclo atravesado por el agudo bronce, se echó sobre el mismo y prorrumpió en fuertes sollozos, mientras con las manos se golpeaba el pecho, el delicado cuello y el lindo rostro. Y llorando aquella mujer semejante a una diosa, así decía:

''¡Oh Patroclo, amigo carísimo al corazón de esta desventurada! Vivo te dejé al partir de la tienda, y te encuentro difunto al volver, oh príncipe de hombres. ¡Cómo me persigue una desgracia tras otra! Vi al hombre a quien me entregaron mi padre y mi venerable madre, atravesado por el agudo bronce al pie de los muros de la ciudad; y los tres hermanos

queridos que mi padre me diera, murieron también. Pero tú, cuando el ligero Aquiles mató a mi esposo y tomó la ciudad del divino Mines, no me dejabas llorar, diciendo que lograrías que yo fuera la mujer legítima del divino Aquiles, que éste me llevaría en su nave a Ptía y que allí, entre los mirmidones, celebraríamos el banquete nupcial. Y ahora que has muerto, no me cansaré de llorar por ti, que siempre fuiste afable.''

Así dijo llorando, y las mujeres sollozaron, aparentemente por Patroclo, y en realidad por sus propios males. Los caudillos aqueos se reunieron en torno de Aquiles y le suplicaron que comiera; pero él se negó, dando suspiros:

''Yo os ruego, si es que alguno de mis compañeros quiere obedecerme aún, que no me invitéis a saciar el deseo de comer o de beber; porque un grave dolor se apodera de mí. Aguardaré hasta la puesta del sol y soportaré la fatiga.''

Cuando esto hubo dicho, despidió a los reyes, y sólo se quedaron los dos Atridas, el divino Odiseo, Néstor, Idomeneo y el anciano Fénix para distraer a Aquiles, que estaba profundamente afligido. Pero nada podía alegrar el corazón del héroe, mientras no entrara en sangriento combate. Y acordándose de Patroclo, daba hondos y frecuentes suspiros, y así decía:

''En otro tiempo, tú, infeliz, el más amado de los compañeros, me servías en esta tienda, diligente y solícito, el agradable desayuno cuando los aqueos se daban prisa por trabar el luctuoso combate con los teucros, domadores de caballos. Y ahora yaces, atravesado por el bronce, y yo estoy ayuno de comida y de bebida, a pesar de no faltarme, por la sole-

dad que de ti siento. Nada peor me puede ocurrir; ni que supiera que ha muerto mi padre, el cual quizás llora allá en Ptía por no tener a su lado un hijo como yo, mientras peleo con los teucros en país extranjero a causa de la funesta Helena; ni que falleciera mi hijo amado que se cría en Esciros, si el divino Neoptólemo vive todavía. Antes el corazón abrigaba en mi pecho la esperanza de que solo yo perecería en Ilión, y de que tú, volviendo a Ptía, irías en una veloz nave negra a Esciros, recogerías a mi hijo y le mostrarías todos mis bienes: las posesiones, los esclavos y el palacio de elevado techo. Porque me figuro que Peleo ya no existe; y si le queda un poco de vida, estará afligido, se verá abrumado por la odiosa vejez y temerías siempre recibir la triste noticia de mi muerte.''

Así dijo, llorando, y los caudillos gimieron, porque cada uno se acordaba de aquellos a quienes había dejado en su respectivo palacio. El Cronida, al verlos sollozar, se compadeció de ellos, y al instante dirigió a Atenea estas aladas palabras:

''¡Hija mía! Desamparas de todo en todo a ese eximio varón. ¿Acaso tu espíritu ya no se cuida de Aquiles? Hállase junto a las naves de altas popas, llorando a su compañero amado; los demás se fueron a comer, y él sigue en ayunas y sin probar bocado. Ea, ve y derrama en su pecho un poco de néctar y ambrosía para que el hambre no le atormente.''

Con tales palabras instigóle a hacer lo que ella misma deseaba. Atenea emprendió el vuelo, cual si fuese un halcón de anchas alas y aguda voz, desde el cielo a través del éter. Ya los aquivos se armaban en el ejército, cuando la diosa derramó en el pecho de Aquiles un poco de néctar y de ambrosía deliciosa,

para que el hambre molesta no hiciera flaquear las rodillas del héroe, regresando en seguida al sólido palacio del prepotente padre. Los guerreros afluyeron a un lugar algo distante de las veleras naves. Cuan numerosos caen los copos de nieve que envía Zeus y vuelan helados al impulso del Bóreas, nacido en el éter; en tan gran número veíanse salir del recinto de las naves los refulgentes cascos, los abollonados escudos, las fuertes corazas y las lanzas de fresno. El brillo llegaba hasta el cielo; toda la tierra se mostraba risueña por los rayos que el bronce despedía, y un gran ruido se levantaba de los pies de los guerreros. Armábase entre éstos el divino Aquiles: rechinándole los dientes, con los ojos centelleantes como encendida llama y el corazón traspasado por insoportable dolor, lleno de ira contra los teucros, vestía el héroe la armadura regalo del dios Hefestos, que la había fabricado. Púsose en las piernas elegantes grebas ajustadas con broches de plata; protegió su pecho con la coraza; colgó del hombro una espada de bronce guarnecida con argénteos clavos, y embrazó el grande y fuerte escudo cuyo resplandor semejaba desde lejos al de la luna. Como aparece el fuego encendido en sitio solitario de la cumbre de un monte a los navegantes que vagan por el mar, abundante en peces, porque las tempestades los alejaron de sus amigos; de la misma manera, el resplandor del hermoso y labrado escudo de Aquiles llegaba al éter. Cubrió después la cabeza con el fornido yelmo que brillaba como un astro; y a su alrededor ondearon las áureas y espesas crines que Hefestos había colocado en la cimera. El divino Aquiles probó si la armadura se le ajustaba, y si, llevándola puesta, movía con facilidad los miembros;

y las armas vinieron a ser como alas que levantaban al pastor de hombres. Sacó del estuche la lanza paterna, ponderosa, grande y robusta, que entre todos los aqueos, solamente él podía manejar: había sido cortada de un fresno de la cumbre del Pelión y regalada por Quirón al padre de Aquiles para que con ella matara héroes. En tanto, Automedón y Alcimo se ocupaban en uncir los caballos: sujetáronlos con hermosas correas, les pusieron el freno en la boca y tendieron las riendas hacia atrás, atándolas a la fuerte silla. Sin dilación cogió Automedón el magnífico látigo y saltó al carro. Aquiles, cuya armadura relucía como el fúlgido Helios, subió también y exhortó con horribles voces a los caballos de su padre:

"¡Janto y Balio, ilustres hijos de Podarga. Cuidad de traer salvo al campamento de los dánaos al que hoy os guía; y no le dejéis muerto en la liza como a Patroclo."

Y Janto, el corcel de ligeros pies, bajó la cabeza—sus crines cayendo en torno de la extremidad del yugo llegaban al suelo—, y habiéndole dotado de voz Hera, la diosa de los níveos brazos, respondió de esta manera:

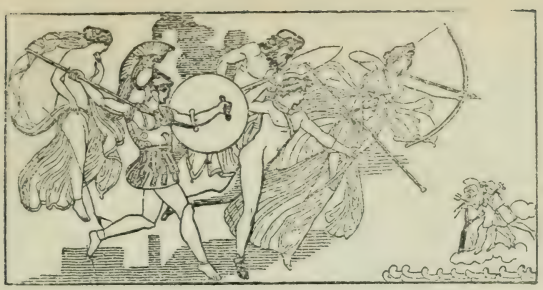
"Hoy te salvaremos aún, impetuoso Aquiles; pero está cercano el día de tu muerte, y los culpables no seremos nosotros, sino un dios poderoso y la Moira cruel. No fué por nuestra lentitud ni por nuestra pereza por lo que los teucros quitaron la armadura de los hombros de Patroclo; sino que el dios fortísimo, a quien parió Leto, la de hermosa cabellera, matóle entre los combatientes delanteros y dió gloria a Héctor. Nosotros correríamos tan veloces como el soplo del Zéfiro, que es tenido por el más rápido.

Pero también tú estás destinado a sucumbir a manos de un dios y de un mortal.''

Dichas estas palabras, las Erinnias le cortaron la voz. Y muy indignado, Aquiles, el de los pies ligeros, así le habló:

''¡Janto! ¿Por qué me vaticinas la muerte? Ninguna necesidad tienes de hacerlo. Ya sé que mi destino es perecer aquí, lejos de mi padre y de mi madre; mas con todo eso, no he de descansar hasta que harte de combate a los teucros.''

Dijo y dando voces, dirigió los solípedos caballos por las primeras filas.



Zeus permite que los dioses del Olimpo intervengan en el combate de aquivos y teucros

RAPSODIA VIGESIMA

IENTRAS los aqueos se armaban junto a los corvos bajeles, alrededor de ti, oh hijo de Peleo, incansable en la batalla, los teucros se apercibían para el combate en una eminencia de la llanura.

Zeus ordenó a Temis que, partiendo de las cumbres del Olimpo, en valles abundante, convocase la junta de los dioses; y ella fué de un lado para otro y a todos los mandó que acudieran al palacio de Zeus. De los ríos sólo faltó el Océano; y de cuantas ninfas habitaban los amenos bosques, las fuentes de los ríos y los herbosos prados, ninguna dejó de presentarse. Tan luego como llegaban al palacio del Cronida, acomodábanse en asientos de piedra pulimentada que para ellos había construído Hefestos con sa-

bia inteligencia. Allí, pues, se reunieron. Poseidón tampoco desobedeció a la diosa; y dirigiéndose desde el mar a la junta, se sentó en medio y exploró la voluntad de Zeus:

"¿Por qué, oh tú que lanzas encendidos rayos, convocas de nuevo la junta de los dioses? ¿Acaso tienes algún propósito acerca de los teucros y de los aqueos? El combate y la pelea volverán a encenderse muy pronto entre ambos pueblos."

Respondióle Zeus, que amontona las nubes: "Comprendiste, Poseidón, que bates la tierra, el designio que encierra mi pecho y por el cual os he reunido. Me curo de ellos, aunque van a perecer. Yo me quedaré sentado en la cumbre del Olimpo y recrearé mi espíritu contemplando la batalla; y los demás idos hacia los teucros y los aqueos y cada uno auxilie a los que quiera. Pues si Aquiles, el de los pies ligeros, combatiese solo con los teucros, éstos no resistirían ni un instante la acometida del hijo de Peleo. Ya antes huían espantados al verle; y temo que ahora, que tan enfurecido tiene el ánimo por la muerte de su compañero, destruya el muro de Troya contra la decisión del hado."

El Cronida habló en estos términos y promovió una gran batalla. Los dioses fueron al combate divididos en dos bandos; encamináronse a las naves Hera, Palas Atenea, Poseidón, que ciñe la tierra, el benéfico Hermes, de prudente espíritu, y con ellos Hefestos, que, orgulloso de su fuerza, cojeaba arrastrando sus gráciles piernas; y enderezaron sus pasos a los teucros, Ares, de tremolante casco, el intonso Febo, Artemisa que se complace en tirar flechas, Leto, el Janto y la risueña Afrodita.

En cuanto los dioses se mantuvieron alejados de

los hombres, mostráronse los aqueos muy ufanos porque Aquiles volvía a la batalla después del largo tiempo en que se había abstenido de tener parte en la triste guerra; y los teucros se espantaron y un fuerte temblor les ocupó los miembros, tan pronto como vieron al Peleida, ligero de pies, que con su reluciente armadura semejaba al dios Ares, funesto a los mortales. Mas así que las olímpicas deidades penetraron por entre la muchedumbre de los guerreros, levantóse la terrible Eris, que enardece a los varones; Atenea daba fuertes gritos, unas veces a orillas del foso cavado al pie del muro, y otras en los altos y sonoros promontorios; y Ares, que parecía un negro torbellino, vociferaba también y animaba vivamente a los teucros, ya desde el punto más alto de la ciudad, ya corriendo por la llamada "Colina hermosa" a orillas del Símois.

De este modo los felices dioses, instigando a unos y a otros, les hicieron venir a las manos y promovieron una reñida contienda. El padre de los hombres y de los dioses tronó horriblemente en las alturas; Poseidón, por debajo, sacudió la inmensa tierra y las excelsas cumbres de los montes; y retemblaron, así las laderas y las cimas del Ida, abundante en manantiales, como la ciudad troyana y las naves aqueas. Asustóse Edoneo, rey de los infiernos, y saltó del trono gritando; no fuera que Poseidón abriese la tierra y se hicieran visibles las mansiones horrendas y tenebrosas que las mismas deidades aborrecen. ¡Tanto estrépito se produjo cuando los dioses entraron en combate! Al soberano Poseidón le hizo frente Febo Apolo con sus aladas flechas; a Ares, Minerva, la diosa de los brillantes ojos; a Hera, Artemisa que lleva arco de oro, ama el bullicio de la caza,

se complace en tirar saetas y es hermana del Flechador; a Leto el poderoso y benéfico Hermes; y a Hefestos, el gran río de profundos vórtices llamado por los dioses Janto y por los hombres Escamandro.

Así los dioses salieron al encuentro los unos de los otros. Aquiles deseaba romper por el gentío en derechura a Héctor Priámida, pues el ánimo le impulsaba a saciar con la sangre del héroe a Ares, infatigable luchador. Mas Apolo, que enardece a los guerreros, movió a Eneas a oponerse al Peleida, infundiéndole gran valor y hablándole así después de tomar la voz y figura de Licaón hijo de Príamo.

"¡Eneas, consejero de los teucros! ¿Qué son de aquellas amenazas hechas por ti en los banquetes de los caudillos troyanos, de que saldrías a combatir con el Peleida Aquiles?"

Respondióle Eneas: "¡Priámida! ¿Por qué me ordenas que luche, sin desearlo mi voluntad, con el animoso Peleida? No fuera la primera ocasión que me viese frente a Aquiles, el de los pies ligeros: en otro tiempo, cuando vino adonde pacían nuestras vacas y tomó a Lirneso y a Pédaso, persiguióme por el Ida con su lanza; y Zeus me salvó, dándome fuerzas y aligerando mis rodillas. Sin su ayuda hubiese sucumbido a manos de Aquiles y de Atenea, que le precedía, le daba la victoria y le animaba a matar léleges y troyanos con la broncínea lanza. Por eso ningún hombre puede combatir con Aquiles, porque a su lado asiste siempre alguna deidad que lo libra de la muerte. En cambio, su lanza vuela recta y no se detiene hasta que ha atravesado el cuerpo de un enemigo. Si un dios igualara las condiciones del combate, Aquiles no me vencería fácilmente; aunque se gloriase de ser todo de bronce."

Repliqóle el soberano Apolo, hijo de Zeus: "¡Héroe! Ruega tú también a los sempiternos dioses, pues dicen que naciste de Afrodita, hija de Zeus, y aquél es hijo de una divinidad inferior. La primera desciende de Zeus, ésta tuvo por padre al anciano del mar. Levanta el indomable bronce y no te arredres por oír palabras duras o amenazas."

Apenas acabó de hablar, infundió grandes bríos al pastor de hombres; y éste, que llevaba una reluciente armadura de bronce, se abrió paso por los combatientes delanteros. Hera, la de los brazos de nieve, no dejó de advertir que el hijo de Anquises atravesaba la muchedumbre para salir al encuentro del Peleida; y llamando a otros dioses, les dijo:

"Considerad en vuestra mente, Poseidón y Atenea, cómo esto acabará; pues Eneas, armado de reluciente bronce, se encamina en derechura al Peleida por excitación de Febo Apolo. Ea, hagámosle retroceder, o alguno de nosotros se ponga junto a Aquiles, le infunda gran valor y no deje que su ánimo desfallezca; para que conozca que le acorren los inmortales más poderosos, y que son débiles los dioses que en el combate y la pelea protegen a los teucros. Todos hemos bajado del Olimpo a intervenir en esta batalla, para que Aquiles no padezca hoy ningún daño de parte de los teucros; y luego sufrirá lo que la Moira dispuso, hilando el lino, cuando su madre lo dió a luz. Si Aquiles no se entera por la voz de los dioses, sentirá temor cuando en el combate le salga al encuentro alguna deidad; pues los dioses, en dejándose ver, son terribles."

Respondióle Poseidón, que sacude la tierra: "¡Hera! No te irrites más de lo razonable, que no es decoroso. Ni yo quisiera que nosotros, que somos los más fuertes, promoviéramos la contienda entre los dio-

ses. Vayamos a sentarnos en aquella altura, y de la batalla cuidarán los hombres. Y si Ares o Febo Apolo dieren principio a la pelea o detuvieren a Aquiles y no le dejaren combatir, iremos en seguida a luchar con ellos, y me figuro que pronto tendrán que retirarse y volver al Olimpo, a la junta de los demás dioses, vencidos por la fuerza de nuestros brazos.''

Dichas estas palabras, el dios de los cerúleos cabellos llevólos al alto terraplén que los troyanos y Palas Atenea habían levantado en otro tiempo, para que el divino Heracles se librara de la ballena cuando, perseguido por ésta, pasó de la playa a la llanura. Allí Poseidón y los otros dioses se sentaron, extendiendo en derredor de sus hombros una impenetrable nube; y al otro lado, en la cima de Calicolone, en torno de ti, flechador Febo, y de Ares, que destruye las ciudades, acomodáronse las deidades protectoras de los teucros. Así unos y otros, sentados en dos grupos, deliberaban y no se decidían a empezar el funesto combate. Y Zeus desde lo alto les incitaba a comenzarlo.

Todo el campo, lleno de hombres y caballos, resplandecía con el lucir del bronce; y la tierra retumbaba debajo de los pies de los guerreros que a lidiar salían. Dos varones, señalados entre los más valientes, deseosos de combatir, se adelantaron a los suyos para afrontarse entre ambos ejércitos: Eneas, hijo de Anquises, y el divino Aquiles. Presentóse primero Eneas, amenazador, tremolando el refornido casco: protegía el pecho con el fuerte escudo y vibraba broncínea lanza. Y el Peleida desde el otro lado fué a oponérsele. Como cuando se reunen los hombres de todo un pueblo para matar a un voraz león, éste al principio sigue su camino despreciándolos; mas, así que uno de los belicosos jóvenes le hiere con un

venablo, se vuelve hacia él con la boca abierta, muestra los dientes cubiertos de espuma, siente gemir en su pecho el corazón valeroso, se azota con la cola muslos y flancos para animarse a pelear, y con los ojos centelleantes arremete fiero hasta que mata a alguien o él mismo perece en la primera fila; así le instigaba a Aquiles su valor y ánimo esforzado a salir al encuentro del magnánimo Eneas. Y tan pronto como se hallaron frente a frente, el divino Aquiles, el de los pies ligeros, habló diciendo:

"¡Eneas! ¿Por qué te adelantas tanto a la turba y me aguardas? ¿Acaso el ánimo te incita a combatir conmigo por la esperanza de reinar sobre los troyanos, domadores de caballos, con la dignidad de Príamo? Si me matases, no pondría Príamo en tu mano tal recompensa; porque tiene hijos, conserva entero el juicio y no es insensato. ¿O quizás te han prometido los troyanos acotarte un hermoso campo de frutales y sembradío que a los demás aventaje, para que puedas cultivarlo, si me quitas la vida? Me figuro que te será difícil conseguirlo. Ya otra vez te puse en fuga con mi lanza. ¿No recuerdas que te eché de los montes ideos, donde estabas solo pastoreando los bueyes, y te perseguí corriendo con ligera planta? Entonces huías sin volver la cabeza. Luego te refugiaste en Lirneso y yo tomé la ciudad con la ayuda de Atenea y del padre Zeus, y me llevé las mujeres haciéndolas esclavas; mas a ti te salvaron Zeus y los demás dioses. No creo que ahora te guarden, como espera tu corazón; y te aconsejo que vuelvas a tu ejército y no te quedes frente a mí, antes que padezcas algún daño, que el necio sólo conoce el mal cuando ha llegado."

Eneas respondióle diciendo: "¡Peleida! No creas que con esas palabras me asustarás como a un niño,

pues también sé proferir injurias y baldones. Conocemos el linaje de cada uno de nosotros y cuáles fueron nuestros respectivos padres, por haberlo oído contar a los mortales hombres; que ni tú viste a los míos, ni yo a los tuyos. Dicen que eres prole del eximio Peleo y tienes por madre a Tetis, ninfa marina de hermosas trenzas; mas yo me glorío de ser hijo del magnánimo Anquises y mi madre es Afrodita: aquéllos o éstos tendrán que llorar hoy la muerte de su hijo, pues no pienso que nos separemos sin combatir, después de dirigirnos pueriles insultos: si deseas saberlo te diré cuál es mi linaje, de muchos conocido. Primero Zeus, que amontona las nubes, engendró a Dárdano, y éste fundó la Dardania al pie del Ida, en manantiales abundoso; pues aún la sacra Ilión, ciudad de hombres de diverso idioma, no había sido edificada en la llanura. Dárdano tuvo por hijo al rey Erictonio, que fué el más opulento de los mortales hombres: poseía tres mil yeguas que, ufanas de sus tiernos potros, pacían junto a un pantano.—El Bóreas enamoróse de algunas de las que vió pacer, y transfigurado en caballo de negras crines, hubo de ellas doce potros que en la fértil tierra saltaban por encima de las mieses sin romper las espigas y en el ancho dorso del espumoso mar corrían sobre las mismas olas.—Erictonio fué padre de Tros, que reinó sobre los troyanos; y éste dió el sér a tres hijos irreprensibles: Ilos, Asáraco y el divino Ganimedes, el más hermoso de los hombres, a quien arrebataron los dioses a causa de su belleza para que escanciara el néctar a Zeus y viviera con los inmortales. Ilos engendró al eximio Laomedonte, que tuvo por hijos a Titón, Príamo, Lampo, Clitio e Hicetaón, vástago de Ares. Asáraco engendró a Capis, cuyo hijo fué Anquises. Anquises me engendró a mí y Príamo al divino Héctor. Tal

alcurnia y tal sangre me glorío de tener. Pero Zeus aumenta o disminuye el valor de los guerreros como le place, porque es el más poderoso. Ea, no nos digamos más palabras como si fuésemos niños, parados así en medio del campo de batalla. Fácil nos sería inferirnos tantas injurias, que una nave de cien bancos de remeros no podría llevarlas. Es voluble la lengua de los hombres, y de ella salen razones de todas clases; hállanse muchas palabras acá y allá, y cual hablares, tal oirás la respuesta. Mas ¿qué necesidad tenemos de altercar, disputando e injuriándonos, como mujeres irritadas, las cuales, movidas por el roedor encono, salen a la calle y se zahieren diciendo muchas cosas, verdaderas unas y falsas otras, que la cólera les dicta? No lograrás con tus palabras que yo, estando deseoso de combatir, pierda el valor antes de que con el bronce y frente a frente peleemos. Ea, acometámonos en seguida con las broncíneas lanzas.''

Dijo; y arrojando la fornida lanza, clavóla en el terrible y horrendo escudo de Aquiles, que resonó en torno de la misma. El Peleida, temeroso, apartó el escudo con la robusta mano, creyendo que la luenga lanza del magnánimo Eneas lo atravesaría fácilmente. ¡Insensato! No pensó en su mente ni en su espíritu que los presentes de los dioses no pueden ser destruídos con facilidad por los mortales hombres, ni ceder a sus fuerzas. Y así la ponderosa lanza de Eneas no perforó entonces la rodela por haberlo impedido la lámina de oro que el dios puso en medio, sino que atravesó dos capas y dejó tres intactas, porque eran cinco las que el dios cojo había reunido: las dos de bronce, dos interiores de estaño, y una de oro, que fué donde se detuvo la lanza de fresno.

Aquiles despidió luego la ingente lanza, y acertó a dar en el borde del liso escudo de Eneas, sitio en

que el bronce era más delgado y el boyuno cuero más tenue; el fresno del Pelión atravesólo, y todo el escudo resonó. Eneas, amedrentado, se encogió y levantó el escudo; la lanza, deseosa de proseguir su curso, pasóle por cima del hombro, después de romper los dos círculos de la rodela, y se clavó en el suelo; y el héroe, evitado ya el golpe, quedóse inmóvil y con los ojos muy espantados de ver que aquélla había caído tan cerca. Aquiles desnudó la aguda espada; y profiriendo grandes y terribles voces, arremetió contra Eneas; y éste, a su vez cogió una gran piedra que dos de los hombres actuales no podrían llevar y que él manejaba fácilmente. Y Eneas tirara la piedra a Aquiles y le acertara en el casco o en el escudo que habría apartado del héroe la triste muerte, y Aquiles privara de la vida a Eneas, hiriéndole de cerca con la espada, si al punto no lo hubiese advertido Poseidón, que sacude la tierra, el cual dijo entre los dioses inmortales:

"¡Oh dioses! Me causa pesar el magnánimo Eneas que pronto, sucumbiendo a manos del Peleida, descenderá al Hades por haber obedecido las palabras del flechador Apolo. ¡Insensato! El dios no le librará de la triste muerte. Mas ¿por qué ha de padecer, sin ser culpable, las penas que otros merecen, habiendo ofrecido siempre gratos presentes a los dioses que habitan el anchuroso cielo? Ea, librémosle de la muerte, no sea que Zeus se enoje si Aquiles lo mata, pues el destino quiere que se salve a fin de que no perezca ni se extinga el linaje de Dárdano, que fué amado por el Cronida con preferencia a los demás hijos que tuvo de mujeres mortales. Ya Zeus aborrece a los descendientes de Príamo; pero el fuerte Eneas reinará sobre los troyanos, y luego los hijos de sus hijos que sucesivamente nazcan."

Respondióle Hera veneranda, la de los ojos de buey: "¡Poseidón! Resuelve tú mismo si has de salvar a Eneas o permitir que, no obstante su valor, sea muerto por el Peleida Aquiles. Pues así Palas Atenea como yo, hemos jurado repetidas veces ante los inmortales todos, que jamás libraríamos a los teucros del día funesto, aunque Troya entera fuese pasto de las voraces llamas por haberla incendiado los belicosos aqueos."

Cuando Poseidón, que sacude la tierra, oyó estas palabras, fuése; y andando por la liza, entre el estruendo de las lanzas, llegó adonde estaban Eneas y el ilustre Aquiles. Al momento cubrió de niebla los ojos del Peleida Aquiles, arrancó del escudo del magnánimo Eneas la lanza de fresno con punta de bronce que depositó a los pies de aquél, y arrebató al teucro alzándolo de la tierra. Eneas, sostenido por la mano del dios, pasó por cima de muchas filas de héroes y caballos hasta llegar al otro extremo del impetuoso combate, donde los caucones se armaban para pelear. Y entonces Poseidón, que sacude la tierra, se le presentó, y le dijo estas aladas palabras:

"¡Eneas! ¿Cuál de los dioses te ha ordenado que cometieras la locura de luchar cuerpo a cuerpo con el animoso Peleida, que es más fuerte que tú y más caro a los inmortales? Retírate cuantas veces le encuentres, no sea que te haga descender a la morada de Hades antes de los dispuesto por el hado. Mas cuando Aquiles haya muerto, por haberse cumplido su destino, pelea confiadamente entre los combatientes delanteros, que no te matará ningún otro aquivo."

Tales fueron sus palabras. Dejó a Eneas allí, después que le hubo amonestado, y apartó la obscura niebla de los ojos de Aquiles. Este volvió a ver con

claridad, y, gimiendo, a su magnánimo espíritu le decía:

"¡Oh dioses! Grande es el prodigio que a mi vista se ofrece: esta lanza yace en el suelo y no veo al varón contra quien la arrojé, con intención de matarle. Ciertamente, a Eneas le aman los inmortales dioses; ¡y yo creía que se jactaba de ello vanamente! Váyase, pues; que no tendrá ánimo para medir de nuevo sus fuerzas conmigo, quien ahora huyó gustoso de la muerte. Exhortaré a los belicosos dánaos y probaré el valor de los demás enemigos, saliéndoles al encuentro."

Dijo; y saltando por entre las filas, animaba a los guerreros: "¡No permanezcáis alejados de los teucros, divinos aqueos! Ea, cada hombre embista a otro y sienta anhelo por pelear. Difícil es que yo solo, aunque sea valiente, persiga a tantos guerreros y con todos lidie; y ni a Ares, que es un dios inmortal, ni a Atenea, les sería posible recorrer un campo de batalla tan vasto y combatir en todas partes. En lo que puedo hacer con mis manos, mis pies o mi fuerza, no me muestro remiso. Entraré por todos lados en las hileras de las falanges enemigas, y me figuro que no se alegrarán los teucros que a mi lanza se acerquen."

Con estas palabras los animaba. También el esclarecido Héctor exhortaba a los teucros, dando gritos, y aseguraba que saldría al encuentro de Aquiles:

"¡Animosos teucros! ¡No temáis al Peleida! Yo de palabra combatiría hasta con los inmortales; pero es difícil hacerlo con la lanza, siendo, como son, mucho más fuertes. Aquiles no llevará a cabo todo cuanto dice, sino que en parte lo cumplirá y en parte lo dejará a medio hacer. Iré a encontrarle, aunque por sus manos sea semejante a la llama, sí, aunque por sus

manos se parezca a la llama, y por su fortaleza al reluciente hierro.''

Con tales voces los excitaba. Los teucros calaron las lanzas; trabóse el combate y se produjo gritería, y entonces Febo Apolo se acercó a Héctor y le dijo:

''¡Héctor! No te adelantes para luchar con Aquiles; espera su acometida mezclado con la muchedumbre, confundido con la turba. No sea que consiga herirte desde lejos con arma arrojadiza, o de cerca con la espada.''

Así habló. Héctor se fué, amedrentado, por entre la multitud de guerreros apenas acabó de oír las palabras del dios. Aquiles, con el corazón revestido de valor y dando horribles gritos, arremetió a los teucros, y empezó por matar al valeroso Ifitión Otrintida, caudillo de muchos hombres, a quien una ninfa náyade había tenido de Otrinteo, asolador de ciudades, en el opulento pueblo de Hida, al pie del nevado Tmolo: el divino Aquiles acertó a darle con la lanza en medio de la cabeza, cuando arremetía contra él, y se la dividió en dos partes. El teucro cayó con estrépito. y el divino Aquiles se glorió diciendo:

''¡Yaces en el suelo, Otrintida, el más portentoso de todos los hombres! En este lugar te sorprendió la muerte; a ti, que habías nacido a orillas del lago Gigeo, donde tienes la heredad paterna, junto al Hilo, abundante en peces, y al Hermo voraginoso.''

Tan jactanciosamente habló. Las tinieblas cubrieron los ojos del Ifitión, y los carros de los aqueos lo despedazaron con las llantas de sus ruedas en el primer reencuentro. Aquiles hirió, después, en la sien, atravesándole el casco de broncíneas carrilleras, a Demoleón, valiente adalid en el combate; y el casco no detuvo la lanza, pues la punta entró y rompió el hueso, conmovióse interiormente el cerebro, y el teu-

cro sucumbió cuando peleaba con ardor. Luego, como Hipodamas saltara del carro y se diese a la fuga, le envasó la pica en la espalda: aquél exhalaba el aliento y bramaba como el toro que los jóvenes arrastran a los altares del soberano Heliconio y el dios que sacude la tierra se goza al verlo; así bramaba Hipodamas cuando el alma valerosa dejó sus miembros. Seguidamente acometió con la lanza al divino Polidoro Priámida, a quien su padre no permitía que fuera a las batallas porque era el menor y el predilecto de sus hijos. Nadie vencía a Polidoro en la carrera; y entonces, por pueril petulancia, haciendo gala de la ligereza de su pies, agitábase el troyano entre los combatientes delanteros, hasta que perdió la vida: al verle pasar, el divino Aquiles, ligero de pies, hundióle la lanza en medio de la espalda, donde los anillos de oro sujetaban el cinturón y era doble la coraza, y la punta salió al otro lado cerca del ombligo; el joven cayó de rodillas dando lastimeros gritos; obscura nube le envolvió; e inclinándose, procuraba sujetar con sus manos los intestinos, que le salían por la herida.

Tan pronto como Héctor vió a su hermano Polidoro cogiéndose las entrañas y encorvado hacia el suelo, se le puso una nube ante los ojos y ya no pudo combatir a distancia; sino que, blandiendo la aguda lanza e impetuoso como una llama, se dirigió al encuentro de Aquiles. Y éste, al advertirlo, saltó hacia él, y dijo muy ufano estas palabras:

"Cerca está el hombre que ha inferido a mi corazón la más grave herida, el que mató a mi compañero amado. Ya no huiremos asustados, el uno del otro, por los senderos del combate."

Dijo; y mirando con torva faz al divino Héctor,

le gritó: "¡Acércate para que pronto llegues de tu perdición al término!"

Sin turbarse, le respondió Héctor, el de tremolante casco: "¡Peleida! No esperes amedrentarme con palabras como a un niño; también yo sé proferir injurias y baldones. Reconozco que eres valiente y que estoy por muy debajo de ti. Pero en la mano de los dioses está si yo, siendo inferior, te quitaré la vida con mi lanza; pues también tiene afilada punta."

En diciendo esto, blandió y arrojó la ingente lanza; pero Atenea con un tenue soplo apartóla del glorioso Aquiles, y el arma volvió hacia el divino Héctor y cayó a sus pies. Aquiles acometió, dando horribles gritos, a Héctor, con intención de matarle; pero Apolo arrebató al troyano, haciéndolo con gran facilidad por ser dios, y lo cubrió con densa niebla. Tres veces el divino Aquiles, ligero de pies, atacó con la broncínea lanza; tres veces dió el golpe en el aire. Y cuando, semejante a un dios, arremetía por cuarta vez, increpó el héroe a Héctor con voz terrible, dirigiéndole estas aladas palabras:

"¡Otra vez te has librado de la muerte, perro! Muy cerca tuviste la perdición, pero te salvó Febo Apolo, a quien debes de rogar cuando sales al campo antes de oír el estruendo de los dardos. Yo acabaré contigo si más tarde te encuentro y un dios me ayuda. Y ahora perseguiré a los demás que se me pongan al alcance."

Así dijo; y con la lanza hirió en medio del cuello a Dríope, que cayó a sus pies. Dejóle, y al momento detuvo a Demuco Filetórida, a quien pinchó con la lanza en una rodilla, y luego quitóle la vida con la gran espada. Después acometió a Laógono y a Dárdano, hijos de Bias: habiéndolos derribado del carro en que iban, a aquel le hizo perecer arrojándole la

lanza, y a éste hiriéndole de cerca con la espada. También mató a Tros Alastórida, que vino a abrazarle las rodillas por si compadeciéndose de él, que era de la misma edad del héroe, en vez de matarle le hacía prisionero y le dejaba vivo. ¡Insensato! No comprendió que no podría persuadirle, pues Aquiles no era hombre de condición benigna y mansa, sino muy violento. Ya aquél le tocaba las rodillas con intención de suplicarle, cuando le hundió la espada en el hígado: derramóse éste, llenando de negra sangre el pecho, y las tinieblas cubrieron los ojos del teucro, que quedó exánime. Inmediatamente, Aquiles se acercó a Mulio; y metiéndole la lanza en una oreja, la broncínea punta salió por la otra. Más tarde hirió en medio de la cabeza a Equeclo, hijo de Agenor, con la espada provista de empuñadura: la hoja entera se calentó con la sangre, y la purpúrea muerte y el hado cruel velaron los ojos del guerrero. Posteriormente, atravesó con la broncínea lanza el brazo de Deucalión, en el sitio donde se juntan los tendones del codo; y el teucro esperóle, con la mano entorpecida y viendo que la muerte se le acercaba: Aquiles le cercenó de un tajo la cabeza, que con el casco arrojó a lo lejos, la médula salió de las vértebras y el guerrero quedó tendido en el suelo. Dirigióse acto seguido contra Rigmo, ilustre hijo de Píreo, que había llegado de la fértil Tracia, y le hirió en medio del cuerpo: clavóle la broncínea lanza en el pulmón, y le derribó del carro. Y como viera que su escudero Areítoo torcía la rienda a los caballos, envasóle la aguda lanza en la espalda, y también le hizo caer a tierra, mientras los corceles huían espantados.

De la suerte que al estallar abrasador incendio en los hondos valles de árida montaña, arde la poblada selva, y el viento mueve las llamas que giran en

todas direcciones; de la misma manera, Aquiles se revolvía furioso con la lanza, persiguiendo, cual una deidad, a los que estaban destinados a morir; y la negra tierra manaba sangre. Como uncidos al yugo dos bueyes de ancha frente para que trillen la blanca cebada en una era bien dispuesta, se desmenuzan presto las espigas bajo los pies de los mugientes bueyes; así los solípedos corceles, guiados por Aquiles, hollaban a un mismo tiempo cadáveres y escudos; el eje del carro tenía la parte inferior cubierta de sangre y los barandales estaban salpicados de sangrientas gotas que los cascos de los corceles y las llantas de las ruedas despedían. Y el Peleida deseaba alcanzar gloria y tenía las manos manchadas de sangre y polvo.

El Janto y el Símois intentan sumergir en sus ondas a Aquiles

RAPSODIA VIGESIMOPRIMERA

SI que los teucros llegaron al vado del voraginoso Janto, río de hermosa corriente a quien el inmortal Zeus engendrara, Aquiles los dividió en dos grupos. A los del primero, echólos el héroe por la llanura hacia la ciudad, por donde los aqueos huían espantados el día anterior, cuando el esclarecido Héctor se mostraba furioso; por allí derramáronse entonces los teucros en su fuga, y Hera, para detenerlos, los envolvió en una densa niebla. Los otros rodaron al caudaloso río de argentados vórtices, y cayeron en él con gran estrépito: resonaba la corriente, retumbaban ambas orillas, y los teucros nadaban acá y allá, gritándo, mientras eran arrastrados en torno de los remolinos.

Como las langostas, acosadas por la violencia de un fuego que estalla de repente, vuelan hacia el río y se echan medrosas en el agua; de la misma manera, la corriente sonora del Janto, de profundos vórtices, se llenó, por la persecución de Aquiles, de hombres y caballos que caían confundidos.

Aquiles, vástago de Zeus, dejó su lanza arrimada a un tamariz de la orilla; saltó al río, cual si fuese una deidad, con sólo la espada y meditando en su corazón acciones crueles; y comenzó a herir a diestro y a siniestro: al punto levantóse un horrible clamoreo de los que recibían los golpes, y el agua bermejeó con la sangre. Como los peces huyen del ingente delfín, y, temerosos, llenan los senos del hondo puerto, porque aquél devora a cuantos coge; de la misma manera, los teucros iban por la impetuosa corriente del río y se refugiaban, temblando, debajo de las rocas. Cuando Aquiles tuvo las manos cansadas de matar, cogió vivos, dentro del río, a doce mancebos para inmolarlos más tarde en expiación de la muerte de Patroclo Menetíada. Sacólos atónitos como cervatos, les ató las manos por detrás con las correas bien cortadas que llevaban en las flexibles túnicas y encargó a los amigos que los condujeran a las cóncavas naves. Y el héroe acometió de nuevo a los teucros, para hacer en ellos gran destrozo.

Allí se encontró Aquiles con Licaón, hijo de Príamo Dardánida; el cual, huyendo, iba a salir del río. Ya anteriormente habíale hecho prisionero encaminándose de noche a un campo de Príamo: Licaón cortaba con el agudo bronce los ramos nuevos de un cabrahigo para hacer los barandales de un carro, cuando Aquiles, presentándose cual imprevista calamidad, se lo llevó mal de su grado. Transportóle luego en una nave a la bien construída Lemnos, y allí lo puso en venta:

el hijo de Jasón pagó el precio. Después Eetión de Imbros, que era huésped del troyano, dió por él un cuantioso rescate y envióla a la divina Arisbe. Escapóse Licaón, y volviendo a la casa paterna, estuvo celebrando con sus amigos durante once días su regreso de Lemnos: mas, al duodécimo, un dios le hizo caer nuevamente en manos de Aquiles, que debía mandarle al Hades, sin que Licaón lo deseara. Como el divino Aquiles, el de los pies ligeros, le viera inerme —sin casco, escudo ni lanza, porque todo lo había tirado al suelo—y que salía del río con el cuerpo abatido por el sudor y las rodillas vencidas por el cansancio; sorprendióse, y en su magnánimo espíritu así habló:

"¡Oh dioses! Grande es el prodigio que a mi vista se ofrece. Ya es posible que los teucros a quienes maté resuciten de las sombrías tinieblas; cuando éste, librándose del día cruel, ha vuelto de la divina Lemnos donde fué vendido, y las olas del espumoso mar que a tantos detienen no han impedido su regreso. Mas, ea, haré que pruebe la punta de mi lanza para ver y averiguar si volverá nuevamente o se quedará en el seno de la fértil tierra que hasta a los fuertes retiene."

Pensando en tales cosas, Aquiles continuaba inmóvil. Licaón, asustado, se le acercó a tocarle las rodillas; pues en su ánimo sentía vivo deseo de librarse de la triste muerte y de su negro destino. El divino Aquiles levantó en seguida la enorme lanza con intención de herirle, pero Licaón se encogió y corriendo le abrazó las rodillas; y aquélla, pasándole por cima del dorso, se clavó en el suelo, codiciosa de cebarse en el cuerpo de un hombre. En tanto Licaón suplicaba a Aquiles; y abrazando con una mano sus rodillas y sujetando con la otra la aguda lanza, estas aladas palabras le decía:

"¡Te lo ruego abrazado a tus rodillas, Aquiles: respétame y apiádate de mí. Has de tenerme, oh alumno de Zeus, por un suplicante digno de consideración; pues comí en tu tienda el fruto de Deméter el día en que me hiciste prisionero en el campo bien cultivado, y llevándome lejos de mi padre y de mis amigos, me vendiste en Lemnos: cien bueyes te valió mi persona. Ahora te daría el triple para rescatarme. Doce días ha que, habiendo padecido mucho, volví a Ilión; y otra vez el hado funesto me pone en tus manos. Debo de ser odioso al padre Zeus, cuando nuevamente me entrega a ti. Para darme una vida corta, me parió Laótoe, hija del anciano Altes que reina sobre los belicosos léleges y posee la excelsa Pédaso junto al Sátniois. A la hija de aquél la tuvo Príamo por esposa con otras muchas; de la misma nacimos dos varones y a entrambos nos habrás dado muerte. Ya hiciste sucumbir entre los infantes delanteros a Polidoro,hiriéndole con la aguda pica; y ahora la desgracia llegó para mí, pues no espero escapar de tus manos después que un dios me ha echado en ellas. Otra cosa te diré que fijarás en la memoria: no me mates; pues no nací del mismo vientre quo Héctor, el que dió muerte a tu dulce y valiente amigo."

Con tales palabras el preclaro hijo de Príamo suplicaba a Aquiles; pero fué amarga la respuesta que escuchó:

"¡Insensato! No me hables del rescate, ni lo menciones siquiera. Antes que a Patroclo le llegara el día fatal, me era grato abstenerme de matar a los teucros y fueron muchos los que cogí vivos y vendí luego; mas ahora ninguno escapará de la muerte, si un dios lo pone en mis manos delante de Ilión y especialmente si es hijo de Príamo. Por tanto, amigo, muere tú también. ¿Por qué te lamentas de este

modo? Murió Patroclo, que tanto te aventajaba. ¿No ves cuán gallardo y alto de cuerpo soy yo, a quien engendró un padre ilustre y dió a luz una diosa? Pues también me aguardan la muerte y el hado cruel. Vendrá una mañana, una tarde o un mediodía en que alguien me quitará la vida en el combate, hiriéndome con la lanza o con una flecha despedida por el arco.''

Así dijo. Desfallecieron las rodillas y el corazón del teucro que, soltando la lanza, se sentó y tendió ambos brazos. Aquiles puso mano a la tajante espada e hirió a Licaón en la clavícula, junto al cuello: metióle dentro toda la hoja de dos filos, el troyano dió de ojos por el suelo y su sangre fluía y mojaba la tierra. El héroe cogió el cadáver por el pie, arrojólo al río para que la corriente se lo llevara, y profirió con jactancia estas aladas palabras:

''Yace ahí entre los peces que tranquilos te lamerán la sangre de la herida. No te colocará tu madre en un lecho para llorarte; sino que serás llevado por el voraginoso Escamandro al vasto seno del mar. Y algún pez, saliendo de las olas a la negruzca y encrespada superficie, comerá la blanca grasa de Licaón. Así perezcáis los demás teucros hasta que lleguemos a la sacra ciudad de Ilión, vosotros huyendo y yo detrás haciendo gran estrago. No os salvará ni siquiera el río de hermosa corriente y argénteos remolinos, a quien desde antiguo sacrificáis muchos toros y en cuyos vórtices echáis solípedos caballos. Así y todo, pereceréis miserablemente unos en pos de otros, hasta que halláis expiado la muerte de Patroclo y el estrago y la matanza que hicisteis en los aqueos junto a las naves, mientras estuve alejado de la lucha.''

Habló de esta manera. El río, con el corazón irritado, revolvía en su mente cómo haría cesar a Aquiles de combatir y libraría de la muerte a los troyanos.

En tanto, el hijo de Peleo dirigió su ingente lanza a Asteropeo, hijo de Pelegón, con ánimo de matarle. A Pelegón le habían engendrado el Axio, de ancha corriente, y Peribea, la hija mayor de Acesameno; que con ésta se unió aquel río de profundos remolinos. Encaminóse, pues, Aquiles hacia Asteropeo, el cual salió a su encuentro llevando dos lanzas; y el Janto irritado por la muerte de los jóvenes a quienes Aquiles había hecho perecer sin compasión en la misma corriente, infundió valor en el pecho del troyano. Cuando ambos guerreros se hallaron frente a frente, el divino Aquiles, el de los pies ligeros, fué el primero en hablar, y dijo:

"¿Quién eres tú y de dónde, que osas salirme al encuentro? Infelices de aquellos cuyos hijos se oponen a mi furor."

Respondióle el preclaro hijo de Pelegón: "¡Magnánimo Peleida! ¿Por qué sobre el abolengo me interrogas? Soy de la fértil Peonia, que está lejos; vine mandando a los peonios, que combaten con largas picas, y hace once días que llegué a Ilión. Mi linaje trae su origen del anchuroso Axio, que esparce su hermosísimo raudal sobre la tierra: Axio engendró a Pelegón, famoso por su lanza, y de éste dicen que he nacido. Pero peleemos ya, esclarecido Aquiles."

De tal modo habló, en són de amenaza. El divino Aquiles levantó el fresno del Pelión, y el héroe Asteropeo, que era ambidextro, tiróle a un tiempo las dos lanzas: la una dió en el escudo, pero no lo atravesó porque la lámina de oro que el dios puso en el mismo, la detuvo; la otro rasguñó el brazo derecho del héroe, junto al codo, del cual brotó negra sangre; mas el arma pasó por encima y se clavó en el suelo, codiciosa de la carne. Aquiles arrojó entonces la lanza, de recto vuelo, a Asteropeo con intención de

matarle, y erró el tiro: aquélla cayó en la elevada orilla y se hundió hasta la mitad del palo. El Peleida, desnudando la aguda espada que llevaba junto al muslo, arremetió enardecido a Asteropeo, quien con la mano robusta intentaba arrancar del escarpado borde la lanza de Aquiles: tres veces la meneó para arrancarla, y otras tantas tuvo que desistir de su propósito. Y cuando, a la cuarta vez, quiso doblar y romper la lanza de fresno del Eácida, acercósele Aquiles y con la espada le quitó la vida: hirióle en el vientre, junto al ombligo; derramáronse los intestinos, y las tinieblas cubrieron los ojos del teucro, que cayó anhelante. Aquiles se abalanzó a su pecho, le quitó la armadura; y blasonando del triunfo, dijo estas palabras:

"Yaz ahí. Difícil era que tú, aunque engendrado por un río pudieses disputar la victoria a los hijos del prepotente Cronida. Dijiste que tu linaje procede de un anchuroso río; mas yo me jacto de pertenecer al del gran Zeus. Engendróme un varón que reina sobre muchos mirmidones, Peleo, hijo de Eaco; y éste último era hijo de Zeus. Y como Zeus es más poderoso que los ríos que corren al mar, así también sus descendientes son más fuertes que los de los ríos. A tu lado tienes uno grande, si es que puede auxiliarte. Mas no es posible combatir con el Cronida. A éste no le igualan ni el fuerte Aqueloo, ni el grande y poderoso Océano de profunda corriente, del que nacen todos los ríos, mares, fuentes y pozos; pues también el Océano teme el rayo del gran Zeus y el espantoso trueno, que hace retumbar el cielo."

Dijo; arrancó del escarpado borde la broncínea lanza y abandonó a Asteropeo allí, tendido en la arena, tan pronto como le hubo quitado la vida: el agua turbia bañaba el cadáver, y anguilas y peces acudieron a

comer la grasa que cubría los riñones. Aquiles se fué hacia los peonios que peleaban en carros; los cuales huían por las márgenes del voraginoso río, desde que vieron que el más fuerte caía en el duro combate, vencido por las manos y la espada del Peleida. Este mató entonces a Tersíloco, Midón, Astipilo, Mneso, Trasio, Enio y Ofelestes. Y a más peonios diera muerte el veloz Aquiles, si el río de profundos remolinos, irritado y transfigurado en hombre, no le hubiese dicho desde uno de los vórtices:

"¡Oh Aquiles! Superas a los demás hombres, lo mismo en el valor que en la comisión de acciones nefandas; porque los propios dioses te prestan constantemente su auxilio. Si el hijo de Cronos te ha concedido que destruyas a todos los teucros, apártalos de mí y ejecuta en el llano tus proezas. Mi hermosa corriente está llena de cadáveres que obstruyen el cauce y no me dejan verter el agua en la mar divina; y tú sigues matando de un modo atroz. Pero, ea, cesa ya; pues me tienes asombrado, oh príncipe de hombres."

Respondióle Aquiles el de los pies ligeros: "se hará, oh Escamandro, alumno de Zeus, como tú lo ordenas; pero no me abstendré de matar a los altivos teucros hasta que los encierre en la ciudad y peleando con Héctor, él me mate a mí o yo acabe con él."

Esto dicho, arremetió a los teucros, cual si fuése un dios. Y entonces el río de profundos remolinos dirigióse a Apolo:

"¡Oh dioses! Tú, el del arco de plata, hijo de Zeus, no cumples las órdenes del Cronión, el cual te encargó muy mucho que socorrieras a los teucros y les prestaras tu auxilio hasta que, llegada la tarde, se pusiera el sol y quedara a obscuras el fértil campo."

Dijo, y Aquiles, famoso por su lanza, saltó desde la

escarpada orilla al centro del río. Pero éste le atacó enfurecido: hinchó sus aguas, revolvió la corriente, y arrastrando muchos cadáveres de hombres muertos por Aquiles, que había en el cauce, arrojólos a la orilla mugiendo como un toro; y en tanto salvaba a los vivos dentro de la corriente, ocultándolos en los profundos y anchos remolinos. Las turbias olas rodeaban a Aquiles, la corriente caía sobre su escudo y le empujaba, y el héroe ya no se podía tener en pie. Asióse entonces con ambas manos a un olmo corpulento y frondoso; pero éste, arrancado de raíz, rompió el borde escarpado, oprimió la corriente con sus muchas ramas, cayó entero al río y se convirtió en un puente. Aquiles, amedrentado, dió un salto, salió del abismo y voló con pie ligero por la llanura. Mas no por esto el gran dios desistió de perseguirle, sino que lanzó tras él olas de sombría vorágine con el propósito de hacer cesar al divino Aquiles de combatir y librar de la muerte a los troyanos. El Peleida salvó cerca de un tiro de lanza, dando un brinco con la impetuosidad de la rapaz águila negra, que es la más forzuda y veloz de las aves; parecido a ella, el héroe corría y el bronce resonaba horriblemente sobre su pecho. Aquiles procuraba huír, desviándose a un lado; pero la corriente se iba tras él y le perseguía con gran ruido. Como el fontanero conduce el agua desde el profundo manantial por entre las plantas de un huerto y con un azadón en la mano quita de la reguera los estorbos; y la corriente sigue su curso y mueve las piedrecitas, pero al llegar a un declive murmura, acelera la marcha y pasa delante del que la guía; de igual modo, la corriente del río alcanzaba continuamente a Aquiles, porque los dioses son más poderosos que los hombres. Cuantas veces el divino Aquiles, el de los pies ligeros, intentaba esperarla, para ver

si le perseguían todos los inmortales que tienen su morada en el espacioso cielo; otras tantas, las grandes olas del río le azotaban los hombros. El héroe, afligido en su corazón, saltaba; pero el río, siguiéndole con la rápida y tortuosa corriente, le cansaba las rodillas y le robaba el suelo allí donde ponía los pies. Y el Peleida, levantando los ojos al vasto cielo, gimió y dijo:

"¡Padre Zeus! ¿Cómo no viene ningún dios a salvarme a mí, miserando, de la persecución del río; y luego sufriré cuanto sea preciso? Ninguna de las deidades del cielo tiene tanta culpa como mi madre, que me halagó con falsas predicciones: dijo que me matarían al pie del muro de los troyanos, armados de coraza, las veloces flechas de Apolo. ¡Ojalá me hubiese muerto Héctor, que es aquí el más bravo! Entonces un valiente hubiera muerto y despojado a otro valiente. Mas ahora quiere el destino que yo perezca de miserable muerte, cercado por un gran río; como el niño porquerizo a quien arrastran las aguas invernales del torrente que intentaba atravesar."

Así se expresó. En seguida Poseidón y Atenea, con figura humana, cogiéronle en medio y le asieron de las manos mientras le animaban con palabras. Poseidón, que sacude la tierra, fué el primero en hablar, y dijo:

"¡Peleida! No tiembles, ni te asustes. ¡De tal manera vamos a ayudarte, con la venia de Zeus, yo y Palas Atenea! Porque no dispone el hado que seas muerto por el río, y éste dejará pronto de perseguirte, como verás tú mismo. Te daremos un prudente consejo, por si quieres obedecer: no descanse tu brazo en la batalla funesta hasta haber encerrado dentro de los ínclitos muros de Ilión a cuantos teucros logren escapar. Y cuando hayas privado de la vida a

Héctor, vuelve a las naves; que nosotros te concedemos que alcances gloria.''

Dichas estas palabras, ambas deidades fueron a reunirse con los demás inmortales. Aquiles, impelido por el mandato de los dioses, enderezó sus pasos a la llanura inundada por el agua del río, en la cual flotaban cadáveres y hermosas armas de jóvenes muertos en la pelea. El héroe caminaba derechamente, saltando por el agua, sin que el anchuroso río lograse detenerlo; pues Atenea le había dado muchos bríos. Pero el Escamandro no cedía en su furor; sino que, irritándose aún más contra el Peleida, hinchaba y levantaba a lo alto sus olas y a gritos llamaba al Símois:

''¡Hermano querido! Juntémonos para contener la fuerza de ese hombre, que pronto tomará la gran ciudad del rey Príamo, pues los teucros no le resistirán en la batalla. Ven al momento en mi auxilio: aumenta tu caudal con el agua de las fuentes, concita a todos los arroyos, levanta grandes olas y arrastra con estrépito troncos y piedras, para que anonademos a ese feroz guerrero que ahora triunfa y piensa en hazañas propias de los dioses. Creo que no le valdrán ni su fuerza, ni su hermosura, ni sus magníficas armas, que han de quedar en el fondo de este lago cubiertas de cieno. A él le envolveré en abundante arena, derramando en torno suyo mucho cascajo; y ni siquiera sus huesos podrán ser recogidos por los aquivos: tanto limo amontonaré encima. Y tendrá su túmulo allí mismo, y no necesitará que los aqueos se lo erijan cuando le hagan las exequias.''

Dijo; y, revuelto, arremetió contra Aquiles, alzándose furioso y mugiendo con la espuma, la sangre y los cadáveres. Las purpúreas ondas del río, que las celestiales lluvias alimentan, se mantenían levantadas y arrastraban al Peleida. Mas Hera, temiendo que el

gran río derribara a Aquiles, gritó, y dijo en seguida a Hefestos, su hijo amado:

"¡Sus, Hefestos, hijo querido; pues creemos que el Janto voraginoso es tu igual en el combate. Socorre pronto a Aquiles, haciendo aparecer inmensa llama. Voy a suscitar con el Zéfiro y el veloz Noto una gran borrasca, para que viniendo del mar extienda el destructor incendio y se quemen las cabezas y las armas de los teucros. Tú abrasa los árboles de las orillas del Janto, haz que arda el mismo río y no te dejes persuadir ni con palabras dulces ni con amenazas. No cese tu furia hasta que yo te lo diga gritando; y entonces apaga el fuego infatigable."

Tal fué su orden. Hefestos, arrojando una abrasadora llama, incendió primeramente la llanura y quemó muchos cadáveres de guerreros a quienes había muerto Aquiles; secóse el campo y el agua cristalina dejó de correr. Como el Bóreas seca en el otoño un campo recién inundado y se alegra el que lo cultiva; de la misma suerte, el fuego secó la llanura entera y quemó los cadáveres. Luego Hefestos dirigió al río la resplandeciente llama y ardieron, así los olmos, los sauces y los tamariscos, como el loto, el junco y la juncia que en abundancia habían crecido junto a la corriente hermosa. Anguilas y peces padecían y saltaban acá y allá, en los remolinos o en la corriente, oprimidos por el soplo del ingenioso Hefestos. Y el río, quemándose también, así hablaba:

"¡Hefestos! Ninguno de los dioses te iguala y no quiero luchar contigo ni con tu llama ardiente. Cesa de perseguirme y en seguida el divino Aquiles arroje de la ciudad a los troyanos. ¿Qué interés tengo en la contienda ni en auxiliar a nadie?"

Así habló, abrasado por el fuego; y la hermosa corriente hervía. Como en una caldera puesta sobre un

gran fuego, la grasa de un puerco cebado se funde, hierve y rebosa por todas partes, mientras la leña seca arde debajo; así la hermosa corriente se quemaba con el fuego y el agua hervía, y no pudiendo ir hacia adelante, paraba su curso oprimida por el vapor que con su arte produjera el ingenioso Hefestos. Y el río, dirigiendo muchas súplicas a Hera, estas aladas palabras le decía:

"¡Hera! ¿Por qué tu hijo maltrata mi corriente, atacándome a mí solo entre los dioses? No debo de ser para ti tan culpable como todos los demás que favorecen a los teucros. Yo desistiré de ayudarlos, si tú lo mandas; pero que éste cese también. Y juraré no librar a los troyanos del día fatal, aunque Ilión entera llegue a ser pasto de las voraces llamas por haberla incendiado los belicosos aqueos."

Cuando Hera, la diosa de los brazos de nieve, oyó estas palabras, dijo en seguida a Hefestos, su hijo amado:

"¡Hefestos, hijo ilustre! Cesa ya, pues no conviene que a causa de los mortales, a un dios inmortal atormentemos."

Tal dijo. Hefestos apagó la abrasadora llama, y las olas retrocedieron a la hermosa corriente. Y tan pronto como el Janto fué vencido, él y Hefestos cesaron de luchar; porque Hera, aunque irritada, los contuvo.

Pero una reñida y espantosa pelea se suscitó entonces entre los demás dioses: divididos en dos bandos, vinieron a las manos con fuerte estrépito; bramó la vasta tierra, y el gran cielo resonó como una trompeta. Oyólo Zeus, sentado en el Olimpo, y con el corazón alegre reía al ver que los dioses iban a embestirse. Y ya no estuvieron separados largo tiempo; pues el primero Ares, que horada los escudos, acometiendo

a Atenea con la broncínea lanza, estas injuriosas palabras le decía:

"¿Por qué de nuevo, oh mosca perruna, promueves la contienda entre los dioses con insaciable audacia? ¿Qué poderoso afecto te mueve? ¿Acaso no te acuerdas de cuando incitabas a Diomedes Tideida a que me hiriese, y cogiendo tú misma la reluciente pica la enderezaste contra mí y me desgarraste el hermoso cutis? Pues me figuro que ahora pagarás cuanto me hiciste."

Apenas acabó de hablar, dió un bote en el escudo floqueado, horrendo, que ni el rayo de Zeus rompería; allí acertó a dar Ares, manchado de homicidios, con la ingente lanza. Pero la diosa, volviéndose, aferró con su robusta mano una gran piedra negra y erizada de puntas que estaba en la llanura y había sido puesta por los antiguos como linde de un campo; e hiriendo con ella al furibundo Ares, dejóle sin vigor los miembros. Vino a tierra el dios y ocupó siete yugadas; el polvo manchó su cabellera y las armas resonaron. Rióse Palas Atenea; y gloriándose de la victoria, profirió estas aladas palabras:

"¡Necio! Aún no has comprendido que me jacto de ser mucho más fuerte y osas oponer tu furor al mío. Así padecerás, cumpliéndose las imprecaciones de tu airada madre que maquina males contra ti porque abandonaste a los aqueos y favoreces a los orgullosos teucros."

Cuando esto hubo dicho, volvió a otra parte los ojos refulgentes. Afrodita, hija de Zeus, asió por la mano a Ares y le acompañaba; mientras el dios daba muchos suspiros y apenas podía recobrar el aliento. Pero la vió Hera, la diosa de los níveos brazos, y al punto dijo a Atenea estas aladas palabras:

"¡Oh dioses! ¡Hija de Zeus que lleva la égida!

¡Indómita deidad! Aquella desvergonzada vuelve a sacar del dañoso combate, por entre el tumulto, a Ares, funesto a los mortales. ¡Anda tras ella!''

De tal modo habló. Alegrósele el alma a Atenea, que corrió hacia Afrodita, y alzando la robusta mano descargóle un golpe sobre el pecho. Desfallecieron las rodillas y el corazón de la diosa, y ella y Ares quedaron tendidos en la fértil tierra. Y Atenea, vanagloriándose, pronunció estas aladas palabras:

''¡Ojalá fuesen tales cuantos auxilian a los teucros en las batallas contra los argivos, armados de coraza; así, tan audaces y atrevidos como Afrodita que vino a socorrer a Ares desafiando mi furor; y tiempo ha que habríamos puesto fin a la guerra, con la toma de la bien construída ciudad de Ilión.''

Así se expresó. Sonrióse Hera, la diosa de los brazos de nieve. Y el soberano Poseidón, que sacude la tierra dijo entonces a Apolo:

''¡Febo! ¿Por qué nosotros no luchamos también? No conviene abstenerse una vez que los demás han dado principio a la pelea. Vergonzoso fuera que volviésemos al Olimpo, a la morada de Zeus erigida sobre bronce, sin haber combatido. Empieza tú, pues eres el menor en edad y no parecería decoroso que comenzara yo que nací primero y tengo más experiencia. ¡Oh necio, y cuán irreflexivo es tu corazón! Ya no te acuerdas de los muchos males que en torno de Ilión padecimos los dos, solos entre los dioses, cuando enviados por Zeus trabajamos un año entero para el soberbio Laomedón; el cual, con la promesa de darnos el salario convenido, nos mandaba como señor. Yo cerqué la ciudad de los troyanos con un muro ancho y hermosísimo, para hacerla inexpugnable; y tú, Febo, pastoreabas los bueyes de tornátiles patas y curvas astas en los bosques y selvas del Ida, en valles abun-

doso. Mas cuando las alegres Horas trajeron el término del ajuste, el soberbio Laomedón se negó a pagarnos el salario y nos despidió con amenazas. A ti te amenazó con venderte, atado de pies y manos, en lejanas islas; aseguraba además que con el bronce nos cortaría a entrambos las orejas; y nosotros nos fuimos pesarosos y con el ánimo irritado porque no nos dió la paga que había prometido. ¡Y todavía se lo agradeces, favoreciendo a su pueblo, en vez de procurar con nosotros que todos los troyanos perezcan de mala muerte con sus hijos y sus castas esposas!''

Contestó el soberano flechador Apolo: ''¡Batidor de la tierra! No me tendrías por sensato si combatiera contigo por los míseros mortales que, semejantes a las hojas, ya se hallan florecientes y vigorosos comiendo los frutos de la tierra, ya se quedan exánimes y mueren. Abstengámonos, pues, de combatir y peleen ellos entre sí.''

Así dijo y le volvió la espalda; pues por respeto no quería llegar a las manos con su tío paterno. Y su hermana, la campestre Artemisa, que de las fieras es señora, lo increpó duramente con injuriosas voces:

''¿Huyes ya, Flechador, y das la victoria a Poseidón, concediéndole inmerecida gloria? ¡Cobarde! ¿Por qué llevas ese arco inútil? No oiga yo que te jactes en el palacio de mi padre, como hasta aquí lo hiciste ante los inmortales dioses, de luchar cuerpo a cuerpo con Poseidón.''

Tales fueron sus palabras, y el flechador Apolo nada respondió. Pero la venerable esposa de Zeus, irritada, increpó a Artemisa, que se complace en tirar flechas, con injuriosas voces:

''¿Cómo es que pretendes, perra arisca, oponerte a mí? Difícil te será resistir mi fortaleza, aunque lle-

ves arco y Zeus te haya hecho leona entre las mujeres y te permita matar a la que te plazca. Mejor es cazar en el monte fieras agrestes o ciervos, que luchar denodadamente contra quienes son más poderosos. Y si quieres probar el combate, empieza, para que sepas bien cuánto más fuerte soy que tú; ya que contra mí quieres emplear tus fuerzas.''

Dijo; asióla con la mano izquierda por ambas muñecas, quitóle de los hombros, con la derecha, el arco y el carcaj, y riendo se puso a golpear con éstos las orejas de Artemisa, que volvía la cabeza, ora a un lado, ora a otro, mientras las veloces flechas se esparcían por el suelo. Artemisa huyó llorando, como la paloma que perseguida por el gavilán vuela a refugiarse en el hueco de excavada roca, porque no había dispuesto el hado que aquél la cogiese. De igual manera huyó la diosa, vertiendo lágrimas y dejando allí arco y aljaba. Y el mensajero Argicida, dijo a Leto:

''¡Leto! Yo no pelearé contigo, porque es arriesgado luchar con las esposas de Zeus, que amontona las nubes. Jáctate muy satisfecha, ante los inmortales dioses, de que me venciste con tu poderosa fuerza.''

Tal dijo. Leto recogió el corvo arco y las saetas que habían caído acá y allá, en medio de un torbellino de polvo; y se fué en pos de la hija. Llegó ésta al Olimpo, a la morada de Zeus erigida sobre bronce; sentóse llorando en las rodillas de su padre, y el divino velo temblaba alrededor de su cuerpo. El padre Cronión cogióla en el regazo; y sonriendo dulcemente, le preguntó:

''¿Cuál de los celestes dioses, hija querida, de tal modo te ha maltratado, como si en su presencia hubieses cometido alguna falta?''

Respondióle Artemisa, que se recrea con el bullicio de la caza y lleva en las sienes hermosa diadema:

"Tu esposa Hera, la de los brazos de nieve me ha maltratado, padre; por ella la discordia y la contienda han surgido entre los inmortales."

Así éstos conversaban. En tanto, Febo Apolo entró en la sagrada Ilión, temiendo por el muro de la bien edificada ciudad: no fuera que en aquella ocasión lo destruyesen los dánaos, contra lo ordenado por el destino. Los demás dioses sempiternos volvieron al Olimpo, irritados unos y envanecidos otros por el triunfo; y se sentaron a la vera de Zeus, el de las sombrías nubes. Aquiles, persiguiendo a los teucros, mataba hombres y caballos. De la suerte que cuando una ciudad es presa de las llamas y llega el humo al anchuroso uranos, porque los dioses se irritaron contra ella, todos los habitantes trabajan y muchos padecen grandes males; de igual modo, Aquiles causaba a los teucros fatigas y daños.

El anciano Príamo estaba en la sagrada torre; y como viera al ingente Aquiles, y a los teucros puestos en confusión, huyendo espantados y sin fuerzas para resistirle, empezó a gemir y bajó de aquélla para dar órdenes a los ínclitos varones que custodiaban las puertas de la muralla:

"Abrid las puertas y sujetadlas con la mano, hasta que lleguen a la ciudad los guerreros que huyen espantados. Aquiles es quien los estrecha y pone en desorden, y temo que han de ocurrir desgracias. Mas, tan pronto como aquéllos respiren, refugiados dentro del muro, entornad las hojas fuertemente unidas; pues estoy con miedo de que ese hombre funesto entre por el muro."

Tal fué su mandato. Abrieron las puertas, quitando los cerrojos, y a esto se debió la salvación de las tropas. Apolo saltó fuera del muro para librar de la ruina a los teucros. Estos, acosados por la sed y lle-

nos de polvo, huían por el campo en derechura a la ciudad y su alta muralla. Y Aquiles los perseguía impetuosamente con la lanza, teniendo el corazón poseído de violenta rabia y deseando alcanzar gloria.

Entonces los aqueos hubieran tomado a Ilión, la de altas puertas, si Febo Apolo no hubiese incitado al divino Agenor, hijo ilustre y valiente de Antenor, a esperar a Aquiles. El dios infundióle audacia en el corazón, y para apartar de él a la cruel Moira, se quedó a su vera, recostado en una encina y cubierto de espesa niebla. Cuando Agenor vió llegar a Aquiles, asolador de ciudades, se detuvo, y en su agitado corazón vacilaba sobre el partido que debería tomar. Y gimiendo, a su magnánimo espíritu le decía:

"¡Ay de mí! Si huyo del valiente Aquiles por donde los demás corren espantados y en desorden, me cogerá también y me matará sin que me pueda defender. Si dejando que éstos sean derrotados por el Peleida, me fuese por la llanura troyana, lejos del muro, hasta llegar a los bosques del Ida y me escondiera en los matorrales, podría volver a Ilión por la tarde, después de tomar un baño en el río para refrescarme y quitarme el sudor. Mas ¿por qué en tales cosas me hace pensar el corazón? No sea que aquél advierta que me aleje de la ciudad por la llanura, y persiguiéndome con ligera planta me dé alcance; y ya no podré evitar la muerte y el destino, porque Aquiles es el más fuerte de los hombres. Y si delante de la ciudad le salgo al encuentro.... Vulnerable es su cuerpo por el agudo bronce; hay en él una sola alma y dicen los hombres que el héroe es mortal; pero el Cronida le da gloria."

Esto, pues, se decía y encongiéndose, aguardó a Aquiles, porque su corazón esforzado estaba impaciente por luchar y combatir. Como la pantera, cuando

oye el ladrido de los perros, sale de la poblada selva y va al encuentro del cazador, sin que arrebaten su ánimo ni el miedo ni el espanto; y si aquél se le adelanta y la hiere, no deja de pugnar, aunque esté atravesada por la jabalina, hasta venir con él a las manos o sucumbir; de la misma suerte, el divino Agenor, hijo del preclaro Antenor, no quería huír antes de entrar en combate con Aquiles. Y cubriéndose con el liso escudo, le apuntaba la lanza, mientras decía con fuertes voces:

"Grandes esperanzas concibe tu ánimo, esclarecido Aquiles, de tomar en el día de hoy la ciudad de los altivos troyanos. ¡Insensato! Buen número de males habrán de padecerse todavía por causa de ella. Estamos dentro muchos y fuertes varones que, peleando por nuestros padres, esposas e hijos, salvaremos a Ilión; y tú recibirás aquí mismo la muerte, a pesar de ser un terrible y audaz guerrero."

Dijo. Con la robusta mano arrojó el agudo dardo, y no erró el tiro; pues acertó a dar en la pierna del héroe, debajo de la rodilla. La greba de estaño recién construída resonó horriblemente, y el bronce fué rechazado sin que lograra penetrar, porque lo impidió la armadura, regalo del dios. El Peleida arremetió a su vez con Agenor, igual a una deidad; pero Apolo no le dejó alcanzar gloria, pues arrebatando al teucro, le cubrió de espesa niebla y le mandó a la ciudad para que saliera tranquilo a la batalla.

Luego el Flechador apartó a Aquiles del ejército, valiéndose de un engaño. Tomó la figura de Agenor, y se puso delante del héroe, que se lanzó a perseguirle. Mientras Aquiles iba tras de Apolo, por un campo paniego, hacia el río Escamandro, de profundos vórtices, y corría muy cerca de él, pues el dios le engañaba con esta astucia a fin de que tuviera siempre la esperanza

de darle alcance en la carrera; los demás teucros, huyendo en tropel, llegaron alegres a la ciudad, que se llenó con los que allí se refugiaron. Ni siquiera se atrevieron a esperarse los unos a los otros, fuera de la ciudad y del muro, para saber quiénes habían escapado y quiénes habían muerto en la batalla, sino que se entraron presurosos por la ciudad, cuantos, gracias a sus pies y rodillas, lograron salvarse.

Andrómaca ve que Aquiles se lleva el cadáver de Héctor, arrastrándolo por la llanura, y cae desfallecida

RAPSODIA VIGESIMOSEGUNDA

LOS troyanos, refugiados en la ciudad como cervatos, se recostaban en los hermosos baluartes, refrigeraban el sudor y bebían para apagar la sed; y en tanto, los aqueos se iban acercando a la muralla, protegiendo sus hombros con los escudos. El hado funesto sólo detuvo a Héctor para que se quedara fuera de Ilión, en las puertas Esceas. Y Febo Apolo dijo al Peleida:

"¿Por qué, oh hijo de Peleo, persigues en veloz carrera, siendo tú mortal, a un dios inmortal? Aún no conociste que soy una deidad, y no cesa tu deseo de alcanzarme. Ya no te cuidas de pelear con los

teucros, a quienes pusiste en fuga; y éstos han entrado en la población, mientras te extraviabas viniendo aquí. Pero no me matarás, porque el hado no me condenó a morir.''

Muy indignado le respondió Aquiles, el de los pies ligeros: ''¡Oh Flechador, el más funesto de todos los dioses! Me engañaste trayéndome acá desde la muralla, cuando todavía hubieran mordido muchos la tierra antes de llegar a Ilión. Me has privado de alcanzar una gloria no pequeña, y has salvado con facilidad a los teucros, porque no temías que luego me vengara. Y ciertamente me vengaría de ti, si mis fuerzas lo permitieran.''

Dijo, y muy alentado, se encaminó apresuradamente a la ciudad, como el corcel vencedor en la carrera de carros trota veloz por el campo; tan ligeramente movía Aquiles pies y rodillas.

El anciano Príamo fué el primero que con sus propios ojos le vió venir por la llanura, tan resplandeciente como el astro que en el otoño se distingue por sus vivos rayos entre muchas estrellas durante la noche obscura y recibe el nombre de perro de Orión, el cual con ser brillantísimo constituye una señal funesta, porque trae excesivo calor a los míseros mortales; de igual manera centelleaba el bronce sobre el pecho del héroe, mientras éste corría. Gimió el viejo, golpeóse la cabeza con las manos levantadas y profirió grandes voces y lamentos, dirigiendo súplicas a su hijo. Héctor continuaba inmóvil ante las puertas y sentía vehemente deseo de combatir con Aquiles. Y el anciano, tendiéndole los brazos, le decía en tono lastimero:

''¡Héctor, hijo querido! No aguardes, solo y lejos de los amigos, a ese hombre, para que no mueras presto a manos del Peleida, que es mucho más vigoroso. ¡Cruel! Así fuera tan caro a los dioses como

a mí; pronto se lo comerían, tendido en el suelo, los perros y los buitres, y mi corazón se libraría del terrible pesar. Me ha privado de muchos y valientes hijos, matando a unos y vendiendo a otros en remotas islas. Y ahora que los teucros se han encerrado en la ciudad, no acierto a ver a mis dos hijos Licaón y Polidoro, que parió Laótoe, ilustre entre las mujeres. Si están vivos en el ejército, los rescataremos con oro y bronce, que todavía lo hay en el palacio; pues a Laótoe la dotó espléndidamente su anciano padre, el ínclito Altes. Pero si han muerto y se hallan en la morada de Hades, el mayor dolor será para su madre y para mí que los engendramos; porque el del pueblo durará menos, si no mueres tú, vencido por Aquiles. Ven adentro del muro, hijo querido, para que salves a los troyanos y a las troyanas; y no quieras proporcionar inmensa gloria al Peleida y perder tú mismo la existencia. Compadécete también de mí, de este infeliz y desgraciado que aún conserva la razón: pues el padre Cronión me hará perecer en la senectud y con aciaga suerte, después de presenciar muchas desventuras: muertos mis hijos, esclavizadas mis hijas, destruídos los tálamos, arrojados los niños por el suelo en el terrible combate y las nueras arrastradas por las funestas manos de los aqueos. Y cuando, por fin, alguien me deje sin vida los miembros, hiriéndome con el agudo bronce o con arma arrojadiza, los voraces perros que con comida de mi mesa crié en el palacio para que lo guardasen, despedazarán mi cuerpo en la puerta exterior, beberán mi sangre, y saciado el apetito, se tenderán en el pórtico. Yacer en el suelo, habiendo sido atravesado en la lid por el agudo bronce, es decoroso para un joven, y cuanto de él pueda verse, todo es bello, a pesar de la muerte; pero que los perros destrocen la cabeza y la barba encane-

cidas y las cosas del pudor de un anciano muerto en la guerra, es lo más triste de cuanto les puede ocurrir a los míseros mortales.''

Así se expresó el anciano, y con las manos se arrancaba de la cabeza muchas canas, pero no logró persuadir a Héctor. La madre de éste, que en otro sitio se lamentaba llorosa, desnudó el seno, mostróle el pecho, y derramando lágrimas, dijo estas aladas palabras:

''¡Héctor! ¡Hijo mío! Respeta este seno y apiádate de mí. Si en otro tiempo te daba el pecho para acallar tu lloro, acuérdate de tu niñez, hijo amado; y penetrando en la muralla, rechaza desde la misma a ese enemigo y no salgas a su encuentro. ¡Cruel! Si te mata, no podré llorarte en tu lecho, querido renuevo a quien parí, y tampoco podrá hacerlo tu rica esposa; porque los veloces perros te devorarán muy lejos de nosotras, junto a las naves argivas.''

De esta manera Príamo y Hécuba hablaban a su hijo, llorando y dirigiéndole muchas súplicas, sin que lograsen persuadirle, pues Héctor seguía aguardando a Aquiles, que ya se acercaba. Como silvestre dragón que, habiendo comido hierbas venenosas, espera ante su guarida a un hombre y con feroz cólera echa terribles miradas y se enrosca en la entrada de la cueva; así Héctor, con inextinguible valor, permanecía quieto, desde que arrimó el terso escudo a la torre prominente. Y gimiendo en su magnánimo espíritu, se decía:

''¡Ay de mí! Si traspongo las puertas y el muro, el primero en dirigirme reproches será Polidamas, el cual me aconsejaba que trajera el ejército a la ciudad la noche en que Aquiles decidió volver a la pelea. Pero yo no me dejé persuadir—mucho mejor hubiera sido aceptar su consejo—, y ahora que he causado la ruina del ejército con mi imprudencia, temo a los

troyanos y a las troyanas, de rozagantes peplos, y que alguien menos valiente que yo exclame: Héctor, fiado en su pujanza, perdió las tropas. Así hablarán; y preferible fuera volver a la población después de matar a Aquiles, o morir gloriosamente ante la misma. ¿Y si ahora, dejando en el suelo el abollonado escudo y el fuerte casco y apoyando la pica contra el muro, saliera al encuentro de Aquiles, le dijera que permitía a los Atridas llevarse a Helena y las riquezas que Alejandro trajo a Ilión en las cóncavas naves, que esto fué lo que originó la guerra, y le ofreciera repartir a los aqueos la mitad de lo que la ciudad contiene; y más tarde tomara juramento a los troyanos de que, sin ocultar nada, formarían dos lotes con cuantos bienes existen dentro de esta hermosa ciudad?.... Mas ¿por qué en tales cosas me hace pensar el corazón? No, no iré a suplicarle; que, sin tenerme compasión y respeto, me mataría inerme, como a una mujer, tan pronto como dejara las armas. Imposible es conversar con él desde lo alto de una encina o de una roca, como un mancebo y una doncella; sí, como un mancebo y una doncella suelen conversar. Mejor será empezar el combate, para que veamos pronto a quién el Olímpico concede la victoria.''

Tales pensamientos revolvía en su mente, sin moverse de aquel sitio, cuando se le acercó Aquiles, cual si fuése Ares, el impetuoso luchador, con el terrible fresno del Pelión sobre el hombro derecho y el cuerpo protegido por el bronce que brillaba como el resplandor del encendido fuego del sol naciente. Héctor, al verle, se echó a temblar y ya no pudo permanecer allí; sino que dejó las puertas y huyó espantado. Y el Peleida, confiado en sus pies ligeros, corrió en seguimiento del mismo. Como en el monte el gavilán, que es el ave más ligera, se lanza con fácil vuelo

tras la tímida paloma; ésta huye con tortuosos giros y aquél la sigue de cerca, dando agudos graznidos y acometiéndola repetidas veces, porque su ánimo le incita a cogerla; así Aquiles volaba enardecido y Héctor movía las ligeras rodillas huyendo azorado en torno de la muralla de Ilión. Corrían siempre por la carretera, fuera del muro, dejando a sus espaldas la atalaya y el lugar ventoso donde estaba el cabrahigo; y llegaron a los dos cristalinos manantiales, que son las fuentes del Janto voraginoso. El primero tiene el agua caliente y lo cubre el humo como si hubiera allí un fuego abrasador; el agua que del segundo brota es en el verano como el granizo, la fría nieve o el hielo. Cerca de ambos hay unos lavaderos de piedra, grandes y hermosos, donde las esposas y las bellas hijas de los troyanos solían lavar sus magníficos vestidos en tiempo de paz, antes que llegaran los aqueos. Por allí pasaron, el uno huyendo y el otro persiguiéndole: delante, un valiente huía, pero otro más fuerte le perseguía con ligereza; porque la contienda no era sobre una víctima o una piel de buey, premios que suelen darse a los vencedores en la carrera, sino sobre la vida de Héctor, domador de caballos. Como los solípedos corceles que toman parte en los juegos en honor de un difunto, corren velozmente en torno de la meta donde se ha colocado como premio importante un trípode o una mujer; de semejante modo, aquéllos dieron tres veces la vuelta a la ciudad de Príamo, corriendo con ligera planta. Todas las deidades los contemplaban. Y Zeus, padre de los hombres y de los dioses, comenzó a decir:

"¡Oh dioses! Con mis ojos veo a un caro varón perseguido en torno del muro. Mi corazón se compadece de Héctor que tantos muslos de buey ha quemado en mi obsequio en las cumbres del Ida, en valles abun-

doso, y en la ciudadela de Ilión; y ahora el divino Aquiles le persigue con sus ligeros pies en derredor de la ciudad de Príamo. Ea, deliberad, oh dioses, y decidid si le salvaremos de la muerte o dejaremos que, a pesar de ser esforzado, sucumba a manos del Peleida Aquiles.''

Respondióle Atenea, la diosa de los claros ojos: ''¡Oh padre, que lanzas el ardiente rayo y amontonas las nubes! ¿Qué dijiste? ¿De nuevo quieres librar de la muerte horrísona a ese hombre mortal, a quien tiempo ha que el hado condenó a morir? Hazlo, pero no todos los dioses te lo aprobaremos.''

Contestó Zeus, que amontona las nubes: ''¡Tranquilízate, Tritogenia, hija querida. No hablo con ánimo benigno, pero contigo quiero ser complaciente. Obra conforme a tus deseos y no desistas.''

Con tales voces instigóle a hacer lo que ella misma deseaba, y Atenea bajó en raudo vuelo de las cumbres del Olimpo.

En tanto, el veloz Aquiles perseguía y estrechaba sin cesar a Héctor. Como el perro va en el monte por valles y cuestas tras el cervatillo que levantó del bosque, y si éste se esconde, azorado, debajo de los arbustos, corre aquél rastreando hasta que nuevamente lo descubre; de la misma manera, el Peleida, de pies ligeros, no perdía de vista a Héctor. Cuantas veces el troyano intentaba encaminarse a las puertas Dardanias, al pie de las torres bien construídas, por si desde arriba lo socorrían disparando flechas; otras tantas, Aquiles, adelantándosele, le apartaba hacia la llanura, y aquél volaba sin descanso cerca de la ciudad. Como en sueños ni el que persigue puede alcanzar al perseguido, ni éste huír de aquél; de igual manera, ni Aquiles con sus pies podía dar alcance a Héctor, ni Héctor escapar de Aquiles. ¿Y cómo Héctor se hu-

biera librado entonces de las Keres de la muerte que le estaba destinada, si Apolo, acercándosele por la postrera y última vez, no le hubiese dado fuerzas y aligerado sus rodillas?

El divino Aquiles hacía con la cabeza señales negativas a los guerreros, no permitiéndoles disparar amargas flechas contra Héctor: no fuera que alguien alcanzara la gloria de herir al caudillo y él llegase el segundo. Mas cuando en la cuarta vuelta llegaron a los manantiales, el padre Zeus tomó la balanza de oro, puso en la misma dos suertes—la de Aquiles y la de Héctor, domador de caballos—para saber a quién estaba reservada la dolorosa muerte; cogió por el medio la balanza, la desplegó, y tuvo más peso el día fatal de Héctor, que descendió hasta el Hades. Al instante Febo Apolo desamparó al troyano. Atenea, la diosa de los claros ojos, se acercó al Peleida, y le dijo estas aladas palabras:

"Espero, oh esclarecido Aquiles, caro a Zeus, que nosotros dos proporcionaremos a los aqueos inmensa gloria, pues al volver a las naves habremos muerto a Héctor, aunque sea infatigable en la batalla. Ya no se nos puede escapar, por más cosas que haga el flechador Apolo, postrándose a los pies del padre Zeus, que lleva la égida. Párate y respira; e iré a persuadir a Héctor para que luche contigo frente a frente."

Así habló Atenea. Aquiles obedeció, con el corazón alegre, y se detuvo en seguida, apoyándose en el arrimo de la pica de asta de fresno y broncínea punta. La diosa dejóle y fué a encontrar al divino Héctor. Y tomando la figura y la voz infatigable de Deífobo, llegóse al héroe y pronunció estas aladas palabras:

"¡Mi buen hermano! Mucho te estrecha el veloz Aquiles, persiguiéndote con ligero pie alrededor de la

ciudad de Príamo. Ea, detengámonos y rechacemos su ataque.''

Respondióle el gran Héctor, de tremolante casco: ''¡Deífobo! Siempre has sido para mí el hermano predilecto entre cuantos somos hijos de Hécuba y de Príamo; pero desde ahora me propongo tenerte en mayor aprecio, porque al verme con tus ojos osaste salir del muro y los demás han permanecido dentro.'' Contestó Atenea, la diosa de los brillantes ojos: ''¡Mi buen hermano! El padre, la venerable madre y los amigos abrazábanme las rodillas y me suplicaban que me quedara con ellos—¡de tal modo tiemblan todos!—; pero mi ánimo se sentía atormentado por grave pesar. Ahora peleemos con brío y sin dar reposo a la pica, para que veamos si Aquiles nos mata y se lleva nuestros sangrientos despojos a las cóncavas naves, o sucumbe vencido por tu lanza.''

Así diciendo, Atenea, para engañarle, empezó a caminar. Cuando ambos guerreros se hallaron frente a frente, dijo el primero, el gran Héctor, de tremolante casco:

''No huiré más de ti, oh hijo de Peleo, como hasta ahora. Tres veces dí la vuelta, huyendo, en torno de la gran ciudad de Príamo, sin atreverme nunca a esperar tu acometida. Mas ya mi ánimo me impele a afrontarte, ora te mate, ora me mates tú. Ea, pongamos a los dioses por testigos, que serán los mejores y los que más cuidarán de que se cumplan nuestros pactos: yo no te insultaré cruelmente, si Zeus me concede la victoria y logro quitarte la vida; pues tan luego como te haya despojado de las magníficas armas, oh Aquiles, entregaré el cadáver a los aqueos. Obra tú conmigo de la misma manera.''

Mirándole con torva faz, respondió Aquiles, el de los pies ligeros: ''¡Héctor, a quien no puedo olvidar!

No me hables de convenios. Como no es posible que haya fieles alianzas entre los leones y los hombres, ni que estén de acuerdo los lobos y los corderos, sino que piensan continuamente en causarse daño unos a otros; tampoco puede haber entre nosotros ni amistad ni pactos, hasta que caiga uno de los dos y sacie de sangre a Ares, infatigable combatiente. Revístete de toda clase de valor, porque ahora te es muy preciso obrar como belicoso y esforzado campeón. Ya no te puedes escapar. Palas Atenea te hará sucumbir pronto, herido por mi lanza, y pagarás todos juntos los dolores de mis amigos, a quienes mataste cuando manejabas furiosamente la pica.''

En diciendo esto, blandió y arrojó la fornida lanza. El esclarecido Héctor, al verla venir, se inclinó para evitar el golpe: clavóse aquélla en el suelo, y Palas Atenea la arrancó y devolvió a Aquiles, sin que Héctor, pastor de hombres, lo advirtiese. Y Héctor dijo al eximio Peleida:

''¡Erraste el golpe, divino Aquiles! Nada te había revelado Zeus acerca de mi destino, como afirmabas; has sido un hábil forjador de engañosas palabras, para que, temiéndote, me olvidara de mi valor y de mi fuerza. Pero no me clavarás la pica en la espalda, huyendo de ti: atraviésame el pecho cuando animoso y frente a frente te acometa, si un dios te lo permite. Y ahora guárdate de mi broncínea lanza. ¡Ojalá que todo su hierro se escondiera en tu cuerpo! La guerra sería más liviana para los teucros, si tú murieses; porque eres su mayor azote.''

Así habló y blandiendo la ingente lanza, despidióla sin errar el tiro; pues dió un bote en el escudo del Peleida. Pero la lanza fué rechazada por la rodela, y Héctor se irritó al ver que aquélla había sido arrojada inútilmente por su brazo; paróse, bajando la cabe-

za, pues no tenía otra lanza de fresno; y con recia voz llamó a Deífobo, el de luciente escudo, y le pidió una larga pica. Deífobo ya no estaba a su vera. Entonces Héctor comprendiólo todo, y exclamó:

"¡Oh! Ya los dioses me llaman a la muerte. Creía que el héroe Deífobo se hallaba conmigo, pero está dentro del muro, y fué Atenea quien me engañó. Cercana tengo la perniciosa muerte que ni tardará, ni puedo evitarla. Así les habrá placido que sea, desde hace tiempo, a Zeus y a su hijo, el Flechador; los cuales, benévolos para conmigo, me salvaban de los peligros. Cumplióse mi destino. Pero no quisiera morir cobardemente y sin gloria; sino realizando algo grande que llegará a conocimiento de los venideros."

Esto dicho, desenvainó la aguda espada, grande y fuerte, que llevaba en el costado. Y encogiéndose, se arrojó como el águila de alto vuelo se lanza a la llanura, atravesando las pardas nubes, para arrebatar la tierna corderilla o la tímida liebre; de igual manera arremetió Héctor, blandiendo la aguda espada. Aquiles embistióle, a su vez, con el corazón rebosante de feroz cólera: defendía su pecho con el magnífico escudo labrado, y movía el luciente casco de cuatro abolladuras, haciendo ondear las bellas y abundantes crines de oro que Hefestos colocara en la cimera. Como el Héspero, que es el lucero más hermoso de cuantos hay en el cielo, se presenta rodeado de estrellas en la obscuridad de la noche; de tal modo brillaba la pica de larga punta que en su diestra blandía Aquiles, mientras pensaba en causar daño al divino Héctor y miraba cuál parte del hermoso cuerpo del héroe ofrecería menos resistencia. Este lo tenía protegido por la excelente armadura que quitó a Patroclo después de matarle, y sólo quedaba descubierto el lugar en que las clavículas separan el

cuello de los hombros, la garganta, que es el sitio por donde más pronto sale el alma: por allí el divino Aquiles envasóle la pica a Héctor que ya le atacaba, y la punta, atravesando el delicado cuello, asomó por la nuca. Pero no le cortó el gargüero con la pica de fresno que el bronce hacía ponderosa, para que pudiera hablar algo y responderle. Héctor cayó en el polvo, y el divino Aquiles se jactó del triunfo, diciendo:

"¡Héctor! Cuando despojabas el cadáver de Patroclo, sin duda te creíste salvado y no me temiste a mí porque me hallaba ausente. ¡Necio! Quedaba yo como vengador, mucho más fuerte que él, en las cóncavas naves, y te he quebrado las rodillas. A ti los perros y las aves te despedazarán ignominiosamente, y a Patroclo los aqueos le harán honras fúnebres."

Con lánguida voz respondióle Héctor, el de tremolante casco: "te lo ruego por tu alma, por tus rodillas y por tus padres: ¡No permitas que los perros me despedacen y devoren junto a las naves aqueas! Acepta el bronce y el oro que en abundancia te darán mi padre y mi veneranda madre, y entrega a los míos el cadáver para que lo lleven a mi casa, y los troyanos y sus esposas lo pongan en la pira."

Mirándole con torva faz, le contestó Aquiles, el de los pies ligeros: "No me supliques, ¡perro!, por mis rodillas ni por mis padres. Ojalá el furor y el coraje me incitaran a cortar tus carnes y a comérmelas crudas. ¡Tales agravios me has inferido! Nadie podrá apartar de tu cabeza a los perros, aunque me den diez o veinte veces el debido rescate y me prometan más; aunque Príamo Dardánida ordene redimirte a peso de oro; ni aun así, la veneranda madre que te dió a luz te pondrá en un lecho para llorarte, sino que los perros y las aves de rapiña destrozarán tu cuerpo."

Contestó, ya moribundo Héctor, el de tremolante casco: "bien te conozco, y no era posible que te persuadiese, porque tienes en el pecho un corazón de hierro. Guárdate de que atraiga sobre ti la cólera de los dioses, el día en que Paris y Febo Apolo te harán perecer, no obstante tu valor, en las puertas Esceas."

Apenas acabó de hablar, la muerte le cubrió con su manto: el alma voló de los miembros y descendió al Hades, llorando su suerte, porque dejaba un cuerpo vigoroso y joven. Y el divino Aquiles le dijo, aunque muerto le viera:

"¡Muere! Y yo perderé la vida cuando Zeus y los demás dioses inmortales dispongan que se cumpla mi destino."

Dijo; arrancó del cadáver la broncínea lanza y, dejándola a un lado, quitóle de los hombros las ensangrentadas armas. Acudieron presurosos los demás aqueos, admiraron todos el continente y la arrogante figura de Héctor y ninguno dejó de herirle. Y hubo quien, contemplándole, habló así a su veicno:

"¡Oh dioses! Héctor es ahora mucho más blando en dejarse palpar que cuando incendió las naves con el ardiente fuego."

Así algunos hablaban, y acercándose le herían. El divino Aquiles, ligero de pies, tan pronto como hubo despojado el cadáver, se puso en medio de los aqueos y pronunció estas aladas palabras:

"¡Oh amigos, capitanes y príncipes de los argivos! Ya que los dioses nos concedieron vencer a ese guerrero que causó mucho más daño que todos los otros juntos, ea, sin dejar las armas cerquemos la ciudad para conocer cuál es el propósito de los troyanos: si abandonarán la ciudadela por haber sucumbido Héctor, o se atreverán a quedarse todavía a pesar

de que éste ya no existe. Mas ¿por qué en tales cosas me hace pensar el corazón? En las naves yace Patroclo muerto, insepulto y no llorado; y no le olvidaré, en tanto me halle entre los vivos y mis rodillas se muevan; y si en el Hades se olvida a los muertos, aun allí me acordaré del compañero amado. Ahora, ea, volvamos, cantando los Peanes, a las cóncavas naves, y llevémonos este cadáver. Hemos ganado una gran victoria: matamos al divino Héctor, a quien dentro de la ciudad los troyanos dirigían votos cual si fuése un dios.''

Dijo; y para tratar ignominiosamente al divino Héctor, le horadó los tendones de detrás de ambos pies desde el tobillo hasta el talón; introdujo correas de piel de buey, y le ató al carro, de modo que la cabeza fuése arrastrando; luego, recogiendo la magnífica armadura, subió y picó a los caballos para que arrancaran, y éstos volaron gozosos. Gran polvareda levantaba el cadáver mientras era arrastrado: la negra cabellera se esparcía por el suelo, y la cabeza, antes tan graciosa, se hundía en el polvo; porque Zeus la entregó entonces a los enemigos, para que allí, en su misma patria, la ultrajaran.

Así la cabeza de Héctor se manchaba de polvo. La madre, al verlo, se arrancaba los cabellos; y arrojando de sí el blanco velo, prorrumpió en tristísimos sollozos. El padre suspiraba lastimeramente, y alrededor de él y por la ciudad el pueblo gemía y se lamentaba. No parecía sino que la excelsa Ilión fuese desde su cumbre devorada por el fuego. Los guerreros apenas podían contener al anciano, que, excitado por el pesar, quería salir por las puertas Dardanias; y revolcándose en el lodo, les suplicaba a todos llamándoles por sus respectivos nombres:

"Dejadme, amigos, por más intranquilos que estéis; permitid que, saliendo solo de la ciudad, vaya a las naves aqueas y ruegue a ese hombre pernicioso y violento: acaso respete mi edad y se apiade de mi vejez. Tiene un padre como yo, Peleo, el cual le engendró y crió para que fuese una plaga de los troyanos; pero es a mí a quien ha causado más pesares. ¡A cuántos hijos míos mató, que se hallaban en la flor de la juventud! Pero no me lamento tanto por ellos, aunque su suerte me haya afligido, como por uno cuya pérdida me causa el vivo dolor que me precipitará al Hades: por Héctor, que hubiera debido morir en mis brazos, y entonces nos hubiésemos saciado de llorarle y plañirle la infortunada madre que le dió a luz y yo mismo."

Así habló, llorando, y los ciudadanos suspiraron. Y Hécuba comenzó entre las troyanas el funeral lamento:

"¡Oh hijo! ¡Ay de mí, desgraciada! ¿Por qué viviré después de padecer terribles penas y de haber muerto tú? Día y noche eras en la ciudad motivo de orgullo para mí y el baluarte de los troyanos y troyanas, que te saludaban como a un dios. Vivo, constituías una excelsa gloria para ellos; pero ya las Keres de la muerte y la Moira te alcanzaron."

Así dijo, llorando. La esposa de Héctor nada sabía, pues ningún mensajero le llevó la noticia de que su marido se quedara fuera del muro; y en lo más hondo del alto palacio tejía una tela doble y purpúrea, que adornaba con labores de variado color. Había mandado a las esclavas de hermosas trenzas que pusieran al fuego un trípode grande, para que Héctor se bañase en agua tibia al volver de la batalla. ¡Insensata! Ignoraba que Atenea, la de los brillantes

ojos, le había hecho sucumbir lejos del baño a manos de Aquiles. Pero oyó gemidos y lamentaciones que venían de la torre, estremeciéronse sus miembros, y la lanzadera le cayó al suelo. Y al instante dijo a las esclavas de hermosas trenzas:

"Venid, seguidme dos; voy a ver qué ocurre. Oí la voz de mi venerable suegra; el corazón me salta en el pecho hacia la boca y mis rodillas se entumecen: algún infortunio amenaza a los hijos de Príamo. ¡Ojalá que tal noticia nunca llegue a mis oídos! Pero mucho temo que el divino Aquiles haya separado de la ciudad a mi Héctor audaz, le persiga a él solo por la llanura y acabe con el funesto valor que siempre tuvo; porque jamás en la batalla se quedó entre la turba de los combatientes, sino que se adelantaba mucho y en bravura a nadie cedía."

Dicho esto, salió apresuradamente del palacio como una loca, palpitándole el corazón; y dos esclavas la acompañaron. Mas, cuando llegó a la torre y a la multitud de gente que allí se encontraba, se detuvo, y desde el muro registró el campo: en seguida vió que los veloces caballos arrastraban cruelmente el cadáver de Héctor fuera de la ciudad, hacia las cóncavas naves de los aqueos; las tinieblas de la noche velaron sus ojos, cayó de espaldas y se le desmayó el alma. Arrancóse de su cabeza los vistosos lazos, la diadema, la redecilla, la trenzada cinta y el velo que la dorada Afrodita le había dado el día en que Héctor se la llevó del palacio de Eetión, constituyéndole una gran dote. A su alrededor hallábanse muchas cuñadas y concuñadas suyas, las cuales la sostenían aturdida como si fuera a perecer. Cuando volvió en sí y recobró el aliento, lamentándose con desconsuelo, dijo entre las troyanas:

"¡Héctor! ¡Ay de mí, infeliz! Ambos nacimos con la misma suerte, tú en Ilión, en el alcázar de Príamo; yo en Tebas, al pie del selvoso Placo, en el alcázar de Eetión, el cual me crió cuando niña para que fuese desventurada como él. ¡Ojalá no me hubiera engendrado! Ahora tú desciendes a la mansión del Hades, en el seno de la tierra, y me dejas en el palacio viuda y sumida en triste duelo. Y el hijo, aún infante, que engendramos tú y yo, infortunados... Ni tú serás su amparo, oh Héctor, pues has fallecido; ni él el tuyo. Si escapa con vida de la luctuosa guerra de los aqueos, tendrá siempre fatigas y pesares; y los demás se apoderarán de sus campos, cambiando de sitio los términos. El mismo día en que un niño queda huérfano, pierde todos los amigos; y en adelante va cabizbajo y con las mejillas bañadas en lágrimas. Obligado por la necesidad, dirígese a los amigos de su padre, tirándoles ya del manto ya de la túnica; y alguno, compadecido, le alarga un vaso pequeño con el cual mojará los labios, pero no llegará a humedecer la garganta. El niño que tiene los padres vivos le echa del festín, dándole puñadas e increpándole con injuriosas voces: ¡Véte, enhoramala! le dice, que tu padre no come a escote con nosotros. Y volverá a su madre viuda, llorando, el huérfano Astianax, que en otro tiempo, sentado en las rodillas de su padre, sólo comía médula y grasa pingüe de ovejas, y cuando se cansaba de jugar y se entregaba al sueño, dormía en blanda cama, en brazos de la nodriza, con el corazón lleno de gozo; mas ahora que ha muerto su padre, mucho tendrá que padecer Astianax, a quien los troyanos llamaban así porque sólo tú, oh Héctor, defendías las puertas y los altos muros. Y a ti, cuan-

do los perros te hayan despedazado, los movedizos gusanos te comerán desnudo, junto a las corvas naves; habiendo en el palacio vestiduras finas y hermosas que las esclavas hicieron con sus manos. Arrojaré todas estas vestiduras al ardiente fuego; y ya que no te aprovechen, pues no yacerás en ellas, constituirán para ti un motivo de gloria a los ojos de los troyanos y de las troyanas.''

Tal dijo, llorando, y las mujeres gimieron.

Los vientos, a ruegos de Aquiles, hacen arder la pira en que se quema el cuerpo de Patroclo.

RAPSODIA VIGESIMOTERCERA

SI gemían los teucros en la ciudad. Los aqueos, una vez llegados a las naves y al Helesponto, se fueron a sus respectivos bajeles. Pero a los mirmidones no les permitió Aquiles que se dispersaran; y puesto en medio de los belicosos compañeros, les dijo estas palabras:

"¡Mirmidones, de rápidos corceles, mis compañeros amados! No desatemos del yugo los solípedos bridones; acerquémonos con ellos y los carros a Patroclo, y llorémosle, que éste es el honor que a los muertos se les debe. Y cuando nos hayamos saciado de triste llanto, desunciremos los caballos y aquí mismo cenaremos todos."

Así habló. Ellos seguían a Aquiles y gemían con frecuencia. Y sollozando dieron tres vueltas alrededor del cadáver con los caballos de hermosa crin. Tetis se hallaba entre los guerreros y les excitaba el deseo de llorar. Regadas de lágrimas quedaron las arenas, regadas de lágrimas se veían las armaduras de los hombres. ¡Tal era el héroe, causa de fuga para los enemigos, de quien entonces padecían soledad! Y el Peleida comenzó entre ellos el funeral lamento colocando sus manos homicidas sobre el pecho del difunto: "¡Alégrate, oh Patroclo, aunque estés en el Hades! Ya voy a cumplirte cuanto te prometiera: he traído arrastrando el cadáver de Héctor, que entregaré a los perros para que lo despedacen cruelmente; y degollaré ante tu pira a doce hijos de troyanos ilustres, por la cólera que me causó tu muerte."

Dijo; y para tratar ignominiosamente al divino Héctor, lo tendió boca abajo en el polvo, cabe el lecho del hijo de Menetio. Quitáronse todos la luciente armadura de bronce, desuncieron los corceles, de sonoros relinchos, y sentáronse en gran número cerca de la nave del Eácida, el de los pies ligeros, que les dió un banquete funeral espléndido. Muchos bueyes blancos, ovejas y baladoras cabras palpitaban al ser degollados con el hierro; gran copia de grasos puercos, de albos dientes, se asaban, extendidos sobre las brasas; y en torno del cadáver, la sangre corría en abundancia por todas partes.

Los reyes aqueos llevaron al Peleida, de pies ligeros, que tenía el corazón afligido por la muerte del compañero, a la tienda de Agamenón Atrida, después de persuadirle con mucho trabajo; ya en ella, mandaron a los heraldos, de voz sonora, que pusieran al fuego un gran trípode por si lograban que aquél se lavase

las manchas de sangre y polvo. Pero Aquiles se negó obstinadamente, e hizo, además, un juramento:

"¡No, por Zeus, que es el supremo y más poderoso de los dioses! No es justo que el baño moje mi cabeza hasta que ponga a Patroclo en la pira, le erija un túmulo y me corte la cabellera; porque un pesar tan grande jamás, en la vida, volverá a sentirlo mi corazón. Ahora celebremos el triste banquete; y cuando se descubra la aurora, manda, oh rey de hombres, Agamenón, que traigan leña y la coloquen como conviene a un muerto que baja a la región sombría, para que pronto el fuego infatigable consuma y haga desaparecer de nuestra vista el cadáver de Patroclo, y los guerreros vuelvan a sus ocupaciones."

Así se expresó; y ellos le escucharon y obedecieron. Dispuesta con prontitud la cena, banquetearon, y nadie careció de su respectiva porción. Mas después que hubieron satisfecho de comida y de bebida el deseo, se fueron a dormir a sus tiendas. Quedóse el hijo de Peleo con muchos mirmidones, dando profundos suspiros, a orillas del estruendoso mar, en un lugar limpio donde las olas bañaban la playa; pero no tardó en vencerle el sueño, que disipa los cuidados del ánimo, esparciéndose suave en torno suyo; pues el héroe había fatigado mucho sus fornidos miembros persiguiendo a Héctor alrededor de la ventosa Ilión. Entonces vino a encontrarle el alma del mísero Patroclo, semejante en un todo a éste cuando vivía, tanto por su estatura y hermosos ojos, como por las vestiduras que llevaba; y poniéndose sobre la cabeza de Aquiles, le dijo estas palabras:

"¿Duermes, Aquiles, y me tienes olvidado? Te cuidabas de mí mientras vivía, y ahora que he muerto me abandonas. Entiérrame cuanto antes, para que pueda pasar las puertas del Orco; pues las almas,

que son imágenes de los difuntos, me rechazan y no me permiten que atraviese el río y me junte con ellas; y de este modo voy errante por los alrededores del palacio, de anchas puertas, de Hades. Dame la mano, te lo pido llorando; pues ya no volveré del Hades cuando hayáis entregado mi cadáver al fuego. Ni ya, gozando de vida, conversaremos separadamente de los amigos; pues me devoró la odiosa muerte que la Moira, cuando nací, me deparara. Y tu destino es también, oh Aquiles, semejante a los dioses, morir al pie de los muros de los nobles troyanos. Otra cosa te diré y encargaré, por si quieres complacerme. No dejes mandado, oh Aquiles, que pongan tus huesos, separados de los míos: ya que juntos nos hemos criado en tu palacio, desde que Menetio me llevó desde Opunte a vuestra casa por un deplorable homicidio —cuando encolerizándome en el juego de los dados maté involuntariamente al hijo de Anfidamas—, y el caballero Peleo me acogió en su morada, me crió con regalo y me nombró tu escudero; así también, una misma urna, el ánfora de oro que te dió tu veneranda madre, guarde nuestros huesos.''

Respondióle Aquiles, el de los pies ligeros: ''¿Por qué, caro amigo, vienes a encargarme estas cosas? Te obedeceré y lo cumpliré todo como lo mandas. Pero acércate y abracémonos, aunque sea por breves instantes, para saciarnos de triste llanto.''

En diciendo esto, le tendió los brazos, pero no consiguió asirlo: disipóse el alma cual si fuese humo y penetró en la tierra dando chillidos. Aquiles se levantó atónito, dió una palmada y exclamó con voz lúgubre:

''¡Oh dioses! Cierto es que en la morada de Hades queda el alma y la imagen de los que mueren, pero la fuerza vital desaparece por completo. Toda la noche

ha estado cerca de mí el alma del mísero Patroclo, derramando lágrimas y despidiendo suspiros, para encargarme lo que debo hacer; y era muy semejante a él cuando vivía.''

Tal dijo, y a todos les excitó el deseo de llorar. Todavía se hallaban alrededor del cadáver, sollozando lastimeramente, cuando despuntó Eos, de sonrosados dedos. Entonces el rey Agamenón mandó que de todas las tiendas saliesen hombres con mulos para ir por leña; y a su frente se puso Meriones, escudero del valeroso Idomeneo. Los mulos iban delante; tras ellos caminaban los hombres, llevando en sus manos hachas de cortar madera y cuerdas bien torcidas; y así subieron y bajaron cuestas, y recorrieron atajos y veredas. Mas, cuando llegaron a los bosques del Ida, abundante en manantiales, se apresuraron a cortar con el afilado bronce encinas de alta copa que caían con estrépito. Los aqueos las partieron en rajas y las cargaron sobre los mulos. En seguida éstos, batiendo con sus pies el suelo, volvieron atrás por los espesos matorrales, deseosos de regresar a la llanura. Todos los leñadores llevaban troncos, porque así lo había ordenado Meriones, escudero del valeroso Idomeneo. Y los fueron dejando sucesivamente en un sitio de la orilla del mar, que Aquiles indicó para que allí se erigiera el gran túmulto de Patroclo y de sí mismo.

Después que hubieron descargado la inmensa cantidad de leña, se sentaron todos juntos y aguardaron. Aquiles mandó a los belicosos mirmidones que tomaran las armas y uncieran los caballos; y ellos se levantaron, vistieron la armadura, y los caudillos y sus aurigas montaron en los carros. Iban éstos al frente, seguíales la nube de la copiosa infantería y en medio los amigos llevaban a Patroclo, cubierto

de cabello que en su honor se habían cortado. El divino Aquiles sosteníale la cabeza, y estaba triste porque despedía para el Hades al eximio compañero.

Cuando llegaron al lugar que Aquiles les señaló, dejaron el cadáver en el suelo, y en seguida amontonaron abundante leña. Entonces, el divino Aquiles, el de los pies ligeros, tuvo otra idea: separándose de la pira, se cortó la rubia cabellera, que conservaba espléndida para ofrecerla al río Esperqueo; y exclamó, apenado, fijando los ojos en el vinoso ponto:

"¡Oh Esperqueo! En vano mi padre Peleo te hizo el voto de que yo, al volver a la tierra patria, me cortaría la cabellera en tu honor y te inmolaría una sacra hecatombe de cincuenta carneros cerca de tus fuentes, donde están el bosque y el perfumado altar a tí consagrados. Tal voto hizo el anciano, pero tú no has cumplido su deseo. Y ahora, como no he de volver a la tierra patria, daré mi cabellera al héroe Patroclo para que se la lleve consigo."

En diciendo esto, puso la cabellera en las manos del amigo, y a todos les excitó el deseo de llorar. Y entregados al llanto los dejara Helios al ponerse, si Aquiles no se hubiese acercado a Agamenón para decirle:

"¡Oh Atrida! Puesto que los aquivos te obedecerán más que a nadie, y tiempo habrá para saciarse de llanto, aparta de la pira a los guerreros y mándales que preparen la cena; y de lo que resta nos cuidaremos nosotros, a quienes corresponde de un modo especial honrar al muerto. Quédense tan sólo los caudillos."

Al oírlo, el rey de hombres Agamenón despidió a la gente para que volviera a las naves bien proporcionadas; y los que cuidaban del funeral amontonaron leña, levantaron una pira de cien pies por lado, y,

con el corazón afligido, pusieron en ella el cuerpo de Patroclo. Delante de la pira mataron y desollaron muchas pingües ovejas y bueyes de tornátiles pies y curvas astas; y el magnánimo Aquiles tomó la grasa de aquéllas y de éstos, cubrió con la misma el cadáver de pies a cabeza, y hacinó alrededor los cuerpos desollados. Llevó también a la pira dos ánforas, llenas respectivamente de miel y de aceite, y las abocó al lecho; y exhalando profundos suspiros, arrojó a la hoguera cuatro corceles de erguido cuello. Nueve perros tenía el rey que se alimentaban de su mesa, y degollando a dos, echólos igualmente en la pira. Siguiénronles doce hijos valientes de troyanos ilustres, a quienes mató con el bronce, pues el héroe meditaba en su corazón acciones crueles. Y entregando la pira a la violencia indomable del fuego para que la devorara, gimió y nombró al compañero amado:

"¡Alégrate, oh Patroclo, aunque estés en el Hades! Ya te cumplo cuanto te prometiera. El fuego devora contigo a doce hijos valientes de troyanos ilustres; y a Héctor Priámida no le entregaré a la hoguera, sino a los perros para que lo despedacen."

Así dijo en són de amenaza. Pero los canes no se acercaron a Héctor. La diosa Afrodita, hija de Zeus, los apartó día y noche, y ungió el cadáver con un divino aceite rosado para que Aquiles no lo lacerase al arrastrarlo. Y Febo Apolo cubrió el espacio ocupado por el muerto con una sombría nube que hizo pasar del cielo a la llanura, a fin de que el ardor del sol no secara el cuerpo, con sus nervios y miembros.

En tanto, la pira en que se hallaba el cadáver de Patroclo no ardía. Entonces el divino Aquiles, el de los pies ligeros, tuvo otra idea: apartóse de la pira, oró a los vientos Bóreas y Zéfiro y votó ofrecerles

solemnes sacrificios; y haciéndoles repetidas libaciones con una copa de oro, les rogó que acudieran para que la leña ardiese bien y los cadáveres fueran consumidos prestamente por el fuego. La veloz Iris oyó las súplicas, y fué a avisar a los vientos, que estaban reunidos celebrando un banquete en la morada del impetuoso Zéfiro. Iris llegó corriendo y se detuvo en el umbral de piedra. Así que la vieron, levantáronse todos, y cada uno la llamaba a su lado. Pero ella no quiso sentarse, y pronunció estas palabras:

"No puedo sentarme; porque voy, por cima de la corriente del Océano, a la tierra de los etíopes, que ahora ofrecen hecatombes a los inmortales, para entrar a la parte en los sacrificios. Aquiles ruega al Bóreas y al estruendoso Zéfiro, prometiéndoles solemnes sacrificios, que vayan y hagan arder la pira en que yace Patroclo, por el cual gimen los aqueos todos."

Habló así y fuése. Los vientos se levantaron con inmenso ruido, esparciendo las nubes; pasaron por cima del ponto, y las olas crecían al impulso del sonoro soplo; llegaron, por fin, a la fértil Ilión, cayeron en la pira y el fuego abrasador bramó grandemente. Durante toda la noche, los dos vientos, soplando con agudos silbidos, agitaron la llama de la pira; durante toda la noche, el veloz Aquiles, sacando vino de una crátera de oro, con una copa doble, lo vertió y regó la tierra, e invocó el alma del mísero Patroclo. Como solloza un padre, quemando los huesos del hijo recién casado, cuya muerte ha sumido en el dolor a sus progenitores; de igual modo sollozaba Aquiles al quemar los huesos del amigo; y arrastrándose en torno de la hoguera, gemía sin cesar.

Cuando el lucero de la mañana apareció sobre la tierra, anunciando el día, y poco después Eos, la de

azafranado peplo, se esparció por el mar, apagábase la hoguera y moría la llama. Los vientos regresaron a su morada por el ponto de Tracia, que gemía a causa de la hinchazón de las olas alborotadas, y el hijo de Peleo, habiéndose separado un poco de la pira, acostóse, rendido de cansancio, y el dulce sueño le venció. Pronto los caudillos se reunieron en gran número alrededor del Átrida; y el alboroto y ruido que hacían al llegar, despertaron a Aquiles. Incorporóse el héroe; y sentándose, les dijo estas palabras:

"¡Atrida y demás príncipes de los aqueos todos! Primeramente, apagad con negro vino cuanto de la pira alcanzó la violencia del fuego; recojamos después los huesos de Patroclo Menetíada, distinguiéndolos bien—fácil será reconocerlos, porque el cadáver estaba en medio de la pira y en los extremos se quemaron confundidos hombres y caballos,—y pongámolos en una urna de oro, cubiertos por doble capa de grasa, donde se guarden hasta que yo descienda al Hades. Quiero que le erijáis un túmulo no muy grande, sino cual corresponde al muerto; y más adelante, aqueos, los que estéis vivos en las naves de muchos bancos cuando yo muera, hacedlo anchuroso y alto."

Así dijo, y ellos obedecieron al Peleida, de pies ligeros. Primeramente, apagaron con negro vino la parte de la pira a que alcanzó la llama y la ceniza cayó en abundancia; después, recogieron, llorando, los blancos huesos del dulce amigo y los encerraron en una urna de oro, cubiertos por doble capa de grasa; dejaron la urna en la tienda, tendiendo sobre la misma un sutil velo; trazaron el ámbito del túmulo en torno de la pira; echaron los cimientos, e inmediatamente amontonaron la tierra que antes habían excavado. Y erigido el túmulo, volvieron a su sitio. Aquiles detuvo al pueblo y le hizo sentar, formando un gran circo;

y al momento sacó de las naves, para premio de los que vencieren en los juegos, calderas, trípodes, caballos, mulos, bueyes de robusta cabeza, mujeres de hermosa cintura, y luciente hierro.

Empezó por exponer los premios destinados a los veloces aurigas: el que primero llegara, se llevaría una mujer diestra en primorosas labores y un trípode con asas, de veintidós medidas; para el segundo ofreció una yegua de seis años, indómita, que llevaba en su vientre un feto de mulo; para el tercero una hermosa caldera no puesta al fuego y luciente aún, cuya capacidad era de cuatro medidas; para el cuarto, dos talentos de oro; y para el quinto, un vaso con dos asas que la llama no tocara todavía. Y estando en pie, dijo a los argivos:

"¡Atrida y demás aqueos de hermosas grebas! Estos premios que en medio he colocado, son para los aurigas. Si los juegos se celebraran en honor de otro difunto, me llevaría a mi tienda los mejores. Ya sabéis cuánto mis caballos aventajan en ligereza a los demás, porque son inmortales: Poseidón se los regaló a Peleo, mi padre, y éste me los ha dado a mí. Pero yo permaneceré quieto, y también los solípedos corceles, porque perdieron al ilustre y benigno auriga que tantas veces derramó aceite sobre sus crines, después de lavarlos con agua pura. ¡Adelantaos los aqueos que confiéis en vuestros corceles y sólidos carros!"

Así habló el Peleida, y los veloces aurigas se reunieron. Levantóse mucho antes que nadie el rey de hombres Eumelo, hijo amado de Admeto, que descollaba en el arte de guiar el carro. Presentóse después el fuerte Diomedes Tideida, el cual puso el yugo a los corceles de Tros que quitara a Eneas cuando Apolo salvó a este héroe. Alzóse luego el rubio Menelao, noble hijo de Atreo, y unció al carro la corredora ye-

gua Ete, propia de Agamenón, y su veloz caballo Podargo. Había dado la yegua a Agamenón, como presente,. Equepolo, hijo de Anquises, por no seguirle a la ventosa Ilión y gozar tranquilo en la vasta Sición, donde moraba, de la abundante riqueza que Zeus le concediera; ésta fué la yegua que Menelao unció al yugo, la cual estaba deseosa de correr.—Fué el cuarto en aparejar los corceles de hermoso pelo, Antíloco, hijo ilustre del magnánimo rey Néstor Neleida: de su carro tiraban caballos de Pilos, de pies ligeros. Y su padre se le acercó y empezó a darle buenos consejos, aunque no le faltaba inteligencia:

"¡Antíloco! Si bien eres joven, Zeus y Poseidón te quieren y te han enseñado todo el arte del auriga. No es preciso, por tanto, que yo te instruya. Sabes perfectamente cómo los caballos deben dar la vuelta en torno de la meta; pero tus corceles son los más lentos en correr, y temo que algún suceso desagradable ha de ocurrirte. Empero, si otros caballos son más veloces, sus conductores no te aventajan en obrar sagazmente. Ea, pues, querido, piensa en emplear toda clase de habilidades para que los premios no se te escapen. El leñador más hace con la habilidad que con la fuerza; con su habilidad el piloto gobierna en el vinoso ponto la veloz nave combatida por los vientos; y con su habilidad puede un auriga vencer a otro. El que confía en sus caballos y en su carro, les hace dar vueltas imprudentemente acá y allá, y luego los corceles divagan en la carrera y no los puede sujetar; mas el que conoce los recursos del arte y guía caballos inferiores, clava los ojos continuamente en la meta, da la vuelta cerca de la misma, y no le pasa inadvertido cuándo debe aguijar a aquéllos con el látigo de piel de buey; así, los domina siempre, a la vez que observa a quien le precede. La meta de ahora

es muy fácil de conocer, y voy a indicártela para que no dejes de verla. Un tronco seco de encina o de pino, que la lluvia no ha podrido aún, sobresale un codo de la tierra; encuéntranse a uno y otro lado del mismo, cuando el camino acaba, sendas piedras blancas; y luego el terreno es llano por todas partes y propio para las carreras de carros: el tronco debe de haber pertenecido a la tumba de un hombre que ha tiempo murió, o fué puesto como mojón por los antiguos; y ahora el divino Aquiles, el de los pies ligeros, lo ha elegido por meta. Acércate a ésta y den la vuelta casi tocándola carro y caballos; y tú inclínate en la fuerte silla hacia la izquierda y anima con imperiosas voces al corcel del otro lado, aflojándole las riendas. El caballo izquierdo se aproxime tanto a la meta, que parezca que el cubo de la bien construída rueda haya de llegar al tronco, pero guárdate de chocar con la piedra: no sea que hieras a los corceles, rompas el carro y causes el regocijo de los demás y la confusión de ti mismo. Procura, oh querido, ser cauto y prudente. Pero, si aguijando los caballos, logras dar la vuelta a la meta; ya nadie se te podrá anticipar ni alcanzarte siquiera, aunque guíe al divino Arión—el veloz caballo de Adrasto, que descendía de un dios—o sea arrastrado por los corceles de Laomedón, que se criaron aquí tan excelentes.''

Así dijo Néstor Neleida, y volvió a sentarse cuando hubo enterado a su hijo de lo más importante de cada cosa.

Meriones fué el quinto en aparejar los caballos de hermoso pelo. Subieron los aurigas a los carros y echaron suertes en un casco que agitaba Aquiles. Salió primero la de Antíloco Nestórida; después la del rey Eumelo; luego, la de Menelao Atrida, famoso por su lanza; en seguida, la de Meriones, y por último,

la del Tideida, que era el más hábil. Pusiéronse en fila, y Aquiles les indicó la meta a lo lejos, en el terreno llano; y encargó a Fénix, escudero de su padre, que se sentara cerca de aquélla como observador de la carrera, a fin de que, reteniendo en la memoria cuanto ocurriese, la verdad luego les contara.

Todos a un tiempo levantaron el látigo, dejáronlo caer sobre los caballos y los animaron con ardientes voces. Y éstos, alejándose de las naves, corrían por la llanura con suma rapidez; la polvareda que levantaban envolvíales el pecho como una nube o un torbellino, y las crines ondeaban al soplo del viento. Los carros unas veces tocaban al fértil suelo y otras, daban saltos en el aire; los aurigas permanecían en las sillas con el corazón palpitante por el deseo de la victoria; cada cual animaba a sus corceles, y éstos volaban, levantando polvo, por la llanura.

Mas cuando los veloces caballos llegaron a la segunda mitad de la carrera y ya volvían hacia el espumoso mar, entonces se mostró la pericia de cada conductor, pues todos aquéllos empezaron a galopar. Venían delante las yeguas, de pies ligeros, de Eumelo Feretíada. Seguíanlas los caballos de Diomedes, procedentes de los de Tros; y estaban tan cerca del primer carro, que parecía que iban a subir en él: con su aliento calentaban la espalda y anchos hombros de Eumelo, y volaban poniendo la cabeza sobre el mismo. Diomedes le hubiera pasado delante, o por lo menos hubiera conseguido que la victoria quedase indecisa, si Febo Apolo, que estaba irritado con el hijo de Tideo, no le hubiese hecho caer de las manos el lustroso látigo. Afligióse el héroe, y las lágrimas humedecieron sus ojos al ver que las yeguas corrían más que antes, y en cambio sus caballos aflojaban, porque ya no sentían el azote. No le pasó inadvertido

a Atenea que Apolo hiciera este daño al Tideida; y corriendo hacia el pastor de hombres, devolvióle el látigo, a la vez que daba nuevos bríos a sus caballos. Y la diosa, irritada, se encaminó al momento hacia el hijo de Admeto y le rompió el yugo: cada yegua se fué por su lado, fuera de camino; el timón cayó a tierra, y el héroe vino al suelo, junto a una rueda, hirióse en los codos, boca y narices, se rompió la frente por encima de las cejas, se le arrasaron los ojos de lágrimas y la voz, vigorosa y sonora, se le cortó. El Tideida guió los solípedos caballos, desviándolos un poco, y se adelantó un gran espacio a todos los demás; porque Atenea vigorizó sus corceles y le concedió a él la gloria del triunfo. Seguíale el rubio Menelao Atrida. E inmediato a él iba Antíloco, que animaba a los caballos de su padre:

"¡Corred y alargad el paso cuanto podáis. No os mando que rivalicéis con aquéllos, con los caballos del aguerrido Tideida; a los cuales Atenea dió ligereza, concediéndole a él la gloria del triunfo. Mas alcanzad pronto a los corceles del Atrida y no os quedéis rezagados para que no os avergüence Ete con ser hembra. ¿Por qué os atrasáis, excelentes caballos? Lo que os voy a decir se cumplirá: se acabarán para vosotros los cuidados en el palacio de Néstor, pastor de hombres, y éste os matará en seguida con el agudo bronce si por vuestra decidia nos llevamos el peor premio. Seguid y apresuraos cuanto podáis. Y yo pensaré cómo, valiéndome de la astucia, me adelanto en el lugar donde se estrecha el camino; no se me escapará la ocasión."

Así dijo. Los corceles, temiendo la amenaza de su señor, corrieron más diligentemente un breve rato. Pronto el belicoso Antíloco alcanzó a descubrir el punto más estrecho del camino—había allí una hen-

dedura de la tierra, producida por el agua estancada durante el invierno, la cual robó parte de la senda y cavó el suelo—, y por aquel sitio guiaba Menelao sus corceles, procurando evitar el choque con los demás carros. Pero Antíloco, torciendo la rienda a sus caballos, sacó el carro fuera del camino, y por un lado y de cerca seguía a Menelao. El Atrida temió un choque, y le dijo gritando:

"¡Antíloco! De temerario modo guías el carro. Detén los corceles; que ahora el camino es angosto, y en seguida, cuando sea más ancho, podrás ganarme la delantera. No sea que choquen los carros y seas causa de que recibamos daño."

Así dijo. Pero Antíloco, como si no lo oyese, hacía correr más a sus caballos picándolos con el aguijón. Cuanto espacio recorre el disco que tira un joven desde lo alto de su hombro para probar la fuerza, tanto aquéllos se adelantaron. Las yeguas del Atrida cejaron, y él mismo, voluntariamente, dejó de avivarlas; no fuera que los solípedos caballos, tropezando los unos con los otros, volcaran los fuertes carros, y ellos cayeran en el polvo por el anhelo de alcanzar la victoria. Y el rubio Menelao, reprendiendo a Antíloco, exclamó:

"¡Antíloco! Ningún mortal es más funesto que tú. Ve enhoramala; que los aqueos no estábamos en lo cierto cuando te teníamos por sensato. Pero no te llevarás el premio sin que antes jures."

En diciendo esto, animó a sus caballos con estas palabras: "no aflojéis el paso, ni tengáis el corazón afligido. A aquéllos se les cansarán los pies y las rodillas antes que a vosotros, pues ya ambos pasaron de la edad juvenil."

Así dijo. Los corceles, temiendo la amenaza de su

señor, corrieron más diligentemente y pronto se hallaron cerca de los otros.

Los argivos, sentados en el circo, no quitaban los ojos de los caballos; y éstos volaban, levantando polvo por la llanura. Idomeneo, caudillo de los cretenses, fué quien antes distinguió los primeros corceles que llegaban; pues era el que estaba en el sitio más alto por haberse sentado en un altozano, fuera del circo. Oyendo desde lejos la voz del auriga que animaba à los corceles, la reconoció; y al momento vió que corría, adelantándose a los demás, un caballo magnífico, todo bermejo, con una mancha en la frente, blanca y redonda como la luna. Y poniéndose en pie, dijo estas palabras a los argivos:

"¡Oh amigos, capitanes y príncipes de los argivos! ¿Veo los caballos yo solo o también vosotros? Paréceme que no son los mismos de antes los que vienen delanteros, ni el mismo auriga: deben de haberse lastimado en la llanura las yeguas que poco ha eran vencedoras. Las vi cuando doblaban la meta; pero ahora no puedo distinguirlas, aunque registro con mis ojos todo el campo troyano. Quizás las riendas se le fueron al auriga, y, siéndole imposible gobernar las yeguas al llegar a la meta, no dió felizmente la vuelta: me figuro que habrá caído, el carro estará roto y las yeguas, dejándose llevar por su ánimo enardecido, se habrán echado fuera del camino. Pero levantaos y mirad, pues yo no lo distingo bien: paréceme que el que viene delante es un varón etolo, el fuerte Diomedes, hijo de Tideo, domador de caballos, que reina sobre los argivos."

Y el veloz Ayax de Oileo increpóle con injuriosas voces: "¡Idomeneo! ¿Por qué charlas antes de lo debido? Las voladoras yeguas vienen corriendo a lo lejos por la llanura espaciosa. Tú no eres el más

joven de los argivos, ni tu vista es la mejor; pero siempre hablas mucho y sin substancia. Preciso es que no seas tan gárrulo, estando presentes otros que te son superiores. Esas yeguas que aparecen las primeras, son las de antes, las de Eumelo, y él mismo viene en el carro y tiene las riendas.''

El caudillo de los cretenses le respondió enojado: ''¡Ayax, valiente en la injuria, detractor; pues en todo lo restante estás por debajo de los argivos a causa de tu espíritu perverso. Apostemos un trípode o una caldera y nombremos árbitro a Agamenón Atrida, para que manifieste cuáles son las yeguas que vienen delante y tú lo aprendas perdiendo la apuesta.''

Así habló. En seguida, el veloz Ayax de Oileo se alzó colérico para contestarle con palabras duras. Y la altercación se hubiera prolongado más, si el propio Aquiles, levantándose, no les hubiese dicho:

''¡Ayax e Idomeneo! No alterquéis con palabras duras y pesadas, porque no es decoroso; y vosotros mismos os irritaríais contra el que así lo hiciera. Sentaos en el circo y fijad la vista en los caballos, que pronto vendrán aquí por el anhelo de alcanzar la victoria, y sabréis cuáles corceles argivos son los delanteros y cuáles los rezagados.''

Así dijo; el Tideida, que ya se había acercado un buen trecho, aguijaba a los corceles, y constantemente les azotaba la espalda con el látigo, y ellos, levantando en alto los pies, recorrían velozmente el camino y rociaban de tierra al auriga. El carro, guarnecido de oro y estaño, corría arrastrado por los veloces caballos y las llantas casi no dejaban huella en el tenue polvo. ¡Con tal ligereza volaban los corceles! Cuando Diomedes llegó al circo, detuvo el luciente carro; copioso sudor corría de la cerviz y del pecho de los bridones hasta el suelo, y el héroe, saltando a

tierra, dejó el látigo colgado del yugo. Entonces no anduvo remiso el esforzado Esténelo, sino que al instante tomó el premio y lo entregó a los magnánimos compañeros; y mientras éstos conducían la cautiva a la tienda y se llevaban el trípode con asas, desunció del carro a los corceles.

Después de Diomedes llegó Antíloco, descendiente de Neleo, el cual se había anticipado a Menelao por haber usado de fraude y no por la mayor ligereza de su carro; pero así y todo, Menelao guiaba muy cerca de él los veloces caballos. Cuanto el corcel dista de las ruedas del carro en que lleva a su señor por la llanura (las últimas cerdas de la cola tocan la llanta y un corto espacio los separa mientras aquél corre por el campo inmenso): tan rezagado estaba Menelao del eximio Antíloco; pues si bien al principio se quedó a la distancia de un tiro de disco, pronto volvió a alcanzarle porque el fuerte vigor de la yegua de Agamenón, Ete, de hermoso pelo, iba aumentando. Y si la carrera hubiese sido más larga, el Atrida se le habría adelantado, sin dejar dudosa la victoria.—Meriones, el buen escudero de Idomeneo, seguía al ínclito Menelao, como a un tiro de lanza; pues sus corceles, de hermoso pelo, eran más tardos y él muy poco diestro en guiar el carro en un certamen.—Presentóse, por último, el hijo de Admeto tirando de su hermoso carro y conduciendo por delante los caballos. Al verle, el divino Aquiles, el de los pies ligeros, se compadeció de él, y dirigió a los argivos estas aladas palabras:

"Viene el último con los solípedos caballos el varón que más descuella en guiarlos. Ea, démosle, como es justo, el segundo premio, y llévese el primero el hijo de Tideo."

Así habló, y todos aplaudieron lo que proponía. Y le hubiese entregado la yegua—pues los aqueos lo

aprobaban—, si Antíloco, hijo del magnánimo Néstor, no se hubiera levantado para decir con razón al Peleida Aquiles:

"¡Oh Aquiles! Mucho me enfadaré contigo si llevas a cabo lo que dices. Vas a quitarme el premio, atendiendo a que recibieron daño su carro y los veloces corceles y él es esforzado; pero tenía que rogar a los inmortales y no habría llegado el último de todos. Si le compadeces y es grato a tu corazón, como hay en tu tienda abundante oro y posees bronce, rebaños, esclavas y solípedos caballos, entrégale, tomándolo de estas cosas, un premio aún mejor que éste, para que los aqueos te alaben. Pero la yegua no la daré, y pruebe de quitármela quien desee llegar a las manos conmigo."

Así habló. Sonrióse el divino Aquiles, el de los pies ligeros, holgándose de que Antíloco se expresara en tales términos, porque era amigo suyo; y en respuesta, díjole estas aladas palabras:

"¡Antíloco! Me ordenas que dé a Eumelo otro premio, sacándolo de mi tienda, y así lo haré. Voy a entregarle la coraza de bronce que quité a Asteropeo, la cual tiene en sus orillas una franja de luciente estaño, y constituirá para él un valioso presente."

Dijo, y mandó a Automedón, el compañero querido, que la sacara de la tienda; fué éste y llevósela; y Aquiles la puso en las manos de Eumelo, que la recibió alegremente.

Pero levantóse Menelao, afligido en su corazón y muy irritado contra Antíloco. El heraldo le dió el cetro, y ordenó a los argivos que callaran. Y el varón igual a un dios, habló diciendo:

"¡Antíloco! Tú, que antes eras sensato, ¿qué has hecho? Desluciste mi habilidad y atropellaste mis corceles, haciendo pasar delante a los tuyos, que son

mucho peores. ¡Ea capitanes y príncipes de los argivos! Juzgadnos imparcialmente a entrambos: no sea que alguno de los aqueos, de broncíneas lorigas, exclame: Menelao, violentando con mentiras a Antíloco, ha conseguido llevarse la yegua, a pesar de la inferioridad de sus corceles, por ser más valiente y poderoso. Y si queréis, yo mismo lo decidiré; y creo que ningún dánao me podrá reprender, porque el fallo será justo. Ea, Antíloco amado de Zeus, ven aquí y, puesto, como es costumbre, delante de los caballos y el carro, teniendo en la mano el flexible látigo con que los guiabas y tocando los corceles, jura por Poseidón, el que ciñe la tierra, que si detuviste mi carro fué involuntariamente y sin dolo.''

Respondióle el prudente Antíloco: ''Perdóname, oh rey Menelao, pues soy más joven y tú eres mayor y más valiente. No te son desconocidas las faltas que comete un mozo, porque su pensamiento es rápido y su juicio escaso. Apacígüese, pues, tu corazón: yo mismo te cedo la yegua que he recibido; y si de cuanto tengo me pidieras algo de más valor que este premio, preferiría dártelo en seguida, a perder para siempre tu afecto y ser culpable ante los dioses.''

Así habló el hijo del magnánimo Néstor, y conduciendo la yegua adonde estaba el Atrida, se la puso en la mano. A éste se le alegró el alma: como el rocío cae en torno de las espigas cuando las mieses crecen y los campos se erizan; del mismo modo, oh Menelao, tu espíritu se bañó en gozo. Y respondiéndole, pronunció estas aladas palabras:

''¡Antíloco! Aunque estaba irritado, seré yo quien ceda; porque hasta aquí no has sido imprudente ni ligero y ahora la juventud venció a la razón. Abstente en lo sucesivo de suplantar a los que te son superiores. Ningún otro aqueo me ablandaría tan

pronto; pero has padecido y trabajado mucho por mi causa, y tu padre y tu hermano también; accederé, pues, a tus súplicas y te daré la yegua, que es mía, para que éstos sepan que mi corazón no fué nunca ni soberbio ni cruel.''

Dijo; entregó a Noemón, compañero de Antíloco, la yegua para que se la llevara, y tomó la reluciente caldera. Meriones, que había llegado el cuarto, recogió los dos talentos de oro. Quedaba el quinto premio, el vaso con dos asas; y Aquiles levantólo, atravesó el circo, y lo ofreció a Néstor con estas palabras:

''Toma, anciano; sea tuyo este presente como recuerdo de los funerales de Patroclo, a quien no volverás a ver entre los argivos. Te doy el premio porque no podrás ser parte ni en el pugilato, ni en la lucha, ni en el certamen de los dardos, ni en la carrera; que ya te abruma la vejez penosa.''

Así diciendo, se lo puso en las manos. Néstor recibiólo con alegría, y respondió con estas aladas palabras:

''Sí, hijo, oportuno es cuanto acabas de decir. Ya mis miembros no tienen el vigor de antes; ni mis pies, ni mis brazos que no se mueven ágiles a partir de los hombros. Ojalá fuese tan joven y mis fuerzas tan robustas como cuando los epeos enterraron en Buprasio al poderoso Amarinceo, y los hijos de éste sacaron premios para los juegos que debían celebrarse en honor del rey. Allí ninguno de los epeos, ni de los pilios, ni de los magnánimos etolos, pudo igualarse conmigo. Vencí en el pugilato a Clitomedes, hijo de Enope, y en la lucha a Anceo Pleuronio, que osó afrontarme; en la carrera pasé delante de Ificlo, que era robusto; y en arrojar la lanza superé a Fileo y a Polidoro. Sólo los hijos de Actor me dejaron atrás en su carro porque eran dos; y me disputaron la victoria a causa

de haberse reservado los mejores premios para este juego. Eran aquéllos hermanos gemelos, y el uno gobernaba con firmeza los caballos, sí, gobernaba con firmeza los caballos, mientras el otro con el látigo los aguijaba. Así era yo en aquel tiempo. Ahora los más jóvenes entren en las luchas; que ya debo ceder a la triste senectud, aunque entonces sobresaliera entre los héroes. Ve y continúa celebrando los juegos fúnebres de tu amigo. Acepto gustoso el presente, y se me alegra el corazón al ver que te acuerdas siempre del buen Néstor y no dejas de advertir con qué honores he de ser honrado entre los aqueos. Las deidades te concedan por ello abundantes gracias.''

Así habló; y el Peleida, oído todo el elogio que de él hiciera el hijo de Neleo, fuése por entre la muchedumbre de los aqueos. En seguida sacó los premios del duro pugilato: condujo al circo y ató en medio de él una mula de seis años, cerril, difícil de domar, que había de ser sufridora del trabajo; y puso para el vencido una copa doble. Y estando en pie, dijo a los argivos:

''¡Atrida y demás aqueos de hermosas grebas! Invitemos a los dos varones que sean más diestros, a que levanten los brazos y combatan a puñadas por estos premios. Aquel a quien Apolo conceda la victoria, reconociéndolo así todos los aqueos, conduzca a su tienda la mula sufridora del trabajo; el vencido se llevará la copa doble.''

Así habló. Levantóse al instante un varón fuerte, alto y experto en el pugilato: Epeo, hijo de Panopeo. y poniendo la mano sobre la mula paciente en el trabajo, dijo:

''Acérquese el que haya de llevarse la copa doble; pues no creo que ningún aqueo consiga la mula, si ha de vencerme en el pugilato. Me glorío de mantenerlo

mejor que nadie. ¿No basta acaso que sea inferior a otros en la batalla? No es posible que un hombre sea diestro en todo. Lo que voy a decir se cumplirá: al campeón que se me oponga, le rasgaré la piel y le aplastaré los huesos; los que de él hayan de cuidar quédense aquí reunidos, para llevárselo cuando sucumba a mis manos.''

Así se expresó. Todos enmudecieron y quedaron silenciosos. Y tan sólo se levantó para luchar con él, Eurí alo, varón igual a un dios, hijo del rey Mecisteo Talayónida; el cual fué a Tebas cuando murió Edipo y en los juegos fúnebres venció a todos los cadmeos. El Tideida, famoso por su lanza, animaba a Eurí alo con razones, pues tenía un gran deseo de que alcanzara la victoria, y le ayudaba a disponerse para la lucha: atóle el cinturón y le dió unas bien cortadas correas de piel de buey salvaje. Ceñidos ambos contendientes, comparecieron en medio del circo, levantaron las robustas manos, acometiéronse y los fornidos brazos se entrelazaron. Crujían de un modo horrible las mandíbulas y el sudor brotaba de todos los miembros. El divino Epeo, arremetiendo, dió un golpe en la mejilla de su rival que le espiaba; y Eurí alo no siguió en pie largo tiempo, porque sus hermosos miembros desfallecieron. Como, encrespándose la mar al soplo del Bóreas, salta un pez en la orilla poblada de algas y las negras olas lo cubren en seguida; así Eurí alo, al recibir el golpe, dió un salto hacia atrás. Pero el magnánimo Epeo, cogiéndole por las manos, lo levantó; rodeáronle los compañeros y se lo llevaron del circo—arrastraba los pies, escupía negra sangre y la cabeza se le inclinaba a un lado—; sentáronle entre ellos, desvanecido, y fueron a recoger la copa doble.

El Peleida sacó después otros premios para el tercer

juego, la penosa lucha, y se los mostró a los dánaos: para el vencedor un gran trípode, apto para ponerlo al fuego, que los aqueos apreciaban en doce bueyes; para el vencido, una mujer diestra en muchas labores y valorada en cuatro bueyes. Y estando en pie, dijo a los argivos:

"Levantaos, los que hayáis de entrar en esta lucha."

Así habló. Alzóse en seguida el gran Ayax Telamonio y luego el ingenioso Odiseo, fecundo en ardides. Puesto el ceñidor, fueron a encontrarse en medio del circo y se cogieron con los robustos brazos como se enlazan las vigas que un ilustre artífice une, al construir alto palacio, para que resistan el embate de los vientos. Sus espaldas crujían, estrechadas fuertemente por los vigorosos brazos; copioso sudor les brotaba de todo el cuerpo; muchos cruentos cardenales iban apareciendo en los costados y en las espaldas; y ambos contendientes anhelaban siempre alcanzar la victoria y con ella el bien construído trípode. Pero ni Odiseo lo graba hacer caer y derribar por el suelo a Ayax, ni éste a aquél porque la gran fuerza de Odiseo se lo impedía. Y cuando los aqueos de hermosas grebas ya empezaban a cansarse de la lucha, dijo el gran Ayax Telamonio:

"¡Laertíada, descendiente de Zeus, Odiseo fecundo en recursos! Levántame, o te levantaré yo; y Zeus se cuidará del resto."

Dichas estas palabras, le hizo perder tierra; mas Odiseo no se olvidó de sus ardides, pues dándole por detrás un golpe en la corva, dejóle sin vigor los miembros, le hizo venir al suelo, de espaldas, y cayó sobre su pecho: la muchedumbre quedó admirada y atónita al contemplarlo. Luego, el divino y paciente Odiseo alzó un poco a Ayax, pero ni consiguió sos-

tenerlo en vilo; porque se le doblaron las rodillas y ambos cayeron al suelo, el uno cerca del otro, y se mancharon de polvo. Levantáronse, y hubieran luchado por tercera vez, si Aquiles, poniéndose en pie, no los hubiese detenido:

"No luchéis ya, ni os hagáis más daño. La victoria quedó por ambos. Recibid igual premio y retiraos para que entren en los juegos otros aquivos."

Así habló. Ellos le escucharon y obedecieron; pues en seguida, después de haberse limpiado el polvo, vistieron la túnica.

El Peleida sacó otros premios para la velocidad en la carrera. Expuso primero una crátera de plata labrada, que tenía seis medidas de capacidad y superaba en hermosura a todas las de la tierra. Los sidonios, eximios artífices, la fabricaron primorosa; los fenicios, después de llevarla por el sombrío ponto de puerto en puerto, se la regalaron a Toas; más tarde, Euneo Jasónida la dió al héroe Patroclo para rescatar a Licaón, hijo de Príamo; y entonces, Aquiles la ofreció como premio, en honor del difunto amigo, al que fuése más veloz en correr con los pies ligeros. Para el que llegase el segundo señaló un buey corpulento y pingüe y para el último, medio talento de oro. Y estando en pie, dijo a los argivos:

"Levantaos los que hayáis de entrar en esta lucha."

Así habló. Levantóse al instante el veloz Ayax de Oileo, después el ingenioso Odiseo, y por fin Antíloco, hijo de Néstor, que en la carrera vencía a todos los jóvenes. Pusiéronse en fila y Aquiles les indicó la meta. Empezaron a correr desde el sitio señalado, y el hijo de Oileo se adelantó a los demás, aunque el divino Odiseo le seguía de cerca. Cuanto dista del pecho el huso que una mujer de hermosa cintura revuelve

en su mano, mientras devana el hilo de la trama, y tiene constantemente junto al seno; tan inmediato a Ayax corría Odiseo: pisaba las huellas de aquél antes de que el polvo cayera en torno de las mismas y le echaba el aliento a la cabeza, corriendo siempre con suma rapidez. Todos los aqueos aplaudían los esfuerzos que realizaba Odiseo por el ansia de alcanzar la victoria, y le animaban con sus voces. Mas cuando les faltaba poco para terminar la carrera, Odiseo oró en su corazón a Atenea, la de los brillantes ojos:

"Oyeme, diosa, y ven a socorrerme propicia, dando a mis pies más ligereza."

Tal fué su plegaria. Palas Atenea le oyó, y agilitóle los miembros todos y especialmente los pies y las manos. Ya iban a coger el premio, cuando Ayax, corriendo, dió un resbalón—pues Atenea quiso perjudicarle—en el lugar que habían llenado de estiércol los bueyes mugidores sacrificados por Aquiles, el de los pies ligeros, en honor de Patroclo; y el héroe llenóse de boñiga la boca y las narices. El divino y paciente Odiseo, le pasó delante y se llevó la crátera; y el preclaro Ayax se detuvo, tomó el buey silvestre, y asiéndolo por el asta, mientras escupía la bosta, habló así a los argivos:

"¡Oh dioses! Una diosa me dañó los pies; aquella que desde antiguo acorre y favorece a Odiseo cual una madre."

Así dijo, y todos rieron con gusto. Antíloco recibió, sonriente, el último premio; y dirigió estas palabras a los argivos:

"Os diré, argivos, aunque todos lo sabéis, que los dioses honran a los hombres de más edad, hasta en los juegos. Ayax es un poco mayor que yo; Odiseo pertenece a la generación precedente, a los hombres antiguos; es tenido por un anciano vigoroso, y conten-

der con él en la carrera es muy difícil para cualquier aqueo que no sea Aquiles.''

Así dijo, ensalzando al Peleida, de pies ligeros. Aquiles respondióle con estas palabras:

''¡Antíloco! No en balde me habrás elogiado, pues añado a tu premio medio talento de oro.''

Dijo, se lo puso en la mano, y Antíloco lo recibió con alegría. Acto continuo, el Peleida sacó y colocó en el circo una larga pica, un escudo y un casco, que eran las armas que Patroclo quitara a Sarpedón. Y puesto en pie, dijo a los argivos:

''Invitemos a los dos varones que sean más esforzados, a que, vistiendo las armas y asiendo el tajante bronce, pongan a prueba su valor ante el concurso. Al primero que logre tocar el cuerpo hermoso de su adversario, le rasguñe el vientre a través de la armadura y le haga brotar la negra sangre, le daré esta magnífica espada tracia, tachonada con clavos de plata, que quité a Asteropeo. Ambos campeones se llevarán las restantes armas y serán obsequiados con un espléndido banquete.''

Así habló. Levantóse en seguida el gran Ayax Telamonio y luego el fuerte Diomedes Tideida. Tan pronto como se hubieron armado, separadamente de la muchedumbre, fueron a encontrarse en medio del circo, deseosos de combatir y mirándose con torva faz; y todos los aqueos se quedaron atónitos. Cuando se hallaron frente a frente, tres veces se acometieron y tres veces procuraron herirse de cerca. Ayax dió un bote en el escudo liso del adversario, pero no pudo llegar a su cuerpo porque la coraza lo impidió. El Tideida intentaba alcanzar con el hierro de la luciente lanza el cuello de aquél, por cima del gran escudo. Y los aqueos, temiendo por Ayax, mandaron que cesara la lucha y ambos contendientes se llevaran igual

premio; pero el héroe dió al Tideida la gran espada, ofreciéndosela con la vaina y el bien cortado ceñidor.

Luego el Peleida sacó la bola de hierro sin bruñir que en otro tiempo lanzaba el forzudo Ectión: el divino Aquiles, el de los pies ligeros, mató a este príncipe y se llevó en las naves la bola con otras riquezas. Y puesto en pie, dijo a los argivos:

"¡Levantaos los que hayáis de entrar en esta lucha! La presente bola proporcionará al que venciere cuanto hierro necesite durante cinco años, aunque sean muy extensos sus fértiles campos; y sus pastores y labradores no tendrán que ir por hierro a la ciudad.

Así habló. Levantóse en seguida el intrépido Polipetes; después, el vigoroso Leonteo, igual a un dios; más tarde, Ayax Telamonio, y por fin, el divino Epeo. Pusiéronse en fila, y el divino Epeo cogió la bola y la arrojó, después de voltearla; y todos los aquivos se rieron. La tiró el segundo, Leonteo, vástago de Marte. Ayax Telamonio la despidió también, con su robusta mano, y logró pasar las señales de los anteriores tiros. Tomóla entonces el intrépido Polipetes y cuanta es la distancia a que llega el cayado cuando lo lanza el pastor y voltea por cima de la vacada, tanto pasó la bola el espacio del circo; aplaudieron los aqueos, y los amigos de Polipetes, levantándose, llevaron a las cóncavas naves el premio que su rey había ganado.

Luego sacó Aquiles azulado hierro para los arqueros, colocando en el circo diez hachas grandes y otras diez pequeñas. Clavó en la arena, a los lejos, un mástil de navío después de atar en su punta, por el pie, y con delgado cordel, una tímida paloma; e invitóles a tirarle saetas, diciendo: "el que hiera a la tímida paloma, llévese a su casa las hachas grandes;

el que acierte a dar en la cuerda sin tocar al ave, como más inferior, tomará las hachas pequeñas.''

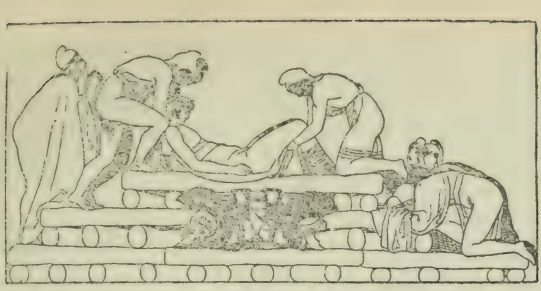
Así dijo. Levantóse en seguida el robusto Teucro y luego Meriones, esforzado escudero de Idomeneo. Echaron dos suertes en un casco de bronce, y, agitándolas, salió primero la de Teucro. Este arrojó al momento y con vigor una flecha, sin ofrecer a Apolo una hecatombe perfecta de corderos primogénitos; y si bien no tocó al ave—negóselo Apolo—, la amarga saeta rompió el cordel muy cerca de la pata por la cual se había atado a la paloma: ésta voló al cielo, el cordel quedó colgando y los aqueos aplaudieron. Meriones arrebató apresuradamente el arco de las manos de Teucro, acercó a la cuerda la flecha que de antemano tenía preparada, votó a Apolo sacrificarle una hecatombe de corderos primogénitos; y viendo a la tímida paloma que daba vueltas allá en lo alto del aire, cerca de las nubes, disparó y le atravesó una de las alas. La flecha vino al suelo, a los pies de Meriones; y el ave, posándose en el mástil del navío de negra proa, inclinó el cuello y abatió las tupidas alas, la vida huyó veloz de sus miembros y aquélla cayó del mástil a lo lejos. La gente lo contemplaba con admiración y asombro. Mériones tomó, por tanto, las diez hachas grandes, y Teucro se llevó a las cóncavas naves las pequeñas.

Luego el Peleida sacó y colocó en el circo una larga pica y una caldera no puesta aún al fuego, que era del valor de un buey y estaba decorada con flores. Dos hombres diestros en arrojar la lanza se levantaron: el poderoso Agamenón Atrida, y Meriones, escudero esforzado de Idomeneo. Y el divino Aquiles, el de los pies ligeros, les dijo:

''¡Atrida! Pues sabemos cuánto aventajas a todos y que así en la fuerza como en arrojar la lanza eres

el más señalado, toma este premio y vuelve a las cóncavas naves. Y entregaremos la pica al héroe Meriones, si te place lo que te propongo.''

Así habló. Agamenón, rey de hombres, no dejó de obedecerle. Aquiles dió a Meriones la pica de bronce, y el héroe Atrida tomó el magnífico premio y se lo entregó al heraldo Taltibio.



Funerales de Héctor

RAPSODIA VIGESIMOCUARTA

DISOLVIOSE la junta, y los guerreros se dispersaron por las naves, tomaron la cena y se regalaron con el dulce sueño. Aquiles lloraba, acordándose del compañero querido, sin que el sueño, que todo lo rinde, pudiera vencerle: daba vueltas acá y allá y con amargura traía a la memoria el vigor y gran ánimo de Patroclo, lo que de mancomún con él llevara al cabo y las penalidades que ambos habían padecido, ora combatiendo con los hombres, ora surcando las temibles ondas. Al recordarlo, prorrumpía en abundantes lágrimas; ya se echaba de lado, ya de espaldas, ya de pechos; y al fin, levantándose, vagaba triste por la playa. Nunca le pasaba inadvertido el despuntar de Eos sobre el mar y sus riberas; entonces uncía al carro los ligeros corceles, y atando al mismo el cadáver de Héctor, lo arrastraba hasta dar tres

vueltas al túmulo del difunto Menetíada; acto continuo volvía a reposar en la tienda, y dejaba el cadáver tendido de cara al polvo. Mas Apolo, apiadándose del varón aun después de muerto, le libraba de toda injuria y lo protegía con la égida de oro para que Aquiles no lacerase el cuerpo mientras lo arrastraba.

De tal manera Aquiles, enojado, insultaba al divino Héctor. Compadecidos de éste los bienaventurados dioses, instigaban al vigilante Argicida a que hurtase el cadáver. A todos les placía tal propósito, menos a Hera, a Poseidón y a la virgen de los ojos de buey, que odiaban como antes a la sagrada Ilión, a Príamo y a su pueblo por la injuria que Alejandro infiriera a las diosas cuando fueron a su cabaña y declaró vencedora a la que le había ofrecido funesta liviandad. Cuando desde el día de la muerte de Héctor llegó la duodécima aurora, Febo Apolo dijo a los inmortales:

"Sois, oh dioses, crueles y maléficos. ¿Acaso Héctor no quemaba en honor vuestro muslos de bueyes y de cabras escogidas? Ahora, que ha perecido, no os atrevéis a salvar el cadáver y ponerlo a la vista de su esposa, de su madre, de su hijo, de su padre Príamo y del pueblo, que al momento lo entregarían a las llamas y le harían honras fúnebres; por el contrario, oh dioses, queréis favorecer al pernicioso Aquiles, el cual concibe pensamientos no razonables, tiene en su pecho un ánimo inflexible y medita cosas feroces, como un león que dejándose llevar por su gran fuerza y espíritu soberbio, se encamina a los rebaños de los hombres para aderezarse un festín: de igual modo perdió Aquiles la piedad y ni siquiera conserva el pudor que tanto favorece o daña a los varones. Aquel a quien se le muere un ser amado, como el hermano carnal o el hijo, al fin cesa de llorar y lamentarse;

porque la Moira dió al hombre un corazón paciente. Mas Aquiles, después que quitó al divino Héctor la dulce vida, ata el cadáver al carro y lo arrastra alrededor del túmulo de su compañero querido; y esto ni a aquél le aprovecha, ni es decoroso. Tema que nos irritemos contra él, aunque sea valiente, porque enfureciéndose insulta a lo que tan sólo es ya insensible tierra.''

Respondióle irritada Hera, la de los brazos de nieve: ''sería como dices, oh tú que llevas arco de plata, si a Aquiles y a Héctor los tuvierais en igual estima. Pero Héctor fué mortal y dióle el pecho una mujer; mientras que Aquiles es hijo de un diosa a quien yo misma alimenté y crié y casé luego con Peleo, varón cordialmente amado por los inmortales. Todos los dioses presenciasteis la boda; y tú pulsaste la cítara y con los demás tuviste parte en el festín, ¡oh amigo de los malos, siempre pérfido!''

Replicó Zeus, que amontona las nubes: ''¡Hera! No te irrites tanto contra las deidades. No será el mismo el aprecio en que los tengamos; pero Héctor era para los dioses, y también para mí, el más querido de cuantos mortales viven en Ilión, porque nunca se olvidó de dedicarnos agradables ofrendas. Jamás mi altar careció ni de libaciones ni de víctimas, que tales son los honores que se nos deben. Desechemos la idea de robar el cuerpo del audaz Héctor; es imposible que se haga a hurto de Aquiles, porque siempre, de noche y de día, le acompaña su madre. Mas si alguno de los dioses llamase a Tetis, yo le diría a ésta lo que fuera oportuno para que Aquiles, recibiendo los dones de Príamo, restituyese el cadáver de Héctor.''

Así se expresó. Levantóse Iris, de pies rápidos como el huracán, para llevar el mensaje; saltó al negro ponto entre la costa de Samos y la escarpada de Im-

bros, y resonó el estrecho. La diosa se lanzó a lo profundo, como desciende el plomo asido al cuerno de un buey montaraz en que se pone el anzuelo y lleva la muerte a los voraces peces. En la profunda gruta halló a Tetis y a otras muchas diosas marinas que la rodeaban: la ninfa, sentada en medio de ellas, lloraba por la suerte de su hijo, que había de perecer en la fértil Troya, lejos de la patria. Y acercándosele Iris, la de los pies ligeros, así le dijo:

"Ven, Tetis, pues te llama Zeus, el conocedor de los eternales decretos."

Respondióle Tetis, la diosa de los argentados pies: "¿Por qué aquel gran dios me ordena que vaya? Me da vergüenza juntarme con los inmortales, pues son muchas las penas que conturban mi corazón. Esto no obstante, iré para que sus palabras no resulten vanas y sin efecto."

En diciendo esto, la divina entre las diosas tomó un velo tan obscuro que no había otro que fuése más negro. Púsose en camino, precedida por la veloz Iris, de pies rápidos como el viento, y las olas del mar se abrían al paso de ambas deidades. Salieron éstas a la playa, ascendieron al cielo y hallaron al longividente Cronida con los demás felices sempiternos dioses. Sentóse Tetis al lado de Zeus, porque Atenea le cedió el sitio; y Hera le puso en la mano la copa de oro que la ninfa devolvió después de haber bebido. Y el padre de los hombres y de los dioses comenzó a hablar de esta manera:

"Vienes al Olimpo, oh diosa Tetis, afligida y con el ánimo agobiado por vehemente pesar. Lo sé. Pero, aun así y todo, voy a decirte por qué te he llamado. Hace nueve días que se suscitó entre los inmortales una contienda referente al cadáver de Héctor y a Aquiles, asolador de ciudades, e instigaban al vigilan-

te Argicida a que hurtase el muerto; pero yo prefiero dar a Aquiles la gloria de devolverlo, y conservar así tu respeto y amistad. Ve en seguida al ejército y amonesta a tu hijo. Dile que los dioses están muy irritados contra él y yo más indignado que ninguno de los inmortales, porque enfureciéndose retiene a Héctor en las corvas naves y no permite que lo rediman; por si, temiéndome, consiente que el cadáver sea rescatado. Y enviaré la diosa Iris al magnánimo Príamo para que vaya a las naves de los aqueos y redima a su hijo, llevando a Aquiles dones que aplaquen su enojo.''

Así se expresó; y Tetis, la diosa de los argentados pies, no fué desobediente. Bajando en raudo vuelo de las cumbres del Olimpo, llegó a la tienda de su hijo: éste gemía sin cesar, y sus compañeros se ocupaban diligentemente en preparar la comida, habiendo inmolado una grande y lanuda oveja. La veneranda madre se sentó muy cerca del héroe, le acarició con la mano y hablóle en estos términos:

''¡Hijo mío! ¿Hasta cuándo dejarás que el llanto y la tristeza roan tu corazón, sin acordarte ni de la comida ni del concúbito? Bueno es que goces del amor con una mujer, pues ya no vivirás mucho tiempo: la muerte y el hado cruel se te avecinan. Y ahora préstame atención, pues vengo como mensajera de Zeus. Dice que los dioses están muy irritados contra ti, y él más indignado que ninguno de los inmortales, porque enfureciéndote retienes a Héctor en las corvas naves y no permites que lo rediman. Ea, entrega el cadáver y acepta su rescate.''

Respondióle Aquiles, el de los pies ligeros: ''Sea así. Quien traiga el rescate se lleve el muerto; ya que, con ánimo benévolo, el mismo Olímpico lo ha dispuesto.''

De este modo, dentro del recinto de las naves, pasaban de madre a hijo muchas aladas palabras. Y en tanto, el Cronida envió a Iris a la sagrada Ilión:

"¡Anda, ve, rápida Iris! Deja tu asiento del Olimpo, entra en Ilión y di al magnánimo Príamo que se encamine a las naves de los aqueos y rescate al hijo, llevando a Aquiles dones que aplaquen su enojo; vaya solo y ningún troyano se le junte. Acompáñele un heraldo más viejo que él, para que guíe los mulos y el carro de hermosas ruedas y conduzca luego a la población el cadáver de aquél a quien mató el divino Aquiles. Ni la idea de la muerte ni otro temor alguno conturbe su ánimo; pues le daremos por guía al Argicida, el cual le llevará hasta muy cerca de Aquiles. Y cuando haya entrado en la tienda del héroe, éste no le matará, e impedirá que los demás lo hagan. Pues Aquiles no es insensato, ni temerario, ni perverso; y tendrá buen cuidado de respetar a un suplicante."

Tal dijo. Levantóse Iris, de pies rápidos como el huracán, para llevar el mensaje; y llegando al palacio de Príamo, oyó llantos y alaridos. Los hijos, sentados en el patio alrededor del padre, bañaban sus vestidos con lágrimas; y el anciano aparecía en medio, envuelto en un manto muy ceñido, y tenía en la cabeza y en el cuello abundante estiércol que al revolcarse por el suelo había recogido con sus manos. Las hijas y nueras se lamentaban en el palacio, recordando los muchos varones esforzados que yacían en la llanura por haber dejado la vida en manos de los argivos. La mensajera de Zeus se detuvo cerca de Príamo y hablándole quedo, mientras al anciano un temblor le ocupaba los miembros, así le dijo:

"Cobra ánimo, Príamo Dardánida, y no te espantes; que no vengo a presagiarte males, sino a parti-

ciparte cosas buenas: soy mensajera de Zeus, que aun estando lejos, se interesa mucho por ti y te compadece. El Olímpico te manda rescatar al divino Héctor, llevando a Aquiles dones que aplaquen su enojo; ve solo y ningún troyano se te junte. Te acompañe un heraldo más viejo que tú, para que guíe los mulos y el carro de hermosas ruedas y conduzca luego a la población el cadáver de aquél a quien mató el divino Aquiles. Ni la idea de la muerte ni otro temor alguno conturbe tu ánimo, pues tendrás por guía al Argicida, el cual te llevará hasta muy cerca de Aquiles. Y cuando hayas entrado en la tienda del héroe, éste no te matará e impedirá que los demás lo hagan. Pues Aquiles no es ni insensato, ni temerario, ni perverso; y tendrá buen cuidado de respetar a un suplicante.''

Cuando esto hubo dicho, fuése Iris, la de los pies ligeros. Príamo mandó a sus hijos que prepararan un carro de mulas, de hermosas ruedas, pusieran encima una arca y la sujetaron con cuerdas. Bajó después al perfumado tálamo, que era de cedro, tenía elevado techo y guardaba muchas preciosidades; y llamando a su esposa Hécuba, hablóle en estos términos:

''¡Hécuba infeliz! La mensajera del Olimpo ha venido por orden de Zeus a encargarme que vaya a las naves de los aqueos y rescate al hijo, llevando a Aquiles dones que aplaquen su enojo. Ea, dime ¿qué piensas acerca de esto? Pues mi mente y mi corazón me instigan a ir allá, hacia las naves, al campamento vasto de los aqueos.''

Así dijo. La mujer prorrumpió en sollozos, y respondió diciendo: ''¡Ay de mí! ¿Qué es de la prudencia que antes te hizo célebre entre los extranjeros y entre aquellos sobre los cuales reinas? ¿Cómo quieres ir solo a las naves de los aqueos y presentarte al hombre que te mató tantos y tan valientes hijos? De

hierro tienes el corazón. Si ese guerrero cruel y pérfido llega a verte con sus propios ojos y te coge, ni se apiadará de ti, ni te respetará en lo más mínimo. Lloremos a Héctor sentados en el palacio, a distancia de su cadáver; ya que cuando le parí, la Moira poderosa hiló de esta suerte el estambre de su vida: que habría de saciar con su carne a los veloces perros, lejos de sus padres y junto al hombre violento cuyo hígado ojalá pudiera yo comer hincando en él los dientes. Entonces quedarían vengados los insultos que ha hecho a mi hijo; que éste, cuando aquél le mató, no se portaba cobardemente, sino que a pie firme defendía a los troyanos y a las troyanas de próvido seno, no pensando en huír ni en evitar el combate.''

Contestó el anciano Príamo, semejante a un dios: ''No te opongas a mi resolución, ni seas para mí un ave de mal agüero en el palacio. No me persuadirás. Si me diese la orden uno de los que en la tierra viven, aunque fuera adivino, arúspice o sacerdote, la creeríamos falsa y desconfiaríamos aun más; pero ahora, como yo mismo he oído a la diosa y la he visto delante de mí, iré y no serán ineficaces sus palabras. Y si mi destino es morir en las naves de los aqueos de broncíneas túnicas, lo acepto: que me mate Aquiles tan luego como abrace a mi hijo y satisfaga el deseo de llorarle.''

Dijo; y levantando las hermosas tapas de las arcas, cogió doce magníficos peplos, doce mantos sencillos, doce tapetes, doce bellos palios y otras tantas túnicas. Pesó luego diez talentos de oro. Y por fin sacó dos trípodes relucientes, cuatro calderas y una magnífica copa que los tracios le dieron cuando fué, como embajador a su país, y era un soberbio regalo; pues el anciano no quiso dejarla en el palacio a causa del ve-

hemente deseo que tenía de rescatar a su hijo. Y volviendo al pórtico, echó afuera a los troyanos, increpándolos con injuriosas palabras:

"¡Idos enhoramala, hombres infames y vituperables! ¿Por ventura no hay llanto en vuestra casa, que venís a afligirme? ¿O creéis que son pocos los pesares que Zeus me envía, con hacerme perder un hijo valiente? También los probaréis vosotros. Muerto él, será mucho más fácil que los argivos os maten. Pero antes que con estos ojos vea la ciudad tomada y destruída, descienda yo a la mansión del Hades."

Dijo; y con el cetro echó a los hombres. Estos salieron, apremiados por el anciano. Y en seguida Príamo reprendió a sus hijos Heleno, Paris, Agatón divino, Pamón, Antífono, Polites, valiente en la pelea, Deífobo, Hipótoo y el fuerte Dío: a los nueve los increpó y dió órdenes, diciendo:

"¡Daos prisa, malos hijos, ruines! Ojalá que en lugar de Héctor hubiéseis muerto todos en las veleras naves. ¡Ay de mí, desventurado, que engendré hijos valentísimos en la vasta Troya, y ya puedo decir que ninguno me queda! Al divino Méstor, a Troílo que combatía en carro, y a Héctor, que era un dios entre los hombres y no parecía hijo de un mortal sino de una divinidad, Ares les hizo perecer; y restan los que son indignos, embusteros, danzarines, señalados únicamente en los coros y hábiles en robar al pueblo corderos y cabritos. Pero ¿no me prepararéis al instante el carro, poniendo en él todas estas cosas, para que emprendamos el camino?"

Así les habló. Ellos, temiendo la reconvención del padre, sacaron un carro de mulas, de hermosas ruedas, magnífico, recién construído; pusieron encima el arca, que ataron bien; descolgaron del clavo el corvo yugo de madera de boj, provisto de anillos, y tomaron una

correa de nueve codos que servía para atarlo. Colocaron después el yugo sobre la parte anterior de la lanza, metieron el anillo en su clavija, y sujetaron a aquél, atándolo con la correa, a la cual hicieron dar tres vueltas a cada lado y cuyos extremos reunieron en un nudo. Luego fueron sacando de la cámara y acomodando en el carro los inumerables dones para el rescate de Héctor; uncieron los mulos de tiro, de fuertes cascos, que en otro tiempo regalaron los misios a Príamo como espléndido presente, y acercaron al yugo dos corceles, a los cuales el anciano en persona daba de comer en pulimentado pesebre.

Mientras el heraldo y Príamo, prudentes ambos, uncían los caballos en el alto palacio, acercóseles Hécuba, con ánimo abatido, llevando en su diestra una copa de oro, llena de dulce vino, para que hicieran la libación antes de partir; y deteniéndose ante el carro, dijo a Príamo:

"Toma, haz libación al padre Zeus y suplícale que puedas volver del campamento de los enemigos a tu casa; ya que tu ánimo te incita a ir a las naves contra mi deseo. Ruega, pues, a Zeus Ideo, el dios de las sombrías nubes, que desde lo alto contempla la ciudad de Troya, y pídele que haga aparecer a tu derecha su veloz mensajera, el ave que es la más cara y cuya fuerza es inmensa, para que en viéndola con tus propios ojos, vayas, alentado por el agüero, a las naves de los dánaos, de rápidos corceles. Y si el longividente Zeus no te enviara su mensajera, yo no te aconsejaría que fueras a las naves de los argivos por mucho que lo desees."

Respondióle el divino Príamo: "¡Mujer! No dejaré de obrar como me recomiendas. Bueno es levantar las manos a Zeus para que de nosotros se apiade."

Dijo así el anciano, y mandó a la esclava despensera

que le diese agua limpia a las manos. Presentóse la cautiva con una fuente y un jarro. Y Príamo, así que se hubo lavado, recibió la copa de manos de su esposa; oró, de pie, en medio del patio; libó el vino, alzando los ojos al cielo, y pronunció estas palabras:

"¡Padre Zeus, que reinas desde el Ida, gloriosísimo, máximo! Concédeme que al llegar a la tienda de Aquiles le sea grato y de mí se apiade; y haz que aparezca a mi derecha tu veloz mensajera, el ave que te es más cara y cuya fuerza es inmensa, para que después de verla con mis propios ojos vaya, alentado por el agüero, a las naves de los dánaos, de rápidos corceles."

Tal fué su plegaria. Oyóla el próvido Zeus, y al momento envió la mejor de las aves agoreras, un águila rapaz de color obscuro, conocida con el nombre de percnón. Cuanta anchura suele tener en casa de un rico la puerta de la cámara de alto techo, bien adaptada al marco y asegurada por un cerrojo; tanto espacio ocupaba con sus alas, desde el uno al otro extremo, el águila que apareció volando a la derecha por cima de la ciudad. Al verla, todos se alegraron y la confianza renació en sus pechos.

El anciano subió presuroso al carro y lo guió a la calle, pasando por el vestíbulo y el pórtico sonoro. Iban delante los mulos que arrastraban el carro de cuatro ruedas, y eran gobernados por el prudente Ideo; seguían los caballos que el viejo aguijaba con el látigo para que atravesaran prestamente la ciudad; y todos los amigos acompañaban al rey, derramando abundantes lágrimas, como si a la muerte caminara. Cuando hubieron bajado de la ciudad al campo, hijos y yernos regresaron a Ilión. Mas al atravesar Príamo y el heraldo la llanura, no dejó de advertirlo Zeus, que vió al anciano y se compadeció de él. Y

llamando en seguida a su hijo Hermes, habióle de esta manera:

"¡Hermes! Puesto que te es grato acompañar a los hombres y oyes las súplicas del que quieres; anda, vé y conduce a Príamo a las cóncavas naves aqueas, de suerte que ningún dánao le vea hasta que haya llegado a la tienda del Peleida."

Así habló. El mensajero Argicida no fué desobediente: calzóse al instante los áureos divinos talares que le llevaban sobre el mar y la tierra inmensa con la rapidez del viento, y tomó la vara con la cual adormece a cuantos quiere o despierta a los que duermen. Llevándola en la mano, el poderoso Hermes emprendió el vuelo, llegó muy pronto a Ilión y al Helesponto, y echó a andar, transfigurado en un joven príncipe a quien empieza a salir el bozo y está graciosísimo en la flor de la juventud.

Cuando Príamo y el heraldo llegaron más allá del gran túmulo de Ilo, detuvieron los mulos y los caballos para que bebiesen en el río. Ya se iba haciendo noche sobre la tierra. Advirtió el heraldo la presencia de Hermes, que estaba junto a él, y hablando a Príamo, le dijo:

"Atiende Dardánida, pues el lance que se presenta requiere prudencia. Veo a un hombre y me figuro que en seguida nos matará. Ea, huyamos en el carro, o supliquémosle, abrazando sus rodillas, para ver si se apiada de nosotros."

Esto dijo. Turbósele al anciano la razón, sintió un gran terror, se le erizó el pelo en los flexibles miembros y quedó estupefacto. Entonces el benéfico Hermes se llegó al viejo, tomóle por la mano y le interrogó diciendo:

"¿Adónde, padre mío, diriges estos caballos y mulos durante la noche divina, mientras duermen los

demás mortales? ¿No temes a los aqueos, que respiran valor, los cuales te son malévolos y enemigos y se hallan cerca de nosotros? Si alguno de ellos te viera conducir tantas riquezas en esta obscura y rápida noche, ¿qué resolución tomarías? Tú no eres joven, éste que te acompaña es también anciano, y no podríais rechazar a quien os ultrajara. Pero yo no te causaré ningún daño, y además te defendería de cualquier hombre, porque te pareces a mi padre.''

Respondióle el anciano Príamo, semejante a un dios: ''así es, como dices, hijo querido. Pero alguna deidad extiende la mano sobre mí, cuando me hace salir al encuentro un caminante de tan favorable augurio como tú, que tienes cuerpo y aspecto dignos de admiración y espíritu prudente, y naciste de padres felices.''

Díjole a su vez el mensajero Argicida: ''sí, anciano, oportuno es cuanto acabas de decir. Pero, ea, habla y dime con sinceridad: ¿Mandas a gente extraña tantas y tan preciosas riquezas a fin de ponerlas en cobro; o ya todos abandonáis, amedrentados, la sagrada Ilión, por haber muerto el varón más fuerte, tu hijo, que a ninguno de los aqueos cedía en el combate?''

Contestóle el anciano Príamo, semejante a un dios: ''¿Quién eres, hombre excelente, y cuáles los padres de que naciste, que con tanta oportunidad has mencionado la muerte de mi hijo infeliz?''

Replicó el mensajero Argicida: ''me quieres probar, oh anciano, y por eso me preguntas por el divino Héctor. Muchas veces le vieron estos ojos en la batalla donde los varones se hacen ilustres, y también cuando llegó a las naves matando argivos, a quienes hería con el agudo bronce. Nosotros le admirábamos sin movernos, porque Aquiles estaba irritado contra

el Atrida y no nos dejaba pelear. Pues yo soy servidor de Aquiles, con quien vine en la misma nave bien construída; desciendo de mirmidones y tengo por padre a Políctor, que es rico y anciano como tú. Soy el más joven de sus siete hijos y, como lo decidiéramos por suerte, tocóme a mí acompañar al héroe. Y ahora he venido de las naves a la llanura, porque mañana los aqueos, de ojos vivos, presentarán batalla en los contornos de la ciudad; se aburren de estar ociosos, y los reyes aquivos no pueden contener su impaciencia por entrar en combate.''

Respondióle el anciano Príamo, semejante a un dios: ''Si eres servidor de Aquiles Peleida, ea, dime la verdad: ¿mi hijo yace aún cerca de las naves, o Aquiles lo ha desmembrado y entregado a sus perros?''

Contestóle el mensajero Argicida: ''¡Oh anciano! Ni los perros ni las aves lo han devorado, y todavía yace junto al bajel de Aquiles, dentro de la tienda. Doce días lleva de estar tendido, y ni el cuerpo se pudre, ni lo comen los gusanos que devoran a los hombres muertos en la guerra. Cuando apunta la divina Eos, Aquiles lo arrastra sin piedad alrededor del túmulo de su compañero querido; pero ni aun así lo desfigura, y tú mismo, si a él te acercaras, te admirarías de ver cuán fresco está: la sangre le ha sido lavada, no presenta mancha alguna, y cuantas heridas recibió—pues fueron muchos los que le envasaron el bronce—todas se han cerrado. De tal modo los bienaventurados dioses cuidan de tu hijo, aun después de muerto, porque era muy caro a su corazón.''

Así se expresó. Alegróse el anciano, y respondió diciendo: ''¡Oh hijo! Bueno es ofrecer a los inmortales los debidos dones. Jamás mi hijo, si no ha sido un sueño que haya existido, olvidó en el palacio a los dioses que moran en el Olimpo, y por esto se

acordaron de él en el fatal trance de la muerte. Mas, ea, recibe de mis manos esta copa, para que la guardes, y guíame con el favor de los dioses hasta que llegue a la tienda del Peleida.''

Díjole a su vez el mensajero Argicida: ''¡Oh anciano! Quieres tentarme porque soy más joven; pero no me persuadirás con tus ruegos a que acepte el regalo sin saberlo Aquiles. Le temo y me da mucho miedo defraudarle: no fuera qué después se me siguiese algún daño. Pero te acompañaría cuidadosamente en una velera nave o a pie, aunque fuese hasta la famosa Argos; y nadie osaría atacarte, despreciando al guía.''

Así habló el benéfico Hermes; y subiendo al carro, recogió al instante el látigo y las riendas e infundió gran vigor a los corceles y mulos. Cuando llegaron al foso y a las torres que protegían las naves, los centinelas comenzaban a preparar la cena, y el mensajero Argicida los adormeció a todos; en seguida abrió la puerta, descorriendo los cerrojos, e introdujo a Príamo y el carro que llevaba los espléndidos regalos. Llegaron, por fin, a la alta tienda que los mirmidones habían construído para el rey con troncos de abeto, techándola con frondosas cañas que cortaron en la pradera: rodeábala una gran cerca de muchas estacas y tenía la puerta asegurada por una barra de abeto que quitaban o ponían tres aqueos juntos, y sólo Aquiles la descorría sin ayuda. Entonces el benéfico Hermes abrió la puerta e introdujo al anciano y los presentes para el Peleida, el de los pies ligeros. Y apeándose del carro, dijo a Príamo:

''¡Oh anciano! Yo soy un dios inmortal, soy Hermes; y mi padre me envió para que fuese tu guía. Me vuelvo antes de llegar a la presencia de Aquiles, pues sería indecoroso que un dios inmortal se tomara

públicamente tanto interés por los mortales. Entra tú, abraza las rodillas del Peleida, y suplícale por su padre, por su madre de hermosa cabellera y por su hijo, a fin de que conmuevas su corazón.''

Cuando esto hubo dicho, Hermes se encaminó al vasto Olimpo. Príamo saltó del carro a tierra, dejó a Ideo para que cuidase de los caballos y mulos, y fué derecho a la tienda en que moraba Aquiles, caro a Zeus. Hallóle solo — sus amigos estaban sentados aparte—y el héroe Automedón y Alcimo, vástago de Ares, le servían; pues acababa de cenar; y si bien ya no comía ni bebía, aún la mesa continuaba puesta. El gran Príamo entró sin ser visto, y acercándose a Aquiles, abrazóle las rodillas y besó aquellas manos terribles, homicidas, que habían dado muerte a tantos hijos suyos. Como quedan atónitos los que, hallándose en la casa de un rico ven llegar a un hombre que tuvo la desgracia de matar en su patria a otro varón y ha emigrado a país extraño; de igual manera asombróse Aquiles de ver a Príamo, semejante a un dios; y los demás se sorprendieron también y se miraron unos a otros. Y Príamo suplicó a Aquiles, dirigiéndole estas palabras:

''Acuérdate de tu padre, oh Aquiles, semejante a los dioses, que tiene la misma edad que yo y ha llegado a los funestos umbrales de la vejez. Quizás los vecinos circunstantes le oprimen y no hay quien le salve del infortunio y la ruina; pero al menos aquél, sabiendo que tú vives, se alegra en su corazón y espera de día en día que ha de ver a su hijo, llegado de Ilión. Mas yo, desdichadísimo, después que engendré hijos valientes en la espaciosa Ilión, puedo decir que de ellos ninguno me queda. Cincuenta tenía cuando vinieron los aqueos: diez y nueve eran de una misma madre; a los restantes diferentes mujeres los dieron

a luz en el palacio. A los más, el furibundo Ares les quebró las rodillas; y el que era único para mí y defendía la ciudad y a sus habitantes, a éste tú lo mataste poco ha mientras combatía por la patria, a Héctor; por quien vengo ahora a las naves de los aqueos, con un cuantioso rescate, a fin de redimir su cadáver. Respeta a los dioses, Aquiles, y apiádate de mí, acordándote de tu padre; yo soy aún más digno de compasión que él, puesto que me atreví a lo que ningún otro mortal de la tierra: a llevar a mis labios la mano del hombre matador de mis hijos."

Así habló. A Aquiles le vino deseo de llorar por su padre; y cogiendo la mano de Príamo, apartóle suavemente. Los dos lloraban afligidos por los recuerdos: Príamo, acordándose de Héctor, matador de hombres, derramaba copiosas lágrimas postrado a los pies de Aquiles; éste las vertía, unas veces por su padre y otras por Patroclo; y los gemidos de ambos resonaban en la tienda. Mas así que el divino Aquiles estuvo saciado de llanto y el deseo de sollozar cesó en su corazón, alzóse de la silla, tomó por la mano al viejo para que se levantara, y mirando compasivo la cabeza y la barba encanecidas, díjole estas aladas palabras:

"¡Ah infeliz! Muchos son los infortunios que tu ánimo ha soportado. ¿Cómo te atreviste a venir solo a las naves de los aqueos y presentarte al hombre que te mató tantos y tan valientes hijos? De hierro tienes el corazón. Mas, ea, toma asiento en esta silla; y aunque los dos estamos afligidos, dejemos reposar en el alma las penas, pues el triste llanto para nada aprovecha. Los dioses condenaron a los míseros mortales a vivir en la tristeza, y sólo ellos están descuitados. En los umbrales del palacio de Zeus hay dos toneles de dones que el dios reparte: en el uno

están los azares y en el otro las suertes. Aquel a quien Zeus, que se complace en lanzar rayos, se los da mezclados, unas veces topa con la desdicha y otras con la buena ventura; pero el que tan sólo recibe azares, vive con afrenta, una gran hambre le persigue sobre la divina tierra, y va de un lado para otro sin ser honrado ni por los dioses ni por los hombres. Así las deidades hicieron a Peleo grandes mercedes desde su nacimiento: aventajaba a los demás hombres en felicidad y riqueza, reinaba sobre los mirmidones, y siendo mortal, tuvo por mujer a una diosa; pero también le impusieron un mal: que no tuviese hijos que reinaran luego en el palacio. Tan sólo uno engendró, a mí, cuya vida ha de ser breve; y no le cuido en su vejez, porque permanezco en Ilión, lejos de la patria, para contristarte a ti y a tus hijos. Y dicen que también tú, oh anciano, fuiste dichoso en otro tiempo; y que en el espacio que comprende Lesbos, donde reinó Macar, y más arriba la Frigia hasta el Helesponto inmenso, descollabas entre todos por tu riqueza y por tu prole. Mas, desde que los dioses celestiales te trajeron esta plaga, sucédense alrededor de la ciudad las batallas y las matanzas de hombres. Súfrelo resignado y no dejes que se apodere de tu corazón un pesar continuo, pues nada conseguirás afligiéndote por tu hijo, ni lograrás que se levante; y quizás tengas que padecer una nueva desgracia.''

Respondió el anciano Príamo, semejante a un dios: ''No me hagas sentar en esta silla, alumno de Zeus, mientras Héctor yace insepulto en la tienda. Entrégamelo para que lo contemple con mis ojos, y recibe el cuantioso rescate que te traemos. Ojalá puedas disfrutar de él y volver a tu patria, ya que ahora me has dejado vivir y ver la luz del sol.''

Mirándole con torva faz, le dijo Aquiles, el de los

pies ligeros: "¡No me irrites más, oh anciano! Dispuesto estoy a entregarte el cadáver de Héctor, pues para ello Zeus envióme como mensajera a la madre que me parió, la hija del anciano del mar. Comprendo también, y no se me oculta, que un dios te trajo a las veleras naves de los aqueos; porque ningún mortal, aunque estuviese en la flor de la juventud, se atrevería a venir al ejército, ni entraría sin ser visto por los centinelas, ni quitaría con facilidad la barra que asegura la puerta. Abstente, pues, de exacerbar los dolores de mi corazón; no sea que deje de respetarte, oh anciano, a pesar de que te hallas en mi tienda y eres un suplicante, y viole las órdenes de Zeus."

Tales fueron sus palabras. El anciano sintió temor y obedeció el mandato. El Peleida, saltando como un león, salió de la tienda; y no se fué solo, pues le siguieron el héroe Automedón y Alcimo, que eran los compañeros a quienes más apreciaba después del difunto Patroclo. En seguida desengancharon los caballos y los mulos, introdujeron al heraldo del anciano, haciéndole sentar en una silla, y quitaron del lustroso carro los cuantiosos presentes destinados al rescate de Héctor. Tan sólo dejaron dos palios y una túnica bien tejida, para envolver el cadáver antes que Príamo se lo llevase al palacio. Aquiles llamó entonces a los esclavos y les mandó que lavaran y ungieran el cuerpo de Héctor, trasladándolo a otra parte para que Príamo no lo advirtiese; no fuera que, afligiéndose al ver a su hijo, no pudiese reprimir la cólera en su pecho e irritase el corazón de Aquiles, y éste le matara, quebrantando las órdenes de Zeus. Lavado ya y ungido con aceite, las esclavas lo cubrieron con la túnica y el hermoso palio; después el mismo Aquiles lo levantó y colocó en un lecho, y por

fin los compañeros lo subieron al lustroso carro. Y el héroe suspiró y dijo, nombrando a su amigo:

"No te enojes conmigo, oh Patroclo, si en el Hades te enteras de que he entregado el cadáver del divino Héctor al padre de este héroe; pues me ha traído un rescate digno, y consagraré a tus manes la parte que es debida."

Habló así el divino Aquiles y volvió a la tienda. Sentóse en la silla labrada que antes ocupara, de espaldas a la pared, frente a Príamo, y hablóle en estos términos:

"Tu hijo, oh anciano, rescatado está, como pedías: yace en un lecho, y cuando asome el día podrás verlo y llevártelo. Ahora pensemos en cenar; pues hasta Níobe, la de hermosas trenzas, se acordó de tomar alimento cuando en el palacio murieron sus doce vástagos: seis hijas y seis hijos florecientes. A éstos Apolo, airado contra Níobe, los mató disparando el arco de plata; a aquéllas dióles muerte Artemisa, que se complace en tirar flechas, porque la madre osaba compararse con Leto, la de hermosas mejillas, y decía que ésta sólo había dado a luz dos hijos, y ella había parido muchos; y los de la diosa, no siendo más que dos, acabaron con todos los de Níobe. Nueve días permanecieron tendidos en su sangre, y no hubo quien los enterrara porque el Cronida había convertido a los hombres en piedras; pero al llegar el décimo, los celestiales dioses los sepultaron. Y Níobe, cuando se hubo cansado de llorar, pensó en el alimento. Hállase actualmente en las rocas de los montes yermos de Sípilo, donde, según dicen, están las grutas de las ninfas que bailan junto al Aqueloo; y aunque convertida en piedra, devora aún los dolores que las deidades le causaron. Mas, ea, cuidemos también nosotros de comer, y más tarde, cuando hayas transportado tu

hijo a Ilión, podrás hacer llanto sobre el mismo. Y será por ti muy llorado.''

Dijo el veloz Aquiles, y levantándose, degolló una cándida oveja; sus compañeros la desollaron y prepararon, la descuartizaron con arte; y cogiendo con pinchos los pedazos, los asaron cuidadosamente y los retiraron del fuego. Automedón repartió pan en hermosas canastillas y Aquiles distribuyó la carne. Ellos alargaron la diestra a los manjares que tenían delante; y cuando hubieron satisfecho el deseo de comer y de beber, Príamo Dardánida admiró la estatura y el aspecto de Aquiles, pues el héore parecía un dios; y a su vez, Aquiles admiró a Príamo Dardánida, contemplando su noble rostro y escuchando sus palabras. Y cuando se hubieron deleitado, mirándose el uno al otro, el anciano Príamo, semejante a un dios, dijo el primero:

''Permite, oh alumno de Zeus, que me acueste y disfrute del dulce sueño. Mis ojos no se han cerrado desde que mi hijo murió a tus manos; pues continuamente gimo y devoro pesares innúmeros, revolcándome por el estiércol en el recinto del patio. Ahora he probado la comida y rociado con el negro vino la garganta, lo que desde entonces no había hecho.''

Dijo. Aquiles mandó a sus compañeros y a las esclavas que pusieran camas debajo del pórtico, las proveyesen de hermosos cobertores de púrpura, extendiesen tapetes encima de ellos y dejasen afelpadas túnicas para abrigarse. Las esclavas salieron de la tienda llevando sendas hachas encendidas; y aderezaron diligentemente dos lechos. Y Aquiles, el de los pies ligeros, dijo en tono burlón a Príamo:

''Acuéstate fuera de la tienda, anciano querido; no sea que, alguno de los caudillos aqueos venga, como suelen, a consultarme sobre sus proyectos; si alguno

de ellos te viera durante la veloz y obscura noche, podría decirlo a Agamenón, pastor de pueblos, y quizás se diferiría la entrega del cadáver. Mas, ea, habla y dime con sinceridad cuántos días quieres para hacer honras al divino Héctor; y durante este tiempo permaneceré quieto y contendré al ejército.''

Respondióle el anciano Príamo, semejante a un dios:

''Si quieres que yo pueda celebrar los funerales del divino Héctor, obrando como voy a decirte, oh Aquiles, me dejarías complacido. Ya sabes que vivimos encerrados en la ciudad; la leña hay que traerla de lejos, del monte; y los troyanos tienen mucho miedo. Durante nueve días le lloraremos en el palacio, en el décimo le sepultaremos y el pueblo celebrará el banquete fúnebre; en el undécimo erigiremos un túmulo sobre el cadáver y en el duodécimo volveremos a pelear, si necesario fuere.''

Contestóle el divino Aquiles, el de los pies ligeros: ''Se hará como dispones, anciano Príamo, y suspenderé el combate durante el tiempo que me pides.''

Dichas estas palabras, estrechó la diestra del anciano para que no abrigara en su alma temor alguno. El heraldo y Príamo, prudentes ambos, se acostaron en el vestíbulo. Aquiles durmió en el interior de la tienda sólidamente construída, y a su lado descansó Briseida, la de hermosas mejillas.

Las demás deidades y los hombres que combaten en carros, durmieron toda la noche, vencidos por el dulce sueño; pero éste no se apoderó del benéfico Hermes, que meditaba cómo sacaría del recinto de las naves a Príamo sin que lo advirtiesen los sagrados guardianes de las puertas. Y poniéndose encima de la cabeza del rey, así le dijo:

''¡Oh anciano! No te preocupa el peligro cuando así duermes, en medio de los enemigos, después que

Aquiles te ha respetado. Acabas de rescatar a tu hijo, dando muchos presentes; pero los otros hijos que dejaste en Ilión tendrán que ofrecer tres veces más para redimirte vivo, si llegasen a descubrirte Agamenón Atrida y los aqueos todos.''

Así habló. El anciano sintió temor, y despertó al heraldo. Hermes unció los caballos y los mulos, y acto continuo los guió a través del ejército sin que nadie se percatara.

Mas, al llegar al vado del voraginoso Janto, río de hermosa corriente que el inmortal Zeus engendró, Hermes se fué al vasto Olimpo. Eos, de azafranado velo, se esparcía por toda la tierra, cuando ellos, gimiendo y lamentándose, guiaban los corceles hacia la ciudad, y les seguían los mulos con el cadáver. Ningún hombre ni mujer de hermosa cintura los vió llegar antes que Casandra, semejante a la dorada Afrodita; pues, subiendo a Pérgamo, distinguió el carro con su padre y el heraldo, pregonero de la ciudad, y vió detrás a Héctor, tendido en un lecho que los mulos conducían. En seguida prorrumpió en sollozos, y fué clamando por toda la población.

''Venid a ver a Héctor, troyanos y troyanas, si otras veces os alegrasteis de que volviera vivo del combate; porque era el regocijo de la ciudad y de todo el pueblo.''

Tal dijo, y ningún hombre ni mujer se quedó dentro de los muros. Todos sintieron intolerable dolor y fueron a encontrar cerca de las puertas al que les traía el cadáver. La esposa querida y la veneranda madre, echándose las primeras sobre el carro de hermosas ruedas y tomando en sus manos la cabeza de Héctor, se arrancaban los cabellos; y la turba las rodeaba llorando. Y hubieran permanecido delante de las puertas todo el día, hasta la puesta del sol, de-

rramando lágrimas por Héctor, si el anciano no les hubiese dicho desde el carro:

"Haceos a un lado y dejad que pase con las mulas; y una vez que lo haya conducido al palacio, os saciaréis de llanto."

Así habló; y ellos, apartándose, dejaron que pasara el carro. Dentro ya del magnífico palacio, pusieron el cadáver en un torneado lecho e hicieron sentar a su alrededor cantores que entonaran el treno: éstos cantaban con voz lastimera, y las mujeres respondían con gemidos. Y en medio de ellas Andrómaca, la de brazos de nieve, que sostenía con las manos la cabeza de Héctor, matador de hombres, dió comienzo a las lamentaciones, exclamando:

"¡Esposo mío! Saliste de la vida cuando aún eras joven, y me dejas viuda en el palacio. El hijo que nosotros ¡infelices! hemos engendrado, es todavía infante y no creo que llegue a la juventud; antes será la ciudad arruinada desde su cumbre. Porque has muerto tú que eras su defensor, el que la salvaba, el que protegía a las venerables matronas y a los tiernos infantes. Pronto se las llevarán en las cóncavas naves y a mí con ellas. Y tú, hijo mío, o me seguirás y tendrás que ocuparte en viles oficios, trabajando en provecho de un amo cruel; o algún aqueo te cogerá de la mano y te arrojará de lo alto de una torre, ¡muerte horrenda!, irritado porque Héctor le matara el hermano, el padre o el hijo; pues muchos aqueos mordieron la vasta tierra a manos de Héctor. No era blando tu padre en la funesta batalla, y por esto le lloran todos en la ciudad. ¡Oh Héctor! Has causado a tus padres llanto y dolor indecibles, pero a mí me aguardan las penas más graves. Ni siquiera pudiste, antes de morir, tenderme los brazos desde el lecho, ni hacerme saludables advertencias que hubiera recorda-

do siempre, de noche y de día, con lágrimas en los ojos.''

Esto dijo llorando, y las mujeres gimieron. Y entre ellas, Hécuba empezó a su vez el funeral lamento:

''¡Héctor, el hijo más amado de mi corazón! No puede dudarse de que en vida fueras caro a los dioses, pues no se olvidaron de ti en el trance fatal de tu muerte. Aquiles, el de los pies ligeros, a los demás hijos míos que logró coger, vendiólos al otro lado del mar estéril, en Samos, Imbros o Lemnos, de escarpada costa; a ti, después de arrancarte el alma con el bronce de larga punta, te arrastraba muchas veces en torno del sepulcro de su compañero Patroclo, a quien mataste, mas no por esto resucitó a su amigo. Y ahora yaces en el palacio, tan fresco como si acabaras de morir y semejante al que Apolo, el del arco de plata, mata con sus suaves flechas.''

Así habló, derramando lágrimas, y excitó en todos vehemente llanto. Y Helena fué la tercera en dar principio al funeral lamento:

''¡Héctor, el cuñado más querido de mi corazón! Mi marido, el divino Alejandro, me trajo a Ilión, ¡ojalá me hubiera muerto antes!; y en los veinte años que van transcurridos desde que vine y abandoné la patria, jamás he oído de tu boca una palabra ofensiva o grosera; y si en el palacio me increpaba alguno de los cuñados, de las cuñadas o de las esposas de aquéllos, o la suegra—pues el suegro fué siempre cariñoso como un padre—, contenías su enojo, aquietándolos con tu afabilidad y tus suaves palabras. Con el corazón afligido, lloro a la vez por ti y por mí, desgraciada; que ya no habrá en la vasta Ilión quien me sea benévolo ni amigo, pues todos me detestan.''

Así dijo llorando, y la inmensa muchedumbre pro-

rrumió en gemidos. Y el anciano Príamo dijo al pueblo:

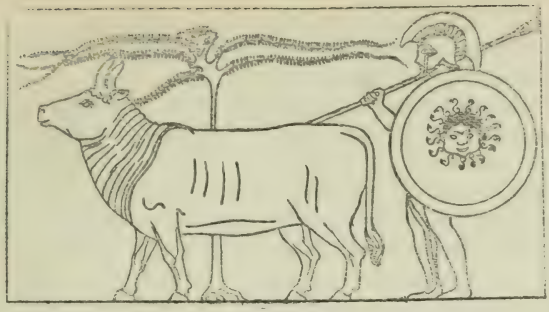
"Ahora, troyanos, traed leña a la ciudad y no temáis ninguna emboscada por parte de los argivos; pues Aquiles, al despedirme en las negras naves, me prometió no causarnos daño hasta que llegue la duodécima aurora."

De este modo habló. Pronto la gente del pueblo, unciendo a los carros bueyes y mulos, se reunió fuera de la ciudad. Por espacio de nueve días acarrearon abundante leña; y cuando por décima vez apuntó Eos, que trae la luz a los mortales, sacaron, con los ojos preñados de lágrimas, el cadáver del audaz Héctor, lo pusieron en lo alto de la pira, y le prendieron fuego.

Mas, así que se descubrió la hija de la mañana, Eos, de rosados dedos, congregóse el pueblo en torno de la pira del ilustre Héctor. Y cuando todos se hubieron reunido, apagaron con negro vino la parte de la pira a que la llama había alcanzado; y seguidamente los hermanos y los amigos, gimiendo y corriéndoles las lágrimas por las mejillas, recogieron los blancos huesos y los colocaron en una urna de oro, envueltos en fino velo de púrpura. Depositaron la urna en el hoyo, que cubrieron con muchas y grandes piedras, amontonaron la tierra y erigieron el túmulo. Habían puesto centinelas por todos lados, para vigilar si los aqueos, de hermosas grebas, los atacaban. Levantado el túmulo, volviéronse; y reunidos después en el palacio del rey Príamo, alumno de Zeus, celebraron el espléndido banquete fúnebre.

Así celebraron las honras de Héctor, domador de caballos.

FIN



APENDICE

HOMERO.

Homero es el gran poeta épico de Grecia. Varias de las obras que se le atribuyeron se han perdido; quedan los dos grandes poemas épicos, la **Ilíada** y la **Odisea**, treinta y tres **Himnos**, una parodia épica (la **Batalla de las Ranas y los Ratones**), y algunas composiciones de breves líneas (las llamadas Epigramas).

ANTIGUAS NOTICIAS SOBRE HOMERO

En cuanto a la fecha fija de la existencia de Homero, probablemente no existió nunca ningún dato real o supuesto. Herodoto (II, 53) sostiene que Hesiodo y Homero vivieron apenas cuatro siglos antes que él, por tanto, no más de ocho siglos y medio antes de J. C. Se infiere, del tono de controversia con que presenta su afirmación que otros le acordaban a Homero mayor antigüedad; y según los datos señalados por autoridades posteriores, generalmente se fija entre la décima y la undécima centurias antes de J. C.

Ninguna de estas afirmaciones ha podido asumir la condición de prueba evidente.

Las vidas de Homero que poseemos (**Vitarum Scriptores Graeci minores**, edición de Westermann), son ocho en número, incluyendo la pieza llamada **Disputa entre Hesiodo y Homero**. La de mayor extensión está escrita en el dialecto jónico, y lleva el nombre de Herodoto, aunque se sabe de cierto que es espuria. Con toda probabilidad esta obra pertenece a ese período, más fecundo que ningún otro en falsificaciones literarias, el segundo siglo de nuestra era. Las otras biografías no son más antiguas seguramente. Su principal valor consiste en haber conservado esa extraña clase de poemas cortos o fragmentos de versos —los llamados **epigramas**, que se acostumbró agregar a las ediciones de Homero—. Estas breves composiciones se reconoce fácilmente que son "versos populares," una especie de folklore que se encuentra en casi todos los países, como una suerte de proverbios atesorados por el pueblo. En los **epigramas** homéricos el interés consiste a veces en la caracterización de las particularidades locales—Esmirna y Kyme (**Epigr. IV.**), Eritrea (**Epigr.** VI, VII), Monte Ida (**Epigr.** X), Neón Teichos (**Epigr.** I); otros relatos se refieren a ciertas profesiones y negocios—alfareros (**Epigr.** XIV), marineros, pescadores, cabreros, etc. Algunos, probablemente, son fragmentos de grandes poemas; pero es evidente que todos no son la obra de un sólo poeta. El hecho de que hayan sido atribuídos a Homero, únicamente significa que pertenecen a un período de la historia de las colonias jonias y eolias en que el nombre "Homero" era una designación general que se daba al conjunto de poesías antiguas y populares.

Por otra parte, estableciendo la comparación de los epigramas con las anécdotas y leyendas referidas en las vidas de Homero, difícilmente puede dudarse de que aquéllos fueran la principal fuente de que se derivaron estas biografías. Por ejemplo, en el epigrama IV, encontramos a un poeta ciego, nativo de la eolia Esmirna recorrida por el agua del sagrado Meles. Este es sin duda el origen del incidente capital a que se contrae la biografía atribuída a Herodoto—el nacimiento de Homero, "Hijo del Meles." El epíteto de eolio implica mucha antigüedad, pues según el mismo Herodoto, Esmirna vino a ser jonia por los años 688 antes de J. C. Como es natural, los jonios tenían su versión histórica propia, según la cual Homero floreció en tiempo de los primeros colonizadores atenienses.

La misma argumentación puede extenderse a los Himnos, y también a muchas de las obras perdidas de los poetas post-homéricos o cíclicos; verbigracia:

1. El himno al Apolo Delio termina con un discurso del poeta a sus oyentes. Al presentarse cualquier extranjero preguntando quién es el bardo de las más dulces canciones, todos le contestan a una voz, "el viejo ciego que habita en la rocallosa Chios; sus cantos merecen la primacía de toda la posteridad." Tucídides, que cita este pasaje para demostrar la antigüedad de las fiestas de Delos, no muestra duda alguna sobre la autenticidad homérica de este himno. La creencia de que Homero era natural de Chios, puede admitirse con certeza que data desde entonces.

2. El Margites —poema burlesco que es considerado como obra de Homero desde la época de Aristóteles—, comienza con estas palabras: "Vino una vez a Colofón un viejo, un cantor divino, dedicado

al servicio de las Musas y Apolo.'' De aquí parte sin duda la pretensión de Colofón a ser la cuna de Homero, pretensión sostenida en los primeros tiempos de los estudios homéricos por el poeta y gramático Antimaco, natural de esa ciudad.

3. El poema llamado **Cypria** se opinaba que fué compuesto por Homero para Estasino de Chipre, como regalo de bodas a la hija de éste. La conexión con Chipre aparece más adelante en la predominancia que se le concede a Afrodita en el poema.

4. La **Pequeña Ilíada** y el **Phocais**, según la biografía de Herodoto, fueron compuestos por Homero cuando vivió en Fócide, con un tal Testórides, quien los trajo a Chios y allí se hizo de fama recitándolos como obra propia. El nombre de Testórides aparece en el **Epig. V.**

5. Una historia similar circuló respecto al poema llamado la **Toma de Oechalia**, cuya materia la constituía una de las hazañas de Heracles. Apareció con el nombre de Creofylo, amigo, o, según se dice también, yerno de Homero; generalmente se consideraba este trabajo como del mismo poeta.

6. Finalmente, la **Tebaida** siempre fué tenida como obra de Homero. Por lo que hace a los **Epigones**, que contienen la historia de Tebas, parece que hubo algunas dudas.

Las anteriores indicaciones confirman el que las historias que relacionan a Homero con diversas ciudades e islas, surgieron después de que sus poemas habían llegado a ser conocidos y famosos, en particular en las nuevas y florecientes colonias de Eolia y Jonia. La controversia acerca de Homero, en resumen, comienza en una época en que se había perdido ya su historia verdadera, y él se había convertido en una especie de figura mitológica, un ''héroe epóni-

mo'' o personificación de una gran escuela de poesía.

Una confirmación muy interesante de lo dicho, desde el punto de vista opuesto, nos la suministra la ciudad tenida como principal entre las colonias asiáticas de Grecia, Mileto. Ninguna leyenda reclama para Mileto ni siquiera una visita de Homero, ni participación alguna en la factura de los poemas homéricos. Sin embargo, se dijo que Arctino de Mileto era un ''discípulo de Homero,'' y ciertamente fué uno de los primitivos y más notables ''poetas cíclicos.'' Su **Aethiopis** fué compuesto como una continuación de la **Ilíada**; y la estructura y carácter general de sus poemas demuestran que tomó a la **Ilíada** por modelo. Y no obstante, en este caso no encontramos ni huella de esas disputas tan comunes sobre la paternidad de otros ''poemas cíclicos.'' ¿A qué se debe esto? ¿Por qué las obras de Arctino escaparon a la atracción ejercida por el nombre de Homero sobre otras épicas, tales como la **Cypria**, la **Pequeña Ilíada**, la **Tebaida**, los **Epigones**, la **Toma de Oechalia** y el **Phocais**? La contestación más obvia es que Arctino jamás fué tan olvidado para que sus poemas llegasen a ser materia de disputa. A través de él, podemos obtener una vislumbre de aquella primera edad post-homérica de Jonia, cuando los discípulos inmediatos y sucesores de Homero eran ya figuras discernibles en una tradición fidedigna—cuando su individualidad no se había confundido todavía en el legendario Homero del ciclo épico.

RECITACION DE LOS POEMAS

La recitación de poesías épicas fué llamada en los tiempos históricos ''rapsodia.'' La palabra ''rapsoda'' es post-homérica, pero la conoció Píndaro, que

da dos explicaciones diferentes de ella—"cantor de versos unidos," y "cantor con vara." De las dos, la primera es la correcta etimológicamente, aunque mejor podría decirse "zurcidor de versos;" la segunda fué sugerida por el hecho, del cual hay muy antiguas pruebas, de que el recitador casi siempre sostenía en la mano un báculo o rama de laurel, semejante al cetro de las asambleas homéricas, en señal de su derecho a que se le oyera.

La primer noticia sobre la rapsodia la encontramos en Sicion, durante el reinado de Clistenes (600-560 antes de J. C.), "quien hizo callar a los rapsodas, a causa de que los poemas de Homero se referían sólo a Argos y a los Argivos" (Hdt. V. 67.) Esta descripción se aplica muy bien a la Ilíada, en la cual se menciona a Argos y a los Argivos casi en cada página. Puede agregárseles la Tebaida, y todavía mejor; pero no es preciso referir el caso únicamente a este poema, como lo hace Grote. La anécdota demuestra que en la sexta centuria antes de J. C. los poemas del Homero jónico, en las regiones dóricas del Peloponeso, habían ganado ya el influjo, la importancia nacional y el carácter casi canónico que nunca perdieron después.

En Atenas una ley prescribió que los poemas homéricos debían recitarse cada vez que se celebrasen las Panateneas. Esta ley fué alabada como una gloria singular de Atenas por el orador Licurgo (Leocr. 112). Es posible, por tanto que la costumbre de las recitaciones públicas fuese excepcional, y por desgracia no sabemos cuándo ni por quén fué establecida. El diálogo platónico Hiparco la atribuye a Hiparco, hijo de Pisistrato. Esto, por otro respecto entra dentro de la novela histórica en que dicho diálogo consiste

principalmente. Acaso de propósito, el autor incurre en error acerca de la familia de Pisistrato, sobre la cual dá noticias Tucídides en un pasaje muy conocido (VI. 54-59). En un punto, sin embargo, es válido el testimonio del escritor. Nos habla de que la ley requería que los rapsodas recitaran "sucediéndose uno a otro en orden, como todavía lo hacen." Esto mismo lo afirma en forma distinta Diógenes Laercio, cuando dice que Solón hizo una ley según la cual los poemas debían ser recitados "con apuntador." No puede establecerse una controversia entre Solón e Hiparco; mas, al menos, es claro que el orden de las recitaciones estaba asegurado por la presencia de una persona encargada de avisar a los rapsodas cuándo debían empezar. Fué necesario, desde luego, dividir el poema que iba a ser recitado en partes, y compeler a cada rapsoda contendiente a tomar el fragmento que se le fijaba. De otra manera, cada uno habría escogido los pasajes preferidos.

La práctica de los poetas o rapsodas de contender por el premio en los grandes festivales religiosos, tiene considerable antigüedad, aunque aparentemente es post-homérica. Ella se nos presenta con vívida frescura en el Himno de Apolo (véase el pasaje arriba mencionado), y en dos himnos a Afrodita (V. IX). El último de éstos puede seguramente señalarse como perteneciente a Salamis en Chipre, y al festival de la Afrodita Cipria, del mismo modo que el Himno a Apolo pertenece a Delos y a la confederación Delia. La primera huella de tales certámenes se encuentra en la historia de Tamiris, el cantor tracio que se jactaba de que podía competir con las musas en el canto II. II. 594.

Se ha insistido mucho sobre la existencia de una

familia o clan de homéridas en la isla de Chios. En un sentido, parece seguirse de la existencia de semejante familia, que Homero fué únicamente un epónimo, o antepasado mítico; por otra parte, es fácil imaginar que los poemas homéricos se transmitían oralmente, en una familia cuya ocupación hereditaria fuése recitarlos, y tal vez agregarles de tiempo en tiempo nuevos episodios, o combinar sus materiales en otras formas, según les permitiesen sus dotes poéticas. Pero, aunque no hay razón para dudar de la existencia de una familia de Homéridas, está muy lejos de probarse que éstos tuvieran relación alguna con la poesía homérica. La palabra la vemos por primera vez en Píndaro (Nem. 2. 2.), quien la aplica a los rapsodas. Sobre esto, un escoliasta dice que el nombre Homérida denotó al principio descendientes de Homero, que cantaban sus poemas unos en pos de otros; pero más tarde se aplicó también a los rapsodas que no pretendían descender de él. Añade que hubo un rapsoda famoso, Cynaeto de Chios, a quien se atribuye el Himno a Apolo, y que fué el primer recitador de Homero en Syracusa, en la sexagésima novena Olimpíada. Nada de esto establece conexión entre los Homéridas y Chios. La afirmación del escoliasta es mera inferencia de la forma patronímica de la palabra. Si ella prueba algo, es que Cynaeto, que era nativo de Chios y rapsoda, no pretendía ser descendiente de Homero. Además, nuestro conocimiento sobre los Homéridas de Chios procede principalmente del lexicón de Harpocratio, donde se nos informa que Acusilao y Helanico se decían así llamados por el nombre del poeta; lo que Seleuco consideraba un error. Estrabon cuenta también que los habitantes de Chios hacían de los Homéridas un ar-

gumento en apoyo de sus pretensiones acerca de Homero. Estos Homéridas, pues, pertenecían a Chios, pero no hay indicación de que fuésen rapsodas. Por el contrario, Platón y otros escritores del Atica usan la palabra incluyendo en su significado a los intérpretes y admiradores de Homero, en general a todos los que tienen parentesco espiritual con él. Y aun cuando oímos hablar de "descendientes de Creofylo" como poseedores de los poemas homéricos, no hay ninguna historia parecida respecto a los descendientes del mismo Homero. Tales son las pruebas de las cuales se han extraído tan diferentes deducciones.

El resultado de las noticias hasta ahora colectadas nos demuestra que la historia primitiva de las recitaciones épicas consiste: 1) en pasajes de los himnos homéricos que prueban que los poetas contendían por el premio en los grandes festivales; 2) la mención incidental en Herodoto de los rapsodas de Sición; y 3) una ley de Atenas de fecha desconocida, reglamentando la recitación en las Panateneas. Comparemos ahora estos datos con lo que aparece en los poemas homéricos. La palabra "rapsoda" aún no existía; encontramos allí solamente la de "aeda," cantor, el cual no lleva una vara o rama de laurel, sino la lira con que acompaña su "canción." En la **Ilíada** ni siquiera se encuentra este tipo del "aeda." Aquiles mismo es quien canta las historias de los héroes en su tienda y Patroclo está esperando para continuar a su turno el canto (II. IX. 191.) Tampoco se nos dice nada de certámenes poéticos (con excepción de la historia de Tamiris ya mencionada), ni de la recitación de poesías épicas en las fiestas. **La Odisea** nos ofrece la pintura de dos grandes mansiones, cada una de las cuales tiene su "aeda." El

canto versa sobre algún tema de la guerra de Troya; algún trozo escogido por el cantor mismo o por sus oyentes. Femio complace a sus compañeros cantando el calamitoso regreso de los griegos; Demodoco canta la querella entre Odiseo y Aquiles y después la treta del caballo de madera y la captura de Troya.

No es fácilmente creíble que el autor de la **Odisea** haya sido un "aeda" como los que él mismo describe. Las canciones de Femio y Demodoco son demasiado cortas y tienen además pronunciado aire de improvisaciones. No es preciso suponer que la poesía épica, por el tiempo a que pertenecen las descripciones de la **Odisea**, estaba reducida únicamente al tipo allí representado. Sin embargo, en algunos respectos, las condiciones en que se hallaban los aedas en la casa de un jefe como Odiseo o Alcinoo, guardaban más armonía con el carácter de las poesías homéricas que las de los certámenes rapsódicos. La subdivisión de un poema como la **Ilíada** o la **Odisea** entre diferentes y de seguro desiguales recitadores, debe haber sido dañosa para el efecto. La manera altamente teatral de recitación creada por el espíritu de rivalidad, y por el ejemplo de la escena, no puede haber sido favorable al sereno movimiento del estilo épico. No es en verdad seguro que fuese antigua la costumbre de recitar largos poemas por medio del empleo de varios competidores; ni que ella prévaleciese en otras partes fuera de Atenas; pero como los rapsodas eran numerosos, y el favor popular se fué concentrando en toda Grecia alrededor de una o dos grandes obras, debió convertirse en una necesidad. Es imposible creer que este fuese el modo de recitación previsto por el autor de la **Ilíada** o de la **Odisea**.

La diferencia consistente en sustituir el báculo o

rama de laurel por la lira del aeda homérico, es ligera, aunque no insignificante. La recitación de los poemas hesiódicos no fué al principio acompañada por la lira; se decían, no se cantaban; y era natural que el ejemplo se extendiese a los de Homero. Así, pues, resulta difícil creer que los poemas homéricos fuesen jamás "cantados," hablando con todo rigor. Podemos suponer que la lira, en manos del poeta épico o recitador, era en realidad un instrumento convencional, una "supervivencia" de la época en que la poesía narrativa tenía carácter lírico. Probablemente los poetas de la escuela homérica—que se inspiraron en guerras y aventuras—fueron los genuinos descendientes de los cantores cuyos "layes" o "baladas" eran la diversión en los festejos de la primitiva edad heroica; en tanto que las composiciones hesiódicas no eran líricas por naturaleza, y si estaban en verso era únicamente por ser ésta la forma universal de literatura.

Resulta, pues, que si nos imaginamos a Homero como un cantor de una casa real de la edad homérica, pero con mayor libertad en cuanto a los límites de su materia, y un auditorio más tranquilo que el que escucha en el rápido movimiento de la **Odisea**, seguramente no estaremos muy lejos de la verdad.

EPOCA Y PATRIA DE HOMERO

Las referencias directas más antiguas a la **Ilíada** y a la **Odisea** están en Herodoto, quien menciona a ambos poemas (II. 53.) La cita de la **Ilíada** es interesante porque la hace con objeto de demostrar que Homero apoya la historia de los viajes de Paris a Egipto y Sidón; (cuando el poema cíclico llamado Cypria los desconocía); y también porque la rapsodia de

la Ilíada de donde proviene la cita es la llamada "Aristeia de Diómedes." Esta era por consiguiente una parte reconocida del poema.

La primera mención del nombre de Homero se halla en un fragmento del filósofo Xenófanes (del siglo VI antes de J. C. o tal vez más antiguo), quien se queja de las falsas nociones provenientes de la enseñanza de Homero. El pasaje demuestra, no sólo que Homero era popular en Colofón en los tiempos de Xenófanes, sino también que el gran progreso moral y de las ideas religiosas que llevó a Platón a desterrar a Homero de su República, ya se había hecho sentir en la época de los primeros filósofos jonios.

A falta de testimonios exteriores, la época y la patria de los poemas homéricos pueden sólo ser determinadas (si acaso), por indicaciones internas. Estas son de dos clases: a), históricas, consistentes en la comparación de las condiciones políticas y sociales: la geografía, las instituciones, las costumbres, artes e ideas de Homero con las otras épocas; b), inducciones de lenguaje, consistentes en la comparación con dialectos posteriores respecto a gramática y vocabulario. A esto puede agregarse como incidentalmente válida, c), la valiosa inferencia del influjo directo ejercido por Homero sobre el desarrollo subsecuente de la literatura y el arte.

a). La condición política de Grecia en los tiempos primitivos que alcanza la historia, distan de la Grecia de Homero un espacio difícilmente calculable. Las grandes designaciones nacionales son distintas; en lugar de Aqueos, Argivos, Dánaos, encontramos Helenos, subdivididos en Dorios, Jonios y Eolios —nombres desconocidos de Homero, o mencionados en términos más significativos que el silencio—. En el albor

de la historia griega, Micenas no es ya el asiento del imperio; nuevos estados, formas de gobierno y civilizaciones, han prosperado: Esparta, con su disciplina militar, Delfos con su supremacía religiosa, Mileto con su comercio e innúmeras colonias, Eolia y Jonia, Sicilia y la Magna Grecia.

En tanto que el centro político de la Grecia homérica está en Micenas, su centro real debe buscarse en Beocia. El Catálogo de las Naves comienza por Beocia; la lista de las ciudades beocias es mucho más larga; y los dánaos se embarcan, no en la bahía de Argos, sino en el puerto beocio de Aulide. Esta notoriedad no es debida a sus jefes, que son todos de rango inferior. La importancia de Beocia para la civilización griega, más adelante está señalada por el antiguo culto a las Musas en el monte Helicón, y el hecho de que el beocio Hesiodo fuese el poeta más remoto cuyo lugar de nacimiento se conoce. Próximos a Beocia y los países circundantes, aparece que el Peloponeso, Creta y Tesalia, eran los más importantes lugares de la población griega.

En el Peloponeso el aspecto de las cosas estaba completamente cambiado por la conquista dórica, de la cual no hay trazas siquiera en Homero. Los únicos dóricos conocidos por Homero son aquellos que la Odisea menciona como moradores de Creta.

Las costas orientales del Egeo, que los datos históricos primitivos señalan como el asiento de una brillante civilización, que hubo de ceder al avance de los grandes imperios militares (Lidia y después Persia), están casi en blanco en el mapa de Homero. El límite de las colonizaciones puede trazarse en el Catálogo, de Creta a Rodas, y comprende las islas vecinas de Cos y Calimnos. La colonización de Rodas

por Tlepolemo es referida en la Ilíada (II. 661 y sigs.) y parece que marca el punto más lejano alcanzado en la edad homérica. Entre Rodas y la Troada, Homero no conoce sino una ciudad, Mileto, que es una aliada caria de Troya, y la desembocadura de un río, el Caystro. Aún las Cíclades —Naxos, Paros, Melos— son desconocidas en el mundo homérico. La preferencia de los griegos por el Oeste para situar sus centros religiosos, se nota en la mención de Dodona y del Zeus dodónico, puestos en boca del tésalo Aquiles.

Al norte encontramos a los tracios, traídos a cuento en las historias de Tamiris (en el canto Il. II 595), y Licurgo, el enemigo del joven dios Dionisos (Il. VI. 130). Aquí comienza el imperio Troyano. No aparece, sin embargo, que los troyanos fueran considerados como pueblo de diferente idioma. Esto se dice explícitamente de los carios, y de los aliados troyanos que fueron "convocados de muy lejos," y más bien queda implícito lo contrario respecto de Troya misma.

El tipo mixto de gobierno descrito por Homero, consistente en un rey asistido por un consejo de ancianos, y que somete todas las resoluciones importantes a la asamblea de los guerreros, no consta que haya sido universal en las comunidades indo-europeas, sino que prosperó en diferentes partes del mundo al amparo de condiciones semejantes. El rey es el que comanda en la guerra y su cargo probablemente debe su existencia a las necesidades militares. No está investido de carácter sagrado. Había familias predominantes que reclamaban para sí ascendencia divina, entre las cuales, naturalmente, se escogían los reyes; pero la propia habilidad de éstos para la guerra es la causa esencial de su título. Se hace a un lado al anciano Laertes; el joven Telémaco, no tiene buen

éxito, a decir verdad. No están muy bien definidos los derechos adherentes al oficio. Cada tribu de ejército, ante Troya, estaba mandada por su propio rey, o reyes; pero Agamenón era superior a todos, "más rey" que cualquier otro. La asamblea se convoca en todas las ocasiones críticas, y su aprobación es el recurso último. Para prevalecer en ella, un rey necesita, por consiguiente, tanta habilidad oratoria como capacidad militar y arrojo. La división del botín inclusive, no es hecha en la **Ilíada** por Agamenón, sino por los "aqueos" (Il. I. 162, 368). El despojo hecho a Aquiles de Briseida, fué un acto arbitrario, contra toda regla y costumbre. El Consejo es más difícil de entender. Los "ancianos" de la **Ilíada** son los mismos "reyes" subordinados; Agamenón los convoca a su tienda y constituye con ellos un pequeño consejo de nueve o diez personas. En Troya oímos hablar de los ancianos del pueblo que acompañan a Príamo, y son hombres que han pasado la edad del servicio militar. También en Itaca hay ancianos que no han ido a Troya con el ejército. Puede creerse, en consecuencia, que la reunión bajo la tienda de Agamenón era solamente una copia o adaptación del verdadero "consejo de ancianos" constitucional, el cual, por su naturaleza, debía componerse de hombres ya inhábiles para la guerra. El palacio del rey, a juzgar por Tirinto y Micenas, estaba usualmente levantado en una elevación fortificada o "acrópolis;" en los tiempos posteriores de la democracia se reservó la acrópolis para los templos de los principales dioses.

El sacerdocio, en Homero, aparece vinculado a determinados templos donde necesariamente, un ministro está encargado de la guarda del sagrado recinto y de los sacrificios ofrecidos dentro de él. Es casual,

de seguro, que no se nos diga nada respecto a sacerdotes en Itaca. Agamenón consuma por sí mismo los sacrificios, no porque alguna dignidad sacerdotal estuviese agregada a su carácter real, sino simplemente porque era "el amo de su propia casa."

El concepto de "ley" es extraño a Homero. La palabra le es desconocida, y los términos que usa significan solamente "costumbre." Las funciones judiciales están encomendadas a los ancianos, quienes "entienden de litigios" y "dictan las sentencias." En ciertos asuntos, como la compensación en caso de homicidio, es evidente que no había reglas, sino únicamente un asentimiento creado por el uso y el hábito, mediante el cual los parientes del asesinado convenían voluntariamente en aceptar una reparación. La sensación de angustia que sigue a la violación de la costumbre, lleva por nombre "Nemesis," justo desagrado.

Como no hay leyes en Homero, tampoco hay moral. Es decir, no hay principios generales de acción, ni palabras que indiquen que los actos han sido clasificados en buenos o malos, justo o injustos. Los "sentimientos" morales existen necesariamente, y son denotados por la palabra "Aidos;" pero las numerosas significaciones de esta palabra —vergüenza, veneración, piedad—, ponen de manifiesto cuán rudimentaria era dicha idea. Por lo que hace a la práctica, encontramos el relato de actos crueles y alevosos, sin la menor idea de que merecen censura. Los héroes de Homero, en punto a moralidad, valen tanto como los gigantes y encantadoras de los cuentos de hadas.

Las ideas religiosas de Homero difieren en algunas materias importantes de las de la Grecia posterior. El Apolo de la Ilíada tiene el carácter de una deidad

asiática local, "que rige en Chrysa y en la espléndida Cilla y Ténedos." Puede comparársele al dios de Caria y de Licia, pero es diverso del Apolo de los tiempos dóricos, el "libertador" que se manifiesta por oráculos. Además, el culto de Dionysos, de Deméter y Perséfone, es casi todo, o en absoluto, posterior a Homero. La mayor diferencia, sin embargo, estriba en la ausencia de todo culto a los héroes en el sistema homérico; Cástor y Pólux, por ejemplo, son simples hermanos de Helena, muertos antes de la expedición a Troya (Il. III. 243).

La táctica militar de Homero es la de una edad en que el carro figuraba como la principal máquina de combate. No se conoce la caballería, y las batallas se deciden por las proezas de los jefes. El uso de la trompeta vino también más tarde. Se ha supuesto que el arte de la equitación era conocido en los tiempos homéricos, porque se hacen comparaciones referentes a él. Pero la equitación descrita (Il. XV. 679) es una mera exhibición de habilidad tal como la que vemos en los circos modernos. Y aunque Homero menciona la trompeta (Il. XVIII. 219), nada revela que fuese usada, como en los tiempos históricos, para dar la señal de la carga.

Las industrias capitales de los tiempos homéricos son las del carpintero, o "tecton;" la del trabajador del cuero, "esquitotomos;" del herrero o artesano de los metales, "calkeus," cuyas herramientas son el martillo y las tenazas; y del alfarero, "kerameus;" también la hilandería y los tejidos, que ocupan a las mujeres. Las bellas artes están representadas por la escultura en relieve, la talla en madera y marfil, y los bordados. La estatuaria aparece más tarde; este arte ha de haber comenzado en el siglo VII, por el

tiempo en que Roeco de Samos inventó la fundición de los metales. En general, como lo ha comprobado A. S. Murray (Contemporary Review, vol. XXIII, p. 218), las artes homéricas no van más allá de la intención decorativa aplicada a los objetos de uso ordinario, y en cuanto a estilo, las caracteriza una riqueza y variedad de ornamentación que hace el más extraño contraste con la simplicidad de los mejores períodos. Es la obra, en suma, no de artistas, sino de hábiles menestrales; el artista ideal es "Dedalo," nombre que implica habilidad mecánica e intrincada labor, no belleza de dibujo.

Un arte de la mayor importancia nos resta. La cuestión sobre si la escritura era conocida en tiempo de Homero fué propuesta en la antigüedad, y ha sido discutida con particular viveza desde la aparición de los Prolegomena de Wolf. Sobre esto hemos de considerar además de las indicaciones contenidas en los poemas, los datos externos que poseemos en cuanto al uso de la escritura en Grecia. Hoy ésta última clase de comprobación es mucho más apreciable que en los días de Wolf.

La más antigua muestra conocida del alfabeto griego es la representada por las inscripciones de las islas de Thera, Milo y Creta, las cuales se cree pertenecen a la 40a. Olimpíada (620 antes de J. C.). La más antigua aparición de un alfabeto jonio distinto, está en la famosa inscripción de los mercenarios de Psammetico, en el Alto Egipto, respecto a la cual no hay más duda sino sobre si este Psammetico fué el primero o el segundo, y por consiguiente, si la inscripción debe datarse en la 40a. o en la 47a. Olimpíada. En consideración a que la diferencia de los dos alfabetos, como la diferencia de dos dialectos, requiere el trans-

curso del tiempo y el uso popular, podemos muy bien deducir que la escritura era perfectamente conocida en Grecia aún antes del siglo VII antes de J. C.

La aparición de la composición en prosa en el siglo VI antes de J. C., marca la época en que la memoria fué superada prácticamente por la escritura, como medio de conservar las obras literarias, pues el primer uso de las letras estuvo destinado a documentos cortos, tales como listas de nombres, tratados, leyes, etc. Esta conclusión, sin embargo, no es en modo alguno precisa. Es posible que en tiempos relativamente cercanos, los poemas, no fuesen de ordinario leídos, sino recitados de memoria. Pero el problema es: ¿desde qué tiempo debemos suponer que la preservación de largos poemas se aseguró por medio de copias escritas? Pues bien, sin referirse a los poemas homéricos, que sin duda gozaban de ventajas excepcionales por su fama y popularidad, encontramos un cuerpo de obras literarias pertenecientes al siglo VIII, antes de J. C., al cual es absolutamente inaplicable la teoría de la transmisión oral. Solamente en el ciclo troyano, hallamos los dos poemas épicos de Aretino, la **Pequeña Ilíada** de Lesques, la **Cypria**, y los **Nostoi**. El ciclo tebano está representado por la Tebaida, (la cual Calino, del siglo VII, atribuye a Homero) y los **Epigones**. Otros poemas épicos antiguos —lo suficiente para haber pasado con el nombre de Homero— son la **Toma de Oechalia**, y el **Phocais**. Además, hay numerosas obras atribuídas a Hesiodo y otros poetas de las escuelas didáctica, mitológica y semi-histórica. Eumelo de Corinto, Cinaeton de Esparta, Agias de Trezena, y muchos más. La conservación de esta vasta producción literaria, no puede explicarse sino por medio de la escritura, la cual, por tanto,

debe haber estado en uso dos o más centurias antes de que existiese cualquier literatura en prosa, digna de consideración. Esto no es improbable por sí mismo.

La otra cuestión, o sea si la Ilíada y la Odisea fueron originariamente escritas, es mucho más difícil. Las pruebas externas no alcanzan tan lejos, y la evidencia resulta curiosamente indecisa. El único pasaje interpretable como una referencia a la escritura, ocurre en la historia de Belerofonte, contada por Glauco en el libro VI de la Ilíada. Proeto, rey de Corinto, envió a Belerofonte cerca de su suegro el rey de Licia, y le dió "mortíferas señales," "grabando en un díptico muchas señales de destrucción de la vida, y rogándole que lo entregase a su suegro, quien debía hacerlo perecer." El rey de Licia preguntó a su debido tiempo (al décimo día después de la llegada del huésped) por lo que traía, y entonces supo lo que debía hacerse según la voluntad de Preto. En esta relación no hay nada que demuestre con exactitud la manera como estaba expresado el mensaje de Preto. El uso de la escritura con el fin de corresponderse entre "huéspedes amigos" es en realidad muy antiguo. Mommsen (Rom. Forsch. I. 338) señala este uso en los tratados, que son la más antigua clase de documentos públicos. Pero podemos suponer que signos de cierto género —como las marcas con las cuales los jefes griegos señalaban los lotes en las reparticiones (Il. VII. 175)—estuvieron en uso antes de que la escritura fuése conocida. Cualquiera que fuése el sistema de signos, debía de haber, a no dudarlo, manera de recomendar a un amigo, y de avisar la presencia de un enemigo. Por tanto, no hay dificultad en admitir que el mensaje de Preto pudo enviarse sin

la escritura alfabética. Pero por otra parte, no hay tampoco razón para afirmar que así fuese.

Si el lenguaje de Homero es así de ambiguo en los pasajes donde la escritura podría ser mencionada de modo natural, no esperemos encontrar en otras partes referencias más precisas. Se han aventurado hipótesis fundándose en las descripciones de los ciegos aedas de la Odisea, con sus canciones inspiradas directamente por la Musa; en las invocaciones del poeta a las Musas, en particular al comienzo del Catálogo; en el Catálogo mismo, el cual es una especie de documento histórico puesto en verso para ayudar la memoria; en aquél armador de la Odisea, que tiene "buena memoria para recordar su cargamento" etc. Puede contestarse, sin embargo, que en su totalidad esto es tradicional, conservado desde los tiempos en que la poesía no estaba escrita. No obstante, una cosa es reconocer que una literatura sea esencialmente oral en su forma, y característica de una edad en que se oía más bien que se leía, y otra muy distinta sostener que esa misma literatura se conservó únicamente por transmisión oral.

El resultado de estas diversas consideraciones parece ser que la edad que podemos llamar homérica —la edad que nos presentan con vívidos contornos la Ilíada y la Odisea— se extiende más allá de los últimos extremos a que podemos penetrar con auxilio de la historia. Y si hemos de llegar a una conclusión respecto a quién fué el autor (o autores) de los dos poemas, ella será la de que todo el debate entre las ciudades de Eolia y Jonia, es ajeno a la respuesta. El autor de la Ilíada, en último término, fué evidentemente un griego europeo, que vivió antes de la colonización del Asia Menor; y las pretensiones de las

ciudades asiáticas significan, no más, que en los días de su prosperidad fueron el principal asiento de la fama de Homero.

ESTRUCTURA DE LA ILIADA

El argumento de la Ilíada, como lo proclama su primer verso, es "la cólera de Aquiles." El modo como se desarrolla este argumento aparece en el sumario siguiente, en el cual podemos distinguir: 1) el plan, es decir el relato de la querella; 2) el curso principal de la guerra, que forma una especie de trama en segundo término; y 3) los episodios secundarios.

I. Querella de Aquiles con Agamenón y el ejército griego.—Agamenón, que ha sido obligado a restituir a Criseida, que le había tocado en el botín, le quita Briseida a Aquiles. Por esto Aquiles invoca a su madre, Tetis, quien obtiene de Zeus promesa de que los troyanos triunfarán hasta que los griegos satisfagan el honor de su hijo. Mientras tanto no toma Aquiles parte en la guerra.

II. Un sueño, enviado por Zeus, persuade a Agamenón, de entrar en batalla con todo su ejército.

Su propósito de probar el estado de ánimo de su ejército, casi lo lleva a su regreso.

Catálogo del ejército (probablemente adición posterior). Revista troyana. Catálogo troyano.

III. Encuentro de los ejércitos.—Paris desafía a Menelao.—Se concierta una tregua.

"Teicoscopia," Helena, señala a Priamo los caudillos griegos.

El duelo. Paris es salvado por Afrodita.

IV. Tregua rota por Pándaro.

Avance de los ejércitos.—Batalla.

V. Aristeia de Diomedes.—Su combate con Afrodita.—Encuentro con Glauco.—Visita de Héctor a la ciudad, y su ofrecimiento de un peplo a Atenea.

Visita de Héctor a Paris.—A Andrómaca.

VII. Retorno de Héctor y Paris al campo de batalla.

Duelo de Ayax y Héctor.

Tregua para enterrar los muertos.

Los griegos levantan un muro en torno del campamento.

VIII. La batalla.—Los troyanos acampan en el campo de batalla.

IX. Agamenón envía una embajada por la noche a Aquiles, ofreciéndole la restitución y satisfacciones cabales.—Aquiles rehusa.

X. Doloneia.—Expedición nocturna de Odiseo y Diomedes (probablemente agregada más tarde.)

XI. Aristeia de Agamenón.Es herido.—Heridos también Diomedes y Odiseo.

Aquiles envía a Antíloco en busca de noticias acerca de Macaón.

XII. Asalto del muro.—Los troyanos llegan hasta las naves.

XIII. Zeus deja de mirar el campo.—Poseidón secretamente acude en auxilio de los griegos.

XIV. Sueño de Zeus por el artificio de Hera.

XV. Zeus despierta.—Restaura la ventaja a los troyanos.—Ayax defiende, él solo, las naves.

XVI. Aquiles se deja convencer y envía a Patroclo a la lucha.—Patroclo derrota a los troyanos.—Mata a Sarpedón.—Es matado por Héctor.

XVII. Combate alrededor del cuerpo de Patroclo. —Aristeia de Menelao.

XVIII. La noticia de la muerte de Patroclo es lle-

vada a Aquiles.—Tetis lo visita con las Nereidas.—Le promete obtener para él de Hefestos una nueva armadura. Descripción del escudo de Aquiles.

XIX. Reconciliación de Aquiles.—Su dolor y deseo de vengar a Patroclo.

XX. Los dioses descienden al campo.—Combate de Aquiles contra Eneas y Héctor; éste escapa.

XXI. El Escamandro es obstruído por la matanza. —Sale de madre y acomete a Aquiles, a quien salva Hefestos.

XXII. Héctor solo hace frente a Aquiles.—Su fuga alrededor de las murallas.—Su muerte.

XXIII. Exequias de Patroclo.—Juegos funerales.

XXIV. Príamo rescata el cuerpo de Héctor.—Sus funerales.

He aquí la "acción" que en opinión de Aristóteles demuestra la superioridad de Homero sobre todos los demás poetas épicos. Mas la comprobación de que este esquema fuése la obra de un gran poeta no depende únicamente de la unidad artística que excitaba la admiración de Aristóteles. Se concibe que varios "layes" separados puedan ser arreglados y enlazados por una persona de dotes poéticas, de manera que satisfaga a todas las exigencias. En tal caso, los pasajes que sirven para unir serán siempre flojos y débiles. Precisamente, en la Ilíada tales partes son lo más hermoso y característico. El elemento de conexión y unidad es el relato de "la cólera de Aquiles;" y basta leer las rapsodias que se refieren a esa cólera para convencerse de que son esenciales en la obra. Aun rechazando el libro noveno (como propone Grote) quedan los discursos de la primera rapsodia y de la sexta y novena.

Estos discursos constituyen los puntos cardinales

en la acción de la **Ilíada**; la armazón sobre la cual está tejido todo lo demás; y el mejor timbre de la gloria de Homero.

Además, resta una cuestión ulterior—¿qué trozos narratitvos cortos, con todas las condiciones de poemas independientes, ha logrado Lachmann extraer de la actual **Ilíada**? Precisa reconocer que cuando trató de hacer esta prueba, sus "layes" fracasaron en general. La "querella de los jefes," la "revista del ejército," el "duelo de Paris y Menelao," etc., son excelentes comienzos, pero carecen de conclusión satisfactoria. La razón no es preciso buscarla muy lejos: la **Ilíada** no es una historia, ni una serie de incidentes de la historia del sitio. Gira íntegra sobre un solo incidente, que ocurre durante unos pocos días no más. Los varios episodios del poema no son otras tantas historias distintas, con su interés propio cada una de ellas. Son sólo partes de un sólo acontecimiento principal. En consecuencia, el tipo de poema épico que se formaría por la reunión de varios "layes," no es el mismo que contemplamos en la **Ilíada**. Más bien diremos que la **Ilíada** es un "lay" solo, que se ha ensanchado con el crecimiento del arte poético hasta alcanzar las dimensiones de un poema épico.

El núcleo primitivo y parte de los incidentes son tal vez obra de un sólo gran poeta y acaso otros episodios de diverso autor han sido interpolados en el poema en tiempos posteriores. Varias teorías se han apoyado en esta suposición. Grote, en particular sostiene que el poema original, que él llama la **Aquileia**, no incluía los libros II, VII, IX, X, XIII y XIV. Esta teoría puede ser defendida en la forma siguiente:

De los libros que relatan los sucesos ocurridos durante la ausencia de Aquiles de las filas griegas (II

a XV), los últimos cinco están relacionados directamente con la acción principal. En ellos se describen las etapas sucesivas por las cuales los griegos son rechazados primero de la llanura a las fortificaciones y después a sus bajeles. Sobre todo, tres héroes principales, Agamenón, Diomedes y Odiseo, están heridos y ésta circunstancia, como Laichmann mismo lo admite, no es olvidada en ningún punto. Otra cosa sucede en los primeros libros (especialmente II a VII). Los incidentes capitales en esta parte del poema, la retirada en desorden a los bajeles, los duelos de Paris y Menelao, y de Héctor y Ayax, la Aristeia de Diomedes, no guardan relación con la idea principal del poema que es la promesa hecha por Zeus a Tetis Es cierto que en los libros XIII y XIV el propósito de Zeus se encuentra temporalmente desviado por otros dioses; pero en los libros II y VII no hay tanta oposición como ignorancia de él. Además, en adelante los hechos se suceden sin conexión completa precisa. La tregua de la rapsodia III es quebrantada por Pándaro, y Agamenón atraviesa las filas griegas profiriendo palabras de aliento, pero sin una alusión a la traición acabada de cometer. La Aristeia de Diomedes termina a la mitad de la rapsodia VI; domina la trama posterior hasta el verso 311; pero de aquí adelante esta principalía es olvidada al referir los encuentros de Héctor con Helena y Andrómaca y también en el libro VII cuando Héctor desafía a los jefes griegos. Por otros respectos, algunos incidentes son más propios del comienzo de la guerra. El gozo de Menelao al ver a Paris, la ignorancia de Príamo en cuanto a los caudillos griegos, las arengas de Agamenón en su revista del ejército (en el libro IV), la construcción del muro; todo esto corresponde al reciente desembar-

co de los griegos, pero resulta impropio en el noveno año de sitio.

Desde otro punto de vista, se puede decir, el libro II se abre con una referencia directa a los acontecimientos del primero y la mención de Aquiles en lo que dice Tersites (Il. 239) es suficiente para no perder el hilo de los sucesos. El Catálogo está conectado con lo demás del poema por los versos referentes a Aquiles (686—649). Cuando Diomedes está dando cima a su Aristeia, Heleno dice (II. VI. 99), "nosotros no temeríamos ni siquiera a Aquiles." Y cuando, en el libro III, Príamo interroga a Helena respecto a los caudillos griegos, o cuando en el libro VII, nueve campeones se adelantan a combatir con Héctor, la falta del más grande de los héroes se deja sentir lo bastante. ¿Si estos pasajes no pertenecen al tiempo de "la cólera de Aquiles," cómo podría hacerse notar mejor su ausencia?

También la falta de unidad y ensamblamiento que puede verse en esta parte de la Ilíada, tendría otras causas que no son la diversidad de fecha o de autor. Un poeta nacional como el de la Ilíada no siempre puede escoger o arreglar su asunto conforme a su exclusiva voluntad. Está limitado por las tradiciones de su arte y por los sentimientos y aspiraciones de su público. El poeta que introdujo la hazaña de Diomedes en la Ilíada, tuvo sin duda sus razones para hacerlo, razones igualmente fuertes, ya se tratase del autor de la Aquileia, o de un homérida o rapsoda posterior Y si alguno de los incidentes (los de la rapsodida III en particular) parecen pertenecer al comienzo de la guerra, ha de considerarse que, poéticamente y para los oyentes de la Ilíada, la guerra comienza en la rapsodia III y esos incidentes son de tal género como

los requiere el lugar. La tregua es una pausa que lleva al colmo el interés de la inminente batalla; el duelo y los sucesos de la muralla son inmejorables para hacernos conocer a los principales caracteres en escena y familiarizarnos con su historia anterior. Lo que se refiere a Paris y Helena en particular, y a la marcha general de los asuntos en Troya, se nos presenta con un colorido admirablemente vivo. La rapsodia, en suma, forma un **prólogo** tan excelente a la acción de la guerra, que es muy difícil equivocarnos si no lo atribuímos al genio que concibió el resto de la **Ilíada.**

El caso de las rapsodias restantes, es de especie diferente. La novena y la décima resultan ser dos descripciones independientes de la noche que precedió a la gran batalla de las rapsodias XI a XVII. Cualquiera de ellas basta para llenar el espacio en el esquema de Homero; y ocurre la sospecha (como cuando dos diálogos de Platón llevan el mismo nombre) de que si uno de ellos hubiese sido genuino, el otro no habría aparecido.

Si uno de los dos ha de rechazarse, será el décimo, que es en verdad el menos homérico. En él se relata una pintoresca aventura, concebida con el espíritu más próximo a la comedia que cualquiera otra parte de la **Ilíada.** Además, el lenguaje exhibe trazas, en varios puntos, de ser de fecha post-homérica. La rapsodia novena fué, por otra parte, rechazada por Grote, fundándose principalmente en que la embajada de Aquiles debería haber puesto fin a la querella, y que es ignorada en pasajes posteriores, con particularidad en las palabras de Aquiles (XI. 609; XVI. 72, 85). Su argumento, en definitiva, queda para nosotros como una mera suposición que podemos tener presente en la lectura de la **Ilíada;** mas no justificado por el lengua-

je, puesto que no hay satisfacción alguna exigida por Aquiles o que debiera acordársele, según las costumbres y sentimientos de la época. Pero en la Ilíada lo esencial consiste en la cólera de Aquiles, que no puede ser apaciguada sino por la derrota y el peligro extremo de los griegos. Aquiles está dominado por sus propias pasiones, con exclusión de cualquier otro sentimiento. Por tanto, en la rapsodia novena, cuando aquéllos están protegidos todavía por las fortificaciones, él rechaza igualmente los dones y las palabras lisonjeras; en la décimosexta se conmueve por las lágrimas y súplicas de Patroclo, y por la vista de los bajeles griegos incendiados; en la décimonovena, su cólera se transforma en dolor. Pero no pone condiciones, ya al desechar los ofrecimientos de la embajada, ya cuando retorna al ejército griego. Y esta conducta es el resultado, no sólo de su fiereza y carácter inexorable, sino también (como lo manifiesta el silencio de Homero), de la falta de toda clase de reglas o principios generales aplicables, de cualquier código de moral o de honor, que le hubiese exigido comportarse de otra manera.

Finalmente, Grote objeta las dos últimas rapsodias por prolongar la acción de la **Ilíada** más allá de lo necesario en un esquema coherente. De las dos, la que puede suprimirse más fácilmente, sería la XXIII. Su lenguaje, y aun su estilo y tono general, son del mismo género de la rapsodia X; en tanto que la XXIV muestra semejanza en la vena patética con la IX, y lo mismo que ésta, revela nuevos aspectos del carácter de Aquiles.

El doctor E. Kammer, con razones muy poderosas, duda de la autenticidad de la descripción del duelo entre Aquiles y Eneas, en el libro XX (79 - 352). Este

incidente, en verdad, tiene muy poca relación con el movimiento vehemente de tal parte del poema, y en especial con el momento en que Aquiles retorna al campo, deseoso de encontrar a Héctor y vengar la muerte de su amigo. La interpolación, si la hay, se debió probablemente a intereses locales; ella contiene la conocida profecía de que los descendientes de Eneas han de gobernar a los troyanos, anunciando pues el advenimiento de una dinastía de Eneadas en Troada. También la leyenda de Aquiles en el Himno a Afrodita, es evidentemente local; y Eneas llega a adquirir preeminencia en los poemas épicos posteriores, como la Cypria y el Ilíéu Persis de Arctino.

ESTRUCTURA DE LA ODISEA

En la Odisea, lo mismo que en la Ilíada, los sucesos relatados ocurren en corto espacio de tiempo. La dificultad de adaptar las prolongadas peregrinaciones de Odiseo a un plan semejante, ha sido allanada por medio del expediente —por primera vez encontrado en esta obra— de hacer que el héroe mismo cuente sus aventuras. Con este propósito, la acción está hecha para comenzar inmediatamente antes del actual retorno de Odiseo. Con antelación a su regreso a Itaca, aquélla se mueve en tres escenarios distintos: seguimos las fortunas de Odiseo, el viaje de Telémaco al Peloponeso, y a Penélope con sus pretendientes. El arte con que han sido tramados estos hilos fué reconocido hasta por Wolf, quien admitió la dificultad de aplicar su teoría a la "admirabilis summa et compages" del poema. De los ensayos, relativamente pocos que se han hecho para analizar la Odisea, el más sereno e interesante es el del profesor A. Kirchhoff, de Berlín.

Según Kirchhoff, la Odisea tal como la poseemos,

es el resultado de una serie de adiciones hechas a un núcleo original. Hubo al principio un "Retorno de Odiseo" que contenía principalmente las aventuras del Cíclope, Calipso y los Feacios; luego, las escenas situadas en Itaca, que comprenden la totalidad de las rapsodias XIII a XXIII. El poema así formado fué ampliado entre las 30a. y 50a. Olimpíadas, con los relatos de las rapsodias X a XII (Circe, las Sirenas, Scila, etc.), y las aventuras de Telémaco. Por último, algunos pasajes fueron interpelados en tiempo de Pisistrato.

La prueba de que las escenas que se suceden en Itaca son debidas a mano posterior de la del primitivo "Retorno," se funda substancialmente en la contradicción discutida por Kirchhoff en su sexta disertación (pp. 135 y sigs. Ed. 1869). A veces Odiseo aparece viejo y agotado por las penalidades, tanto que Penépole, por ejemplo, no puede reconocerlo; en otras se halla, de cierto, en la flor del vigor heroico, y su aspecto de viejo miserable se debe a la vara de Palas Atenea. La primera de estas representaciones, es evidentemente la natural, si se considera los veinte largos años, pletóricos de sucesos, que han transcurrido; la segunda, sostiene Kirchhoff, es la del Odiseo en la isla de Calipso y la corte feacia. Concluye, por tanto, que el avejentado Odiseo pertenece a la "continuación" (el cambio producido por la vara de Atenea no es sino una estratagema para conciliar los dos estados) y de aquí que la continuación sea obra de diferente autor.

Muy ingenioso es esto, pero la tesis de Kirchhoff está levantada sobre deleznable terreno. Los pasajes que describen la apariencia de Odiseo en la segunda parte de la obra, no dan dos representaciones de él.

A veces Atenea lo disfraza de mendigo decrépito, a veces le confiere sobrenatural belleza y vigor.

Hemos de admitir que no se nos indica el tiempo que duran los efectos de estos cambios; pero ninguno corresponde a su presencia natural, a aquella con que lo imaginamos en los primeros libros. En el palacio de Alcinoo, por ejemplo, se dice que él está lleno de vigor, pero "trabajado por muchas desgracias" (Od. VIII. 137); y esto concuerda con las escenas del reconocimiento en la terminación del poema.

Los argumentos con que Kirchhoff trata de probar que las historias de las rapsodias X a XII son bastante tardías respecto de las de la rapsodia IX, no son más convincentes. Hace notar algún parecido entre estos tres libros y las fábulas de los Argonautas, entre otras cosas, por el hecho de que cierta fuente Artacia aparezca en ambos. En la historia argonáutica esta fuente se encuentra situada en el vecindario de Cyzico, y ha sido identificada en tiempos históricos. Kirchhoff arguye que la Artacia de la leyenda argonáutica debe de haber sido tomada de la Artacia real, y la Artacia de la **Odisea**, de la historia argonáutica. Como Cyzico fué fundada por colonos procedentes de Mileto, infiere que ambos pasajes de las historias deben de ser relativamente tardíos. Es más probable, con seguridad, que el nombre Artacia se presentase independientemente, como ocurre con otros muchos términos geográficos, en más de un lugar Puede ser también que la Artacia de la **Odisea** sugiriese el nombre a los colonos de Cyzico, y de aquí lo adoptasen las variaciones de las fábulas argonáuticas. El otro argumento de que los "**Nostoi**" hablan de un hijo de Calipso y de Odiseo, pero no se refieren a ningún hijo de Circe, y en consecuencia, que

Circe no era conocida para el poeta de los "**Nostoi,**" queda, en primer lugar, como una alteración conjetural de Eustacio, y además tiene toda la debilidad de un argumento que proviene de omisión, a la que se añade la incertidumbre de nuestro superficial conocimiento, del autor cuyo silencio se alega. Finalmente, cuando Kirchhoff halla las trazas, en los libros X a XII, de cosas dichas originalmente por el poeta mismo, en lugar de estar en boca de su héroe, es fácil comprender que descuidos de este género ocurren siempre que una historia ficticia se quiere vaciar en forma autobiográfica.

Los análisis hechos con el refinamiento que caracteriza a los de Kirchhoff, son siempre instructivos, y su libro contiene observaciones muy justas; pero es imposible admitir sus conclusiones principales. Y podemos inferir que, acaso ningún ensayo similnar tendrá buen éxito. No se sigue de esto que la **Odisea** esté libre de interpolaciones. La **Nekuia** de la rapsodia XI puede ser posterior, como lo afirma Lauer, o contener adiciones fácilmente insertables en una descripción de tal especie. El último libro, como lo creyeron los antiguos críticos, acaso es de otra mano. Pero la unidad de la **Odisea** como obra completa, está más allá de los elementos de análisis de que dispone la crítica.

CORIZONTES

Resuelta la cuestión sobre si cada uno de los grandes poemas homéricos es, en su totalidad, o en su parte principal, obra de un solo poeta, aun resta un tema de controversia que ha inquietado tanto a los antiguos como a los modernos: ¿fueron compuestos por el mismo poeta? Dos gramáticos antiguos, Xeno

y Helanico fueron llamados "los separadores" (corizontes); y Aristarco parece haber escrito un tratado contra su herejía. En la época moderna varios grandes críticos se han puesto del lado de los "corizontes."

Si, como ha sido establecido en las páginas precedentes, las pruebas objetivas sobre Homero no son apreciables, el problema en que ahora nos ocupamos puede plantearse en la forma siguiente: dados dos poemas, de los cuales nada se sabe, excepto que son de la misma escuela poética, ¿qué probabilidad hay de que pertenezcan al mismo autor? Podemos hacer un excelente paralelo, cogiendo al azar dos obras de grandes autores trágicos. Es natural que la obligación de la prueba pase sobre aquéllos que sostienen la paternidad común.

Los argumentos usados en esta discusión, han sido de muy diverso valor. Los antiguos Corizontes observaban que el mensajero de Zeus es Iris en la Ilíada y Hermes en la Odisea; que la mujer de Hefestos es una de las Karites en la Ilíada, y Afrodita en la Odisea; que los héroes de la Ilíada no comen pescado; que Creta tiene un centenar de ciudades según la Ilíada, y sólo noventa según la Odisea; que proparoite designa en la Ilíada lugar y en la Odisea tiempo, etc. Escoliastas modernos han adicionado esa lista, haciendo cuidadosas comparaciones respecto a vocabulario y formas gramaticales entre los dos poemas. Nada tan difícil como hacer la estimación de tales datos. La diferencia de tema entre las dos obras es tan grande, que ella acarrea necesariamente notables diferencias de pormenor, especialmente respecto a vocabulario. Por ejemplo, la palabra fobos, que en Homero significa "fuga en la batalla," no "miedo,"

aparece treinta y nueve veces en la Ilíada y una vez no más en la Odisea; pero en la Odisea no hay combates. El verbo regnumi, "quebrar," aparece cuarenta y ocho veces en la Ilíada y una sola en la Odisea; pero la razón es que se usa constantemente para denotar la ruptura de la armadura de un adversario, las puertas de una ciudad, las filas enemigas, etc. También la palabra skotos, "sombra," ocurre catorce veces en la Ilíada y una en la Odisea; pero cada una de las catorce veces se usa por la obscuridad que cubre los ojos de los guerreros moribundos. De otro lado, si palabras tales como asamintos, "un baño," cernips, "una jofaina para las manos," lesqué, "lugar para juntarse y conversar," etc., son peculiares a la Odisea, sólo debemos recordar que las escenas de la Ilíada son a campo raso o bajo una tienda. Estos ejemplos muestran que prueban poco los datos del número de veces que ocurren las palabras, y que debemos comenzar por considerar la materia y el carácter de cada poema. Al hacerlo así, en seguida nos encontramos ante diferencias muy notables. La Ilíada es una obra de tono y carácter históricos mucho mejor definidos. La escena del poema es un sitio real, y el poeta canta (como dice Odiseo o Demódoco), como si hubiese estado él mismo presente a los hechos, o los hubiese escuchado de algún testigo presencial. El elemento sobrenatural está limitado a una intervención de los dioses, que apenas conturba la corriente natural de los sucesos. Por el contrario, la Odisea está llena de cosas mágicas y románticas, "speciosa miracula," como las llama Horacio. Además, estas maravillas, que en su forma original son tan viejas, sin duda, como cualquiera de las de la Ilíada, desde luego que son parte del vasto conjunto de cuen-

tos populares (märchen) difundidos por todo el mundo, están mezcladas en la **Odisea** con los héroes de la guerra troyana. Esto se ha hecho notar particularmente respecto de la historia de Polifemo, encontrada en muchos países y en versiones que no pueden ser derivadas de Homero. W. Grimm anota que la conducta de Odiseo en esta historia es insensata, casi de loco, lo más opuesto a la sabiduría y constancia del Odiseo de la guerra troyana. La razón es simple: éste no es el Odiseo de la guerra troyana, sino un sér del mismo mundo de Polifemo, el mundo de los gigantes y los ogros. La cuestión cambia entonces: ¿cuánto tiempo debió de ser familiar el nombre de Odiseo en la leyenda (saga) de Troya, antes de ingresar a los cuentos de gigantes y ogros (märchen) donde lo encontró el poeta de la **Odisea**?

Además, la leyenda troyana misma se acrece entre la época de la **Ilíada** y de la **Odisea**. La historia del caballo de madera, no sólo es desconocida en la **Ilíada**, sino que no puede creerse que el autor de ésta la hubiese aceptado. La intervención de Neptolemo, también parece adición posterior. La tendencia a amplificar y completar la historia, se hace más palpable todavía en los poetas cíclicos. Entre la **Ilíada** y éllos, la **Odisea** ocupa, pues, el lugar intermedio.

Este cambio grande y significativo en la manera de tratar las leyendas heroicas, se acompaña con numerosas diferencias secundarias (tales como las anotadas por los antiguos), en cuanto a creencias, costumbres, instituciones e idioma. Tales diferencias nos hacen deducir que la **Odisea** pertenece a una época más tardía. El progreso del pensamiento se muestra especialmente en las ideas más elevadas que se tienen respecto a los dioses. La turbulenta corte del

Olimpo ha casi desaparecido. Zeus ha adquirido el carácter de una suprema autoridad moral, y aunque Atenea y Poseidón ejercen influencias contrarias en el poema, se evita cuidadosamente el caso de una contienda directa entre ambos. El avance de la moralidad aparece en el uso más frecuente de los términos "justo" **dikaios**, "piedad" **osin**, "insolencia" **ubris**, "dios temible" **teoudes**, "puro" **agnos**; y también en el plan mismo del cuento, que es un conflicto entre el derecho y la injusticia. En lo relacionado con las artes domésticas es aventurado insistir en el silencio de la **Ilíada**. Podemos notar, sin embargo, la diferencia entre la casa de Príamo, rodeada de distintas habitaciones para sus numerosos hijos, y las casas de Odiseo y Alcinoo, que contenían muchas cámaras bajo un solo techo. La ausencia del cantor —tan prominente figura en la **Odisea**—, es difícil de explicar en la **Ilíada**, sólo porque ésta se desarrolla en pleno campo.

ESTILO DE HOMERO

Réstanos decir algunas palabras sobre el estilo y carácter general de los poemas homéricos, y las comparaciones que nos es permitido hacer entre ellos y las poesías análogas de otros países.

Las cualidades cardinales del estilo homérico, han sido fijadas de una vez por todas, por Mattew Arnold "El traductor de Homero—dice—debe, sobre todo, compenetrarse con las cuatro cualidades esenciales de su autor: que éste es eminentemente rápido; sencillo y directo en absoluto, lo mismo en el giro de su pensamiento que en la expresión de él, esto es, igualmente en la sintaxis que en las palabras; que es eminentemente sencillo y directo en la sustancia de su

pensamiento, es decir, en la materia y en las ideas; y por último, que es noble en grado sumo.'' (Sobre la traducción de Homero. p. 9.)

La rapidez peculiar de Homero, es debida en mucho al uso del verso hexámetro. En las literaturas primitivas es un rasgo característico que la evolución del pensamiento, o sea la forma gramatical de la proposición se guía por la estructura del verso; la correspondencia que se obtiene de consiguiente entre el ritmo y la gramática —produciéndose el pensamiento por medidas iguales, divididas a su vez por pausas uniformemente tolerables—da por resultado un suave movimiento fluyente, tal como raramente se encuentra cuando el período ha sido construído sin referencia directa al metro. Homero posee esta rapidez sin caer en las faltas correspondientes, sin llegar a ser fatigoso ni monótono, y esa es la mejor prueba quizás de su habilidad poética no igualada. La sencillez y modo directo, lo mismo de pensamiento que de expresión, que caracterizan a Homero, eran, a no dudarlo, cualidades de su tiempo; pero el autor de la **Ilíada** (lo mismo que Voltaire, con quien Arnold hace una comparación feliz), debe de haber poseído las dotes nacionales en grado superlativo. La **Odisea**, en este respecto, está perceptiblemente debajo del nivel de la **Ilíada.**

La rapidez o facilidad de movimiento, sencillez del pensamiento y de la expresión, no son ciertamente las cualidades que distinguen a los grandes épicos, Virgilio, Dante, Milton. Por el contrario, éstos pueden clasificarse mejor dentro de otra escuela épico-lírica más humilde que ha intentado con tanta frecuencia reivindicar para sí a Homero. La prueba de que Homero no pertenece a esta escuela, de que su

poesía no es en ningún sentido verdadero "balada poética," nos la suministra la suprema estructura artística de sus poemas, ya demostrada, y en cuanto al estilo, por la cuarta de las cualidades que señala Arnold: la **nobleza.** Es un noble y elevado estilo, sostenido al través de todas las variaciones de idea y situación, lo que, en último término, separa a Homero de todas las formas de "poesía de baladas" y "épica popular."

Pero en tanto que nos mantenemos en guardia contra ese error común, hemos de reconocer la conexión histórica existente entre los dos grandes poemas homéricos y la literatura de baladas que los precedió en Grecia. Y aun tenemos que admitir que el suave y fluído movimiento y la simplicidad de ideas y de estilo que admiramos en la **Ilíada,** son herencia de los primitivos "layes," los **clea andron** de la especie de los que Aquiles y Patroclo cantan acompañados de la lira en su tienda. El metro inclusive, verso hexámetro, puede ser asignado a ellos. Pero entre estos layes y Homero, ha de situarse la aparición de la poesía épica como un arte. Los layes pro-homéricos aportaron, sin duda, los elementos de dicha poesía, el alfabeto, por decirlo así, del arte: pero necesariamente han debido ser refinados y transmutados antes de lograr formar poemas como la **Ilíada** y la **Odisea.**

Un ejemplo ilustrará mejor esto: en la escena de las murallas de Troya, rapsodia tercera de la **Ilíada,** después que Helena ha señalado a Agamenón, Odiseo y Ayax, contestando las preguntas de Príamo, se adelanta a señalar a Idomeneo, sobre el cual no ha sido interrogada. Lachmann, preocupado siempre por las baladas, se apresura a decir que esto es irregular. "La inhábil transición de Ayax a Idomeneo, sobre

quien no se ha hecho ninguna pregunta'' no puede atribuirla al autor original del lay (**Betrachtungen**, p. 15, ed. 1865). Mas, como lo ha hecho notar A. Römer, esto es precisamente lo que un **poeta** podía hacer para modificar el primitivo sistema de las baladas, consistente en preguntas y respuestas; y, más que todo, ese procedimiento constituye la transición a los versos sobre los Dioscuros, con los cuales se cierra la escena de una manera tan encantadora.

ANALOGIAS

El desenvolvimiento de la poesía épica, propiamente tal, procedente de las canciones orales o baladas de un país, es un proceso que rara vez puede ser observado, por la naturaleza misma de las cosas. Parece comprobado, no obstante, que la hipótesis de que poemas épicos, tales como la **Ilíada** y la **Odisea**, han sido formados por la reunión o el arreglo de un número de poemas cortos, no resiste a la analogía.

Poesía narrativa de gran interés, se encuentra en varios países (Servia, por ejemplo), sin que nunca haya alcanzado la condición épica. En Escandinavia, Lituania y Rusia, según observa Gastón Paris (Historia Poética de Carlo Magno, p. 9), las canciones nacionales se han estacionado en una forma intermedia entre la poesía contemporánea y la épica. Los verdaderos épicos son los de India, Persia, Grecia, Germania, Britania, Francia y España. La mayor parte de éstos, sin embargo, no sirven como términos de comparación, sea por la desemejanza con Homero o porque no hay constancia de que los precedieran canciones populares. El más instructivo, casi el único paralelo aprovechable, es el que puede hacerse con las ''chansons de geste,'' de Francia, de las cuales la

Chanson de Roland es el ejemplo mejor y más antiguo. Estos poemas se atribuyen con toda probabilidad al siglo X. Su carácter es épico, y eran recitados por **jongleurs** profesionales, que pueden compararse a los **aedas** de Homero. Pero todavía antes, en el siglo VII, hallamos trazas de layes cortos, llamados cantilenas, que andaban en boca de todos y se cantaban en coro. Se ha sostenido que los primeros cantos de gesta se formaron juntando muchas de estas primitivas cantilenas. Y esta fué la opinión aceptada por León Gautier en la primera edición de las **Epopeyas Francesas** (1865). En la segunda edición, cuyo primer volumen apareció en 1878, abandonó esta teoría. Cree que los poemas épicos, han sido compuestos bajo la influencia de canciones primitivas. "Nuestros primeros poetas épicos, dice, no reunieron real y materialmente preexistentes cantilenas. Se inspiraron únicamente en estas canciones populares; tomaron de ellas los elementos legendarios y tradicionales. En resumen, no les deben sino las ideas, el espíritu, la vida; ellos descubrieron (ils ont trouvé) todo lo demás" (p. 80). Pero admite que "alguna parte de los antiguos poemas ha procedido de la tradición, sin ningún intermediario" **(Ibid.)**; y si se considera que son muy ligeras las trazas que dejaron esas antiguas cantilenas, y que el influjo que ejercieron sobre la poesía posterior es más bien caso de inspiración que de imitación, no habrá de sorprendernos que otros humanistas, Paul Meyer, sobre todo, les concedan todavía menor importancia y aun lleguen a dudar de su existencia.

Cuando León Gautier nos muestra cómo la historia se transforma en leyenda y la leyenda en relato novelesco, recordamos la diferencia ya señalada entre

la **Ilíada** y la **Odisea**, y entre Homero y los poetas cíclicos primitivos. Y la degradación peculiar de los caracteres homéricos que aparecen en algunos poetas, especialmente en Eurípides, puede compararse a las últimas canciones de gesta.

El paralelo de Homero con la gran literatura épica requiere un desarrollo más extenso del que podríamos dedicarle aquí. Algunas diferencias externas han sido ya indicadas. Como la épica francesa, la poesía homérica es indígena, y se distingue por este carácter de poetas, como Virgilio, Dante y Milton, y por la facildad de movimiento y la simplicidad que de ello resulta. También se distingue de ellos por la ausencia de motivos o sentimientos secundarios. En la poesía virgiliana, el orgullo de las grandezas de Roma e Italia, es motivo de retórica apasionada, velada apenas por "la escogida delicadeza" de su lenguaje. Dante y Milton son todavía más fervorosos exponedores de la religión y política de su tiempo. Hasta la épica francesa está saturada por el sentimiento de temor y odio hacia los sarracenos. En Homero el interés es puramente dramático. No hay serias antipatías de raza ni religión; la guerra no versa sobre motivos políticos; la captura de Troya queda fuera del plan de la **Ilíada**. Los héroes mismos no son los héroes nacionales más notables de Grecia. El interés total (en cuanto podemos presumir), estriba en la pintura de acciones y sentimientos humanos.

BIBLIOGRAFIA

Una bibliografía completa de Homero llenaría volúmenes. La siguiente lista incluye únicamente las obras consideradas de capital importancia:

La **editio princeps** de Homero, publicada en Floren-

cia en 1488, por Demetrio Chalcondylas, y las ediciones aldinas de 1504 y 1517, tienen todavía algún valor además del de meras curiosidades. Las principales ediciones críticas modernas son las de Wolf (Halle, 1794-1795; Leipzig, 1804-1807); Spitzner (Gotha, 1832-1836); Bekker (Berlín, 1843; Bonn, 1858); La Roche (**Odisea**, 1867-1868; **Ilíada**, 1873-1876, ambas Leipzig); Ludwich (**Odisea**, Leipzig, 1889-1891; **Ilíada**, dos vols., 1901 y 1907); W. Leaf (**Ilíada**. Londres, 1886-1888; 2a. ed. 1900-1902); Merry y Riddell (**Odisea** I a XII., 2a. ed., Oxford, 1886); Monro (**Odisea** XIII.-XXIV. con apéndices, Oxford, 1901); Monro y Allen (**Ilíada**), y Allen (**Odisea**, 1908, Oxford). Los comentarios de Barnes, Clarke y Ernesti están atrasados prácticamente; pero la **Ilíada** de Heyne (Leipzig, 1802) y el comentario de Nitzsch sobre **la Odisea** (libros I.-XII., Hanover, 1826-1840) son utilizables todavía. **Anmerkungen Zur Ilias.** (A, B 1-483 C) de Nägelbach es de gran valor, sobre todo la tercera edición (Autenrieth, Nuremberg, 1864). Los únicos **Scholia Veneta** sobre la **Ilíada** fueron hechos conocer por vez primera por Villoison (**Homeri Ilias ad veteris codicis Veneti fidem recensita, Scholia in eam antiquissima ex eodem codice aliisque nunc primum edidit, cum Asteriscis, Obeliscis, aliisque signis criticis, Joh. Baptista Caspar d' Ansse de Villoison**, Venecia, 1788); reimpresos, con muchas adiciones de otros autores, por Bekker (**Scholia in Homeri Iliadem**, Berlín, 1825-1826). Una nueva edición ha sido publicada por la Oxford Press (**Scholia Graeca in Homeri Iliadem**, ed. Gul. Dindorfius); seis volúmenes han aparecido (1875-1888), los dos últimos editados por el profesor E. Maass. El extenso comentario de Eustacio fué impreso por primera vez en Roma en 1542; la última

edición es la de Stallbaum (Leipzig, 1827). Los **scholia** sobre la **Odisea** fueron publicados por Buttmann (Berlin, 1821), y casi completos por W. Dindorf (Oxford, 1855). Aunque Wolf a primera vista entendió el valor de los **Scholia venecianos** sobre la **Ilíada**, el primer sabio que los exploró del todo fué C. Lehrs (**De Aristarchi Studiis Homericis, Königsberg,** 1833 2a. ed., Leipzig, 1865). De los estudios sobre la misma materia aparecidos desde entonces, los más importantes son: Aug. Nauck, **Aristophanis Byzantii fragmenta** (Halle, 1848); L. Friedländer, **Aristonici peri semeion Iliados reliquiae** (Göttingen, 1853); M. Schmidt, **Didymi Chalcenteri fragmenta** (Leipzig, 1854); L. Friedländer, **Nicanoris peri Iliakes stigmes reliquiae** (Berlin, 1857); Aug. Lentz, **Herodiani Tchnici reliquiae** (Leipzig, 1867); J. La Roche, **Die homerische Textkritik im Alterthum** (Leipzig, 1866); y **Homerische Untersuchungen** (Leipzig, 1869); Ad. Römer, **Die Werke der Aristarcheer im Cod. Venet A.** (Munich, 1875); A. Ludwich, **Aristarch's Homerische Textkritik** (2 vols. Leipzig, 1884-1885); y **Die Homervulgata als vor-Alexandrinisch erwiesen** (Leipzig, 1898).

La literatura sobre la "Cuestión Homérica" comienza prácticamente con los **Prolegomena** de Wolf (Halle, 1795); de los libros primitivos, el **Ensayo sobre el Genio original y escritos de Homero,** de Wood, es el más interesante. Las observaciones de Wolf fueron hábilmente popularizadas por el libro de W. Müller, **Homerische Vorschule** (2a. ed. Leipzig, 1836). G. Hermann, sus obras **De interpolationibus Homeri** (1832) y **De iteratis apud Homerum** (1840) fueron reimpresas en sus **Opuscula.** Las dos obras de Lachmann, **Betrachtungen über Homer's Ilias,** fueron editadas juntas por M. Haupt (2a. ed., Berlin, 1865).

Además de las voluminosas obras de Nitzsch, y de las discusiones contenidas en las obras sobre Literatura Griega por K. O. Müller, Bernhardy, Ulrici y Th. Bergk, y en la **Historia de Grecia** por Grote, puede verse Welker, **Der Epische Cyclus oder die homerischen Dichter** (Bonn, 1835-1849); sobre Proclos y el Cyclo pueden verse Wilamowitz-Möllendorf p. 328 sigs; E. Bethe, **Rhein. Mus.** (1891), XXVI, p. 593 sigs.; O. Immisch, **Festschrift Th. Gomperz dargebracht** (1902), p. 237 seq.; Lauer, **Geschichte der homerischen Poesie** (Berlin, 1851); Sengebusch, dos disertaciones previas a los dos volúmenes de W. Dindorf, **Homer**, en la serie Teubner (1855-1856); Friedländer, **Die Homerische Kritik von Wolf bis Grote**, (Berlin, 1853); Nutzhorn, **Die Entstehungsweise der homerischen Gedichte mit Vorwort von J. N. Madvig** (Leipzig, 1869); E. Kammer, **Zur Homerischen Frage**, (Könisberg, 1870); y **Die Einheit der Odyssee**, (Leipzig, 1873); A. Kirchhoff, **Die Composition der Odyssee** (Berlin, 1869); Wolkmann, **Geschichte und Kritik der Wolf' schen Prolegomena** (Leipzig, 1874); K. Sittl, **Die Wiederholungen in der Odyssee** (Munich, 1882); U. v. Wilamowitz-Möllendorf, **Homerische Untersuchungen** (Berlin, 1884); O. Seeck, **Die Quellen der Odyssee** (Berlin, 1887); F. Blass, **Die Interpolationen in der Odyssee**, (Leipzig, 1905). El interés tomado por los ingleses estudiosos en esta cuestión, está suficientemente demostrado por los escritos de W. E. Gladstone, F. A. Paley, Henry Hayman (en la introducción a su **Odisea**), P. Geddes, R. C. Jebb y A. Lang. (Véase especialmente **Homero y su edad**, del último, 1907).

El dialecto homérico debe ser estudiado en los libros (como el de G. Curtius) que analizan el Griego

por el método comparativo. La obra principal es **Griechische Formenlehre** por H. L. Ahrens (Göttingen, 1852). Otras obras importantes son las de Aug. Fick: **Die Homerische Odyssee in der ursprünglichen Sprachform wiederhergestelt** (Gottinga, 1883); **Die Homerische Ilias** (ibid., 1886); W. Schulze, **Quaestiones epicae** (Güttersloh, 1892). Sobre la sintaxis homérica la obra principal es la de B. Delbrück **Syntactische Forschungen** (Halle, 1871-1879), en particular los vols. I. y IV.; sobre metro, etc., la de Hartel **Homerische Studien** (I a III., Viena): Knös, **De digammo Homerico quaestiones** (Upsala, 1872-1873-1878); Thumb, **Zur Geschichte des griech. Digamma, Indogermanische Forschungen** (1898), IX. 294 sigs. Son de alto valor los escritos impresos en la obra **Homerische Blätter** de Beker (Bonn, 1863-1872) y en la **Miscellanea Critica** de Cobet (Leiden-1876). Las **Quaestiones Homericae** de Hoffmann (Clausthal, 1842) son una colección de datos muy útil. El **Lexilogus** de Buttmann, es digno de estudio como un ejemplar de método.

Las antigüedades homéricas —usando la palabra en el más amplio sentido— pueden ser estudiadas en los siguientes libros: Völcker, **Uber Homerische Geographie und Veltkunde** (Hanover, 1830); Nägelsbach, **Homerische Theologie** (2a. ed., Nuremberg, 1861); H. Brunn, **Die Kunst bei Homer** (Munich, 1868); W. W. Lloyd, **Sobre la descripción homérica del escudo de Aquiles** (Londres, 1854); Buchholz, **Die Homerischen Realien** (Leipzig, 1871-1873); W. Helbig, **Das Homerische Epos aus den Denkmälern erläutert** (Leipzig, 1884; 2a. ed., ibid., 1887); W. Reichel, **Uber Homerische Waffen** (Viena, 1894); C. Robert, **Studien zur Ilias** (Berlin, 1901); W. Ridgeway, **La Edad**

Primitiva de Grecia, (Cambridge, 1901); V. Bérard, **Les Phéniciens et l' Odyssée** (Paris, 1902-1903); C. Robert, "Topographische Probleme der Ilias," en el **Hermes**, XLII., 1907, pp. 78-112.

Entre otros auxiliares debemos mencionar el **Index Homericus** de Seber (Oxford, 1780); la **Concordancia de la Ilíada** de Prendergast (Londres, 1875) la **id.** de Dunbar a la **Odisea** y los **Himnos** (Oxford, 1880); Frohwein, **Verbum Homericum**. (Leipzig, 1881); Gehring, **Index Homericus**, Leipzig, 1891); El **Lexicon Homericum** editado por H. Ebeling (Leipzig, 1880-1885) y el facsimil del cod. Ven. A. (Sijthoff; Leiden, 1901) con introducción por D. Comparetti.

DAVID BINNING MONRO, M. A., Litt. D.

EXPLICACION DE ALGUNOS NOMBRES PROPIOS

Afrodita: Venus, diosa del amor, hija de Zeus y de Dione.

Alejandro: llámase también Paris; hijo de Príamo y raptor de Helena.

Ares: Marte, dios de la guerra, hijo de Zeus y de Hera.

Argicida: matador de Argos. Epíteto de Hermes.

Artemisa: Diana, diosa de la caza, hija de Zeus y de Leto.

Asclepíades: Esculapio, médico insigne, que había aprendido de Quirón el conocimiento de las drogas.

Ate: diosa, hija de Zeus, que personifica la falta o la injuria y especialmente la debida a obcecación de la mente. Las Súplicas reparan el mal que causa; anda sobre las cabezas de los hombres; ha sido dañosa hasta para Zeus, y fué arrojada del cielo, cayendo en la tierra.

Atenea: Minerva, diosa de la sabiduría, divinidad epónima de Atenas; hija de Zeus.

Atreo: héroe griego hijo de Pélope y de Hipodamia, padre de Agamenón y Menelao.

Bóreas: viento norte.

Cárites o Kárites: las Gracias.

Cronida o Cronión: hijo de Cronos. Nombre patronímico de Zeus y sus hermanos Poseidón, Hades, Hera y Deméter. Cuando se usa por el nombre propio designa a Zeus o Júpiter.

Deméter: Ceres, hija de Cronos y de Rea.

Dionisos: Baco, hijo de Zeus y de Semele.

Discordia: Eris en griego, hermana de Ares.

Eácida: descendiente de Eaco, rey de Egina. Nombre patronímico de su hijo Peleo y de su nieto Aquiles.

Edes: Plutón, rey del Hades u Orco, a donde van los muertos.

Eos: la Aurora.

Euro: viento de Oriente.

Flechador: Epíteto de Febo Apolo que se usa a veces por el nombre propio.

Gorgo: Gorgona o Medusa, monstruo con cabellera de serpientes que fué muerto por Atenea o por Perseo.

Hades o Edes: Plutón, dios de los infiernos, hijo de Cronos (Saturno). Hades o Edes significa también el infierno u Orco.

Hefestos: Vulcano, hijo de Zeus y de Hera, dios artífice.

Heracles: Hércules, hijo de Zeus y de Alcmena.

Hera: Juno, esposa de Zeus.

Hermes o Hermeias: Mercurio, hijo de Zeus y de Maya.

Hipnos: el sueño, hermano de Tánatos (la muerte).

Ilión: Troya.

Leto: Latona, madre de Apolo y de Artemisa.

EXPLICACION DE ALGUNOS NOMBRES

Moiras: las Parcas, hijas del Erebo y de la noche: Clotho, Laquesis y Atropos. La primera devanaba el estambre de la vida de los hombres; la segunda lo hilaba y la tercera lo cortaba.

Odiseo: Ulises, hijo de Laertes.

Paris: Alejandro, hijo de Príamo y de Hécuba, raptor de Helena.

Peleída: hijo de Peleo, nombre patronímico de Aquiles.

Priámida: hijo de Príamo; nombre patronímico de Héctor, Paris, Doriclo, Polidoro, y demás hijos del rey de Troya.

Perséfone: Proserpina, hija de Zeus y Deméter, esposa de Hades.

Poseidón o **Poseidaon:** Neptuno, dios del mar.

Quirón: Centauro, maestro de Asclepíades y de Aquiles.

Tanatos: la muerte. hermana del Sueño.

Tártaro: la parte más profunda del infierno a donde no llega ni la luz del sol, ni los vientos, cerrada por una puerta de hierro y provista de un umbral de bronce. Allí están los titanes vencidos por Zeus.

Tritogenia: epíteto de Atenea. Interprétase de diferentes maneras: nacida junto al lago Tritón, en Beocia, Tesalia o Libia; nacida en el tercer día del mes, etc.

Troya: región de la Troade o Troada y ciudad de la misma, llamada también Ilión.

Céfiro: viento de Occidente.

INDICE DEL TOMO SEGUNDO

	Pags.
Rapsodia décimocuarta	5
Rapsodia décimoquinta	23
Rapsodia décimosexta	49
Rapsodia décimoséptima	79
Rapsodia décimoctava	105
Rapsodia décimonona	125
Rapsodia vigésima	141
Rapsodia vigésimoprimera	159
Rapsodia vigésimosegunda	181
Rapsodia vigésimotercera	199
Rapsodia vigésimocuarta	229
Apéndice. Homero	255
Explicación de algunos nombres propios	303

VNIVERSIDAD·NACIONAL·D·MEXICO
POR·MI·RAZA·HABLARA·EL·ESPIRITU

SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTE VOLUMEN EL
DIA 24 DE JUNIO DEL AÑO DE 1921,
EN LOS TALLERES GRÁFICOS
DE LA NACIÓN, BAJO LA DI-
RECCIÓN DEL DEPARTA-
MENTO EDITORIAL DE
LA UNIVERSIDAD
NACIONAL DE
MÉXICO.

LGr.
H766i
.S
190069
Author Homer. Iliad
Title La Ilíada. (1921) Vol.2.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU